
Octillizos
DE LA BRATVA
UN ROMANCE DE LA MAFIA
MELANIE RAIN

OCTILLIZOS DE LA BRATVA

UN ROMANCE DE LA MAFIA

MELANIE RAIN

Traducido por
NOVEL NECTAR

Derechos de autor © 2025 de Melanie Rain

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Este libro ha sido traducido con la ayuda de ScribeShadow.

ÍNDICE

Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

SINOPSIS

Me estaba ahogando.

Dos trabajos, deudas crecientes y un pasado del que no podía escapar.

Entonces oí hablar de la clínica de gestación subrogada.

Siete cifras si te elegían.

Sin ataduras. Sin compromisos. Solo nueve meses y podría marcharme.

Todo parecía perfecto.

Hasta que le conocí a él.

Valentin Morozov.

Abdominales de hierro. Ojos como veneno.

No solo era el padre, era el hombre detrás de la mitad del crimen organizado de Miami.

Y de entre todas las candidatas para llevar a su heredero...

Me eligió a *mí*.

Dijo que era solo negocios,

Pero las cosas se complicaron.

Porque no estoy llevando solo un hijo.

Estoy llevando OCHO.

Ahora vivo bajo llave, en su mundo de guardaespaldas privados, coches blindados y noches en la habitación de Valentin.

Acepté este trato para sobrevivir.

Enamorarme y tener octillizos no formaba parte del plan.

Y marcharme ya no es una opción.

1

El rugido de la aspiradora ahoga todo excepto mis propios pensamientos mientras la empujo sobre la mullida alfombra de la habitación 1247. Las piernas me duelen con cada paso, protestando por el turno de doce horas que comenzó esta mañana en la cafetería y terminará alrededor de la medianoche en este palacio de mármol que finge preocuparse por sus trabajadores. Me limpio el sudor de la frente con la manga de mi uniforme de poliéster, el tejido ya húmedo y pegándose a mi piel en todos los lugares incorrectos.

La suite que estoy limpiando pertenece a alguien que claramente nunca se preocupa por el dinero. Un reloj Cartier yace olvidado en la mesita de noche, y la puerta del armario está abierta mostrando más ropa de diseñador de la que la mayoría de la gente tiene de ropa normal. Aliso las caras sábanas de algodón egipcio y evito pensar en las mías, ásperas y de poliéster, que me esperan en casa.

—¡Elliott!

La voz afilada corta a través del zumbido mecánico, y me enderezo de inmediato, con los hombros tensos. La señora Hendrick está en la puerta, con las cejas finísimas fruncidas en señal de desaprobación. Su pelo gris está tan petrificado en forma de casco que no se ha movido desde que empecé a trabajar aquí hace seis meses.

—Los espejos del baño en la 1245 aún tienen rayas. Hazlo otra vez.

Apago la aspiradora y asiento con la cabeza, conteniendo las palabras que quieren escapar. Limpié esos espejos hace veinte minutos hasta que brillaron como el cristal, pero discutir con la señora Hendrick es como discutir con las estatuas de mármol del vestíbulo.

—Sí, señora. Me ocuparé de ello inmediatamente.

Aprieta los labios, profundizando las líneas alrededor de su boca. —Asegúrese de hacerlo. Además, el vestíbulo necesita atención cuando termine con esta planta. Algún huésped derramó champán cerca del mostrador de conserjería.

Por supuesto que lo hicieron. Los huéspedes aquí derraman botellas de champán de cien euros como yo derramo agua del grifo, excepto que ellos no tienen que limpiarlo. Simplemente se alejan deslizándose con sus zapatos de diseñador mientras gente como yo se apresura a borrar cualquier evidencia de su descuido.

—Ah... —La señora Hendrick se detiene en la puerta, su tono dejando claro que no serán buenas noticias—. La dirección está recortando horas de nuevo. A partir de la semana que viene, tendrás treinta horas en lugar de cuarenta. Restricciones presupuestarias.

Se me cae el alma a los pies. Treinta horas al salario mínimo, menos impuestos, menos la gasolina para llegar aquí... Hago las cuentas rápidamente y me siento enferma. Eso ni siquiera cubrirá el alquiler, y mucho menos los servicios públicos o la comida.

—Entiendo —consigo decir, porque ¿qué más puedo decir? ¿Que necesito esas horas? ¿Que ya estoy trabajando en dos empleos y apenas sobreviviendo? A la señora Hendrick no le importan mis problemas. Tal vez pueda encontrar un tercer trabajo con esas diez horas extra. De alguna manera.

La veo marcharse con precisión militar. En el momento en que desaparece por la esquina, me permito cinco segundos para cerrar

los ojos y respirar. Solo cinco segundos para imaginar una vida en la que no friego retretes para personas que gastan más en un almuerzo de lo que yo gano en una semana. Donde un recorte de diez horas no significa elegir entre electricidad y comida.

El olor a limpiador de limón me acompaña mientras llevo mi carrito a la habitación 1245, mi reflejo como un fantasma en las superficies pulidas. Veintinueve años y ya parezco mayor, con círculos oscuros bajo los ojos que ninguna cantidad de corrector puede ocultar. No es que pueda permitirme un buen corrector de todos modos. El del todo a cien se cuartea y se agrieta al mediodía, haciéndome parecer aún más agotada de lo que ya estoy.

Rocío los espejos de nuevo, trabajando en círculos cuidadosos tal como nos enseñaron en el entrenamiento. La pareja que se aloja en esta suite ha dejado evidencias de su riqueza esparcidas por todas las superficies. Hay un Rolex en la mesita de noche, un pañuelo de Hermès sobre una silla y recibos de restaurantes que solo he visto en revistas. Solo el baño es más grande que todo mi apartamento estudio, con una bañera de inmersión en la que prácticamente podría nadar y suelos calefactados que calientan mis pies doloridos a través de mis desgastados zapatos.

A través de la puerta abierta del baño, veo los restos de su velada, incluyendo una botella vacía de champán en un cubo de plata, dos copas con marcas de pintalabios en el borde y un carrito de servicio de habitaciones con los restos de lo que parece langosta y filete. Una comida, probablemente trescientos euros. Todo mi presupuesto para comida del mes.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, y lo saco para ver un mensaje de mi casero. *"El alquiler vence en 3 días. No te retrases de nuevo."*

Claro. Como si retrasarme fuera una elección el mes pasado cuando tuve que decidir entre comer y pagar el alquiler a tiempo. Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo y regreso a los espejos, frotando más fuerte de lo necesario. Con la reducción de mis horas, el mes que viene va a ser aún peor. Tal vez pueda coger más turnos en la

cafetería, aunque ya se están quejando de darme demasiadas horas. Nadie quiere pagar beneficios.

Cuando llego al vestíbulo, la multitud de la cena ha llegado. Mujeres con vestidos de cóctel que cuestan más que mi coche pasan flotando junto a mí como si fuera invisible, sus joyas atrapando la luz de las enormes arañas del techo. Sus risas tintinean como las copas de champán que sostienen, un sonido que pertenece a un mundo que nunca pisaré excepto para limpiarlo.

Localizo el derrame cerca del mostrador de conserjería; efectivamente, champán mezclado con lo que parece puré de fresa. Es algún tipo de cóctel de especialidad que probablemente costó cincuenta euros y duró apenas cinco minutos antes de acabar en el mármol. Me arrodillo con un puñado de toallas, tratando de ignorar la forma en que mi espalda protesta por la posición.

—Disculpe.

La voz sobre mí es masculina e impaciente. Miro hacia arriba para encontrar a un hombre con un traje de Armani comprobando su teléfono con una mano mientras hace un gesto vago hacia el suelo con la otra.

—Se ha dejado una mancha.

Sigo su gesto hasta un salpicón de líquido rosa que aún no he alcanzado. —Estoy trabajando en ello, señor.

No responde, ya se está alejando, su atención capturada por quien acaba de llamarle. Vuelvo a fregar, mis movimientos automáticos después de meses de práctica. La conversación llega desde el bar del hotel, mezclándose con el suave jazz que suena a través de altavoces ocultos.

—...le dije a Buffy que estaba loca por hacerlo, pero sinceramente, el dinero era demasiado bueno para dejarlo pasar. Estaba cansada de que su padre le dijera qué hacer. Él quería que trabajara para él. ¿Te imaginas trabajando?

Disminuyo la velocidad de mi limpieza, sintonizando con la voz femenina sin levantar la vista. Dos mujeres se han instalado en una mesa alta cerca del bar, sus bolsos de diseñador posados en las sillas vacías como pequeñas y caras mascotas. La rubia lleva un vestido de color crema que parece super caro. Su amiga morena luce una pulsera de tenis de diamantes que atrapa la luz cada vez que gesticula.

—¿De cuánto estamos hablando? —La morena se inclina hacia adelante, bajando la voz a un susurro conspirador que aún se oye en la acústica de mármol.

—Seis cifras por nueve meses de trabajo. ¿Te lo puedes imaginar?

Mi mano se queda quieta en la toalla. Seis cifras. Eso es más de lo que gano en... ni siquiera puedo calcularlo sin deprimirme.

—¿Y todo lo que tenía que hacer era llevar al bebé? ¿Eso es todo?

—Quiero decir, había procedimientos médicos involucrados, obviamente. FIV y todo eso, pero la clínica se encargaba de todo. EverAfter, creo que se llamaba. Muy exclusiva. Solo trabajan con los súper ricos.

Me muevo ligeramente, fingiendo atacar una mancha particularmente persistente mientras me esfuerzo por escuchar más.

—El padre nunca la conoció. Todo se manejó a través de abogados y la clínica. Dijo que fue el dinero más fácil que jamás ha ganado, y ahora vive en ese precioso apartamento en SoHo, sin trabajar para su padre.

—No sé. Ni siquiera quiero tener mis propios hijos, pero ¿nueve meses para liberarse de su padre? No puedo culpar a Buffy, aunque suene un poco... loco.

La rubia ríe, tomando un sorbo de su martini. —Exactamente, aunque ¿sabes qué es realmente una locura? Podría haber ganado siete cifras si hubiera aceptado usar sus propios óvulos.

Aparentemente, algunos de estos hombres quieren saberlo todo sobre la madre biológica: educación, historial familiar e incluso pruebas de coeficiente intelectual. Prefieren lo que la clínica llama "donación directa" de la gestante.

—¿Siete cifras? —Los ojos de la morena se agrandan—. ¿Por tener tu propio hijo biológico y entregarlo? —Suena conmocionada y un poco incómoda.

—Esa es la parte que también me afectó, pero Buffy dijo que la clínica tiene todo un programa de asesoramiento, y legalmente, el bebé pertenece al padre desde la concepción. Dijo que una chica que conoció allí, graduada de Harvard y pianista de concierto, ganó un millón doscientos mil porque el padre específicamente quería a alguien con sus credenciales para ser la madre biológica.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que deben oírlo. ¿Más de un millón de euros? Eso es un cambio de vida completo. Eso es libertad.

—Aunque el proceso de selección es intenso —continúa la rubia—. Historial médico completo de tres generaciones, evaluaciones psicológicas, pruebas de inteligencia e incluso estándares de apariencia. Buffy dijo que rechazaron a su amiga que es instructora de yoga porque no tenía un título universitario.

—Aun así —reflexiona la morena, removiendo su vino—, ¿por ese tipo de dinero? Me sometería a cualquier prueba que quisieran hacerme.

Vuelven a reír, un sonido brillante y despreocupado, y agarro la toalla con tanta fuerza que mis nudillos crujen. *Clínica de gestación subrogada EverAfter. Donación directa. Siete cifras.* Las palabras se graban en mi memoria mientras termino de limpiar el derrame y recojo mis suministros.

Empujo mi carrito hacia el ascensor de servicio, mi mente girando con posibilidades. Incluso la cantidad más baja, seis cifras por llevar

el hijo biológico de otra persona, lo cambiaría todo. ¿Siete cifras por usar mis propios óvulos? Eso no es solo escapar de la pobreza. Es no volver a preocuparse por el dinero jamás.

El ascensor de servicio huele a limpiador industrial y comida vieja, una combinación que normalmente me da náuseas. Esta noche, apenas lo noto. ¿Podría llevar un bebé durante nueve meses, dar a luz y entregárselo a un extraño? Mi propio hijo biológico, criado por otra persona. ¿Podría hacer eso?

Pienso en mi prima Jennifer, que luchó con problemas de fertilidad durante cinco años antes de tener finalmente sus gemelos a través de FIV y recuerdo la alegría en su rostro cuando los sostuvo por primera vez. ¿Podría crear esa alegría para otra persona? Si pudiera, ¿no valdría la pena? ¿No sería mejor que ahogarme lentamente en trabajos con salario mínimo? No es que esté ansiosa por tener mi propia familia. ¿Quién puede permitírselo hoy en día, excepto personas como las que se hospedan en este hotel?

El ascensor me deja en el tercer piso, donde trabajo en el resto de las habitaciones asignadas de forma automática. Cada suite cuenta la misma historia: riqueza tan casual que se deja descuidadamente en cada superficie. Un bolso de Prada olvidado en una silla. Un iPad abandonado sobre sábanas sin hacer. Joyas casualmente descartadas como si no costaran lo mismo que un buen coche de segunda mano.

En la habitación 1289, encuentro un folleto universitario dejado en el escritorio del programa MBA de Yale. La joven que se aloja aquí, probablemente no mayor de veinticinco años, aparentemente está considerando la escuela de posgrado. Por diversión, lo hojeo, mirando las tasas de matrícula. Un año cuesta más de lo que he ganado en los últimos cinco años juntos. Probablemente ella entrará, se graduará y conseguirá algún trabajo de consultoría que comienza con seis cifras. La misma cantidad que alguien me pagaría por llevar a su hijo durante nueve meses.

Cuando llega la medianoche, estoy prácticamente vibrando con una mezcla de agotamiento y emoción. Ficho la salida en el área de empleados del sótano, evitando el contacto visual con el guardia de seguridad, que siempre mira un poco demasiado tiempo a las mujeres en el turno de noche. Las luces fluorescentes parpadean en el techo, proyectando todo en un resplandor amarillo enfermizo que hace que mi reflejo en el espejo del baño se vea aún peor de lo habitual.

Me cambio el uniforme en el estrecho baño de empleados, doblándolo cuidadosamente aunque necesitará lavarse antes del turno de mañana. Mi ropa normal, vaqueros con un agujero en la rodilla que llevo tiempo pensando en remendar y una camiseta de un concierto al que fui hace cinco años, se siente como libertad después de horas de poliéster.

El aparcamiento está casi vacío a esta hora, con solo unos pocos coches pertenecientes a los trabajadores del turno de noche y al personal de seguridad. Mi Honda de diez años parece particularmente patético estacionado entre un BMW nuevo y un Tesla, con la pintura descolorida y el óxido reptando alrededor de los pozos de las ruedas. El motor arranca al tercer intento, y salgo del garaje hacia las calles de la ciudad.

El viaje a casa dura veinte minutos por carreteras vacías, pasando por tiendas cerradas y restaurantes que atienden a trabajadores nocturnos como yo. Paso por el hospital donde solicité un trabajo de limpieza el mes pasado, solo para que me dijeran que buscaban a alguien con más experiencia. ¿Más experiencia en qué? ¿En fregar? Tengo mucha de esa.

Mi edificio de apartamentos se acurruca en una esquina en un barrio que los agentes inmobiliarios generosamente llaman "en transición". La puerta principal requiere una combinación especial de levantar y empujar para abrirse, y el ascensor ha estado "temporalmente fuera de servicio" durante los últimos tres meses. Subo los cuatro tramos de escaleras, mis piernas protestando por cada paso.

El pasillo huele a que alguien está cocinando algo con demasiada grasa y no suficientes verduras. El televisor de la señora Harlow retumba a través de paredes delgadas, el sonido de un concurso mezclándose con el llanto del bebé en el 4C. Encajo mi llave en la cerradura, moviéndola de la manera que tienes que hacer para que los rodillos enganchen.

Hogar. Si es que se puede llamar hogar a un estudio con manchas de agua en el techo y un radiador que rechina toda la noche. Dejo mi bolso en la encimera que sirve tanto de espacio de trabajo de cocina como de mesa de comedor, demasiado cansada para preocuparme por la pila de facturas que he estado evitando. Los números rojos en el reloj de mi microondas marcan las 12:47 a.m.

En seis horas, necesito estar en la cafetería para el ajetreo matutino. Seis horas para dormir, si puedo calmar mi mente lo suficiente como para conciliar el sueño. Esta noche, el agotamiento que normalmente me permite dormir en el momento en que toco la almohada no puede competir con la posibilidad que ha echado raíces en mi cerebro.

Saco mi teléfono y escribo "Clínica de gestación subrogada EverAfter" en la barra de búsqueda. El sitio web que carga es elegante y minimalista, todo colores suaves y fuentes de buen gusto. No hay información de precios, por supuesto (lugares como este no anuncian sus tarifas a cualquiera), pero hay un formulario de contacto para "posibles gestantes", que pide información básica y promete total confidencialidad.

Hago clic en la sección de gestación subrogada, leyendo sobre su programa de "donación directa". El lenguaje es cuidadosamente neutral, incluso clínico, pero las implicaciones son claras. Algunos padres intencionales prefieren una gestante que también proporcione el óvulo, creando un vínculo biológico. La compensación, señala delicadamente, "refleja el compromiso adicional".

Mi dedo flota sobre el enlace. Esto es una locura. ¿Llevar el bebé de un extraño por dinero? ¿Qué diría mi madre si todavía estuviera viva? Aunque, por otro lado, mamá trabajó en tres empleos para mantenernos a flote y aun así murió con más deudas que ahorros. Nunca llegó a ver nada más allá del interior de fábricas y edificios de oficinas que limpiaba por la noche. Tal vez ella entendería mejor que nadie.

Dejo a un lado el teléfono y sigo con mi rutina nocturna: ducha en el baño tan pequeño que puedo tocar ambas paredes a la vez, cepillar los dientes con el cepillo que debería haber reemplazado hace dos meses y cambiarme por un pijama que en realidad son solo versiones más viejas y suaves de mi ropa regular. La cara en el espejo me devuelve la mirada con ojos cansados y mejillas hundidas. ¿Cuándo empecé a parecer tan desgastada?

Mi estómago gruñe, recordándome que me salté la cena otra vez. El armario ofrece su selección habitual de fideos ramen, una lata de sopa que caducó el mes pasado pero probablemente todavía está bien, y media barra de pan que se está poniendo dura por los bordes. Opto por el ramen, sin molestarme en añadir nada para hacerlo más elegante. Es solo agua caliente y el sobre de sabor, comido mientras estoy de pie sobre el fregadero y desplazándome por mi teléfono.

La página web de la clínica me atrae como un imán. Leo detenidamente la información para posibles gestantes subrogadas, anotando los requisitos. ¿Edad entre 21 y 35 años? Comprobado. ¿Embarazo previo exitoso preferido pero no obligatorio? No tengo, pero quizás pasen por alto ese detalle. Dice que no es obligatorio.

Buscan mujeres con educación universitaria para el programa de donación directa. Toco el punto en mi pared donde cuelga mi título. Tengo una licenciatura en Filología Inglesa de la Universidad Estatal, cuya deuda todavía persigue mi informe crediticio. De poco me ha servido hasta ahora, pero quizás ahora podría dar sus frutos.

¿IMC saludable? Probablemente estoy algo delgada por el estrés y las comidas que me salto, pero dentro del rango. ¿No fumadora? Un hábito asqueroso, y fácil de evitar aunque no lo encontrara desagradable, ya que de todas formas no puedo permitirme los cigarrillos. ¿Sin antecedentes penales? Comprobado. "Apariencia atractiva preferida para candidatas a donación directa". Estudio mi reflejo en la pantalla negra de mi móvil. Solía ser guapa, antes de que el agotamiento se instalara permanentemente. Buena estructura ósea, solía decir mi madre. Quizás eso todavía cuenta para algo.

Antes de poder convencerme de lo contrario, hago clic en el formulario de contacto. Los campos son sencillos: nombre, edad, información de contacto y un breve mensaje sobre por qué estoy interesada. También hay una casilla que pregunta si estoy interesada en la gestación subrogada tradicional o en la donación directa. Mi cursor se detiene sobre ella durante un largo momento antes de marcar la casilla "abierta a ambas opciones".

Mis dedos se mueven por la pantalla casi sin pensamiento consciente.

"Me llamo Blaire Elliott. Tengo 29 años y estoy interesada en obtener más información sobre vuestro programa de gestación subrogada, incluidas las opciones de donación directa. Tengo una licenciatura en Filología Inglesa, gozo de excelente salud y busco una oportunidad para cambiar mis circunstancias mientras ayudo a alguien a crear su familia. Soy soltera, no tengo antecedentes penales y, aunque no he tenido embarazos previos, estoy comprometida a mantener un embarazo saludable".

Miro fijamente las palabras, con el pulgar suspendido sobre el botón de enviar. Una vez que lo envíe, no hay vuelta atrás, pero ¿exactamente a qué estoy renunciando? ¿A más años de trabajos con salario mínimo? ¿A más noches quedándome dormida con el sonido de las discusiones de mis vecinos y despertando a la pesadilla de nunca tener suficiente? ¿Más horas siendo recortadas por corporaciones que me ven como un gasto a minimizar?

Pienso en la mujer del vestido crema, y cómo mencionó casualmente siete cifras. Cómo habló de su amiga que ahora vive en SoHo. ¿Cuán diferente podría ser la vida con ese tipo de colchón económico? No solo sobrevivir sino realmente vivir. Viajar. Un coche fiable. Un apartamento de verdad con un dormitorio y una cocina que no haga las veces de todo lo demás. La capacidad de ayudar con las facturas médicas de Cary.

Pulso enviar antes de poder dudar de mí misma.

La pantalla confirma que mi mensaje ha sido recibido y que alguien se pondrá en contacto conmigo en un plazo de 48 horas. Dejo el teléfono con manos temblorosas, de repente consciente de lo que acabo de hacer, pero debajo del miedo, hay una esperanza genuina de que quizás he encontrado una salida.

Me meto en la cama, subiéndome la fina manta hasta la barbilla. El radiador hace sonar su sinfonía nocturna, y en algún lugar en la distancia, una sirena aúlla por las calles. Esta noche, estos sonidos no me mantienen despierta. En cambio, me voy quedando dormida pensando en cifras de seis o siete dígitos y en un futuro que no se parece a mi pasado.

Mañana, me despertaré a las 6 de la mañana y haré café para personas que no me ven. Sonreiré y tomaré sus pedidos y fingiré que sus quejas sobre el arte de la espuma importan en el gran esquema de las cosas, pero quizás no sea para siempre. Quizás acabo de dar el primer paso hacia una vida donde soy algo más que manos invisibles limpiando los desastres de otras personas.

El último pensamiento antes de que el sueño se apodere de mí no es sobre el dinero, sin embargo. Es sobre las mujeres en el bar del hotel, y cómo hablaron de su amiga como si hubiera hecho algo extraordinario. No vergonzoso o desesperado, sino valiente. Inteligente, incluso. Cómo mencionaron a la graduada de Harvard, que ganó más de un millón de dólares, como si su educación y talento finalmente hubieran encontrado su verdadero valor.

Quizás yo también pueda ser valiente. Quizás mi título, acumulando polvo en la pared, podría realmente significar algo. Quizás ser reducida a una mercancía no es degradante si soy yo quien fija el precio.

2

El peso de la Glock contra mis costillas es un recordatorio del mundo que habito, donde la confianza es un lujo que no puedo permitirme, y los lazos familiares han demostrado ser más letales que cualquier amenaza externa. Presiono mis dedos contra el frío cristal de mi oficina del ático, observando cómo Miami se extiende bajo mis pies como una ostentosa colección de coches y edificios. La ciudad me pertenece de maneras que la mayoría de las personas nunca entendería, no solo a través de escrituras de propiedad y participaciones empresariales, sino mediante una red de miedo, lealtad y obligación que he pasado veinte años tejiendo en sus mismos cimientos.

Mi portátil suena con un correo entrante de mi abogado, Thomas Brennan, un sonido que corta el silencio de la tarde como una hoja atravesando seda. El asunto dice simplemente "Documentación de gestación subrogada lista para revisión", pero esas cinco palabras representan meses de cuidadosa consideración y planificación por mi parte. Regreso a mi escritorio de caoba, el sillón de cuero cruje cuando me acomodo en él, y el vaso de cristal con vodka que me serví hace una hora permanece intacto junto al ordenador.

—*Señor Morozov* —comienza el correo con la típica formalidad americana que siempre suena forzada comparada con la franqueza

de la comunicación rusa—. *He preparado los contratos iniciales y la documentación para su consulta sobre servicios de gestación subrogada, y la Clínica EverAfter viene altamente recomendada para clientes con sus requisitos específicos.*

Examino los documentos adjuntos, absorbiendo cada cláusula y disposición con el mismo cuidado con el que revisaría un acuerdo territorial con organizaciones rivales. Los marcos legales para derechos parentales llenan página tras página, seguidos de protocolos médicos para los procedimientos y acuerdos financieros que garantizan una separación limpia después del nacimiento. Esto es exactamente como debe ser, una transacción comercial diseñada para producir un heredero sin las complicaciones emocionales del matrimonio o el enredo romántico, sin vulnerabilidad ni necesidad de confianza más allá de lo que puede ser legalmente exigible.

Mi teléfono vibra contra la madera pulida de mi escritorio, y el nombre de Dmitri parpadea en la pantalla con una urgencia que inmediatamente exige mi atención. —*Da*? —contesto en ruso, un hábito que persiste incluso después de tres décadas en América, marcándome como eternamente extranjero en esta tierra que he conquistado pero a la que nunca me he unido realmente.

—Tenemos un problema con el territorio de Miami Beach que requiere tu atención inmediata —su voz trae malas noticias envueltas en desapego profesional—. Los colombianos están presionando de nuevo, y atacaron dos de nuestros clubs anoche con más fuerza de lo habitual.

Cierro el portátil lentamente, los documentos de gestación subrogada temporalmente olvidados mientras preocupaciones más inmediatas exigen precedencia. —¿Bajas?

—Tres de los nuestros y uno de ellos, aunque claramente pretendían causar más daño del que consiguieron. Están probando los límites desde que Kozlov se retiró, viendo hasta dónde pueden presionar sin una represalia seria.

Kozlov era el antiguo ejecutor de mi padre, el único hombre que mantuvo los territorios del sur bajo control solo con su reputación, y su mera presencia impidió incursiones como esta durante más de una década. Su ausencia ha creado un vacío que he tardado en llenar, distraído por otras preocupaciones, incluido este acuerdo de gestación subrogada y ahora, los colombianos perciben debilidad como tiburones que huelen sangre en aguas tropicales.

—Reúnete conmigo en el almacén en una hora. Trae a Alexei y a los nuevos reclutas que necesitan aprender cómo manejamos las disputas territoriales. Es hora de un recordatorio sobre los límites y las consecuencias de cruzarlos.

Termino la llamada y apuro el vodka en un movimiento fluido que quema la vacilación y me ancla en el presente. El calor familiar se extiende por mi pecho, alejando los fantasmas que acechan cada decisión importante, aunque el rostro de Vanya todavía destella invitado en mi mente como un espectro que nunca puedo exorcizar completamente. Mi hermano gemelo sigue siendo mi imagen especular y mi mayor fracaso, una herida que se niega a sanar incluso después de trece años.

Es difícil creer que han pasado trece años desde nuestro último encuentro, cuando me miró a través del ataúd de nuestro padre y prometió arrebatarme todo lo que había construido con las mismas manos que una vez jugaron junto a las mías en la infancia. La cicatriz en mi hombro izquierdo late con un dolor fantasma, recordando el cuchillo que clavó allí durante nuestra confrontación final antes de que desapareciera en la clandestinidad europea. Desapareció esa noche como humo en el viento, pero su sombra se extiende sobre cada movimiento que hago, cada decisión que contemplo, y cada momento de debilidad percibida que podría explotar.

Los informes de inteligencia de contactos en Praga y Varsovia sugieren que está construyendo su propia red, reuniendo leales que recuerdan el gobierno de nuestro padre y cuestionan mi legitimidad

como el gemelo mayor por meros minutos. Algunas noches, me despierto esperando encontrarlo de pie a los pies de mi cama, listo para terminar lo que comenzamos en esa habitación empapada de sangre hace trece años. Otras noches, sueño que ya está aquí en Miami, recorriendo mi ciudad con mi cara, socavando mi autoridad con cada respiración mientras permanezco ajeno a su presencia.

Vuelvo a abrir el portátil y regreso a la documentación de gestación subrogada, obligando a mi mente a volver al futuro en lugar del pasado. El lenguaje clínico me atrae con su distancia emocional, términos como "portadora gestacional" y "transferencia de embriones" y "renuncia a los derechos parentales" creando una barrera estéril entre la necesidad biológica y cualquier sentimiento humano desordenado. Términos limpios para un acuerdo limpio, sin complicaciones ni enredos emocionales. Solo una transacción comercial para asegurar que mi linaje continúe independientemente de lo que Vanya pueda tramar en las sombras.

Mi teléfono suena de nuevo, y esta vez, es el propio Thomas Brennan, su voz portadora de esa particular mezcla de distancia profesional e implicación personal que lo hace valioso. —Valentin, quería discutir los arreglos de gestación subrogada con más detalle, particularmente algunos de los aspectos de seguridad que deberíamos considerar. ¿Has tenido la oportunidad de revisar los contratos que envié?

—Los estoy mirando ahora, y parecen lo suficientemente completos para nuestros propósitos. ¿Cuándo podemos proceder con el proceso de selección real?

—EverAfter puede comenzar el proceso de emparejamiento inmediatamente una vez que proporcione la información necesaria. Necesitarán su historial médico completo, resultados de pruebas genéticas y preferencias específicas para la gestante, y todo el proceso suele tardar de tres a seis meses desde la consulta inicial hasta el embarazo confirmado.

—Quiero que todo se agilice porque el tiempo es un factor importante aquí. El dinero no es problema, así que haz lo que sea necesario para acelerar el calendario.

—Entendido completamente, y se lo comunicaré a los administradores de la clínica. También hay algunas consideraciones de seguridad que deberíamos discutir en detalle, dada tu situación única y la naturaleza sensible de este acuerdo.

Se refiere a mi posición en la *Bratva*, aunque nunca hablamos de ello directamente en términos que puedan ser grabados o interceptados. Thomas es uno de los pocos estadounidenses que conoce el alcance completo de mis operaciones, lo que lo hace invaluable para navegar por las complejidades legales que surgen cuando las empresas criminales se cruzan con necesidades comerciales legítimas.

—¿Qué tipo de consideraciones estás sugiriendo?

—Necesitaremos verificaciones exhaustivas de antecedentes de todas las potenciales gestantes, incluidas sus familias extendidas y conexiones sociales. También recomiendo acuerdos de confidencialidad que se extiendan mucho más allá del embarazo, posiblemente a perpetuidad, y restricciones sobre los movimientos y comunicaciones de la gestante durante la gestación para garantizar que no haya brechas de seguridad. Queremos asegurar la confidencialidad completa durante todo el proceso y después.

—Redacta lo que creas necesario, pero asegúrate de que no haya vulnerabilidades que puedan ser explotadas. Quiero que este acuerdo sea hermético desde todos los ángulos.

—Tendré contratos revisados listos para mañana por la mañana a más tardar. Una cosa más que necesitamos discutir: la clínica querrá saber si tienes preferencias respecto a la donante de óvulos, ya que algunos clientes prefieren donación anónima mientras que otros eligen una gestante que también proporciona el óvulo.

La pregunta me hace dudar mientras considero las implicaciones de cada opción. Usar el óvulo de la gestante crea una conexión biológica que podría complicar la separación limpia que busco, potencialmente dándole fundamentos legales para impugnar el acuerdo a pesar de cualquier contrato que firmemos. Sin embargo, la donación anónima de óvulos añade otra variable desconocida a la ecuación, otra persona cuyo material genético contribuye a mi heredero sin mi evaluación directa.

—Consideraré todas las opciones cuando vea a las candidatas y tomaré la decisión basándome en las personas específicas involucradas. Por ahora, mantén abiertas ambas posibilidades y asegúrate de que los contratos cubran cualquiera de los escenarios.

Después de terminar la llamada, me levanto y me dirijo a mi bar privado, cambiando el vodka por whisky, ya que necesito algo con más peso para esta contemplación. La reunión en el almacén puede esperar unos minutos más mientras pienso claramente sobre lo que estoy poniendo en marcha y todas sus posibles ramificaciones.

Un hijo lo cambia todo en mi mundo, pintando una diana en una vida inocente desde el momento de la concepción hasta que sean lo suficientemente mayores para defenderse. Cada organización rival, cada teniente ambicioso y cada enemigo que he hecho durante dos décadas verán a mi heredero como un punto débil para usar contra mí o una amenaza que eliminar antes de que alcance la mayoría de edad. Sin un heredero, todo lo que he construido muere conmigo cuando mis enemigos finalmente tengan éxito, o peor aún, cae en manos de Vanya si resurgiera para reclamar el legado de nuestro padre como el gemelo superviviente.

La ironía no se me escapa mientras hago girar el líquido ámbar en mi vaso. Estoy contratando a una mujer para que lleve a mi hijo precisamente porque no puedo confiar lo suficiente en nadie como para dejarlos acercarse tanto de forma natural a través de relaciones tradicionales. El amor es vulnerabilidad en mi mundo, y el matrimonio es destrucción mutua asegurada cuando ambas partes

saben demasiado sobre los crímenes del otro. ¿Un acuerdo comercial limpio con parámetros claros y puntos finales definidos? Eso lo entiendo perfectamente.

Mi reflejo en la ventana muestra a un hombre de treinta años que parece mayor, con estrés y violencia grabados en cada línea a pesar de mi edad relativamente joven. El traje Armani se ajusta perfectamente porque está adaptado para acomodar la pistolera de hombro que es tanto parte de mi vestimenta diaria como mi reloj o mis gemelos. La ropa cara no puede ocultar en lo que me he convertido por necesidad y ambición. Soy un hombre que no confía en nadie completamente, no ama nada sin reservas y mide cada relación en términos de riesgo versus recompensa.

Termino el whisky y recojo mis llaves de la bandeja plateada en mi escritorio. Dmitri estará esperando en el almacén con nuestra respuesta a la incursión colombiana, y la violencia a veces es necesaria para mantener el orden en este ecosistema que hemos creado. Después de manejar eso con la fuerza apropiada, volveré a los archivos de gestación subrogada y continuaré planificando un legado más allá de territorio y rutas de tráfico.

El ascensor privado desciende cuarenta pisos en un silencio suave, sus mecanismos tan precisos como todo lo demás en mi vida. Mi conductor, Nikolai, ya tiene el Mercedes blindado al ralentí en el garaje subterráneo, con el escape visible en el espacio con clima controlado. Ha estado conmigo quince años y fue uno de los que conoció a mi padre y eligió permanecer leal después de la sucesión de Vanya, y su silencio vale más que sus habilidades de conducción en este negocio.

—Al almacén —digo mientras me acomodo en los asientos de cuero que todavía huelen a nuevo a pesar de años de uso.

Mientras navegamos por el tráfico de Miami con la facilidad de la práctica prolongada, abro el sitio web de la Clínica de Gestación Subrogada EverAfter en mi teléfono y estudio su presentación pulida. Es profesional y discreta, con el lujo suficiente para justificar

sus precios, perfecta para mis necesidades y expectativas. Pronto, comenzarán a enviar perfiles de potenciales gestantes, mujeres que cumplen con mis especificaciones y han pasado sus procesos de selección, que entienden que esto es una transacción comercial más que un viaje emocional hacia la maternidad.

Mi teléfono vibra con un mensaje de texto de un número desconocido, la pantalla iluminándose con un mensaje que me hiela la sangre a pesar del cálido aire nocturno. El mensaje es una sola palabra: "Pronto".

El estilo es inconfundiblemente de Vanya, ya que siempre tuvo inclinación por el gesto dramático sobre la comunicación práctica. Reenvío el mensaje a Kuzma, mi jefe de seguridad, con instrucciones para rastrear el origen, aunque sé que no encontrará más que callejones sin salida y números falsificados. Mi hermano es demasiado inteligente para cometer errores simples que podrían revelar su ubicación, habiendo aprendido de los mejores antes de volver esas lecciones contra nosotros.

Un recuerdo surge sin ser invitado mientras Nikolai navega por la Pequeña Habana hacia el distrito industrial: Vanya y yo a los siete años, antes de que el veneno de la sucesión infectara nuestro vínculo y convirtiera a los hermanos en rivales. Nos escabullíamos en la oficina de Padre mientras él realizaba negocios en otro lugar, jugando a ser hombres poderosos tomando decisiones importantes sobre territorio y tributo.

Mi breve sonrisa desaparece cuando recuerdo que el juego siempre terminaba de la misma manera, con nosotros discutiendo sobre quién se sentaba en la gran silla detrás del enorme escritorio, y quién tenía que ser el jefe en nuestra fantasía infantil. Incluso entonces, la jerarquía importaba más que la hermandad en la casa Morozov.

Nikolai se detiene en nuestro destino. El distrito de almacenes por la noche se siente como otro mundo comparado con las relucientes torres del centro de Miami. Aquí, los negocios legítimos cierran al

anochecer y las sombras se apoderan, proporcionando cobertura para la economía real que mantiene funcionando esta ciudad. Las luces del almacén brillan contra la oscuridad como ojos en la noche, y a través del parabrisas, veo a Dmitri esperando con una docena de nuestros soldados dispuestos en posiciones tácticas. Hombres jóvenes en su mayoría, ansiosos por demostrar que son dignos del nombre Morozov, y que aún no entienden que la violencia es una herramienta más que una solución para cada problema.

Antes de salir, firmo digitalmente los documentos de gestación subrogada en mi teléfono y los reenvío a Thomas con instrucciones de proceder inmediatamente. La decisión está tomada y es irreversible ahora. En un año, el nombre Morozov tendrá una nueva generación para llevarlo adelante hacia cualquier futuro que le espere.

—Señor —Nikolai abre mi puerta—. Dmitri dice que los colombianos trajeron refuerzos de fuera de la ciudad, posiblemente de sus operaciones en Atlanta.

—Bien —reviso mis armas sistemáticamente, asegurándome de que cada pieza esté correctamente colocada en su lugar designado—. Deja que aprendan la lección adecuadamente para que no tengamos que repetirla el próximo mes.

Mientras camino hacia el almacén y la violencia necesaria que espera dentro, mi mente permanece dividida entre dos futuros posibles que parecen cada vez más entrelazados. Un futuro de sangre y balas, manteniendo el imperio que he construido mediante la fuerza y el miedo, y otro de vida nueva creciendo en instalaciones médicas prístinas, creando un hijo que podría heredar todo lo que he creado sin las cicatrices que llevo por haberlo ganado.

Dentro del almacén, los colombianos que capturamos durante su incursión se arrodillan en el centro del espacio abierto, con las manos atadas con bridas detrás de la espalda, el miedo evidente a pesar de sus intentos de desafío. Esta es la realidad de mi mundo

despojada de pretensiones, brutal e implacable pero necesaria para mantener el orden.

—Caballeros —me dirijo a ellos en inglés acentuado, sabiendo que entienden perfectamente a pesar de que algunos fingen lo contrario —. Habéis cometido un error de juicio que podría tener graves consecuencias. Vamos a discutir cómo corregirlo antes de que las cosas escalen más allá del control de cualquiera.

Mientras me muevo a través del ritual familiar de intimidación y negociación, parte de mi mente calcula variables completamente diferentes relacionadas con el acuerdo de gestación subrogada. Considero protocolos de seguridad para proteger a una mujer embarazada que lleva mi futuro, instalaciones médicas en las que se puede confiar con información tan sensible, y marcos legales que aseguren el control absoluto sobre la crianza y la herencia del niño.

Miro a uno de los jóvenes colombianos, que no puede tener más de veinte años, temblando a pesar de sus intentos de bravuconería, y me recuerda a Vanya y a mí a esa edad. Estábamos desesperados por demostrarnos dignos sucesores, dispuestos a morir por un respeto que aún no entendíamos, y atrapados en un ciclo que nuestro padre perpetuaba a través de una cuidadosa manipulación. El patrón continúa generación tras generación a menos que alguien lo rompa deliberadamente.

El cuchillo en mi mano capta la luz mientras hago mi punto a su líder sobre los límites territoriales y el coste de cruzarlos. Este es el poder en su forma más cruda. Es la capacidad de dar vida o quitarla a voluntad, de construir dinastías o destruirlas con igual facilidad. Pronto, ejerceré ese poder en crear en lugar de destruir, trayendo un hijo que heredará el nombre y el imperio Morozov pero quizás no la maldición Morozov de hermano contra hermano.

Mientras la sangre se derrama en cantidades cuidadosamente medidas, y las líneas de territorio se redibujan mediante la fuerza y la negociación, veo mi reflejo en un charco en el suelo de hormigón. Detrás de mi expresión cuidadosamente mantenida acecha el

espectro de Vanya, mi gemelo cuya ausencia atormenta cada decisión como una herida que no sanará. Los informes de inteligencia susurran sobre sus movimientos en Praga y Varsovia. Está planeando algo sustancial, preparándose para desafiar mi reclamo al trono de nuestro padre cuando piense que soy más vulnerable.

Un hijo solidifica mi posición de maneras que nada más puede. Si Vanya tiene éxito en eliminarme —una posibilidad que debo considerar a pesar de todas las precauciones— mi linaje continúa a través de herederos legítimos. El legado Morozov fluiría exclusivamente a través de mi rama, no la suya, asegurando que el imperio de nuestro padre permanezca bajo mi linaje independientemente de mi destino personal. Esto no se trata de sentimentalismo o paternidad tradicional como otros podrían entenderlo. Se trata de poder, la única moneda que realmente importa en nuestro mundo, y la sucesión de sangre que trasciende la muerte y extiende la influencia más allá de la tumba.

Los colombianos se van con mi mensaje, su líder cuidando una herida cuidadosamente colocada que lo marcará pero no lo dejará lisiado. Recordarán esta noche antes de probar nuestros límites de nuevo, y la palabra se extenderá a través de sus redes de que el territorio Morozov sigue siendo inviolable. Dmitri y los hombres comienzan los procedimientos de limpieza mientras regreso al Mercedes, mi traje sin marcas a pesar de la violencia recién concluida gracias a un cuidadoso posicionamiento y experiencia.

—A casa —le digo a Nikolai mientras me acomodo de nuevo en los asientos de cuero que se sienten increíblemente suaves después de la dura realidad del almacén.

Mientras las luces de Miami pasan borrosas por las ventanas tintadas como estrellas caídas a la tierra, pienso en la mujer que pronto llevará a mi heredero en algún lugar de esta vasta ciudad. Será cuidadosamente seleccionada entre docenas de candidatas, minuciosamente examinada por profesionales médicos y expertos en

seguridad, y generosamente compensada por su servicio. Entenderá que esto es negocio más que romance, una transacción más que una relación, y me dará la continuación de mi linaje antes de desaparecer según el contrato que ambos firmaremos.

La ciudad brilla bajo las ventanas de mi ático como un reino esperando a su príncipe, y para esta época del próximo año, ese príncipe existirá en realidad más que en especulación. Creciendo célula por célula en el vientre de una extraña que nunca sabrá el verdadero peso de lo que lleva, la próxima generación del liderazgo Morozov se desarrollará en seguridad y secreto. La dinastía continuará, más fuerte y más segura que nunca, protegida por documentos legales y ciencia médica más que solo por fuerza y miedo. Es quizás la transacción más pura posible en un mundo construido sobre el engaño y la traición: dinero por servicios biológicos, sin pretensión de un significado más profundo.

3

La puerta de mi estudio se atasca como siempre, requiriendo esa combinación especial de presión con el hombro y movimiento de llave que he perfeccionado durante los dos años que llevo viviendo aquí. El pasillo apesta a lo que sea que estén friendo tres puertas más allá, mezclado con el moho omnipresente que parece filtrarse desde los huesos del edificio. Después de diez horas limpiando baños, cambiando sábanas y fingiendo ser invisible en el Hotel Atlantis Grand, cada músculo de mi cuerpo grita pidiendo descanso.

Los cuatro tramos de escaleras se han convertido en mi Everest personal después de los turnos dobles, cada escalón es un recordatorio de que el ascensor lleva roto desde que me mudé y el casero lo considera una "reparación no esencial". Mis rodillas protestan con cada descansillo, y me agarro a la barandilla suelta que se tambalea bajo mi peso, amenazando con desprenderse completamente de la pared. El hijo de alguien ha dejado un coche de juguete en el descansillo del tercer piso, y casi tropiezo con él bajo la tenue luz de la única bombilla que funciona.

Dejo caer mi bolso en la encimera que sirve como espacio de trabajo de cocina, mesa de comedor y escritorio, dependiendo de la hora. El apartamento es exactamente lo que se consigue por mil dólares al

mes en Miami: una habitación con una cocinita, un baño tan pequeño que puedo tocar ambas paredes mientras estoy sentada en el inodoro, y ventanas que no cierran del todo. El aire acondicionado resopla como una persona mayor asmática, produciendo más ruido que refrigeración real, lo que significa que la humedad de Florida ha dejado todo ligeramente húmedo al tacto.

La luz roja de mi antiguo portátil parpadea, indicando nuevos correos electrónicos. Probablemente más facturas que no puedo pagar o spam prometiendo pérdida de peso milagrosa.

Sentándome en la silla cercana con un suspiro de alivio, abro el ordenador y espero a que cobre vida con dificultad. La pantalla parpadea dos veces antes de estabilizarse, otra señal de que este dinosaurio tecnológico está en las últimas, pero un nuevo portátil ni siquiera es una posibilidad cuando tengo que elegir entre electricidad y comida cada mes.

El primer correo electrónico me deja paralizada. La Clínica de Gestación Subrogada EverAfter ha respondido a mi consulta inicial de hace tres días. Mi dedo se detiene sobre el panel táctil mientras recuerdo ese momento de desesperación cuando pulsé enviar, impulsada por conversaciones escuchadas sobre pagos de seis cifras y mujeres que cambiaban sus vidas a través de la gestación subrogada.

«Estimada Sra. Elliott», comienza el correo con una cortesía formal que se siente extraña después de un día en el que los huéspedes del hotel y mi jefe me han gritado. «Gracias por su interés en nuestro programa de gestación subrogada. Le invitamos a completar el cuestionario completo adjunto para comenzar el proceso de selección. Tenga en cuenta que completar este cuestionario no garantiza la aceptación en nuestro programa, pero es el primer paso en nuestro exhaustivo proceso de evaluación».

Hago clic en el archivo adjunto y mi pantalla se llena de preguntas, páginas y páginas de ellas. El PDF muestra un total de treinta y dos páginas, cada una densamente llena de consultas que quieren

explorar cada rincón de mi existencia. Quieren saberlo todo, incluyendo historial médico de hasta tres generaciones atrás, formación académica, historial laboral, estilo de vida, embarazos previos (ninguno), antecedentes penales (ninguno), consumo de drogas (ninguno) y consumo de alcohol (ocasional, lo que podría ser estirar la verdad ya que apenas puedo permitirme comida, mucho menos vino).

La primera sección se centra en datos demográficos básicos, pero incluso estas simples preguntas tienen peso.

Edad: 23.

Altura: 1,68 m.

Peso: 53,5 kg, probablemente menos ahora, ya que he estado saltándome comidas para ahorrar dinero.

Color de ojos: Marrón.

Color de pelo: Castaño oscuro.

Raza: Caucásica.

Nada complicado aquí. Solo hechos que me reducen a estadísticas en una página.

La sección de historia familiar escuece como sal en una herida abierta. Padres: Ambos fallecidos. Mi madre murió por complicaciones de diabetes cuando yo tenía diecinueve años, una enfermedad que no podía permitirse tratar adecuadamente y que dejó de intentar tras la muerte de Casey el año anterior. Papá la siguió dos años después por un ataque cardíaco a los cincuenta y tres, que los médicos dijeron que estaba relacionado con el estrés, pero fue por la pena. Quieren detalles sobre hermanos, y escribo cuidadosa y clínicamente, reduciendo la vibrante vida de mi hermana a fechas y términos médicos.

«Hermana: Cary Elliott, fallecida a los dieciocho años. Causa de la muerte: Accidente vehicular con lesión cerebral traumática». El

cursor parpadea después de esa frase, esperando más, pero ¿cómo explico que ella era la inteligente, la que tenía la beca para Duke, la que iba a sacar a toda nuestra familia de la pobreza? ¿Cómo transmito que su muerte no fue solo una estadística sino el momento en que todo se derrumbó?

La sección sobre condiciones genéticas me obliga a hurgar en mi memoria para recordar historias familiares. No hay cáncer que yo sepa, aunque quién sabe qué podría haber estado oculto sin diagnosticar en familiares que no podían permitirse revisiones regulares. No hay enfermedades mentales documentadas oficialmente, aunque los «cambios de humor» del tío Ray podrían haber sido depresión clínica si alguien se hubiera molestado en evaluarlo. No hay enfermedades hereditarias a menos que cuentes la tendencia familiar a la terquedad y la mala suerte.

Vuelvo a la página web de la clínica mientras el cuestionario me mira fijamente desde otra pestaña. Esta vez, encuentro una sección que me perdí antes con testimonios de gestantes anteriores. La página se carga lentamente, revelando historia tras historia de transformación. El relato de la primera mujer me deja helada:

«Llevé gemelos para una maravillosa pareja de Alemania. La compensación me permitió pagar setenta y cinco mil en préstamos estudiantiles y comenzar mi propio negocio. Ahora dirijo una boutique online exitosa y tengo una libertad financiera que nunca imaginé posible. La experiencia fue desafiante pero finalmente gratificante, sabiendo que ayudé a crear una familia mientras aseguraba mi propio futuro».

Mis préstamos estudiantiles son solo de treinta y dos mil, pero bien podrían ser tres millones dada mi incapacidad para pagarlos. Los mínimos mensuales se comen un tercio de mis ingresos, y apenas estoy tocando el capital. Sigo leyendo, y cada testimonio es más convincente que el anterior.

Una mujer llamada Sue escribe sobre la compra de su primera casa después de ser gestante, describiendo el momento en que recibió

las llaves de una casa de tres dormitorios en las afueras. «Pasé de un estudio con cucarachas a un lugar con jardín», escribe. «Mis hijos ahora tienen sus propias habitaciones y un patio para jugar. El viaje de la gestación subrogada fue difícil, pero cambió nuestras vidas por completo».

Otro testimonio habla de financiar un tratamiento médico: «Mi madre necesitaba una terapia experimental contra el cáncer no cubierta por el seguro. Ser gestante me dio los medios para pagar su tratamiento. Ahora está en remisión, y nunca me arrepentiré de la elección que hice».

Y luego uno que hace que mi pecho se apriete con reconocimiento: «Mi hermana necesitaba un trasplante de riñón, y mi familia no podía permitirse las facturas médicas incluso con seguro. Ser gestante para un maravilloso padre intencional me dio los medios para salvar su vida. Ahora está sana y persiguiendo su sueño de convertirse en médico».

Cierro los ojos, recordando a Cary en esa cama de hospital, con máquinas manteniéndola viva mientras yo sostenía su mano y susurraba mentiras sobre que todo estaría bien. Los recuerdos vuelven sin ser invitados: el olor a antiséptico, el constante pitido de los monitores y cómo su mano se sentía tan pequeña y fría en la mía. Si hubiera tenido dinero entonces, ¿podría haberla salvado? Los médicos dijeron que el daño era demasiado grave, pero ¿y si hubiéramos podido permitirnos trasladarla a un hospital mejor, traer especialistas o probar tratamientos experimentales?

¿Y si el dinero pudiera haber comprado milagros?

Los «y si» son territorio peligroso, pero no puedo evitar recorrer ese camino. El seguro cubrió lo básico (si se puede llamar básico al soporte vital y la atención estándar), pero hubo rumores de nuevos tratamientos y terapias de vanguardia en instalaciones que no podíamos permitirnos. Un médico mencionó un programa en Suiza, otro sugirió un especialista en Nueva York, pero estas eran fantasías para gente como nosotros. Tuvimos suerte de mantenerla cómoda

en el hospital local, y suerte de que el seguro no se agotara antes del final.

Vuelvo al cuestionario con renovada certeza. La sección de educación parece bastante sencilla. Licenciatura en Inglés de la Universidad Estatal, graduada con un promedio de 3,7. Quieren saber sobre actividades extracurriculares, honores y logros académicos. Los enumero obedientemente: Lista del Decano cuatro semestres, editora de la revista literaria y tutora en el centro de escritura. Todos esos logros significaron tanto en su momento pero no significan nada ahora cuando me gano la vida fregando inodoros.

La sección de historial laboral es deprimente en su brevedad. Posición actual: Limpiadora en el Hotel Atlantis Grand, seis meses. Tacho parte del siguiente campo para reflejar que trabajo en dos empleos. ~~Anterior~~ Segunda posición actual: Barista en Coffee Corner, dieciocho meses. Una serie de trabajos con salario mínimo que apenas me mantienen a flote sigue a esos, cada uno un recordatorio de lo lejos que he caído de aquellos sueños universitarios de ser escritora o editora.

Quieren saber sobre mi situación de vivienda, y describo mi apartamento honestamente pero de forma sucinta. No menciono las cucarachas, las manchas sospechosas en la moqueta, o cómo las tuberías gimen y gotean. Probablemente no les importan esos detalles.

La sección de estilo de vida pregunta sobre dieta, ejercicio y manejo del estrés. Casi me río con lo último.

¿Manejo del estrés? Mi vida entera es estrés.

Mi dieta consiste en lo que sea más barato en el supermercado. El ejercicio ocurre en el trabajo, donde corro de un lado a otro detrás del mostrador de barista durante horas, o camino millas de pasillos de hotel y subo innumerables tramos de escaleras porque el ascensor de servicio siempre está ocupado.

El cuestionario profundiza en hábitos personales con precisión clínica. ¿Fumo? Nunca. ¿Bebo? Ocasionalmente, cuando me lo puedo permitir, lo que no es a menudo. ¿He usado alguna vez drogas ilegales? No, a menos que cuentes la medicación caducada para el dolor que guardé después de la extracción de mis muelas del juicio, racionándola para los peores dolores menstruales porque no puedo permitirme renovar recetas.

El historial sexual viene a continuación, y las preguntas son invasivas pero comprensibles dado el contexto. Número de parejas: Tres. Todas fueron relaciones que se apagaron cuando se dieron cuenta de que no tenía nada más que ofrecer aparte de mí misma: sin dinero para citas, sin un bonito apartamento para pasar el rato y sin perspectivas de un futuro mejor. El estado de relación actual es soltera, y probablemente seguirá siéndolo dadas mis circunstancias.

La sección de evaluación psicológica es extensa, preguntando sobre mi historial de salud mental, mecanismos de afrontamiento y sistemas de apoyo. ¿He sido diagnosticada alguna vez con depresión o ansiedad? No, pero solo porque nunca he podido permitirme terapia. ¿Tengo una red de apoyo? Pienso en mis pocos amigos restantes de la universidad, dispersos por todo el país siguiendo carreras mientras yo estoy atrapada en Miami. Intercambiamos mensajes ocasionalmente, pero están viviendo vidas con las que apenas puedo relacionarme ya.

Quieren saber sobre mi experiencia con niños. Describo trabajos de canguro en el instituto, mi breve paso como monitora de campamento un verano durante la universidad, y los niños del vecino a los que a veces cuido a cambio de una comida casera. No es una experiencia extensa, pero siempre me he sentido cómoda con los niños, quizás porque no te juzgan por ser pobre o por tener trabajos serviles.

La sección final pregunta sobre mis motivaciones para convertirme en gestante, requiriendo un ensayo. Miro fijamente el cuadro de texto vacío durante un largo momento antes de escribir:

«Mi decisión de explorar la gestación subrogada combina la necesidad práctica con un deseo genuino de ayudar a otros. Como mujer de veintitrés años que trabaja en varios empleos con salario mínimo, me enfrento a la dura realidad de que los caminos tradicionales hacia la estabilidad financiera están fuera de mi alcance. A pesar de tener una licenciatura, lucho por cubrir gastos básicos y no veo una manera realista de mejorar mi situación a través de medios convencionales.

La compensación por la gestación subrogada sería transformadora, permitiéndome pagar préstamos estudiantiles, establecer ahorros y potencialmente volver a la escuela para formación adicional en un campo más comercializable. Sin embargo, mis motivaciones van más allá de consideraciones financieras. Habiendo perdido a mi hermana hace siete años, entiendo el profundo impacto de la familia y el devastador vacío que deja su ausencia. Si puedo ayudar a alguien más a completar su familia mientras aseguro mi propio futuro, el acuerdo se vuelve mutuamente beneficioso en el sentido más verdadero.

Abordo esta oportunidad con los ojos claros y expectativas realistas. Entiendo las demandas físicas y emocionales del embarazo, las implicaciones legales de la gestación subrogada y la necesidad de mantener límites apropiados. Mis experiencias de vida me han enseñado resiliencia y pragmatismo, cualidades que creo me servirían bien durante este proceso.

Además, me atrae la idea de que mis luchas actuales puedan servir a un propósito mayor. En lugar de simplemente soportar trabajo con salario mínimo indefinidamente, podría usar mi cuerpo sano y espíritu dispuesto para crear una familia para alguien que desesperadamente la desea. Esta transformación de mis circunstancias, de mera supervivencia a acción con propósito, apela tanto a mi naturaleza práctica como a mi deseo de causar un impacto positivo.

En conclusión, veo la gestación subrogada como una oportunidad de beneficio mutuo: crear vida y cumplir sueños mientras establezco las bases para mi propia estabilidad futura. Estoy preparada para los desafíos que este viaje conllevaría y comprometida a cumplir todas las obligaciones con profesionalismo y dedicación».

Leo mi ensayo una vez más, ajustando algunas palabras, y luego envío todo el cuestionario antes de perder el valor. La barra de carga parece moverse a cámara lenta, y cuando finalmente aparece la página de confirmación, por fin exhalo.



Dos días después, estoy caminando por Federal Highway hacia la dirección que proporcionó EverAfter, agradecida por el raro día nublado que hace que el calor del verano de Miami sea casi soportable. El viaje en autobús tomó cuarenta minutos con dos transbordos, recordándome por qué necesito esta oportunidad tan desesperadamente. El transporte público en Miami es su propia forma especial de purgatorio, especialmente en agosto, cuando la humedad hace que respirar se sienta como ahogarse.

La clínica ocupa todo el tercer piso de un reluciente edificio médico, todo vidrio y acero que refleja el cielo como un espejo. El contraste con mi barrio es chocante: aquí, todo es nuevo, limpio y funcional. Incluso las aceras carecen de las grietas y manchas que estoy acostumbrada a sortear. El aire acondicionado del vestíbulo me golpea como una ráfaga ártica cuando entro, tan frío que realmente tiemblo a pesar del sudor que aún se seca en mi piel.

Me registro en el mostrador de seguridad, recibo una credencial de visitante y tomo el ascensor hasta el tercer piso. Las puertas se abren a una zona de recepción que no se parece a ninguna instalación médica en la que haya estado antes. Sillones de piel dispuestos alrededor de mesas de cristal que sostienen arreglos de orquídeas frescas. Las orquídeas son blancas y moradas, y tan

perfectas que casi parecen falsas, pero la sutil fragancia me dice que son reales. Arte abstracto en tonos azules y grises tranquilizadores decora las paredes, y una fuente de agua en la esquina murmura suavemente, enmascarando cualquier silencio incómodo con su serenidad artificial.

Tres mujeres más están sentadas en la sala de espera, cada una absorta en sus teléfonos o en las revistas desplegadas sobre las mesas de café. Me pregunto si están aquí por la misma razón, y si también están calculando cuántos meses de alquiler podría cubrir el pago por la gestación subrogada. Una parece tener mi edad, vestida con vaqueros y una blusa bonita que sugiere trabajo de oficina en lugar de trabajo manual. Otra parece mayor, quizás treinta y tantos, con los ojos cansados de alguien que ha estado luchando durante demasiado tiempo. La tercera está oculta detrás de un ejemplar de Vogue, con solo sus uñas perfectamente manicuradas visibles.

—¿Señorita Elliott? —Una mujer con un vestido azul marino a medida aparece desde una puerta lateral. Todo en ella grita competencia profesional, desde su maquillaje sutil hasta sus tacones bajos—. El Dr. Petrov está listo para atenderla.

La sigo por un pasillo que podría pertenecer a un hotel de lujo, con su iluminación suave y su alfombra mullida. Las paredes muestran más arte abstracto y alguna que otra certificación médica, pero incluso estos documentos oficiales están enmarcados en madera de aspecto caro que coordina con la decoración. Abre una puerta para revelar una oficina en lugar de una sala de examen, aunque los diplomas médicos cubren una pared como trofeos.

El Dr. Petrov se levanta desde detrás de su escritorio. Tiene unos cuarenta y tantos años, con pelo entrecano perfectamente peinado y gafas con montura metálica. Proyecta ese tipo de calidez autoritaria que debe llevar años perfeccionar, la clase que te hace confiar en él instantáneamente aunque acabes de conocerlo. —Señorita Elliott, por favor, tome asiento. ¿Le apetece agua? ¿Té? Tenemos un té verde delicioso que muchos de nuestros clientes disfrutan.

—Agua estaría bien, gracias —mi voz suena más firme de lo que me siento.

Sirve de una jarra de cristal. Incluso sus vasos de agua son elegantes, objetos pesados que se sienten sustanciales en mi mano.

Luego, se sienta frente a mí con una carpeta de piel. Las sillas son de esas que te envuelven, tan cómodas que tengo que resistir el impulso de hundirme y cerrar los ojos.

—He revisado su cuestionario a fondo. Respuestas muy completas, gracias. Antes de proceder con el examen físico y los análisis de sangre, me gustaría hablar sobre sus motivaciones para considerar la gestación subrogada.

He ensayado esta respuesta, pero las palabras aún se me atascan en la garganta. —La compensación cambiaría mi vida. Estoy cansada de vivir de un sueldo a otro, de trabajar en varios empleos solo para sobrevivir, pero es más que eso. —Tomo aire, encontrando verdad en mis palabras preparadas—. Quiero ayudar a alguien a formar su familia. Sé lo que es perder a la familia, tener ese vacío en tu vida. Si puedo ayudar a llenarlo para otra persona mientras aseguro mi propio futuro, parece que todos ganan.

El Dr. Petrov asiente, tomando notas en su carpeta con una pluma estilográfica que se desliza silenciosamente por el papel. —Esa es una perspectiva madura. Muchas de nuestras gestantes más exitosas comparten motivaciones similares, altruismo combinado con necesidades prácticas. Ahora, hablemos de lo que implica el proceso en detalle.

Me explica todo con la paciencia de alguien que ha dado esta presentación cientos de veces pero aún se preocupa por hacerla clara.

Si elijo usar mis propios óvulos —lo que viene con una compensación más alta— el proceso probablemente implicaría medicación para estimular la ovulación e inseminación programada.

Tomaría píldoras o inyecciones para estimular el crecimiento folicular, me harían análisis de sangre y ecografías para controlar los niveles hormonales, y luego me sometería a inseminación intrauterina, donde el esperma del padre de intención se colocaría directamente en mi útero. Es menos invasivo que la FIV pero aún así cronometrado con precisión hasta la hora.

Si decido actuar como gestante sustituta en su lugar, llevando un embrión creado con el óvulo y esperma de otra persona, el proceso sería diferente. Eso implicaría inyecciones hormonales diarias para preparar mi útero para la implantación, seguidas de un procedimiento de transferencia donde colocan el embrión en mi vientre. La preparación sería más intensa —estrógeno, progesterona y tal vez anticonceptivos antes para regular el tiempo— y el horario sería más estricto. Teniendo en cuenta que hay más pasos, casi me sorprende que esa opción pague menos que el programa de donante directo, pero supongo que la compensación extra es por alejarme de mis hijos.

No, no míos. Serían de él, del hombre desconocido en la foto, que quiere un hijo. Serían... el resultado de mi contribución genética. Tengo que pensar en ello de esa manera y mantenerlo como un asunto de negocios.

De cualquier manera, una vez embarazada, las expectativas son las mismas. Tendré monitoreo regular, requisitos dietéticos y restricciones de estilo de vida. Algunos clientes tienen otras restricciones o requisitos que vienen con compensación adicional. No habrá alcohol, no fumar, cafeína limitada, ejercicio moderado y nutrición cuidadosa. Básicamente, mi cuerpo se convierte en el vivero temporal de alguien, y quieren asegurarse de que el papel pintado se mantenga impecable.

—Nuestros clientes también son cuidadosamente seleccionados —continúa—. Trabajamos con individuos y parejas que pueden proporcionar excelentes hogares para estos niños. Los padres de intención se someten a evaluación psicológica, verificación de

antecedentes y verificación financiera. Nos aseguramos de que cualquier niño nacido a través de nuestro programa sea deseado, amado y bien atendido.

El examen médico que sigue es minucioso pero respetuoso. Una enfermera llamada Carmen, que charla sobre el clima mientras toma mis signos vitales, hace que el proceso parezca menos clínico. Ha tratado con decenas de posibles gestantes, me dice, y sabe lo nerviosas que se ponen todas durante su primera visita. Mi presión arterial es excelente, y mi peso es saludable aunque un poco por debajo de lo normal. El Dr. Petrov me examina, revisando mi corazón, pulmones, ganglios linfáticos y abdomen antes de hacer un rápido y moderadamente doloroso examen pélvico.

La extracción de sangre es extensa, ocho viales que analizarán todo, desde marcadores genéticos hasta enfermedades infecciosas. Carmen etiqueta cada uno cuidadosamente mientras explica qué están analizando: hemograma completo, niveles hormonales, detección genética de varias condiciones, VIH, hepatitis, ETS y detección de drogas ilícitas. —Somos muy minuciosos —dice con una sonrisa tranquilizadora—. Queremos asegurar los mejores resultados posibles para todos los involucrados.

—También necesitaremos una evaluación psicológica —dice el Dr. Petrov mientras Carmen venda el sitio de la extracción de sangre—. Nuestra psicóloga evaluará su preparación emocional para la gestación subrogada. Es un compromiso significativo, y queremos asegurarnos de que esté completamente preparada.

La evaluación psicológica tiene lugar en otra oficina hermosamente acondicionada, esta con iluminación más suave y una disposición de asientos más informal. La Dra. Esme Martínez tiene ojos amables y paciencia infinita, haciendo preguntas que profundizan más que el cuestionario. Hablamos sobre mis relaciones familiares, la muerte de mi hermana, la pérdida de mis padres dentro de los tres años posteriores a la muerte de Cary, y cómo he afrontado la pérdida y el

estrés. Está particularmente interesada en mi sistema de apoyo, o la falta del mismo.

—La gestación subrogada puede ser emocionalmente desafiante. Las hormonas, los cambios físicos y la experiencia de llevar un niño que no va a criar requieren fuertes mecanismos de afrontamiento y, idealmente, una buena red de apoyo.

Soy honesta sobre mi aislamiento, mis pocos amigos dispersos geográficamente, y mi tendencia a manejar las cosas sola. Ella toma notas pero no parece desaprobar, solo ser minuciosa. Hablamos sobre mi comprensión de los límites y mi capacidad para separar la experiencia física del embarazo del apego emocional hacia el niño.

—Algunas mujeres lo encuentran más difícil de lo que esperaban —dice suavemente—. Las hormonas especialmente pueden crear respuestas emocionales inesperadas. ¿Cómo cree que manejará eso?

Considero la pregunta cuidadosamente. —Nunca he estado embarazada, así que no puedo saberlo con certeza, pero he manejado otras situaciones difíciles —la muerte de mi hermana, la muerte de mis padres y el estrés financiero continuo— centrándome en lo que hay que hacer en lugar de perderme en las emociones. Imagino que abordaría esto de la misma manera. Es un trabajo que requiere límites profesionales.

Pregunta sobre mis planes futuros, como qué haría con la compensación. Describo mis sueños de estabilidad financiera, tal vez volver a la universidad para obtener un título más práctico, y construir una vida donde no esté constantemente preocupada por el dinero. Estos parecen sueños modestos comparados con las ambiciones de algunas personas, pero son míos.

Tres horas después de llegar, salgo de la clínica con un paquete de información tan grueso como un libro de texto y la cabeza dando vueltas con posibilidades. La evaluación psicológica había sido intensa pero justa, sondeando mis motivaciones y preparación emocional sin juzgar. El paquete incluye contratos de muestra,

información médica más detallada y perfiles de gestantes anteriores que han completado con éxito el programa.

Afuera, el calor de Miami se siente diferente de alguna manera. Menos opresivo y más como un cálido abrazo de posibilidad. Tomo el autobús a casa, leyendo historias de éxito de mujeres que han transformado sus vidas a través de la gestación subrogada, que han pasado de la pobreza a la estabilidad, de sobrevivir a prosperar mientras avanzamos lentamente entre el tráfico.

Esa noche, acostada en mi colchón lleno de bultos, mirando las manchas de agua en el techo mientras las sirenas aúllan en la distancia. Los sonidos de vecinos discutiendo y perros ladrando se desvanecen en ruido de fondo mientras me concentro en el futuro potencial que tengo por delante.

En mi mano, sostengo la tarjeta de visita que me dio el Dr. Petrov. —Llame cuando haya tomado su decisión —había dicho—. Si sus análisis de sangre salen limpios y pasa todas nuestras evaluaciones, podríamos tenerla emparejada con padres de intención en cuestión de semanas.

Pienso en Cary, en los sueños que tenía antes de que ese conductor borracho le robara su futuro. Ella quería ser científica investigadora y era brillante. Tenía tanto amor para dar, y tanta vida por vivir. Quizás esta es mi oportunidad de honrar su memoria no solo sobreviviendo, sino ayudando a crear vida y posibilitando los sueños de familia de otra persona.

Mi teléfono vibra con un mensaje de mi gerente en el hotel, recordándome que estoy programada para el turno temprano mañana. Hora de inicio a las cinco de la mañana, salario mínimo y trabajo ingrato. La misma rutina en la que he estado atrapada durante dieciocho meses desde que me gradué y no pude encontrar trabajo con mi título, sin un final a la vista a menos que algo cambie drásticamente. Dejo a un lado el teléfono y vuelvo a coger la tarjeta de la clínica.

Por primera vez desde que murió Cary, siento algo más que agotamiento y dolor. Es esperanza, tan frágil como las orquídeas en esa inmaculada sala de espera, pero real. Mañana, trabajaré mi turno, sonreiré a los huéspedes que no me ven, y limpiaré habitaciones en las que nunca podré permitirme alojarme, pero ahora, hay una posible vía de escape y una oportunidad para algo mejor.

Es una transacción comercial, nada más, pero se siente como el comienzo de algo más grande, que finalmente podría llenar los espacios vacíos que Cary dejó atrás.

4

Unas semanas después de registrarme como cliente, los archivos digitales de la Clínica de Gestación Subrogada EverAfter llegan encriptados, tal como solicité, requiriendo tres contraseñas diferentes para acceder. Me siento en el santuario penumbroso de mi despacho, con el horizonte de Miami resplandeciendo más allá como un recordatorio enjoyado de todo lo que he construido y todo lo que podría perder si mi linaje termina conmigo. El resplandor azul de la pantalla de mi ordenador proyecta duras sombras sobre mi rostro mientras comienzo el proceso de revisar posibles gestantes, cada perfil una posible solución a mi problema de sucesión.

La primera candidata es una rubia alta con rasgos nórdicos, su foto de perfil profesional pulida a la perfección. Según su expediente, tiene un máster en trabajo social y colabora como voluntaria en tres organizaciones benéficas diferentes. Su ensayo enfatiza su deseo de "dar el regalo de la vida" y "ayudar a crear familias amorosas".

Las palabras son demasiado vacías, demasiado falsas y demasiado deliberadas. Parece un intento de atraer a clientes adinerados.

Examino su extensa información familiar: padres aún casados, dos hermanos, una hermana, todos viviendo a menos de ochenta kilómetros unos de otros. Demasiadas conexiones, demasiadas complicaciones potenciales y demasiadas personas que podrían

desarrollar opiniones sobre el niño que llevaría. Muevo su expediente a la carpeta de rechazos sin titubear.

El segundo perfil muestra a una pelirroja con impactantes ojos verdes y un currículum impresionante. Graduada en Harvard, MBA en Stanford, y actualmente trabaja como ejecutiva de marketing. Sus registros financieros muestran que le va lo suficientemente bien como para que el pago por la gestación, aunque sustancial, no le cambiaría la vida. Esto me preocupa más que su inteligencia. Alguien que elige la gestación subrogada sin una necesidad financiera desesperada tiene otras motivaciones: quizás la experiencia en sí, o tal vez alguna noción equivocada de nobleza. En cualquier caso, es más probable que desarrolle vínculos emocionales y quiera mantener una conexión continua con el niño. Otro rechazo.

Reviso perfil tras perfil, cada mujer reducida a estadísticas y evaluaciones. Altura, peso, nivel educativo, historial médico familiar y puntuaciones de evaluación psicológica. Algunas son demasiado jóvenes, apenas salidas de la universidad y probablemente se verían abrumadas por la realidad del embarazo. Otras son demasiado mayores, sus relojes biológicos creando una urgencia que podría nublar su juicio. Varias tienen hijos propios, lo que podría complicar su capacidad para separarse de un niño gestado o darles una visión más realista de la paternidad que facilite el desapego.

La mujer asiática menuda del perfil número siete capta brevemente mi atención. Es una bioquímica con publicaciones en revistas científicas revisadas por pares, su coeficiente intelectual en el percentil noventa y ocho. Por un momento, considero las ventajas genéticas que tal inteligencia podría aportar a mi heredero, pero la inteligencia genera curiosidad, y la curiosidad lleva a preguntas que no quiero que se planteen. Alguien tan inteligente podría investigar mi pasado más allá de la versión depurada que presentan mis abogados. Podría descubrir conexiones con la *Bratva* y darse cuenta de que el niño que lleva heredaría más que riqueza. Demasiado arriesgado.

Perfil tras perfil pasa por mi pantalla, cada rechazo reforzando mis requisitos específicos. Necesito a alguien lo suficientemente desesperada financieramente como para honrar el contrato absolutamente, pero lo bastante estable como para llevar un embarazo saludable. Alguien sin extensos lazos familiares que puedan interferir o hacer preguntas. Alguien que vea esto como una transacción comercial, nada más, y que desaparezca completamente una vez que nuestro contrato concluya.

Tres horas después de comenzar mi revisión, con los hombros tensos por estar encorvado sobre el ordenador, abro el archivo número catorce. El nombre simplemente dice Blaire E., ya que la mayoría de la información de identificación personal ha sido eliminada. La fotografía inmediatamente se distingue de las demás. No hay iluminación profesional, ni maquillaje cuidadosamente aplicado, ni sonrisa artificial. En su lugar, una joven mira directamente a la cámara con una expresión que roza el desafío, como si retara al espectador a juzgar sus decisiones.

Estudio sus rasgos. El cabello castaño oscuro recogido en una coleta simple revela un rostro más impactante que convencionalmente bonito. Tiene pómulos altos que fotografían bien a pesar de la dura iluminación fluorescente y ojos marrones que contienen una mezcla de agotamiento y determinación que reconozco de mi propio reflejo durante los primeros días de construcción de mi imperio. Es delgada, quizás demasiado delgada, pero a la manera de alguien que se salta comidas por pobreza más que por vanidad.

Sus estadísticas básicas son poco destacables, haciéndola parecer más normal de lo que su foto sugiere. El historial médico no muestra condiciones preocupantes ni señales genéticas alarmantes que la descalificarían, pero es la información familiar lo que realmente capta mi atención. Tanto sus padres como su único hermano están muertos. No enumera otras conexiones y admite no tener mucho sistema de apoyo.

Perfecto. No hay nadie que pueda objetar o interferir.

Abro su evaluación psicológica, leyendo la valoración de la Dra. Martínez con creciente interés. "El sujeto demuestra alta resiliencia frente a traumas vitales significativos. Enfoque práctico ante desafíos emocionales. Fuertes capacidades de compartimentación. Altamente motivada por la seguridad financiera. Muestra clara comprensión de las obligaciones contractuales y límites profesionales".

La evaluación señala la muerte de su hermana hace siete años, seguida por la de ambos padres en los tres años posteriores. Ha soportado más pérdidas que la mayoría de las personas experimentan en toda una vida, pero sigue funcionando y trabajando en múltiples empleos para sobrevivir. Esto habla del tipo de fortaleza práctica que necesito. Es alguien que entiende que la vida no se detiene por el dolor, y que la supervivencia requiere seguir adelante independientemente del sufrimiento.

Sus registros financieros pintan un cuadro desolador. Dos trabajos con salario mínimo apenas cubren sus gastos básicos. Tiene una deuda de préstamos estudiantiles de treinta y dos mil dólares. Sus tarjetas de crédito están al máximo pero sigue haciendo pagos mínimos. Su cuenta bancaria está perpetuamente por debajo de cien dólares, y reside en un estudio en uno de los barrios más duros de Miami. Está ahogándose financieramente pero sigue luchando para mantener la cabeza fuera del agua. El pago por la gestación representaría la salvación, no solo una mejora.

Leo su ensayo explicando su interés en la gestación subrogada, encontrando una refrescante honestidad en sus palabras. La practicidad en sus palabras me atrae. Esta es alguien que entiende las transacciones, que no complicará nuestro acuerdo con sentimientos fuera de lugar. Su aislamiento también funciona a mi favor. Sin familia que haga preguntas, sin amigos cercanos que ofrezcan opiniones no deseadas, y sin red de apoyo que pueda interferir con nuestro contrato.

Vuelvo a su fotografía, estudiándola con la misma intensidad que aplico al analizar a rivales empresariales. Hay algo en su expresión

que va más allá del mero desafío, una fuerza tranquila que sugiere que ya ha sobrevivido a más de lo que la mayoría de las personas podrían soportar. No está tratando de impresionar a nadie ni intentando presentarse como nada más que una mujer tomando una decisión importante para mejorar sus circunstancias.

Los aspectos físicos también importan, aunque me digo a mí mismo que esta es una evaluación puramente práctica. Su estructura ósea es buena, sugiriendo que llevará bien el embarazo a pesar de su delgadez actual. Sus rasgos son lo suficientemente atractivos como para que, combinados con mis genes, deberían producir una descendencia estéticamente aceptable. No es que las apariencias importen significativamente —el poder y la inteligencia son una herencia más valiosa—, pero no hay daño en cubrir todas las apuestas.

Comparo su solicitud con las otras que he revisado, confirmando que cumple todos los requisitos, y asiento, satisfecho. Mi teléfono vibra con un mensaje de Dmitri sobre preocupaciones territoriales, pero lo ignoro. Esta decisión tiene precedencia sobre todos los demás asuntos. Abro una línea segura con Thomas Brennan, sabiendo que responderá independientemente de la hora tardía.

—He hecho mi selección —digo sin preámbulos cuando contesta—. Blaire E. Archivo número catorce.

—Excelente elección —dice, claramente habiendo revisado los archivos él mismo—. ¿Debo organizar la reunión inicial?

—Inmediatamente. Quiero una verificación de antecedentes completa más allá de lo que la clínica ya ha hecho. Quiero vigilancia en sus ubicaciones actuales, tanto lugares de trabajo como residencia. Verificación financiera para confirmar que su desesperación es genuina, no fabricada para la solicitud. Averigua su apellido y todos los demás detalles. Quiero saberlo todo antes de la reunión.

—Entendido. ¿Algo específico que quieras que se investigue?

Considero por un momento, mirando su fotografía. —La muerte de la hermana. Confirma que los detalles coincidan con su historia, y verifica que no tenga conexiones familiares restantes que puedan surgir más tarde.

—Tendré un informe completo en cuarenta y ocho horas. ¿Debo proceder a programar la reunión asumiendo que todo está en orden?

—Sí. En tu despacho. Haz que parezca una formalidad legal en lugar de una evaluación personal. Quiero que esté lo suficientemente cómoda para ser honesta, pero lo suficientemente formal para establecer los límites adecuados.

Después de terminar la llamada, me sirvo un vodka. La decisión se siente trascendental a pesar de mis intentos de enmarcarla como un negocio rutinario. Esta camarera de hotel agotada con ojos desafiantes llevará el futuro del linaje Morozov. No tiene idea de lo que realmente está aceptando, ni concepción del destino del niño o del imperio que él o ella heredará.

De pie junto a la ventana, observo a Miami pulsando con vida nocturna abajo. En algún lugar de esa extensión brillante, Blaire E. probablemente está trabajando otro turno, sin saber que su vida está a punto de cambiar dramáticamente. Ella piensa que está escapando de la pobreza, y lo está haciendo, pero también está entrando en un mundo mucho más peligroso que cualquier cosa para la que su existencia de clase trabajadora la haya preparado.

El vodka quema mi garganta mientras considero la ironía. Estoy confiando mi activo más preciado a una completa desconocida, pero quizás precisamente por eso funcionará. Los extraños mantienen la distancia. Los extraños honran los contratos. Los extraños no desarrollan las peligrosas conexiones emocionales que han destruido a tantos en mi mundo.

Mi teléfono vibra de nuevo. Es Dmitri, persistente como siempre. Esta vez contesto, aunque mi mente permanece en el perfil de Blaire E. brillando en la pantalla de mi ordenador.

—Los colombianos respondieron a nuestro mensaje. Están retirándose de los territorios del sur pero quieren discutir la situación del puerto.

—Programa una reunión para la próxima semana.

Hace una pausa, sabiendo que es mejor no cuestionar directamente mis prioridades, pero escucho la curiosidad en su silencio. Quiere preguntarme por qué estoy esperando tanto tiempo.

—Asunto personal —añado, sin ofrecer más explicación.

—Por supuesto. Coordinaré con su gente.

Termino la llamada y regreso a mi escritorio, cerrando los otros expedientes de gestantes permanentemente. La elección está hecha. Blaire E. llevará a mi hijo, cumplirá su contrato y desaparecerá con su pago. Limpio, simple y profesional. Exactamente como estaba planeado.

Sin embargo, mientras estudio su fotografía una última vez antes de cerrar el archivo, algo me inquieta. Quizás es la franqueza de su mirada, y la forma en que parece mirar a través de la cámara en lugar de a ella. O tal vez es el sutil desafío en su expresión, sugiriendo a alguien que no será fácilmente controlada a pesar de sus circunstancias desesperadas.

Descarto la sensación, atribuyéndola a una paranoia que me sirve bien en los negocios pero que no tiene cabida aquí. Esto es una transacción, y nada más. Ella necesita dinero, y yo necesito un heredero. Una vez que nuestro negocio concluya, nunca más interactuaremos. El niño será criado según mis especificaciones, preparado para el liderazgo desde el nacimiento y protegido de las debilidades emocionales que plagan a los hombres inferiores.

La pantalla del ordenador se oscurece cuando cierro los archivos, dejándome mirando mi propio reflejo en el monitor negro. Por un momento, veo el rostro de mi padre en mis propios rasgos, recordando sus palabras sobre el legado y el linaje. Nunca supo

sobre la ubicación de Vanya después de nuestra separación y murió creyendo que un hijo simplemente había desaparecido mientras el otro heredaba todo, como era su plan. Nunca pensó que dos hijos pudieran gobernar su imperio. Él aprobaría este acuerdo, diseñado para servir a los intereses de la familia por encima de todo.

Termino mi vodka y me dirijo a mi ascensor privado. Mañana, Thomas iniciará contacto con Blaire Elliott. En una semana, nos reuniremos formalmente para discutir términos. En un mes, si todo procede sin problemas, ella estará llevando a mi heredero. La cronología me satisface, al igual que la selección. Todo procede según el plan.

Mientras el ascensor desciende, repaso las posibles complicaciones una última vez. ¿Y si investiga mi pasado más allá de la versión depurada? Poco probable, dada su desesperación financiera y naturaleza práctica. ¿Y si desarrolla apego emocional al niño? El contrato incluye provisiones para eso, incluyendo una separación legalmente exigible. ¿Y si Vanya descubre el acuerdo? Mis protocolos de seguridad deberían evitar eso, aunque me hago una nota mental para aumentar la vigilancia una vez que el embarazo sea confirmado.

Para cuando llego al aparcamiento, he descartado todas las preocupaciones como riesgos manejables. Blaire es la elección correcta. Está aislada, desesperada, es práctica, con suficiente inteligencia para seguir protocolos médicos pero no tanta como para hacer preguntas peligrosas. Cumplirá su propósito de manera eficiente y profesional, y luego saldrá de mi vida para siempre.

Los asientos de cuero de mi Mercedes me acogen mientras me acomodo para el viaje a casa. Nikolai navega a través del tráfico nocturno mientras reviso la decisión una vez más. Todo sobre el perfil de Blaire Elliott sugiere que es exactamente lo que necesito: un recipiente para mi heredero, nada más y nada menos. La fotografía puede mostrar desafío, pero la pobreza tiene una manera

de templar tales espíritus. El dinero que estoy ofreciendo asegurará su completa cooperación.

Exactamente como debe ser.

Exactamente como lo planifiqué.

5

El sillón de cuero me engulle como una trampa cara, su superficie mantecosa demasiado suave contra mi vestido de poliéster de la tienda de descuentos. Intento no inquietarme, pero mis manos no paran de alisar la tela sobre mi regazo, sintiendo cada hilo barato contra mis dedos. La sala de recepción del bufete de abogados hace que el Hotel Atlantis Grand parezca modesto: pinturas al óleo originales en las paredes, orquídeas frescas sobre pedestales de mármol, el sutil aroma de algo caro que no puedo identificar pero sé que cuesta más que mi alquiler.

Mis palmas están húmedas contra los reposabrazos, dejando marcas que espero se evaporen antes de que alguien las note. Solo han pasado tres semanas desde que el Dr. Petrov llamó con la noticia de una coincidencia, su voz cuidadosamente profesional mientras explicaba que un futuro padre me había seleccionado entre todos los perfiles disponibles.

La rapidez de todo esto, desde la evaluación inicial hasta estar sentada en esta intimidante oficina, sugiere eficiencia o desesperación por parte del cliente. He construido y reconstruido su imagen una docena de veces. Debe ser un hombre mayor, probablemente viudo, quizás poco atractivo y definitivamente sin

tiempo que perder para asegurar un heredero. Alguien cuyo dinero no puede comprarle opciones tradicionales para formar una familia.

—¿Señorita Elliott? —La recepcionista aparece a mi lado, su vestido azul marino de corte recto y sus pendientes de perlas hacen que mi atuendo parezca aún más andrajoso en comparación—. ¿Puedo ofrecerle algo mientras espera? ¿Agua? ¿Café?

—Agua estaría bien, gracias. —Mi voz suena más firme de lo esperado.

Regresa con un vaso de cristal en una bandeja de plata, y lo tomo con cuidado, aterrorizada de dejarlo caer sobre el inmaculado suelo de mármol. El agua sabe a cara de alguna manera, si eso es posible. Todo aquí susurra dinero en un idioma que apenas hablo.

El ascensor suena suavemente y me enderezo instintivamente. Observo a una figura alta emerger a través de las puertas de cristal, y mi imagen cuidadosamente construida del futuro padre se evapora al instante. El hombre que entra en la sala de recepción no es nada parecido a lo que esperaba. Es joven —treinta y pocos años como máximo— y se yergue sobre la recepcionista a lo que deben ser un metro noventa y cinco. Su cabello negro está perfectamente peinado, y cuando se gira hacia la sala de espera, veo rasgos que pertenecen a una pantalla de cine más que a un despacho de abogados. Son sus ojos los que realmente captan mi atención. Son de un tono de azul tan vívido que parecen casi artificiales contra su cálida tez.

La atmósfera en la habitación cambia con su presencia, como si la gravedad se reorganizara alrededor de un nuevo centro. Se mueve con confianza, cada paso lento, con su traje a medida resaltando hombros anchos y una constitución atlética. Este no es un hombre mayor desesperado, sino alguien que claramente tiene el mundo a sus pies. Entonces, ¿por qué me necesita?

—Señorita Elliott. —Su voz lleva un acento que no puedo ubicar con precisión —europeo del este, quizás ruso—, convirtiendo mi apellido

en algo extranjero y elegante. Me sorprende ligeramente que sepa mi apellido, pero supongo que la clínica se lo dio después de haberme elegido. Extiende su mano, y cuando me levanto para estrechársela, tengo que inclinar el cuello para encontrarme con su mirada. Su agarre envuelve el mío por completo, firme pero contenido, como si fuera consciente de su fuerza y deliberadamente la controlara.

—¿Señor...? —Dejo la pregunta en el aire, dándome cuenta de que ni siquiera sé su apellido.

—Morozov. Valentin Morozov. —Suelta mi mano pero continúa estudiándome con una intensidad que hace que mi piel se erice—. Por favor, venga. Thomas nos está esperando.

Le sigo por un pasillo con títulos de derecho y reconocimientos profesionales, consciente de mis zapatos desgastados en comparación con sus relucientes zapatos negros. No hace comentarios triviales ni intenta ponerme cómoda. Su silencio parece deliberado, como todo lo demás en él.

La sala de conferencias a la que me conduce podría albergar una pequeña boda. Enormes ventanales enmarcan el horizonte del centro de Miami, y la mesa pulida refleja las luces de la ciudad como un espejo oscuro. Un hombre mayor se levanta cuando entramos, con cabello plateado, mirada aguda y vestido con un traje a medida. —Señorita Elliott, soy Thomas Brennan. Gracias por venir. —Su apretón de manos es profesionalmente breve—. Por favor, tome asiento. ¿Puedo ofrecerle algo?

—Estoy bien, gracias. —Me acomodo en otro sillón de cuero, este en la mesa de conferencias, mientras intento no pensar en cuántos ceros podrían tener las facturas legales generadas en esta sala.

Valentin toma el asiento frente a mí, su mirada nunca abandona mi rostro. El escrutinio debería sentirse invasivo, pero hay algo clínico en él, como si estuviera evaluando una adquisición comercial en lugar de a la mujer que podría llevar a su hijo.

—Confío en que el Dr. Petrov le explicó los parámetros básicos de nuestro acuerdo —dice el Sr. Brennan, abriendo un portafolio de cuero grueso con documentos—. El Sr. Morozov tiene requisitos muy específicos para esta gestación subrogada, y queremos asegurar una comprensión completa antes de proceder.

—Entiendo lo básico. Yo llevo al bebé, él me paga, y seguimos caminos separados después del nacimiento. —El resumen directo se siente necesario, cortando cualquier elaborada danza legal que estemos a punto de realizar.

Algo parpadea en la expresión de Valentin, demasiado rápido para leerlo. —Práctica. Bien. Este acuerdo requiere pragmatismo por encima de todo.

El Sr. Brennan desliza un documento a través de la mesa. —El contrato es exhaustivo pero directo. La compensación es de un millón de dólares, pagaderos a plazos. El primer pago se realiza al confirmar el embarazo, con pagos mensuales durante la gestación y un pago final tras el parto exitoso.

Un millón de dólares. La cifra todavía me impacta, aunque ya conocía el importe por la conversación inicial con el Dr. Petrov. Verlo en blanco y negro, en términos legales, lo hace real de una manera que las conversaciones no podían.

—Los pagos están estructurados para garantizar el cumplimiento de todos los requisitos médicos —dice el abogado—. Se someterá a revisiones regulares, seguirá restricciones dietéticas e implementará modificaciones en su estilo de vida según lo considere necesario el equipo médico.

—¿Y el método? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla, el calor inundando mis mejillas.

Valentin se inclina ligeramente hacia adelante. —¿A qué se refiere?

—FIV, donación directa, inseminación artificial... ¿cómo ocurriría la concepción?

—Usted será tanto portadora como proveedora de óvulos donantes —dice Valentin de una manera que suena clínica—. Deseo conocer todos los detalles sobre la mujer que ayudará a crear a mi hijo.

Asiento con la cabeza, sin pasar por alto su sutil énfasis en mi. Sé que es suyo, y resisto el impulso de decírselo. No necesito parecer que estoy intentando convencerlo demasiado de que no estoy emocionalmente involucrada. —Lo supuse por la cantidad ofrecida, pero quiero dejarlo claro desde el principio.

Él asiente mientras el Sr. Brennan se aclara la garganta. —También hay cláusulas estrictas de confidencialidad. No se puede hablar del acuerdo con los medios, en redes sociales o con amigos o familiares. El Sr. Morozov valora su privacidad absolutamente.

—No me queda mucha familia, y no soy activa en redes sociales. La privacidad no será un problema.

—¿Y su empleo? —pregunta Valentin—. Dos trabajos, según su expediente. ¿No cuestionarán su repentina mejora de circunstancias?

—Pienso decirles que conseguí un mejor puesto en otro lugar. La gente deja trabajos de salario mínimo todo el tiempo.

Asiente, aparentemente satisfecho. —Tendrá que renunciar a ambos puestos una vez que se confirme el embarazo. No arriesgaré la exposición a productos químicos de limpieza o al estrés laboral que afecten el embarazo.

La manera casual en que toma el control de mi vida debería molestarme más de lo que lo hace. Por un millón de dólares, puedo soportar algo de microgestión.

—El contrato también especifica los arreglos de vivienda durante el embarazo —añade el Sr. Brennan—. El Sr. Morozov puede requerir la reubicación a una propiedad que posee, por motivos de seguridad y monitoreo médico.

—¿Seguridad? —La palabra capta mi atención.

—Soy un empresario prominente —dice Valentin con suavidad—. Ciertas precauciones son estándar.

Algo en su tono sugiere que hay más en ello, pero no insisto. La gente rica tiene problemas diferentes que preocuparse por pagar el alquiler.

—Renuncia completa de los derechos parentales al nacer —continúa el abogado—. Sin contacto con el niño después, y sin intentos de establecer relación o comunicación. La separación legal es absoluta y permanente.

—Lo entiendo. —Y lo entiendo. Esto es un negocio, no la formación de una familia. Estoy proporcionando un servicio, no convirtiéndome en madre.

—Está muy tranquila con todo esto —dice Valentin—. ¿Tiene más preguntas?

—He tenido tiempo para pensarlo. Sé a qué estoy accediendo.

—¿Y se siente cómoda con el acuerdo? ¿Llevar a un niño que nunca volverá a ver?

La franqueza de su pregunta me sorprende. —¿Está intentando disuadirme?

—No. Me aseguro de que comprenda la realidad. Una vez que firme, no hay vuelta atrás.

Hablo con confianza, ignorando una pequeña punzada de duda. —No cambiaré de opinión. Necesito este dinero y usted necesita un bebé. Es un intercambio justo.

Algo cambia en su expresión, demasiado rápido para leerlo. —La vida rara vez es tan simple, señorita Elliott.

—Lo es cuando estás arruinada. El dinero simplifica muchas cosas.

El Sr. Brennan nos mira alternativamente, claramente sorprendido por el franco intercambio. —¿Quizás deberíamos revisar los requisitos médicos?

La siguiente hora transcurre en una detallada discusión sobre procedimientos, plazos y seguimiento de la salud. Valentin hace preguntas sorprendentemente personales sobre mi dieta, hábitos de ejercicio, niveles de estrés e historial médico más allá de lo que la clínica ya había recopilado. Su interés parece puramente práctico, centrado en optimizar el resultado del embarazo, pero la intensidad de su atención me hace hipersensible a su presencia al otro lado de la mesa.

—Nunca ha estado embarazada —afirma en lugar de preguntar.

—No.

—¿Pero está segura de que puede llevar el embarazo a término? ¿Su historial familiar no muestra complicaciones?

—Mi madre tuvo dos embarazos saludables. Sin complicaciones y partos fáciles.

—¿Partos naturales?

La naturaleza personal de estas preguntas debería sentirse invasiva, pero su tono clínico las hace de alguna manera aceptables. —Sí.

—Bien. Prefiero evitar intervenciones médicas innecesarias.

—El Sr. Morozov ha organizado la atención en una instalación privada —interviene el abogado—. No la clínica estándar, sino un entorno más exclusivo con protocolos de privacidad mejorados.

—¿Dónde?

—Eso se determinará según la progresión del embarazo —dice Valentin—. Miami inicialmente, pero potencialmente reubicada si las circunstancias lo requieren.

La vaguedad me molesta, pero supongo que la paranoia de los ricos viene con el territorio. —Bien.

—¿Alguna otra pregunta? —pregunta el Sr. Brennan, empujando el contrato hacia mí.

Hojeo páginas de denso texto legal, captando frases clave: calendario de compensación, requisitos médicos, cláusulas de confidencialidad y renuncia de derechos. Todo está ahí en blanco y negro, reduciendo la creación de vida humana a subcláusulas y adendas.

—¿Y usted? —Miro directamente a Valentin—. ¿No tiene preguntas para mí?

Me mira fijamente. —¿Qué le gustaría que le preguntara?

—No lo sé. Algo personal. Voy a llevar a su hijo. ¿Eso no merece algo de curiosidad sobre quién soy más allá de mis estadísticas médicas?

—¿Lo merece? —Se recuesta en su silla—. Este es un acuerdo comercial, señorita Elliott. Su personalidad, sus sueños, su color favorito... nada de eso afecta su capacidad para llevar un embarazo saludable.

La frialdad debería ofenderme, pero en realidad es tranquilizadora. Límites claros y expectativas claras. Sin emociones desordenadas que compliquen las cosas. —Tiene razón. Negocios, entonces.

Tomo el bolígrafo. Mi firma parece temblorosa en la primera página, pero se vuelve más firme a medida que pongo mis iniciales en cada sección y firmo cada adenda. Con cada trazo del bolígrafo, me escribo más cerca de la libertad.

Valentin observa intensamente mientras completo el papeleo, siguiendo cada movimiento. Cuando termino, deslizando el contrato de vuelta a través de la mesa, él se levanta abruptamente.

—Excelente. Thomas le proporcionará la información del centro médico. Su primera cita es mañana a las 9 a.m.

—¿Mañana? —La rapidez me sorprende.

—No creo en perder el tiempo. El coche pasará a recogerla a las 8:30.

Extiende su mano nuevamente, y este apretón de manos se siente diferente, como sellando un trato más que haciendo una presentación. Su agarre es firme, cálido y dura un instante más de lo necesario. —Una cosa más —dice, sin soltar mi mano inmediatamente—. Este acuerdo tiene éxito en la discreción mutua y los límites profesionales. Confío en que nos entendemos.

—Perfectamente.

Sostiene mi mirada otro momento, luego suelta mi mano y sale de la habitación a grandes zancadas sin otra palabra. La oficina se siente más grande y más fría sin su presencia.

El Sr. Brennan sonríe disculpándose. —Puede ser... intenso, pero es un hombre de palabra. Siga los términos del contrato y será muy bien compensada.

—¿Cuál es su historia? Joven, rico y guapo, ¿por qué necesita una gestante subrogada?

La expresión del abogado se cierra. —El Sr. Morozov valora su privacidad. No tengo libertad para discutir detalles personales.

Por supuesto que no. Los secretos de los ricos permanecen en secreto. —Justo.

Me entrega una tarjeta. —Mi línea directa. Si tiene alguna pregunta o preocupación, llame inmediatamente. El coche llegará a las 8:30 en punto mañana. El conductor tendrá la dirección de la clínica.

Salgo de la oficina aturdida, con la copia del contrato aferrada en mis manos como un boleto ganador de lotería.

El viaje en autobús a casa transcurre en un borrón de cálculos mentales. Primer pago tras la confirmación del embarazo: probablemente ciento once mil si se divide equitativamente. Suficiente para ponerme al día con las facturas, pagar las tarjetas de crédito y mi préstamo estudiantil, e incluso comenzar una cuenta de ahorros. Los pagos mensuales durante el embarazo cubrirían los gastos de manutención sin tocar el principal. Para cuando dé a luz, tendré seguridad financiera por primera vez en mi vida adulta.

Mi teléfono vibra con un mensaje de un número desconocido: *"Soy Valentin Morozov. Confirme recepción de este mensaje."*

Respondo: *"Confirmado."*

"Tome un desayuno ligero mañana. Sin cafeína. Use ropa cómoda."

Arqueo una ceja pero escribo: *"Entendido."*

Otro mensaje llega un minuto después: *"Descanse adecuadamente. Mañana comienza nuestra relación profesional."*

Relación profesional. La frase resulta extraña, dado lo que vamos a emprender, pero supongo que ese es el punto. Estamos manteniendo los límites claros y las emociones bajo control. Soy una incubadora, no una pareja. Una proveedora de servicios, no familia.

Otro texto sigue: *"¿Tiene preguntas?"*

Miro fijamente la pantalla, preguntándome qué espera. ¿Preguntas sobre los procedimientos médicos? ¿El contrato? ¿O algo completamente diferente?

"No hay preguntas. Estaré lista a las 8:30."

"Bien."

Esa única palabra se siente como despido y aprobación combinados. Guardo su número bajo "VM" e intento no analizar por qué me cuesta no pensar en lo azules que son sus ojos.

De vuelta en mi apartamento, me quito el incómodo vestido y me derrumbo en mi cama. En nueve meses, o antes, tendré suficiente dinero para dejar este lugar para siempre. Puedo encontrar un apartamento real con ventanas que cierren y fontanería que funcione. Tal vez incluso volver a la universidad para obtener un título práctico que realmente conduzca al empleo.

Mi teléfono vibra de nuevo. *"Una pregunta"*, dice el mensaje de Valentin. *"¿Por qué aceptó realmente esto?"*

La pregunta me sorprende con su aparente curiosidad genuina. Considero mentir o darle algo noble sobre querer ayudar a crear familias, pero algo sobre Valentin Morozov sugiere que vería a través de la pretensión inmediatamente.

"Libertad", escribo en respuesta. *"Este dinero significa libertad de la pobreza, trabajos sin futuro y estrés financiero constante. ¿Y usted? ¿Por qué gestación subrogada en lugar de familia tradicional?"*

La pausa se extiende tanto que me pregunto si me he excedido. Entonces: *"Control. La subrogación proporciona control sin complicaciones. Buenas noches, señorita Elliott."*

Control sin complicaciones. Supongo que eso es lo que ambos buscamos, a nuestra manera. Él controla el proceso sin enredos emocionales. Yo gano control sobre mi futuro sin caminos tradicionales hacia el éxito.

Pongo mi alarma para las 7 a.m., permitiéndome tiempo extra para prepararme. Mañana comienza el capítulo más poco convencional de mi vida: llevar al bebé de un extraño por un millón de dólares. Cuando lo pongo de esa manera, suena una locura pero de la mejor manera posible.

Mientras me deslizo hacia el sueño, imagino el rostro de Valentin Morozov, esos increíbles ojos azules, ese poder terriblemente inmenso, la forma en que llena una habitación con solo entrar en

ella. Voy a llevar al hijo de este hombre. Crear su heredero. Darle el futuro por el que está pagando tan generosamente.

El pensamiento debería sentirse clínico y transaccional. Entonces, ¿por qué me duermo repitiendo la sensación de su mano envolviendo la mía, y la forma en que su acento convirtió mi nombre en algo hermoso y extraño?

6

El ambiente estéril de la Clínica de Gestación Subrogada EverAfter parece estar a mundos de distancia de la sangre y la brutalidad que típicamente definen mis negocios. Aquí todo habla de vida que comienza en lugar de terminar. Han pasado casi dos semanas desde que Blaire firmó el contrato, dos semanas de preparaciones médicas y tratamientos hormonales, y ahora, estoy detrás de un espejo unidireccional observando cómo comienza la culminación de nuestro acuerdo.

Ella yace en la mesa de exploración con una fina bata médica, sus rodillas levantadas en los estribos bajo una suave tela azul. El Dr. Petrov se coloca en un taburete con ruedas entre sus piernas cubiertas, sus movimientos precisos y sin prisa. —Señorita Elliott, voy a explicarle cada paso mientras procedemos. La IIU, inseminación intrauterina, es un procedimiento relativamente simple. Sentirá algo de presión, posiblemente calambres leves, pero no debería ser demasiado doloroso.

Blaire asiente, su cabello oscuro extendido sobre la almohada como tinta derramada. Desde mi posición, puedo ver la forma en que se concentra en las baldosas del techo como si las estuviera contando. Sus manos agarran con fuerza los bordes de la mesa a pesar de su aparente calma.

—El momento es óptimo —dice el Dr. Petrov, dirigiéndose tanto a Blaire como a la enfermera que le asiste—. La ecografía de esta mañana confirmó dos folículos maduros liberados durante la ovulación. Los tratamientos hormonales funcionaron exactamente como estaba previsto.

Dos óvulos. La información se registra en mi mente mientras cálculos automáticos de probabilidad giran en mi consciencia. Los gemelos complicarían las cosas, pero no imposiblemente. Dos herederos incluso podrían resultar ventajosos... un plan de respaldo incorporado en la propia biología. Mi padre nunca tuvo esa visión de tener gemelos, pero no puedo imaginarme favoreciendo a uno sobre el otro como él hizo con Vanya y conmigo. He visto cómo termina eso.

La enfermera le entrega al Dr. Petrov un pequeño vial, y sé lo que contiene. Mi material genético, procesado y preparado, está a punto de ser colocado directamente en la mujer que llevará a mi heredero. La naturaleza clínica debería distanciarme de cualquier respuesta emocional. Esto es un procedimiento médico y nada más. Una transacción comercial ejecutada a través de la ciencia en lugar de la pasión.

Sin embargo, algo se agita mientras observo la preparación. No esperaba sentir nada durante este momento. La simplicidad del acto me golpea más fuerte de lo que había anticipado. Una entrega biológica directa, mi futuro literalmente pasando a su cuerpo a través de instrumentos estériles y precisión médica.

—Ahora voy a insertar el espéculo —dice el Dr. Petrov—. Justo como en una citología. Intente relajarse.

El rostro de Blaire se tensa momentáneamente y luego vuelve a una calma estudiada. Veo la tensión en su mandíbula y el leve temblor en sus dedos. Está nerviosa pero resuelta. No exactamente asustada, pero consciente de la magnitud de lo que está sucediendo.

Esa fuerza tranquila despierta algo inesperado en mí. Se somete a esto por dinero, sí, pero hay algo más en su determinación, algo que refleja mi propia búsqueda implacable de objetivos. Una claridad de propósito, un filo agudo de supervivencia que reconoce la oportunidad y la aprovecha independientemente de la incomodidad.

—Posición perfecta —dice el Dr. Petrov—. Estoy pasando el catéter a través del cuello uterino. Sentirá presión.

Escucho una suave inhalación de Blaire, rápidamente suprimida. Sus ojos se cierran brevemente, luego se abren de nuevo, fijos en el techo con determinación. La enfermera toma su mano, murmurando algo tranquilizador que no puedo oír a través del sistema de audio.

—Ya casi estamos. El esperma será depositado directamente en el útero, evitando la barrera cervical. Esto nos da las posibilidades óptimas para la fertilización.

Esperma. Mi esperma. El término clínico no hace nada para disminuir la extraña intimidad de este momento. Nunca he tocado su piel más allá de nuestro apretón de manos inicial, nunca he besado su boca ni conocido su cuerpo en ningún sentido tradicional, y sin embargo, parte de mí está entrando en ella ahora, transportado más allá de sus defensas por instrumentos estériles y ciencia médica.

El pensamiento es incómodamente primitivo para alguien que se enorgullece del desapego emocional. Esto es sobre genética, me recuerdo a mí mismo. Sobre crear un heredero para asegurar el legado Morozov. La mujer es meramente el recipiente, el medio para un fin. Estos atisbos de... lo que sea esto... son irrelevantes para nuestro acuerdo.

—Insertando ahora —dice el Dr. Petrov—. Quédese muy quieta.

Me inclino más cerca del cristal, aunque no puedo ver nada del procedimiento real desde este ángulo. En algún lugar de ese entorno clínico, mi futuro genético está siendo transferido al cuerpo de esta mujer para crear la próxima generación del liderazgo Morozov.

El rostro de Blaire permanece sereno, pero noto el ligero arco de su espalda y cómo su mano se agarra y se suelta del marco de la cama. Claramente está incómoda pero no angustiada. Soporta con la misma determinación pragmática que la llevó a firmar nuestro contrato.

—Perfecto —dice el Dr. Petrov con satisfacción—. La muestra ha sido depositada. Ahora, esperamos. La haré permanecer acostada durante los próximos quince minutos para optimizar las posibilidades de concepción.

Retira los instrumentos mientras la enfermera ajusta la bata de Blaire y cubre sus piernas con una manta cálida. El procedimiento ha terminado, pero permanezco fijo en la ventana, estudiando a la mujer que ahora lleva mi material genético dentro de su cuerpo.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunta la enfermera.

—Bien. Solo... es extraño saber lo que está pasando dentro de mí ahora mismo.

Extraño. Sí, eso lo capta perfectamente. Extraño observar cómo se intenta la concepción por medios tan clínicos. Extraño sentir esta inesperada atracción hacia una mujer que apenas conozco. Extraño darme cuenta de que, si tiene éxito, llevará a mi hijo —posiblemente hijos— durante los próximos nueve meses.

—El esperma puede sobrevivir hasta cinco días, así que deberá evitar relaciones sexuales durante una semana para estar segura — dice el Dr. Petrov, quitándose los guantes—. Con dos óvulos presentes, tenemos excelentes posibilidades de al menos una fertilización exitosa. Haremos un análisis de sangre en dos semanas para confirmar el embarazo.

Dos semanas. Más espera y más incertidumbre. He construido un imperio sabiendo cuándo y dónde sucede todo, pero esta lotería biológica me frustra con su imprevisibilidad.

La puerta de la sala de observación se abre momentos después, y el Dr. Petrov entra, con expresión profesionalmente complacida. —Todo salió perfectamente, señor Morozov. Un procedimiento modelo que la señorita Elliott manejó notablemente bien.

—Los dos óvulos —digo sin preámbulos—. ¿Cuáles son las probabilidades reales de gemelos?

Se acomoda en la silla a mi lado, su reflejo uniéndose al mío en la ventana. —Con IIU y estimulación de la ovulación, hay aproximadamente un doce por ciento de probabilidades de gemelos. Lo más probable es que veamos un embarazo único. El cuerpo a menudo libera múltiples óvulos, pero solo uno se implanta con éxito.

—Pero los gemelos son posibles.

—Ciertamente. Vigilaremos cuidadosamente, con su primer análisis de sangre en dos semanas y ecografía a las seis semanas si se confirma el embarazo. Eso nos dirá definitivamente cuántos embriones se desarrollaron.

A través de la ventana, observo a Blaire descansando tranquilamente en la mesa. Su mano se ha movido a su abdomen en un gesto inconscientemente protector, con la palma plana contra la ligera curva debajo de su ombligo. ¿Ya se siente diferente? ¿O es simplemente una proyección esperanzadora?

—Quiero actualizaciones diarias sobre su condición —le digo a Petrov.

—Eso es... inusual. La mayoría de los padres intencionales esperan los puntos de control programados.

—No soy como la mayoría de los padres intencionales. Actualizaciones diarias, incluso si nada ha cambiado.

Asiente, tomando nota. —Por supuesto. Aunque realmente no hay nada que informar durante las próximas dos semanas. O se produjo la fertilización o no. Simplemente esperamos.

Esperar. La parte más difícil de cualquier operación, pero inevitable en este caso. La biología sigue su propio calendario, indiferente a mis preferencias de control y resultados inmediatos.

—Descansará aquí unos minutos más, y luego es libre de irse a casa —dice—. Le recomendaré que realice solo actividad ligera durante los próximos uno o dos días, sin levantar objetos pesados. Le he recetado suplementos hormonales continuos para apoyar la posible implantación.

—Organizaré el transporte.

—Rechazó el servicio de automóvil, insistió en tomar un taxi. Es una mujer independiente.

Sin duda. Esa independencia me atrajo inicialmente a su perfil, porque parece alguien que no se aferrará ni hará demandas más allá de nuestro contrato. Ahora parece menos ideal. ¿Cómo puedo protegerla si no acepta asistencia básica?

Petrov se excusa, dejándome solo con mis observaciones. A través del cristal, Blaire se sienta cuidadosamente antes de que la enfermera la ayude a ponerse de pie. Desaparecen detrás de un biombo, donde espera su ropa de calle. Cuando emerge, se ha transformado de nuevo en la mujer de nuestra firma del contrato: vaqueros, una blusa simple y su cabello recogido en una práctica coleta.

Sin embargo, ahora se mueve de manera diferente. Con más cuidado, como si fuera hiperconsciente de lo que podría estar sucediendo dentro de su cuerpo. Ese gesto protector de la mano regresa, tocando brevemente su abdomen antes de caer a su lado.

Nuestras miradas se encuentran a través del cristal mientras pasa por mi ventana. Se sobresalta ligeramente, claramente no esperaba verme observando. Por un momento, ninguno de los dos aparta la mirada. Algo pasa entre nosotros... quizás el reconocimiento de lo

que acabamos de hacer. O tal vez el reconocimiento de la extraña intimidad que hemos compartido a pesar de no habernos tocado.

Luego ella baja la mirada y continúa caminando, dejándome solo con mi reflejo y pensamientos no deseados.

Es hora de irme. Tengo negocios que realizar que no tienen nada que ver con posibles bebés y todo que ver con mantener el poder. Salgo por la entrada privada de la clínica, mi mente ya cambiando hacia preocupaciones territoriales y próximas negociaciones.

El sol de la tarde golpea mi rostro cuando piso la acera, y es entonces cuando veo un destello de movimiento al otro lado de la calle: una figura encapuchada escabulléndose en un callejón entre dos edificios. Algo sobre el movimiento, la constitución y la forma en que la persona se comporta llama mi atención.

La silueta se siente inquietantemente familiar, activando instintos perfeccionados por trece años de vigilar fantasmas. La altura, los hombros e incluso la forma de caminar visible en ese breve momento resultan dolorosamente familiares. Mi mano se mueve automáticamente hacia mi arma oculta mientras continúo caminando hacia mi coche, sin romper el paso ni revelar que he notado algo inusual.

Sin cambiar mi expresión ni mi ritmo, activo mi teléfono y hablo suavemente mientras me deslizo en el asiento trasero de mi Mercedes que espera. —Kuzma, necesito grabaciones de vigilancia de todas las cámaras dentro de tres manzanas de mi ubicación actual, inmediatamente.

—¿Señor? —Su respuesta es instantánea, alerta a la tensión en mi voz.

—Alguien estaba vigilando la clínica. Figura encapuchada, aproximadamente uno ochenta y ocho, de constitución atlética. Se metió en el callejón entre la farmacia y la casa de empeños frente a la entrada principal.

—Estoy obteniendo las imágenes ahora. —Escucho el tecleo rápido a través de la conexión—. Espere.

Mi conductor se incorpora al tráfico mientras espero, con cada nervio en tensión. Si mis instintos son correctos —si esa sombra familiar es quien creo que es— entonces todo acaba de volverse exponencialmente más peligroso.

—Señor, tengo confirmación visual. —Kuzma suena solemne—. Múltiples ángulos de cámara captaron al sujeto. Las métricas corporales y el análisis de movimiento sugieren que coincide en un sesenta por ciento con su hermano.

—Vanya. —Digo el nombre como una maldición mientras trece años de ausencia chocan con este momento.

—El momento es altamente sospechoso —dice Kuzma—. El sujeto llegó aproximadamente veinte minutos antes que usted, mantuvo la posición con clara línea de visión a la entrada de la clínica, y partió inmediatamente después de que usted saliera del edificio.

Mi hermano gemelo, desaparecido desde la muerte de nuestro padre, de repente reaparece el mismo día que intento concebir un heredero. Esto no es coincidencia. De alguna manera, Vanya sabe sobre el acuerdo de subrogación y se posicionó para observar, para recopilar información y para planificar.

—Asigna seguridad a la señorita Elliot. Quiero ojos sobre ella en todo momento, pero discretamente. Ella no necesita saber sobre esta amenaza.

—Sí, señor. Rotación de dos hombres, cobertura las veinticuatro horas, supongo. También estoy iniciando verificaciones de antecedentes de todo el personal de la clínica y buscando posibles brechas de seguridad. Alguien filtró información.

—Bien. Si Vanya hace cualquier movimiento hacia la mujer...

—Entendido, señor. Fuerza letal autorizada. Su hermano no se acercará a la gestante.

Termino la llamada mientras navegamos por el tráfico de Miami. La inseminación, que esperemos haya tenido éxito y que debería haber sido un momento de satisfacción, ahora lleva la mancha del peligro. Vanya lo sabe. De alguna manera, mi hermano se ha enterado del acuerdo de subrogación y se ha posicionado para observar, esperar y atacar cuando soy más vulnerable.

La vulnerabilidad asume que no me he preparado para esta posibilidad. Trece años de separación me han enseñado a esperar el regreso de Vanya en el peor momento posible. Ahora que se ha mostrado, pasaré de esperar y observar a reaccionar.

—Cambio de ruta —le digo a Nikolai. Le doy la dirección del apartamento de Blaire. Necesito evaluar personalmente la situación de seguridad y asegurarme de que su entorno no comprometerá el embarazo antes de que pueda organizar una mejor vivienda. El contrato me permite reubicarla por razones médicas. Invocaré esa cláusula antes de lo planeado. Potencialmente dentro de horas después de un test de embarazo positivo si la situación de seguridad lo justifica.

El vecindario se deteriora a medida que nos acercamos a su dirección. Con un gruñido de desagrado, noto las paredes cubiertas de grafitis, las farolas rotas y los grupos de jóvenes que miran mi Mercedes con interés calculador. Este no es lugar para que viva la potencial madre de mi heredero, independientemente de la reaparición de Vanya.

Aparcamos frente a su edificio mientras un taxi amarillo se detiene. Blaire emerge, moviéndose cuidadosamente mientras cuenta billetes para el conductor. Incluso desde aquí, veo la cautela en sus movimientos y la forma en que se comporta diferente después del procedimiento.

Se detiene en la entrada del edificio, manipulando las llaves en una puerta que claramente necesita reparación. Lucha con ella por un momento antes de que se abra, y desaparece dentro. Exhalo suavemente, deseando tener el derecho de entrar tras ella y escoltarla hasta su apartamento estudio varios pisos arriba.

—¿Señor? —Mi conductor cuestiona la parada prolongada.

—Da una vuelta a la manzana y luego vamos a casa.

Mientras conducimos lentamente por su vecindario, noto cada riesgo de seguridad y cada vulnerabilidad que Vanya podría explotar. Son numerosas con la puerta rota, la falta de cámaras y el fácil acceso al techo desde edificios adyacentes. Si mi hermano decide atacarme a través de ella, este lugar ofrece demasiadas oportunidades.

No dejaré que eso suceda. Mañana, haré que Thomas redacte documentos de reubicación para presentarlos como necesidad médica: mejor calidad del aire, reducción del estrés y más cerca de instalaciones médicas privadas. Ella se resistirá, dada su veta independiente, pero el contrato me da ventaja. Por supuesto, no puedo intentar usar eso hasta que se confirme un embarazo, así que tendré que pasar las próximas dos semanas en vilo, tratando de mantenerla a salvo sin hacerla consciente de mis precauciones o de cualquier peligro.

El viaje a casa transcurre en planificación estratégica. Para cuando llego a mi finca, el sol se pone sobre la Bahía de Biscayne en tonos de sangre y oro, que son colores apropiados para lo que viene. Mi hermano quiere destruir mi legado antes de que comience, pero me encontrará preparado esta vez.

En mi estudio, sirvo vodka y me paro frente a las ventanas con vista al agua. En algún lugar de esta ciudad, Blaire Elliott posiblemente lleva a mi heredero, sin saber que se ha convertido en un peón en una vendetta de sangre de trece años entre hermanos. El procedimiento clínico que compartimos hoy se suponía que sería

simple: mi esperma, su óvulo, nueve meses de espera, y luego separación limpia con un pago de un millón de dólares.

Nada en mi mundo es tan simple.

El vodka quema mi garganta mientras considero las complejidades por venir: proteger a Blaire de Vanya sin revelar la amenaza, guiarla durante el embarazo mientras mantengo la distancia, y prepararme para la posibilidad de gemelos, lo que significa doble bendición, pero también doble complicación y doble objetivo para la venganza de mi hermano.

Me muevo a mi escritorio, abriendo los archivos seguros en mi ordenador. Fotos de Vanya de nuestra juventud me devuelven la mirada. Sus rasgos son idénticos a los míos, pero sus ojos siempre albergaron algo más oscuro y hambriento. Éramos inseparables una vez, antes de que las manipulaciones de nuestro padre nos separaran, cuando decidió que ocho minutos marcaban toda la diferencia en quién merecía heredar un imperio y comenzó a apartar a Vanya para dejar claro que solo habría un heredero, y no había lugar para un repuesto.

La última foto nos muestra a los diecisiete años, la noche que murió Katya. El brazo de Vanya rodea sus hombros, y ambos se ríen de algo fuera de cámara mientras yo niego con la cabeza pero sonrío. Tres horas después, ella estaba muerta por órdenes de nuestro padre, y la risa de Vanya se convirtió en una rabia que nunca se enfrió. Me culpó por no detenerlo, por elegir la lealtad a nuestro padre en lugar de proteger su felicidad. Quizás tenía razón. Quizás podría haber hecho algo.

Pero el pasado está fijado, inmutable como la muerte. Lo que importa ahora es el futuro que posiblemente está creciendo en el vientre de Blaire Elliott. Una vida, tal vez dos, que representan todo lo que Vanya perdió y todo lo que yo tengo por ganar. Él verá a mi heredero como el insulto definitivo y la prueba de que la línea Morozov continúa a través de mí mientras su propia oportunidad de legado murió cuando mató a nuestro padre, aunque nunca iba a

conseguir un lugar en la mesa de la *Bratva* sin importar cuán fiel o diligente hijo fuera.

La ironía no se me escapa. Contraté a Blaire específicamente para evitar enredos emocionales, y sin embargo aquí estoy, preocupado por su comodidad, su seguridad y su bienestar más allá de lo que requiere el contrato. El procedimiento de hoy despertó algo inesperado —no amor, ciertamente, pero un interés posesivo que va más allá del mero negocio.

Tal vez sea un imperativo biológico, con el cerebro primitivo reconociendo que su material genético ha sido transmitido y desencadenando instintos protectores. O tal vez sea su tranquila fortaleza durante el procedimiento, la forma en que enfrentó la incomodidad con la misma determinación pragmática que admiro en mis propias operaciones. De cualquier manera, se ha convertido en algo más que solo una gestante en mis cálculos.

Lo que hace que el interés de Vanya en ella sea aún más peligroso. Si Vanya quiere ponerme a prueba, encontrará a su hermano gemelo listo para la guerra.

7

La aguja de la flebotomista sale de mi brazo, dejando un pequeño algodón que ella fija suavemente con esparadrapo. —Ya está —dice con una cálida sonrisa que arruga las comisuras de sus ojos —. El laboratorio tendrá los resultados en menos de una hora.

Asiento, presionando el algodón con mi dedo para asegurarme de que ha dejado de sangrar. Han pasado exactamente dos semanas desde que me tumbé en la mesa de exploración mientras el Dr. Petrov realizaba el procedimiento de inseminación, dos semanas de espera y de preguntarme si el material genético de Valentin Morozov se ha fusionado con éxito con uno de mis óvulos.

La sala de espera se siente diferente hoy. Es menos intimidante y más familiar. Otras mujeres están sentadas cerca, algunas visiblemente embarazadas, y otras quizás en mi posición de esperanzada incertidumbre. No hablamos entre nosotras, unidas por un acuerdo tácito de mantener la privacidad en este lugar donde el dinero y la biología se cruzan.

Mi estómago se revuelve con las náuseas matutinas que comenzaron hace tres días, aunque he intentado no darles demasiada importancia. La sensibilidad en los pechos podría ser un síntoma premenstrual. El agotamiento profundo podría ser simplemente estrés por anticipar los resultados junto con las largas horas de

trabajo en mis empleos, ya que no puedo permitirme dejar ninguno hasta que se confirme el embarazo. A pesar de todo, bajo las explicaciones lógicas, mi cuerpo ya conoce la verdad.

—¿Señorita Elliott? —Una enfermera que no había visto antes aparece en la puerta. Es más joven que las otras, con una energía alegre que parece casi demasiado brillante para el entorno clínico—. Pase, por favor.

El camino hasta su consulta se siente más largo de lo habitual, mis piernas están inestables mientras la sigo por pasillos familiares. —Soy Paige —dice por encima de su hombro. Abre la puerta de la misma sala de consulta donde conocí al doctor por primera vez, la que tiene sillas cómodas y arte relajante diseñado para tranquilizar a los pacientes.

—Los resultados han llegado —dice con una sonrisa que me lo dice todo antes incluso de que me entregue el papel—. Enhorabuena, sus niveles de hCG son excelentes. Es incluso un poco más alto de lo que esperaríamos para esta etapa, pero hay cierto grado de variación. En realidad, es más importante que los niveles se dupliquen cada dos días.

Miro fijamente el informe de laboratorio impreso, los números nadando ante mis ojos. hCG: 427 mIU/mL. Al lado, en clara terminología médica: Positivo para embarazo. —¿Está sucediendo realmente? —Mi voz suena distante, como si perteneciera a otra persona.

—Ciertamente sí. Está usted embarazada. Según estos niveles, todo parece perfectamente saludable. Querremos repetir la prueba en dos días para confirmar que los números se están duplicando adecuadamente, pero esto es muy prometedor.

Embarazada. La palabra resuena en la habitación repentinamente sin aire. Agarro el papel con más fuerza, temiendo que pueda desaparecer si no lo sostengo lo suficientemente fuerte.

—¿Tiene alguna pregunta? Sé que puede ser abrumador, especialmente con acuerdos de gestación subrogada. —La voz de Paige mantiene esa alegría profesional, pero hay una amabilidad genuina bajo ella.

—Yo... no. Quiero decir, sí. ¿Qué sucede ahora?

—Primero, programaremos esa extracción de sangre de seguimiento. Luego, a las seis semanas, haremos una ecografía para ver cuántos embriones se han desarrollado y comprobar los latidos cardíacos. Por ahora, continúe con los suplementos de progesterona que el Dr. Petrov le recetó, mantenga una dieta saludable y evite el alcohol y levantar peso. Protocolos estándar de embarazo temprano.

Cuántos embriones. Cierto. Los medicamentos para la fertilidad estimularon dos óvulos. Podría haber gemelos creciendo dentro de mí ahora mismo. El pensamiento hace que la habitación gire ligeramente.

—¿Se encuentra bien? Se ve un poco pálida.

—Solo estoy procesándolo. Es para lo que me apunté, lo sé, pero...

Paige asiente, mostrando una sonrisa amable. —Pero conocerlo intelectualmente y experimentarlo físicamente son cosas muy diferentes. Tómese su tiempo. ¿Quiere un poco de agua?

Niego con la cabeza. Lo que quiero es estar sola, sentarme con este cambio monumental en mi realidad sin ojos profesionales observando mi reacción.

—Haré que en recepción programen su próxima cita. Felicidades de nuevo. Su padre intencional estará muy complacido.

Lo sé, pensando inmediatamente en Valentin. Lo sabrá en cuestión de horas, probablemente minutos. La clínica le informará de inmediato ya que es parte de nuestro acuerdo. En algún lugar de Miami, recibirá la confirmación de que su heredero ha comenzado a crecer dentro de mí.

La enfermera se va y yo permanezco en la silla, mirando fijamente los resultados de la prueba. *Positivo para embarazo.* Tres palabras que lo cambian todo. Toco mi estómago a través de mi camisa, tratando de sentirme diferente, intentando percibir la vida microscópica que está echando raíces en mi vientre. No hay nada, por supuesto. Ni un aleteo de movimiento, ni una mística conexión maternal. Solo el conocimiento de que ya no estoy sola en mi cuerpo.

Los siguientes minutos transcurren en una confusión administrativa de programación de la cita de seguimiento, recepción de instrucciones impresas para el cuidado del embarazo temprano, asintiendo ante recordatorios sobre vitaminas prenatales y obteniendo una cita para una ecografía dentro de cuatro semanas. Luego estoy afuera en la tarde de Miami, parpadeando bajo el sol brillante como si yo misma fuera recién nacida.

El viaje en autobús a casa se estira interminablemente. Agarro mi bolso que contiene los resultados de la prueba, medio temiendo que alguien adivine mi secreto solo con mirarme, pero los otros pasajeros permanecen absortos en sus teléfonos o periódicos, sin saber que la mujer de aspecto cansado en el asiento 12D acaba de convertirse en la incubadora de un multimillonario.

La puerta de mi apartamento se atasca como siempre, requiriendo el familiar empujón con el hombro para abrirla. Todo se ve igual que antes, pero yo soy diferente.

Fundamental e irrevocablemente diferente.

Me hundo en mi sofá de segunda mano, saco mi teléfono y noto que tengo una notificación de mi banco. Hago clic en la notificación y se abre la aplicación bancaria. Mis dedos tiemblan mientras cubro la cámara para verificar mi huella digital, y la pantalla carga lentamente. De repente, ahí está: el saldo de mi cuenta corriente muestra seis cifras en lugar de las habituales dos o tres.

$111.234,56

El primer pago ya se ha registrado como pago por haber concebido con éxito. Los números parecen imposibles, como un error informático o una broma cruel. Actualizo la pantalla dos veces, segura de que se corregirá, pero el saldo sigue obstinadamente real.

Ciento once mil dólares.

Las lágrimas llegan de repente, violentamente, mientras siete años de dolor, miedo y agotamiento suprimidos se derraman en grandes sollozos estremecedores. Presiono mi cara contra un cojín para amortiguar el sonido, sin querer que mis vecinos escuchen este colapso, esta liberación... este renacimiento.

Estas no son lágrimas de tristeza. Son lágrimas de alivio tan profundo que se siente como ahogarse al revés. El peso aplastante que he llevado desde la muerte de Cary y mis padres se eleva como la niebla que se disipa con la luz del sol.

Cuando la tormenta pasa, me quedo tumbada en el sofá sintiéndome vacía y limpia. Mi teléfono se ilumina con un mensaje de VM: *"La clínica me informó del resultado positivo. El primer pago ha sido transferido según lo acordado. Cuídate."*

Es breve, profesional y exactamente lo que nuestro contrato requiere. No muestra entusiasmo por su inminente paternidad ni hace preguntas sobre cómo me siento. Es solo correspondencia comercial entre cliente y proveedor de servicios.

Escribo de vuelta: *"Pago recibido. Gracias. Seguiré todos los protocolos médicos."*

Aparecen tres puntos, sugiriendo que está escribiendo una respuesta. Desaparecen, reaparecen y desaparecen de nuevo. Finalmente: *"Bien."*

Eso es todo. Una palabra para marcar el comienzo de nuestro extraño viaje juntos. Me pregunto si está celebrando en algún lugar, brindando por su exitosa creación de heredero, o si esto es solo un elemento más tachado de su agenda diaria. Me río con un ligero

nerviosismo mientras imagino mentalmente su calendario para el día:

Hacer acuerdo territorial
Adquirir nueva propiedad
Embarazar a la gestante
Pedir cena

El pensamiento debería molestarme más de lo que lo hace, pero no me apunté para una conexión emocional o momentos sinceros. Me apunté para obtener libertad financiera, y eso es exactamente lo que está fluyendo a mi cuenta bancaria.

Paso la noche en mi portátil, maravillándome con el saldo mientras pago las tarjetas de crédito que me han atormentado durante años. La web del préstamo estudiantil casi se bloquea cuando intento pagar todo el saldo de una vez. Treinta y dos mil dólares, desaparecidos con un solo clic. Las deudas de las tarjetas de crédito desaparecen con la misma facilidad. En una hora, he borrado años de carga financiera. Mi cuenta bancaria tiene ahora poco menos de cincuenta mil.

El dinero restante, aún una cantidad imposible, se queda en mi cuenta como energía potencial. Podría dejar ambos trabajos inmediatamente, encontrar un mejor apartamento y comprar un coche fiable. O podría ser sensata, ahorrar la mayoría y vivir modestamente mientras el embarazo progresa. Gana una opción híbrida. Me quedaré en este apartamento de mierda por ahora y seguiré viviendo modestamente, pero mañana dejaré ambos trabajos, y a la mierda el preaviso.

Esa noche, redacto cartas de renuncia en mi portátil. Para el hotel: "Por favor, acepte este como mi aviso inmediato. He aceptado un puesto en otro lugar que se alinea mejor con mis objetivos a largo plazo". El lenguaje corporativo me hace reír ya que mi objetivo a

largo plazo es actualmente gestar un bebé para un promotor inmobiliario ruso, pero no necesitan esos detalles.

Para la cafetería, soy ligeramente más honesta: "He recibido dinero familiar y necesito centrarme en asuntos personales, así que doy mi preaviso de dos semanas. Gracias por la oportunidad de trabajar aquí".

Dinero familiar. De manera retorcida, es cierto. Estoy creando la familia de Valentin mientras él financia mi futuro.

Me despierto a la mañana siguiente con un propósito que no he sentido en años. Las náuseas me golpean en cuanto me siento, confirmación de que la prueba de ayer no fue un sueño. Llego al baño justo a tiempo, luego me cepillo los dientes y miro mi reflejo.

Todavía parezco cansada, pero no parezco tan... fatigada. Siento como si hubiera perdido cien kilos de preocupación durante la noche. Termino de vestirme y salgo, saltándome el desayuno mientras espero a que mi estómago se asiente. Tomo el metro hasta el hotel, decidiendo renunciar allí primero porque es el que más odio.

La oficina de la gerente del hotel huele a café quemado y pachulí cuando entro, haciendo que mis náuseas aumenten. La señora Hendrick está sentada detrás de su escritorio, picoteando su teclado con un mecanografiado de dos dedos que sería cómico si ella no fuera tan perpetuamente desagradable. —¿Qué quiere, Elliott? Estoy ocupada.

Le entrego la carta, observando su rostro mientras lee. Su expresión no cambia: ni sorpresa, ni decepción y ciertamente ninguna preocupación por perder a una empleada confiable.

—Sin previo aviso. No puedo decir que esté sorprendida. Su generación nunca da un aviso suficiente. Bien. Entregue sus uniformes a lavandería. Recibirá su cheque final por correo o

depósito directo... como sea que lo reciba normalmente... en el momento habitual. Eso es todo.

Casi siete meses de asistencia perfecta, innumerables turnos adicionales cubiertos, y merezco menos atención que un conflicto de programación. En lugar de resentimiento, me centro en sentir alivio. Tengo mis uniformes conmigo, así que los dejo en lavandería y salgo del hotel sintiéndome positivamente eufórica, aparte de algunas náuseas de bajo grado.

Hay seis manzanas hasta la cafetería, así que camino. Podría darme el lujo de tomar un taxi, pero el ejercicio será bueno para mí y para la habichuela. El apodo me parece gracioso, haciéndome sonreír, pero decido seguir con él. Tengo que llamar al bebé de alguna manera, ¿verdad? Si hay dos, ya encontraré un segundo apodo, pero no me centro en eso ahora.

La gerente de la cafetería, Janet, muestra una reacción ligeramente más humana. —¿Dinero familiar, eh? Bien por ti. Ojalá yo tuviera parientes ricos.

Si solo supiera la verdad, que mi "pariente rico" es en realidad un ruso de un metro noventa y cinco que me pagó para llevar a su descendencia.

—Trabajaré las dos semanas completas —digo, ya que ha sido una buena persona y el trabajo no es tan horrible.

Ella niega con la cabeza. —En realidad, si quieres que hoy sea tu último día, está bien. De todos modos tenemos exceso de personal. Te daré una buena referencia si alguna vez la necesitas.

Aún mejor. Entrego mi delantal, recojo mis propinas finales y salgo a la mañana de Miami sintiéndome más ligera con cada paso.

Las siguientes horas pasan en una extraña neblina de libertad. Tomo el autobús a casa, pero por primera vez, no me molesta la ruta lenta o el aire acondicionado averiado. Pronto, podré permitirme viajes en Uber. Demonios, puedo permitirme un coche si quiero uno.

De vuelta en mi apartamento, me preparo una taza de té y me siento junto a la ventana, viendo a los niños del barrio jugar en la calle. Mi mano se desvía hacia mi estómago, todavía plano y sin dar señales de la vida que se desarrolla dentro. Según la aplicación de embarazo que descargué, el embrión tiene ahora el tamaño de una semilla de amapola. Tiny, pero ya está cambiando todo.

Mi teléfono suena desde el consultorio del Dr. Petrov, confirmando mi cita para mañana. Después de colgar, noto otro mensaje de Valentin.

"¿Has renunciado a tus trabajos?"

¿Cómo lo sabe? Entonces recuerdo que el contrato especifica que debo evitar los productos químicos del lugar de trabajo y el estrés una vez que se confirme el embarazo. No ha leído mi mente. Solo está haciendo un seguimiento para asegurarse de que estoy cumpliendo con el contrato.

"Lo hice hoy."

"Bien. Debe parar inmediatamente. Sin preaviso. Haré que legal se ocupe de ello." Antes de que pueda responder, envía otro mensaje: *"La exposición a productos químicos de limpieza presenta riesgo. Has terminado allí."*

Pongo los ojos en blanco pero escribo: "*No ofrecí dos semanas. No estoy trabajando en ninguno de los dos empleos ahora."*

"Bien. Eso significa que no hay más discusiones."

El tono autoritario me irrita, y escribo: *"No recuerdo haber discutido. Simplemente hiciste suposiciones."*

Su respuesta se retrasa pero finalmente llega. *"Tienes razón. Me disculpo."*

Podría seguir con esto, pero lo dejo pasar: *"Gracias."*

"Descansa. Come bien. Sigue los protocolos médicos."

Escribo de vuelta, añadiendo un punto para enfatizar: "Conozco mi trabajo."

"Asegúrate de hacerlo. Ahora llevas una carga preciosa."

Carga preciosa. No "mi hijo" o "nuestro bebé", sino carga. Supongo que es apropiado. Soy un recipiente, transportando bienes del punto A al punto B. El hecho de que los bienes sean vida humana no cambia la transacción fundamental.

Pero mientras me siento en mi destartalado apartamento, recién desempleada pero financieramente segura por primera vez en mi vida adulta, no puedo evitar tocarme el estómago de nuevo. En algún lugar dentro, las células se están dividiendo y formando el comienzo de una persona que nunca me conocerá, nunca me llamará madre y quizás nunca entienda las extrañas circunstancias de su creación.

El pensamiento me entristece ligeramente, pero me obligo a centrarme en el lado positivo. Esta pequeña vida ya está cambiando la mía de maneras que nunca imaginé. En nueve meses, entregaré un bebé y completaré mi contrato, pero la libertad que proporciona esa transacción —la educación que puedo conseguir, la vida que puedo construir y la seguridad que nunca he conocido— durará para siempre.

—Gracias, Habichuela —susurro a la diminuta futura persona dentro de mí—. Gracias por darme la oportunidad de algo mejor.

La tarde se extiende ante mí, vacía de turnos para trabajar o mesas para limpiar. Por primera vez en años, no tengo ningún sitio al que ir ni nada que hacer más que descansar y gestar un bebé. Es el trabajo más extraño que he tenido nunca, pero ya es el más gratificante.

Me preparo otra taza de té, subo los pies y abro mi portátil para investigar apartamentos en mejores barrios. Aún no. Esperaré hasta que el embarazo esté más avanzado. Pero pronto, dejaré atrás este

techo manchado de agua y este ascensor averiado. Pronto, dormiré en un dormitorio real en lugar de un estudio, y compraré comestibles sin calcular cada céntimo. Compraré fruta y verdura fresca y comeré filete una vez a la semana, al menos mientras esté embarazada.

Todo porque Valentin Morozov necesitaba un heredero y yo necesitaba un milagro.

El milagro tiene el tamaño de una semilla de amapola, nadando en mi vientre, y cambiándolo todo con su diminuta existencia. Hoy, solo soy una mujer con una prueba de embarazo positiva y una cuenta bancaria llena de números imposibles, sentada en un rayo de luz solar y sintiendo esperanza por primera vez en siete años.

Es suficiente. Es todo.

Mi teléfono vibra una vez más, un recordatorio del calendario para mi horario de vitaminas. Sonrío, levantándome para tomar las pastillas que ayudarán a nutrir al heredero de Valentin. Ya mi vida gira en torno a este embarazo, este contrato y este extraño acuerdo que me ha devuelto mi futuro.

Solo son nueve meses. Puedo hacer cualquier cosa durante nueve meses, incluso llevar el bebé de un extraño y fingir que no me importa cuando lo entregue y nunca mire atrás.

Al menos, eso es lo que sigo diciéndome mientras trago las vitaminas prenatales y siento los primeros movimientos reales de lo que podría ser instinto maternal.

Solo negocios, me recuerdo a mí misma. Nada más, pero mi mano permanece en mi estómago mucho después de haber tomado las pastillas, y no puedo convencerme del todo de que eso es todo lo que es.

8

El correo electrónico encriptado llega a las 7:43 a.m., con la firma digital segura de la Clínica EverAfter que mi equipo de seguridad verifica antes incluso de que abra el mensaje. La luz matutina se filtra por las ventanas de mi despacho mientras me acomodo en mi sillón de piel y observo cómo el software de desencriptación transforma el código confuso en texto legible. El proceso dura diecisiete segundos, aunque la espera parece más larga cuando el asunto dice "Elliott, B. Resultados segundo hCG".

El mensaje comienza con la característica formalidad del Dr. Petrov. —Sr. Morozov, me complace confirmar que el segundo análisis de sangre de la Srta. Elliott muestra una excelente progresión. hCG inicial: 427 mIU/mL. hCG actual: 1.274 mIU/mL. Esto representa un tiempo óptimo de duplicación e indica un embarazo sano y viable. Hemos programado una ecografía de confirmación a las seis semanas para determinar el número de embriones y verificar la actividad cardíaca. Por favor, contacte con nuestra oficina si tiene alguna pregunta.

Las cifras me observan desde la pantalla, limpias y clínicas en su precisión. De cuatrocientos veintisiete a mil doscientos setenta y cuatro en cuarenta y ocho horas, lo que es cuatro veces mayor de lo necesario para indicar una división celular saludable y una

producción hormonal adecuada. Los datos deberían satisfacerme como lo hacen los informes trimestrales de beneficios cuando superan las proyecciones, y sin embargo algo se mueve bajo mis costillas mientras proceso las implicaciones. Mis pensamientos saltan a gemelos.

Cierro el portátil y me levanto de mi escritorio, atraído hacia las ventanas con vistas a la Bahía de Biscayne. Completamente por diseño, voy a ser padre.

La palabra se siente extraña incluso en la privacidad de mis pensamientos. *Padre*. El título conlleva un peso que no he considerado completamente a pesar de meses planificando este acuerdo. Mi propio padre empuñó el rol como un arma, enseñando mediante la crueldad y el favoritismo, moldeando a sus hijos para ser rivales en lugar de aliados. Los hombres que observo en espacios públicos parecen encarnar algo completamente diferente, mostrando un afecto natural con sus hijos que sigue siendo tan ajeno para mí como hablar mandarín. Sin embargo, la biología no se preocupa por mis limitaciones emocionales o disfunciones aprendidas.

Regreso a mi sitio y contemplo enviar otro mensaje a Blaire después de haberla ofendido hace dos noches, tras enterarnos del embarazo. El protocolo sugiere que un breve reconocimiento sería apropiado, y quizás un recordatorio para que continúe siguiendo las pautas médicas. Mis dedos se ciernen sobre el teclado del teléfono mientras redacto y borro varias versiones antes de decidirme por algo adecuadamente profesional.

—La clínica ha confirmado progresión positiva. Continúe siguiendo todos los protocolos.

Su respuesta llega en minutos, más rápido de lo que esperaba dada la hora temprana. —Entendido. Me siento bien. Algunas náuseas matutinas pero manejables.

Las palabras son escasas e impersonales, exactamente lo que nuestro contrato estipula para la comunicación entre nosotros. Sin

elaboración innecesaria ni desbordamiento emocional, solo actualizaciones fácticas relevantes para el progreso del embarazo. Sin embargo, me encuentro estudiando el mensaje en busca de significados ocultos, analizando "me siento bien" en busca de gradaciones de verdad. ¿Minimiza la incomodidad por estoicismo o genuina falta de síntomas? La palabra "manejables" podría abarcar cualquier cosa, desde náuseas leves hasta una enfermedad debilitante, dependiendo de su umbral personal para el sufrimiento.

Escribo otra respuesta antes de contenerme. ¿Qué busco exactamente? ¿Detalles sobre su rutina matutina? ¿Seguridad de que está comiendo adecuadamente? Estas preocupaciones se relacionan directamente con proteger mi inversión y nada más. Una gestante enferma podría comprometer el embarazo, mientras que una portadora estresada podría tener un aborto espontáneo. Mi interés proviene de consideraciones prácticas, no de inversión personal en su bienestar más allá de su impacto en el niño que lleva. No estoy intentando ser su amigo.

—Hágamelo saber si necesita algo —respondo finalmente en la ventana de mensajes, manteniendo la oferta apropiadamente vaga.

—Lo haré. Gracias.

El intercambio termina ahí, aunque dejo la conversación abierta en mi pantalla más tiempo del necesario. Esta compulsión por mantener la conexión, por tenue que sea, representa una preocupación de seguridad que debería abordar. Cuantos más puntos de contacto haya entre nosotros, más oportunidades para filtraciones de información o complicaciones emocionales. Sin embargo, guardo los mensajes de todos modos, añadiéndolos a un archivo encriptado que he estado construyendo para documentar la progresión del embarazo. Me digo a mí mismo que es algo que el bebé podría querer ver cuando sea mayor, rehuyendo de lo deshonesto que eso suena cuando lo digo en mi cabeza.

La mañana continúa con su ritmo habitual de informes territoriales y actualizaciones operativas. Mis operaciones en Miami funcionan sin

problemas a pesar de la reciente presión de competidores colombianos, mientras que nuestros contactos de Europa del Este confirman que el envío del próximo mes sigue según lo previsto. Entre revisar manifiestos y aprobar cambios de personal, mis pensamientos siguen volviendo a esos números de hCG. Mil doscientos setenta y cuatro. Para mañana, probablemente más de tres mil.

Para la próxima semana, diez mil o más. Cada duplicación representa una división celular exitosa, el esquema de mi genética combinándose con la suya para crear algo completamente nuevo. Reducirlo a términos clínicos debería quitarle cualquier placer, pero sigo sintiendo una sacudida de lo que tentativamente etiquetaría como alegría cada vez que pienso en ello. Es inquietante sentir emociones tan sin precedentes.

Un golpe interrumpe mis cálculos. —Adelante.

Viktor entra con esa expresión particular que señala noticias urgentes en lugar de actualizaciones rutinarias. Mi jefe de seguridad nunca pierde tiempo con cortesías cuando las amenazas requieren atención. —Señor, hemos tenido otro avistamiento de Vanya.

El nombre agudiza mi concentración al instante. —¿Dónde?

—En una bodega en la Pequeña Habana hace unas tres horas. La vigilancia captó una figura que coincide con la complexión de Vanya merodeando cerca del callejón detrás del local. Es un conocido punto de reunión para el grupo De Los Santos. No hemos tenido incidentes importantes con ellos en más de un año, pero el momento es sospechoso.

Me entrega la tableta. Se carga un vídeo granulado que muestra una vista lateral de la estrecha calle detrás de la bodega. Una figura encapuchada permanece parcialmente en la sombra, con el cuerpo en un ángulo suficiente para ocultar cualquier reconocimiento facial claro.

—Las métricas corporales sugieren un setenta por ciento de probabilidad de identificación positiva —añade—. Misma altura, peso y forma de andar.

Estudio el metraje fotograma por fotograma. Incluso después de trece años, reconozco la manera de andar de mi gemelo, y cómo favorece su lado izquierdo al caminar, un hábito formado después de que le rompiera las costillas durante una de nuestras peleas adolescentes y nuestro padre se negara a llevarlo al médico porque había sido débil y había perdido. La calidad del vídeo impide la confirmación facial, pero cada instinto grita que Vanya definitivamente ha aparecido en Miami.

—Es el cuarto avistamiento este mes —dice Viktor—. Los otros tres avistamientos fueron cerca de nuestras propiedades, lo que sugiere una vigilancia sistemática de sus operaciones. Está mapeando nuestras instalaciones, aprendiendo nuestras rutinas, y tal vez reclutando músculo local para complementar a sus camaradas europeos. —Se aclara la garganta—. Esa bodega está a solo unas manzanas de uno de nuestros principales centros.

Asiento. El almacén en cuestión maneja el exceso de inventario para varios negocios legítimos, pero también procesa envíos sensibles que requieren discreción. Más importante aún, todos los suministros médicos para la Clínica EverAfter pasan por esa instalación, incluido el equipo especializado para mi acuerdo privado. Si Vanya ha estado observando el tiempo suficiente, podría armar la conexión.

—Duplicad la seguridad inmediatamente —ordeno mientras continúo analizando el metraje—. Quiero cobertura superpuesta en todos los puntos de acceso, sin puntos ciegos. Realizad verificaciones de antecedentes de cualquier nueva contratación del año pasado. Alguien filtró información sobre el acuerdo de gestación subrogada, y quiero saber cómo se enteró Vanya.

—Ya he empezado con eso, jefe. También he aumentado los protocolos de protección para la Srta. Elliott.

—¿Estado de su seguridad?

—Equipos de dos hombres mantienen vigilancia discreta según lo ordenado anteriormente, rotando cada ocho horas en lugar de doce ahora, solo para mantenerlos frescos. Desde que dejó el empleo hace dos días, se ha mantenido cerca de su apartamento. Ha ido a comprar comestibles todos los días y tiene debilidad por la fruta fresca. También le gusta dar largos paseos por el vecindario, y ayer visitó una librería, comprando algunos libros sobre embarazo y algunas novelas románticas. No hay indicios de que sea consciente de nuestra presencia o de amenazas potenciales.

El informe debería tranquilizarme, sin embargo, la imagen de Blaire moviéndose a través de su nueva rutina emergente mientras Vanya la rodea como un tiburón hace que mis hombros se tensen. Su edificio de apartamentos representa una pesadilla de seguridad con sus cerraduras rotas, iluminación mínima y múltiples puntos de acceso. Había planeado dejarla allí hasta más avanzado el embarazo, manteniendo la normalidad mientras la situación se desarrollaba, pero con la vigilancia escalada de Vanya, ese cronograma requiere revisión inmediata.

—Necesito evaluaciones de vulnerabilidad para su residencia. Analizad cada entrada, cada línea de visión y cada punto potencial de brecha. Comprobad referencias cruzadas de cualquier vehículo o individuo que aparezca cerca tanto de su ubicación como de nuestras instalaciones. Si Vanya la está rastreando, quiero saberlo antes de que actúe.

—Tendré informes preliminares dentro de una hora.

Después de que Viktor se va, recorro la longitud de mi oficina considerando opciones. El contrato me permite reubicar a Blaire por razones médicas, una cláusula que incluí específicamente para situaciones como esta. Ella se resistirá al repentino trastorno y posiblemente se enfurecerá contra la restricción de movimiento y la pérdida de autonomía. Su vena independiente la convirtió en una gestante ideal, pero ahora complica las medidas de seguridad

necesarias. Aun así, sus preferencias importan menos que su seguridad, y por extensión, la seguridad de mi heredero.

Redacto un mensaje a Thomas Brennan, mi abogado, para informarle que voy a trasladarla. Ya he seleccionado un apartamento en un edificio de mi propiedad, en un vecindario mucho mejor. —Se lo diré yo mismo —añado al correo electrónico.

Su respuesta llega rápidamente: —Entendido. Llámeme si necesita refuerzo legal para recordarle que ella aceptó esto.

La decisión se siente tanto prematura como tardía. Una parte de mí reconoce que trasladarla ahora revela la profundidad de la amenaza que percibo y es un reconocimiento de que Vanya representa un peligro real en lugar de una mera inconveniencia. Sin embargo, esperar más tiempo arriesga una catástrofe si mi hermano escala de la vigilancia a la acción. La naturaleza clínica de nuestro acuerdo debería hacer que esta elección sea simple, solo otra decisión operativa para proteger activos valiosos, pero el impulso protector que impulsa mis acciones se siente inquietantemente personal.

Me sirvo otro vodka mientras contemplo la conversación que seguirá a la reubicación. Blaire exigirá explicaciones que no puedo proporcionar completamente sin revelar los fundamentos criminales de mi riqueza. Verá el traslado como un encarcelamiento en lugar de protección e interpretará mi preocupación como control en lugar de cuidado. Sin embargo, cualquier alternativa la deja expuesta a peligros que no puede anticipar o de los que no puede defenderse.

9

El golpe llega exactamente a las 11:00 de la mañana, tres toques secos que rompen la tranquila quietud matutina de mi apartamento. Aún estoy en pijama, con el pelo envuelto en una toalla después de la ducha, cuando miro por la mirilla para ver a la última persona que esperaba.

Valentin Morozov está en mi pasillo como si fuera suyo, lo que, dada su riqueza, probablemente podría serlo. Su altura le obliga a inclinarse ligeramente para mantenerse en el campo de visión de la mirilla, y su traje azul marino a medida parece absurdamente caro contra la pintura descolorida del pasillo que se está descascarillando en varios lugares. El contraste entre su apariencia impecable y el deterioro de mi edificio crea tal disonancia cognitiva que casi me convenzo de que estoy alucinando por las náuseas del embarazo.

Abro la puerta parcialmente, manteniendo la cadena puesta. —¿Ocurre algo? ¿Hay algún problema con el embarazo?

Mira la cadena con algo que podría ser diversión en alguien cuyas expresiones fueran más fáciles de leer. —No hay ningún problema. Abra la puerta, Srta. Elliott.

El tono autoritario me recuerda que, aunque pueda llevar a su hijo, nuestra relación sigue siendo fundamentalmente transaccional.

Desenganchó la cadena y retrocedo, muy consciente de mi desgastada camiseta universitaria y mis pantalones de pijama a cuadros. —Podría haber llamado antes.

—Lo hice. Tres veces. —Entra sin esperar una invitación, su presencia encogiendo inmediatamente mi ya de por sí pequeño apartamento estudio. Examina el espacio, entrecerrando los ojos ante las manchas de humedad en el techo y el desvencijado sofá/cama de segunda mano. Sus ojos se deslizan por la encimera de la cocina abarrotada de libros sobre embarazo y vitaminas prenatales.

Miro mi teléfono en la encimera y veo las llamadas perdidas. El timbre debía de estar apagado mientras me duchaba. —Lo siento, estaba...

—No importa. —Se gira para mirarme, y noto círculos oscuros bajo sus ojos que su apariencia por lo demás inmaculada no puede ocultar del todo—. Se muda hoy.

—¿Perdón?

—He conseguido un apartamento mejor en un barrio más seguro con mejor calidad del aire y proximidad a instalaciones médicas. —Saca su teléfono, desplazándose por lo que parecen fotos—. El edificio es muy seguro.

Lo miro fijamente, tratando de procesar este repentino cambio. —El contrato dice que puedo mantener mi residencia actual a menos que haya complicaciones médicas que requieran...

—La sección 7.3 permite la reubicación por cualquier problema relacionado con la salud, incluidos factores ambientales que podrían afectar al embarazo. —Recita la cláusula de memoria, su acento haciendo que la terminología legal suene casi musical—. Su edificio tiene problemas documentados de moho, la tasa de delincuencia del barrio es inaceptable, y el hospital más cercano está a diecisiete minutos en tráfico óptimo.

Antes de que pueda formar una respuesta coherente, más golpes resuenan por el apartamento. Valentin abre la puerta para revelar un equipo de profesionales de mudanzas con uniformes a juego, carretillas y cajas listas.

—No puede simplemente... —empiezo, pero él ya está dirigiendo a los transportistas con instrucciones rápidas en una mezcla de inglés y ruso.

Un segundo hombre entra detrás de los transportistas, más bajo y fornido que Valentin pero con el mismo aire de poder. Su postura grita militar, desde la columna recta hasta la forma en que su mirada escanea continuamente en busca de amenazas.

—Este es Anton —dice Valentin sin mirarme—. Su seguridad personal.

—¿Mi qué?

—Guardaespaldas. —Finalmente vuelve su atención hacia mí—. La acompañará siempre que salga de su nuevo apartamento.

Las náuseas matutinas que había estado controlando bastante bien de repente surgen con venganza. Ya sea por el estrés o por el abrumador giro de los acontecimientos, apenas logro llegar al baño antes de que mi desayuno reaparezca. Escucho la voz de Valentin a través de la puerta, hablando en ruso con alguien, probablemente Anton.

Cuando emerjo varios minutos después, con la cara lavada y la boca enjuagada, los transportistas ya han comenzado a empacar mis pocas posesiones. Trabajan tan rápidamente que estoy segura de que lo han hecho miles de veces.

—Parad —les digo, con la voz más temblorosa de lo que me gustaría —. La mayoría de esto se queda. El apartamento vino amueblado.

Miran a Valentin para confirmar, lo que me irrita más de lo que debería. Es mi vida la que están desmantelando, pero le consultan a

él automáticamente.

—Dejad los muebles —confirma—. Solo objetos personales.

Observo impotente cómo desnudan mi dormitorio de ropa y libros, vacían el baño de artículos de aseo y medicamentos, y empaquetan los pocos tesoros personales que he acumulado. Manejan mis cosas con desapego profesional, envolviendo la foto enmarcada de Cary en plástico de burbujas antes de deslizar mis libros sobre embarazo y mi escasa colección de novelas románticas en una caja marcada como "LIBROS FRÁGILES" con pulcra caligrafía. Mi vida cabe en deprimentemente pocas cajas.

—Esperad —grito cuando un transportista alcanza la caja de joyas de mi hermana en el tocador—. Embalaré eso yo misma.

El transportista retrocede sin cuestionarlo, girándose hacia otros objetos. Acuno la pequeña caja de madera, pasando mis dedos por las esquinas de latón que Cary pulía religiosamente. Dentro están sus pocas piezas de bisutería, sin nada valioso excepto en recuerdos. Sin abrirla, sé que hay unos pendientes que llevó al baile de graduación, el collar que nuestra madre le dio por su decimosexto cumpleaños y la pulsera de dijes a la que añadía uno cada Navidad hasta que murió. Estos adornos son todo lo que me queda de ella.

—Srta. Elliott —habla Anton por primera vez, su voz llevando un ligero acento que no puedo ubicar—. Necesitamos encontrarnos con el agente inmobiliario en el nuevo edificio. Yo la llevaré.

—Puedo tomar el autobús...

—No. —El tono de Valentin no admite discusión—. Anton la llevará a todas partes ahora.

—Esto es ridículo. No necesito un guardaespaldas. No soy la esposa de algún famoso o político.

—Está llevando a mi heredero. —La simple afirmación hace que cualquier argumento parezca inútil—. Su seguridad no es negociable.

Quiero discutir más, enfurecerme contra esta repentina pérdida de autonomía, pero el agotamiento y las náuseas ganan. La fatiga del primer trimestre sobre la que me advirtieron las páginas web de embarazo me ha golpeado fuerte en los últimos días, haciendo que la confrontación parezca imposiblemente agotadora.

Anton me conduce a un SUV negro con ventanas tintadas estacionado afuera. El interior de cuero huele a nuevo, y el motor funciona con un profundo ronroneo. Intento entablar conversación mientras navega por el tráfico de Miami. —Entonces, ¿cuánto tiempo lleva trabajando para el Sr. Morozov?

—Seis años. —Su mirada nunca abandona la carretera.

—¿Y antes de eso?

—Militar.

—¿Ruso?

—Israelí. —Toma una suave curva a la derecha—. Fuerzas especiales.

La revelación debería perturbarme más de lo que lo hace. En cambio, me encuentro preguntándome qué tipo de empresario necesita antiguos miembros de fuerzas especiales como guardaespaldas. La creciente evidencia de las potenciales conexiones criminales de Valentin se vuelve cada vez más difícil de ignorar.

—Seis años —murmuro, más para mí misma que para Anton—. Es mucho tiempo para trabajar en seguridad.

—El Sr. Morozov valora la lealtad. —Cambia de carril con suavidad—. Cuida de aquellos que demuestran su valía.

Hay algo en su manera de decirlo, no exactamente calidez pero definitivamente respeto. Sea lo que sea Valentin, claramente inspira devoción en sus empleados.

Las concurridas calles de Miami se difuminan tras las ventanas tintadas mientras dejamos atrás mi familiar vecindario. Observo la gradual transformación de apartamentos de clase trabajadora a calles arboladas, donde incluso el aire parece más limpio. Pasamos tiendas boutique en las que antes nunca podría permitirme entrar y restaurantes donde una sola comida cuesta más que mi presupuesto semanal para la compra. Esta es la Miami que ven los turistas, la que existe en folletos inmobiliarios y revistas de estilo de vida.

—¿Tiene muchos enemigos? —La pregunta se me escapa antes de poder detenerla.

La mirada de Anton se encuentra brevemente con la mía en el espejo retrovisor. —Todo hombre de éxito tiene rivales. El Sr. Morozov ha tenido éxito durante más tiempo que la mayoría.

No es realmente una respuesta, pero la cuidadosa formulación me dice lo suficiente. No necesitas antiguos miembros de fuerzas especiales para protegerte contra competidores empresariales molestos por acuerdos inmobiliarios.

Llegamos a un edificio moderno en Coral Gables que parece haberse materializado de una revista de arquitectura. Vidrio y acero se elevan veinte pisos, con paisajismo cuidado y un pórtico donde un portero uniformado ya espera.

—Tercer piso —dice Anton, entregándome una tarjeta llave—. El ático estaba disponible, pero el Sr. Morozov pensó que preferiría algo menos ostentoso.

Menos ostentoso. Claro. Porque un apartamento de lujo en Coral Gables es prácticamente caer en la miseria.

El vestíbulo me golpea con aire acondicionado ártico y el aroma de flores frescas dispuestas en un jarrón de cristal más grande que toda mi cocina en el antiguo lugar. Arte abstracto decora las paredes, y el mostrador de conserjería parece pertenecer a un hotel de cinco estrellas.

El ascensor sube en silencio, abriéndose a un pasillo con alfombras mullidas que amortiguan nuestros pasos. Anton desbloquea la puerta de la unidad 3F y me indica que entre primero. Solo entonces me doy cuenta de que todavía llevo puesta mi vieja camiseta y pantalones de pijama. Gimo en voz alta.

Entro en lo que solo puede describirse como un apartamento de ensueño. Técnicamente sigue siendo un estudio, pero fácilmente tres veces el tamaño de mi antiguo lugar. Enormes ventanas ofrecen vistas a la vía fluvial de Coral Gables, y la cocina cuenta con electrodomésticos que solo he visto en programas de cocina. Los muebles parecen costar más de lo que gané en un año en ambos trabajos combinados, con un sofá seccional color crema, una mesa de comedor para seis y, a través de un arco, una cama que podría dormir a una pequeña familia.

—Esto es demasiado —susurro, abrumada por el lujo.

—El edificio tiene excelente seguridad —dice, perdiendo completamente el punto—. Acceso controlado, sistemas de vigilancia, y el portero es ex policía de Miami.

Me muestra las características de seguridad. Hay un sistema de videoportero, cerraduras robustas e incluso un botón de pánico discretamente colocado cerca de la cama. El baño me hace jadear audiblemente, con su bañera de inmersión, ducha de cristal separada y encimeras de mármol.

—Estaré en el pasillo si necesita algo —dice, ya tomando su puesto.

Finalmente sola, exploro el apartamento más a fondo. Cada detalle grita caro. La nevera ya está abastecida con productos frescos, alimentos orgánicos para embarazadas y botellas de la marca específica de vitaminas prenatales que recomendó el Dr. Petrov.

La consideración debería conmoverme. En cambio, se siente como otra forma de control, como si Valentin anticipara y gestionara mis necesidades antes de que pueda expresarlas. Soy un paquete que

hay que mantener, y un recipiente que hay que optimizar para la preciosa carga que llevo. El hecho de que me inscribiera para ser precisamente eso no hace que duela menos.

Los transportistas llegan con mis cosas, que parecen patéticamente fuera de lugar en este ambiente prístino. Mis gastados libros de bolsillo chocan con las estanterías incorporadas, y mi ropa de tiendas de segunda mano desaparece en un vestidor más grande que mi baño anterior.

A medida que la tarde da paso a la noche, me siento en el obscenamente cómodo sofá con mi antiguo portátil, decidida a aprender más sobre el hombre que acaba de trastornar mi vida. Comienzo con búsquedas básicas: "Valentin Morozov Miami", "Morozov bienes raíces" y "Valentin Morozov biografía".

Los resultados siguen siendo frustradamente escasos, arrojando algunas fotos de páginas sociales de eventos benéficos que siempre lo muestran solo o con socios comerciales. Estudio cada imagen cuidadosamente, notando cómo se posiciona en fotos grupales: ligeramente apartado, raramente sonriendo y siempre consciente de la cámara. Incluso en estos momentos sociales supuestamente espontáneos, mantiene el control sobre su imagen.

Una foto de una gala benéfica para el hospital de hace tres años capta mi atención. Valentin aparece junto al alcalde y varios hombres trajeados, pero mientras ellos sonríen ampliamente a las cámaras, su expresión permanece neutral, casi fría. El pie de foto lo identifica únicamente como "el prominente promotor inmobiliario Valentin Morozov", pero algo en la forma en que los otros hombres le muestran deferencia con su lenguaje corporal sugiere que es mucho más que un simple inversor inmobiliario.

Profundizo más, probando variaciones de su nombre mientras busco conexiones de la familia Morozov en Miami. Encuentro un obituario de hace trece años de Dmitri Morozov, descrito vagamente como un "destacado empresario", sobrevivido por sus hijos gemelos. Sin causa de muerte indicada, y sin detalles sobre el negocio familiar.

Hijos gemelos. Si este Dmitri era su padre, Valentin tiene un hermano, pero no he encontrado mención de él en ningún otro lugar.

Cuanto más busco, más sospechosa resulta la ausencia de información. Los multimillonarios legítimos buscan publicidad, construyendo marcas personales junto a sus imperios empresariales. Dan entrevistas, mantienen presencia en redes sociales y elaboran cuidadosamente personajes públicos. La invisibilidad digital de Valentin parece deliberada, como si alguien estuviera borrando activamente los rastros de su existencia en internet.

Cambio de táctica, buscando "comunidad rusa Miami", "negocios rusos Miami" y finalmente, con vacilación, "mafia rusa Miami".

Los resultados me hielan la sangre, proporcionando inmediatamente artículos sobre investigaciones federales de blanqueo de dinero, tráfico de armas y extorsión. ¿Es por esto que Valentin necesita ex fuerzas especiales como guardaespaldas? ¿Por qué puede orquestar traslados repentinos con precisión militar? ¿Por qué protege su privacidad con tanto cuidado?

Pienso en lo de antes, cómo los transportistas le obedecieron al instante, cómo Anton hablaba de él con el cuidadoso respeto reservado para hombres peligrosos. Las medidas de seguridad que parecían excesivas para un empresario tienen perfecto sentido para un jefe del crimen. La forma en que Valentin dominaba la sala, cómo daba órdenes con la absoluta certeza de que serían cumplidas... estos no son rasgos de alguien que simplemente compra y vende propiedades.

Mi mano se mueve inconscientemente hacia mi vientre, aún plano pero albergando una vida que me conecta irreversiblemente con este hombre. ¿En qué me he metido? El contrato parecía tan sencillo: llevar un bebé, cobrar el dinero y seguir con mi vida, pero ya nada de esto parece simple.

Me he atado a alguien que podría ser un delincuente, he aceptado llevar a su hijo y he tomado su dinero. La libertad financiera que celebré se siente como una trampa cerrándose a mi alrededor.

Mi teléfono vibra. Es un mensaje de Elody, mi única amiga que queda de la universidad: *"Hace semanas que no sé de ti. ¿Quieres tomar un café este fin de semana?"*

Me quedo mirando el mensaje, sin saber cómo responder. ¿Cómo explico que no puedo quedar para tomar un café sin un guardaespaldas? ¿Que me he mudado a un apartamento de lujo que no elegí? ¿Que estoy embarazada del bebé de un posible mafioso? La vida normal que solía tener parece un país extranjero que ya no puedo visitar.

"Lo siento, he estado enferma. ¿Lo dejamos para otro día?" Finalmente escribo, odiando la mentira pero sin ver otra alternativa.

Un golpe interrumpe mis pensamientos en espiral. Miro por la mirilla y veo a Anton con bolsas de comida para llevar.

—El señor Morozov ha encargado la cena —dice cuando abro la puerta—. Mediterránea. Saludable para el embarazo.

Acepto las bolsas, notando que son de un restaurante caro que nunca podría permitirme. —Anton —digo antes de que pueda retirarse a su puesto en el pasillo—. Háble me del señor Morozov.

Su expresión no cambia. —¿Qué le gustaría saber?

—¿Realmente se dedica al sector inmobiliario?

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

Anton me estudia con ojos oscuros que probablemente han visto más violencia de la que puedo imaginar. —El señor Morozov es un empresario con intereses diversos. Cuida de aquellos bajo su protección.

La respuesta cuidadosamente formulada me lo dice todo y nada. —¿Estoy bajo su protección?

—Usted lleva a su hijo. Eso la convierte en la persona más protegida de Miami.

Se retira al pasillo antes de que pueda preguntar de qué necesito protección, pero creo que ya lo sé. Si Valentin es lo que sospecho, sus enemigos se convierten en mis enemigos por defecto. El niño que crece dentro de mí no es solo heredero de una fortuna legítima, sino la próxima generación de una dinastía criminal.

Desempaqueto la cena de pescado a la plancha, ensalada de quinoa, verduras asadas y agua con gas con limón. Cada elemento fue elegido para ser lo más saludable posible para el bebé. Me irrita el control incluso mientras agradezco que piense en el bebé. Quiero que sea un buen padre, tan bueno como puede ser un tipo de la *bratva*.

La comida es excelente, eso sí. El pescado está perfectamente sazonado y las verduras crujientes y frescas, pero cada bocado sabe a rendición. Antes soñaba con comer en restaurantes tan elegantes. Ahora me doy cuenta de que incluso el lujo pierde su atractivo cuando viene con cadenas apretadas.

Mientras como sola en mi lujosa nueva prisión, me pregunto si esta será mi vida durante los próximos ocho meses. Vigilada, controlada o reubicada a capricho, con cada aspecto gestionado por un hombre que podría ser el peor tipo de monstruo.

Ya estoy demasiado metida en esto.

Más tarde, pruebo la cama. Tiene un colchón king-size que parece una nube. Las sábanas deben tener un número de hilos insano que hacen que las del hotel parezcan de poliéster, y son tan suaves como la seda contra mi piel. Debería estar agradecida por la mejora, por la seguridad y por la atención cuidadosa a mi comodidad.

En cambio, estoy despierta mirando otro techo, este sin manchas de agua pero de alguna manera más opresivo. A través de la ventana, Coral Gables brilla con riqueza respetable, muy lejos de mi barrio obrero, pero la respetabilidad puede ocultar pecados con la misma facilidad que la pobreza.

Recibo un mensaje de V.M.: *"¿Es satisfactorio el apartamento?"*

Considero ignorarlo, pero su comentario anterior sobre llamadas sin respuesta sugiere que no es prudente: *"Es precioso. Gracias."*

"Anton permanecerá fuera esta noche. Seguridad adicional patrulla el edificio."

"¿Es necesa..." escribo, luego borro. En su lugar: *"Vale."*

"Que duermas bien. Sigue las pautas dietéticas en la carpeta de la cocina."

Por supuesto que hay una carpeta. Por supuesto que cada aspecto está planificado y documentado. Me pregunto si hay una hoja de cálculo en algún lugar que rastrea mi ingesta nutricional, patrones de sueño y fluctuaciones de humor.

Con los dientes apretados, escribo: *"Lo haré. Buenas noches."*

Dejo el teléfono a un lado y cierro los ojos, tratando de calmar mis pensamientos acelerados. Me hundo en el colchón de nube, descansando una mano protectoramente sobre mi abdomen. Sea lo que sea Valentin Morozov —empresario o criminal, protector o controlador— estoy llevando a su hijo. Esa suerte está echada, con el contrato firmado que lo demuestra.

Ahora, solo tengo que sobrevivir a las consecuencias.

10

Los monitores de vigilancia bañan mi estudio privado con luz azul mientras vierto vodka en un vaso de cristal. Los cubitos de hielo crujen al encontrarse con el alcohol, un sonido penetrante en el silencio previo al amanecer. Son las 2 a.m., y llevo tres horas sentado aquí, observando a Blaire Elliott dormir en su nuevo apartamento a través de cámaras de alta definición cuya existencia ella desconoce.

Seis pantallas forman un arco sobre mi escritorio personalizado, cada una mostrando diferentes transmisiones del edificio de Coral Gables. El monitor principal muestra su dormitorio, donde yace acurrucada de lado, con una mano descansando sobre su abdomen. Ha desarrollado este gesto protector durante los últimos días de mi observación, desde que se mudó al apartamento. Cada noche, inconscientemente acuna la vida que crece dentro de ella incluso mientras duerme.

La voz de Kuzma crepita a través de mi auricular.—La revisión del perímetro está completa. Todo tranquilo en los sectores norte y este.

Presiono el botón de comunicación.—¿Qué hay del sur?

—Espere un momento.—Hace una pausa—. Tenemos un vehículo. Sedán oscuro, moviéndose lentamente frente a la entrada principal.

Toco el teclado, cambiando el monitor de la izquierda a las cámaras exteriores del edificio. El sedán avanza lentamente por la calle, sus ocupantes ocultos tras ventanillas tintadas. El análisis de la matrícula tarda dos segundos en revelar que es un coche de alquiler, pagado en efectivo, registrado a nombre de alguien que no existe en ninguna base de datos legítima.

—Es el segundo pase esta noche —dice Kuzma.

—Seguidlos. Quiero saber si vuelven a dar la vuelta.

En el monitor del dormitorio, Blaire se mueve. El movimiento es pequeño, solo un cambio de sus piernas bajo las sábanas, pero he aprendido a leer sus patrones de sueño durante estos días de observación. Pronto despertará para su primera visita al baño de la noche, con las hormonas del embarazo ya afectando su vejiga.

La cámara del frigorífico se activa como era de esperar cuando ella camina hacia la cocina quince minutos más tarde. Viste una camiseta grande que le llega a mitad del muslo, y su pelo está despeinado por el sueño. La visión nocturna muestra claramente su camino hacia el armario donde guarda las galletas saladas para combatir las náuseas matutinas que han empezado a afectarle a todas horas.

Activo el audio de la cocina para escuchar su suave murmullo:—Vale, Judía. Intentemos mantener estas dentro esta noche.

El término cariñoso me deja helado. Está hablando con el embrión, o embriones, como si pudieran oírla. Este apego emocional no formaba parte de nuestro acuerdo. La seleccioné específicamente por su enfoque pragmático y su capacidad para ver esto como una transacción comercial. Sin embargo, aquí está, de pie en su cocina a las 2:17 a.m., susurrando a un grupo de células no más grande que un grano de arroz.

—El vehículo se acerca de nuevo —interrumpe Kuzma—. Es el tercer pase, y están fotografiando el edificio.

Cambio de cámaras para obtener un mejor ángulo y veo el teleobjetivo sobresaliendo por la ventanilla del pasajero. Están documentando las posiciones de los guardias, midiendo los tiempos de respuesta y catalogando las debilidades de seguridad. El enfoque metódico delata un reconocimiento profesional.—Interceptadlos en el próximo pase. Con discreción. Los quiero para interrogarlos.

—Entendido. Los equipos se están posicionando.

Blaire ha regresado a su dormitorio, acomodándose de nuevo en la cama con almohadas extra colocadas detrás de ella. Ha comenzado a dormir parcialmente incorporada, quizás en una posición que ayuda con las náuseas. La he observado experimentar con diferentes disposiciones durante las últimas noches, tratando de encontrar comodidad mientras su cuerpo se adapta a su nuevo estado.

El libro sobre embarazo en su mesita de noche llama mi atención. Ha marcado múltiples páginas, con pestañas de colores sobresaliendo por los bordes. A través de la cámara de alta resolución, puedo leer el lomo: "Tu guía para un embarazo saludable y holístico". Es un toque de mundanidad en una situación que es cualquier cosa menos normal.

En el monitor exterior, mi equipo de seguridad toma posición. Dos hombres emergen de las sombras cuando el sedán comienza su cuarta aproximación. Se mueven con precisión militar, uno situándose en la calle para bloquear el vehículo mientras el otro se acerca a la puerta del conductor. La extracción sucede en segundos. Ambos ocupantes son sacados y atados con bridas antes de que puedan reaccionar.

—Objetivos asegurados —dice Kuzma—. En ruta al almacén siete.

—Quiero información preliminar en una hora.

Observo a mis hombres cargar a los cautivos en una furgoneta y desaparecer en la noche. El sedán abandonado será remolcado en minutos y borrado como si nunca hubiera existido. Solo otro par de

peones de Vanya eliminados del tablero. Si no proporcionan información útil, morirán lentamente. Si lo hacen, morirán más rápido.

Volviendo mi atención a Blaire, noto que no está dormida. Permanece inmóvil con los ojos cerrados, pero su respiración es demasiado superficial para un verdadero descanso. Una mano descansa sobre su estómago mientras la otra agarra la sábana. ¿Está con dolor? ¿Nauseabunda otra vez? ¿O simplemente incapaz de dormir en un entorno desconocido?

El impulso de enviarle un mensaje, de preguntarle si necesita algo, me atrae con una fuerza sorprendente. Eso revelaría mi vigilancia y destrozaría cualquier ilusión de privacidad que mantiene. En lugar de eso, la observo luchar por dormir y maldigo mi propia impotencia.

Mi teléfono seguro vibra con actualizaciones del interrogatorio en el almacén. Los hombres capturados llevan identificación que los vincula a conocidos asociados de Vanya, lo que confirma que mi hermano está reuniendo activamente información sobre mis operaciones. El embarazo ha acelerado su cronograma, pasando de la observación cautelosa al reconocimiento agresivo.

Un sonido suave desde los altavoces devuelve mi atención a Blaire. Ha renunciado a dormir y se ha trasladado al salón. La lámpara junto al sofá se enciende. Se acurruca con su diario del embarazo, un libro encuadernado en piel que compró hace dos días.

El ángulo de la cámara me impide leer sus anotaciones, pero la observo escribir con concentración. Su pluma se mueve a través de la página con trazos constantes, ocasionalmente haciendo pausas mientras considera sus palabras. ¿Qué pensamientos llenan esas páginas? ¿Observaciones médicas? ¿Procesamiento emocional? ¿Cartas a un hijo que tendrá que entregar? Es conmovedor y algo desconcertante imaginar que está creando un registro para mi hijo para que sepa algo de su existencia.

—Señor, tenemos información procesable.—La voz de Dmitri corta a través de mi auricular—. Los hombres estaban explorando para una operación mayor. Cronograma desconocido, pero mencionaron específicamente el distrito médico.

El distrito médico, donde opera la clínica del Dr. Petrov, y donde Blaire tendrá sus citas. Ahí es donde será más vulnerable.

—Dobla la seguridad y aumenta la vigilancia en la clínica.

—Ya está en marcha. ¿Quiere alterar los patrones de movimiento de la señorita Elliott?

Considero esto mientras la observo escribir. Cambiar sus rutinas generaría preguntas y posiblemente la alarmaría. Hasta ahora, ella ha estado contenta explorando cerca del nuevo apartamento, y Anton es una presencia visible, mientras otros la observan a distancia. Es mejor aumentar la protección invisible que interrumpir su frágil sentido de rutina y arriesgar a estresarla a ella o al bebé.—No hay cambios en su horario. Solo asegúrate de que la cobertura sea perfecta.

Blaire cierra su diario y se levanta, estirándose con gracia felina. El movimiento levanta su camiseta, revelando una franja de piel pálida que inexplicablemente capta mi atención. Ha perdido peso a pesar del embarazo, con el estrés y las náuseas matutinas pasando factura. Me hago una nota mental para ajustar la entrega de alimentos del apartamento e incluir opciones más apetecibles.

Se dirige a la cocina nuevamente, esta vez preparando té de hierbas. Mientras espera que el agua hierva, se queda de pie junto a la ventana, mirando las calles de Coral Gables abajo.

¿Qué ve ahí fuera? ¿Un hermoso barrio que representa la mejora de sus circunstancias? ¿O una jaula dorada que ha reemplazado su anterior apartamento estrecho? Su expresión permanece indescifrable, incluso a través de mis cámaras de alta definición.

La tetera se apaga. Vierte agua caliente sobre una bolsita de té—jengibre, por lo que puedo ver en el paquete. Bueno para las náuseas. ¿Ha investigado esto ella misma, o el conserje del edificio ha abastecido estas opciones? Debería conocer estos detalles.

—El equipo del almacén ha extraído información adicional —dice Kuzma—. La gente de Vanya ha estado fotografiando múltiples propiedades durante la última semana. Están mapeando toda tu red.

—Era de esperar —digo, aunque la confirmación del enfoque sistemático de mi hermano me preocupa—. Siempre fue paciente.

—¿Quiere acelerar las contramedidas?

—Todavía no. Deja que piense que no nos hemos dado cuenta. A veces, la mejor trampa es una puerta abierta.

En la pantalla, Blaire ha regresado al sofá con su té. Ahora abre un libro diferente, una novela en lugar de la guía de embarazo o el diario. La simplicidad de la escena me impresiona. Es una mujer leyendo en medio de la noche, incapaz de dormir, y encontrando consuelo en la ficción. Si no fuera por mis cámaras y los informes de seguridad que inundan mi teléfono, esto podría ser cualquier momento ordinario.

Pero nada de esto es ordinario. Ella lleva a mi heredero mientras mi hermano distanciado conspira desde las sombras. Vive bajo constante vigilancia mientras se cree libre. Desarrolla conexiones emocionales con un niño que está contractualmente obligada a entregar mientras yo observo a través de ojos electrónicos, diciéndome a mí mismo que esta obsesión surge únicamente de preocupaciones de seguridad.

Me sirvo otro vodka. El alcohol no difumina los bordes afilados de esta situación. Si acaso, los clarifica. Estoy comprometido. No por amenazas externas o maquinaciones de Vanya, sino por mi propia fascinación creciente por la mujer en mis pantallas.

—¿Señor? —interrumpe la voz de Viktor—. El perímetro sur está despejado. No se detectan vehículos adicionales.

—Mantened la vigilancia. Probarán otros puntos de acceso.

—Entendido.

Blaire se ha quedado dormida en el sofá, el libro deslizándose de sus dedos. Lo veo caer, las páginas revoloteando antes de aterrizar con el lomo hacia arriba en el suelo. Ella no se despierta, el agotamiento finalmente reclamándola. El té se enfría en la mesita lateral, olvidado.

Debería apagar los monitores y dormir un poco yo también. Mañana —técnicamente hoy— trae la gestión habitual del imperio, pero mi mirada permanece fija en su forma dormida, notando cómo la luz de la lámpara capta destellos caoba en su cabello oscuro.

Tres días de distancia autoimpuesta no han logrado nada. Si acaso, la separación ha intensificado esta... preocupación. Observarla a través de cámaras se siente simultáneamente demasiado íntimo y no lo suficientemente íntimo. Conozco sus patrones de sueño, sus rutinas matutinas y sus gestos inconscientes, pero no he escuchado su voz en persona desde la reubicación.

El teléfono seguro se ilumina de nuevo con informes financieros de mis operaciones en Singapur. Me obligo a revisarlos, a involucrarme en el negocio normal de dirigir un imperio criminal, pero la concentración resulta imposible con Blaire durmiendo pacíficamente en el monitor junto a las hojas de cálculo.

Los números de Singapur se vuelven borrosos, así que cierro los archivos financieros y reviso nuestros protocolos de seguridad en su lugar. Si Vanya está mapeando mis operaciones, necesito entender qué propiedades son más vulnerables. La clínica encabeza la lista —demasiado pública, con demasiados puntos de acceso y demasiado difícil de controlar completamente—. Nuestros almacenes ocupan el segundo lugar, especialmente aquellos que manejan inventario

sensible, pero es el edificio residencial de Coral Gables el que más me preocupa. El apartamento de Blaire, a pesar de nuestras mejoras de seguridad, sigue expuesto.

—¿Viktor? —activo el comunicador—. Ejecuta escenarios de infiltración en el edificio de Coral Gables. Quiero conocer todos los posibles puntos de entrada.

—Ejecutando diagnósticos ahora. —Hay una pausa—. La evaluación inicial muestra vulnerabilidad a través del sistema de ventilación del garaje subterráneo y el acceso al tejado del edificio adyacente.

Por supuesto. Las características que lo convierten en una residencia de lujo, estacionamiento subterráneo y proximidad a otros edificios altos, también crean pesadillas de seguridad. Tomo notas para contramedidas adicionales, incluyendo sensores de movimiento en los conductos, un equipo estacionado en el tejado vecino y cámaras infrarrojas que cubran puntos ciegos.

En la pantalla, Blaire se mueve en su sueño, rodando sobre su espalda. El movimiento es inquieto, sugiriendo incomodidad en lugar de sueños pacíficos. ¿El embarazo afecta ya a su sueño? Los informes médicos indican que las fluctuaciones hormonales pueden causar insomnio, sueños vívidos e inquietud general incluso en etapas tempranas.

Cambio de cámaras para revisar las últimas veinticuatro horas, avanzando rápidamente a través de su día en tiempo comprimido. Rutina matutina —ducha, vestirse y un desayuno de tostadas que apenas toca—. Mediodía —lectura en el sofá, un paseo por el jardín del edificio con Anton siguiéndola discretamente y un almuerzo razonablemente abundante de ensalada de salmón—. Noche —intentando cenar, logrando solo sopa antes de que las náuseas ataquen—. El patrón revela apetito decreciente y fatiga creciente e indica que el mediodía es su momento con menos náuseas.

Blaire se ha acomodado de nuevo, encontrando comodidad temporal acurrucada sobre su lado izquierdo. El libro de embarazo junto a su

cama permanece marcado en el capítulo seis, indicando el desarrollo de un embrión a las cuatro semanas. Está realizando un seguimiento tan preciso de un desarrollo que terminará con una separación legal. ¿Se da cuenta de la contradicción?

Mi teléfono muestra un recordatorio para la reunión territorial de mañana con los colombianos. Es otra negociación en nuestra interminable danza de violencia y beneficio mutuo, una que normalmente disfrutaría hasta cierto punto. Esta vez, sin embargo, se siente tediosa comparada con observar a Blaire respirar.

¿Cuándo me convertí en este hombre? ¿Cuándo un imperio construido sobre el miedo y la violencia estratégica se volvió secundario a monitorear los patrones de sueño de una mujer embarazada? La respuesta surge involuntariamente. En el momento en que firmó nuestro contrato, algo fundamental cambió. Lo que comenzó como un acuerdo comercial ha evolucionado en... ¿qué?

¿Obsesión? ¿Protección?

¿Algo más precario que me niego a nombrar?

—Señor, la patrulla del amanecer está reportando —la voz de Kuzma proporciona un respiro temporal de la introspección—. Todos los sectores permanecen seguros. No hay más actividad inusual.

—Bien. Mantened los protocolos estándar hasta el cambio de turno de la mañana.

—Entendido. Debería dormir un poco, señor. Ha estado monitoreando toda la noche.

Si le parece extraño que pase horas viendo personalmente las imágenes de vigilancia, es demasiado profesional para comentarlo. En nuestro mundo, las excentricidades se toleran mientras no comprometan las operaciones. Sin embargo, esto es más que excentricidad. Es vulnerabilidad manifestándose como hipervigilancia y apego disfrazado de preocupación por la seguridad. Estoy demasiado cansado para fingir que es otra cosa en este momento.

En la pantalla, Blaire se mueve de nuevo. Son las 5:17 a.m. según la marca de tiempo. Pronto despertará para su rutina matutina, comenzando otro día bajo constante vigilancia que no sospecha. Una parte de mí quiere apagar los monitores antes de que se levante, para concederle la privacidad de los rituales matutinos, pero permanezco fijo en mi lugar, incapaz de apartar la mirada.

La luz del baño se enciende a las 5:23. A través de la cámara de la puerta, la veo salpicarse agua en la cara, estudiando su reflejo con la evaluación crítica que las mujeres reservan para los espejos. ¿Ve cambios ya? ¿La ligera palidez de las náuseas matutinas? ¿El agotamiento del sueño interrumpido? ¿O busca signos de la vida creciendo dentro, alguna prueba visible de la transformación que está ocurriendo a nivel celular?

Se cepilla los dientes lentamente, el simple acto de alguna manera fascinante cuando se observa a través de cámaras ocultas. Cada movimiento queda catalogado en mi memoria —la forma en que se recoge el pelo detrás de la oreja, el enjuague y escupido cuidadoso, y el momento de náusea que la hace agarrarse al borde del lavabo hasta que pasa—.

—Alerta de perímetro —interrumpe Viktor—. Camión de reparto acercándose al edificio. No está en nuestra lista programada.

Cambio a las cámaras exteriores, haciendo zoom en el vehículo. Marcas comerciales estándar, pero el momento es sospechoso. Las entregas regulares no llegan antes de las 6 a.m.

—Interceptad e inspeccionad —ordeno—. Registro completo del vehículo.

Mi equipo de seguridad rodea el camión antes de que llegue a la entrada del edificio. El conductor parece genuinamente confundido mientras comprueban su manifiesto, inspeccionan la carga y verifican su identificación. Después de diez minutos, lo dejan pasar. Es una entrega legítima pero con la dirección equivocada. La

paranoia me hace ver amenazas en las sombras, pero en mi mundo, la paranoia te mantiene vivo.

Blaire se ha trasladado a la cocina, comenzando su rutina matutina sin saber del drama de seguridad afuera. Abre el frigorífico, evaluando las opciones con la cuidadosa consideración de alguien que lucha contra las náuseas. Las galletas ganan, seguidas de té de jengibre —la misma combinación que ha elegido cuatro mañanas consecutivas hasta ahora—.

La observo comer lentamente, cada bocado una negociación con su estómago rebelde. Las náuseas matutinas parecen peores hoy, su cara palideciendo mientras lucha por mantener las galletas dentro. ¿Debería organizar medicación contra las náuseas? El impulso de intervenir, de arreglar su malestar, me atrae con una fuerza sorprendente.

—¿Señor? —Es Kuzma de nuevo—. La delegación colombiana ha confirmado para las 2 p.m. La sala de conferencias preparada según sus especificaciones.

—Bien. Haz que el Dr. Petrov llame a la señorita Elliott hoy. Una revisión rutinaria, nada alarmante, pero quiero su evaluación de su condición.

—Lo organizaré inmediatamente.

El sol se levanta sobre Miami mientras finalmente cierro las transmisiones de vigilancia. He pasado seis horas observándola dormir, comer y navegar por las náuseas matutinas que debería haber dedicado a planificar respuestas estratégicas a las incursiones de Vanya o incluso a dormir. En cambio, he memorizado la forma en que duerme, el patrón de su respiración y los gestos inconscientes que revelan más que las palabras.

Me levanto, estirando músculos acalambrados por horas en la silla. Mi reflejo en la ventana muestra a un hombre funcionando con vodka y obsesión, lejos del compuesto señor del crimen que sugiere

mi reputación. ¿Cuándo se convirtió el control en ilusión? ¿Cuándo observarla se volvió más importante que dirigir un imperio?

Las respuestas me aterrorizan más que las amenazas de Vanya o las negociaciones colombianas porque reconocer este cambio significa admitir una vulnerabilidad que no puedo permitirme. En mi mundo, preocuparse es debilidad, y la debilidad es muerte.

Sin embargo, mientras finalmente apago los monitores y me dirijo a mi dormitorio, una verdad permanece ineludible.

Los límites no solo se han desmoronado.

Han sido *obliterados*.

Lo que queda es algo crudo y posesivo que desafía la cuidadosa lógica que he utilizado para construir mi imperio.

Cuatro días de distancia observacional han probado lo que sospechaba pero me negaba a admitir. Blaire Elliott ya no es solo una gestante que lleva a mi heredero. Se ha convertido en algo mucho más peligroso, una fijación de la que no puedo alejarme, una vulnerabilidad que no puedo eliminar y una complicación que amenaza todo lo que he construido.

11

El fuerte golpe en mi puerta interrumpe mi sesión de lectura de la tarde. Me quedo paralizada mientras sostengo el libro sobre embarazo que he estado estudiando. Este golpe no sigue el patrón de Anton de dos suaves toques, pausa y luego un tercero. Este es contundente, exigente y completamente inesperado.

Dejo el libro a un lado y me acerco a la puerta con cautela. A través de la mirilla, se me corta la respiración. Valentin Morozov está en mi pasillo, sus anchos hombros ocupando todo el marco. A pesar del calor de la tarde de Miami, se ve perfectamente compuesto en su traje gris carbón, aunque algo en su expresión sugiere que esta no es una visita rutinaria.

Cuando abro la puerta, las preguntas salen inmediatamente.

—¿Dónde está Anton? ¿Está todo bien? ¿Ha pasado algo?

Valentin entra sin esperar invitación, su presencia transformando inmediatamente mi espacio. El apartamento que esta mañana parecía lujosamente grande ahora parece encogerse a su alrededor. Trae consigo ese aroma distintivo, colonia cara mezclada con algo únicamente suyo. Poder, quizás.

O peligro.

—Le he dado una hora de descanso —su voz tiene un matiz que no logro identificar—. Se lo merecía después de su diligencia.

La explicación parece incompleta, elaborada para evitar el verdadero motivo de su visita. Algo en su intensa mirada sugiere que esto no tiene nada que ver con el horario de trabajo de Anton. Se mueve por mi sala como si perteneciera aquí, como si el apartamento no solo estuviera alquilado por él sino que fuera su dominio.

—¿Le gustaría tomar algo? —el ofrecimiento surge de años creciendo con mi madre y de mi formación en el sector servicios. La hospitalidad siempre debe ofrecerse, incluso cuando mi mente está acelerada con preguntas sin respuesta—. ¿Té? ¿Agua? Tengo limonada en la nevera.

Acepta con un ligero asentimiento, siguiéndome a la cocina.

—Un té estaría bien.

El espacio que parecía tan grande en comparación con mi antiguo estudio ahora parece imposiblemente pequeño con él dentro. Soy extremadamente consciente de su presencia mientras lleno la tetera. No puedo evitar lanzarle miradas discretas a la forma en que se apoya contra la encimera, cómo su mirada sigue mis movimientos y la sutil tensión que irradia de su postura aparentemente relajada. Mis manos tiemblan ligeramente mientras saco las tazas del armario. Selecciono té verde para mí, sin cafeína como recomiendan los libros de embarazo, y alcanzo el té negro que había comprado por instinto, aunque no tengo idea de si él lo toma.

—El apartamento te sienta bien —dice, observándome mientras navego por lo que es esencialmente su cocina.

—Es precioso. Más de lo que jamás imaginé que viviría —me concentro en el ritual familiar de la preparación del té, necesitando la rutina para calmar mis nervios—. Aunque tengo que admitir que se siente un poco...

—¿Restrictivo? —sugiere la palabra con una mirada de complicidad.

—Iba a decir excesivo, pero sí, restrictivo también funciona. —Encuentro su mirada directamente, hallando valor en la honestidad —. La vigilancia, el guardia constante y el horario estructurado es mucho. Entiendo que esté preocupado por la seguridad, pero a veces me siento más como una prisionera que como una inquilina.

—Lamento que te sientas así. —Su interrupción es suave pero firme, llevando el peso de alguien poco acostumbrado a disculparse—. Tu seguridad es lo primero.

—Lo sé. El bebé necesita estar seguro.

—Tú y el bebé. —El énfasis en "tú" revela más de lo que probablemente pretendía. Por un momento, su máscara se desliza, mostrando algo crudo debajo.

El silbido de la tetera nos salva a ambos de explorar esa revelación. Vierto agua caliente sobre las bolsitas de té, observando cómo el color florece y se extiende por el agua clara. Me recuerda quién soy: Blaire Elliott, ex camarera de hotel, actual gestante subrogada y residente temporal en un mundo que todavía estoy aprendiendo a navegar.

—¿Cómo te encuentras? —Su pregunta nos lleva a un territorio más seguro—. El Dr. Petrov mencionó que has estado experimentando náuseas matutinas.

—Es manejable. El té de jengibre ayuda, y estas. —Señalo la caja de galletas saladas que guardo en la encimera—. Quien lo llamó náuseas matutinas claramente nunca las experimentó. Las mías aparecen a todas horas. —Le entrego su taza, nuestros dedos rozándose en el intercambio. El breve contacto envía una calidez inesperada a través de mí—. La fatiga es peor que las náuseas, honestamente. Nunca he estado tan cansada en mi vida, y he trabajado turnos dobles desde los diecisiete años.

Nos trasladamos a la sala, sentándonos en extremos opuestos del sofá color crema. Bajo la luz de la tarde, parece más joven, menos

como un hombre peligroso que potencialmente gobierna el submundo de Miami y más como alguien que podría haber elegido una vida diferente si las circunstancias lo hubieran permitido.

—¿Has estado siguiendo el plan nutricional? —Acuna la taza entre sus grandes manos, observándome por encima del borde.

—Religiosamente. Cada suplemento y cada requisito alimenticio. —Doblo las piernas bajo mí, poniéndome cómoda—. Algunos de esos suplementos me provocan más náuseas que el propio embarazo. Especialmente el hierro.

—El Dr. Petrov puede ajustarlos si es necesario. Tu comodidad importa.

La genuina preocupación en su voz me pilla desprevenida. Este no es el tono frío y profesional de nuestra firma del contrato. Algo ha cambiado entre nosotros desde entonces, pero me desconcierta qué es, aunque yo también lo siento.

Su atención se desvía hacia mi estantería, centrándose en la foto con marco plateado que se exhibe prominentemente.

—¿Tu hermana?

La pregunta me sorprende.

—¿Cómo lo sabías?

—Tenéis rasgos similares. Especialmente los ojos. —Deja su taza sobre la mesa de centro, inclinándose hacia adelante con interés—. Mencionaste en tu cuestionario que sus facturas médicas eran parte de tu situación financiera.

Asiento con la cabeza.

—No directamente, exactamente. Mis padres asumieron la mayor parte, pero ya estaban en apuros, y las facturas costaron todo lo que tenían. Ambos murieron profundamente endeudados, lo cual,

afortunadamente, no pasó a mí. Aunque sí me dejó en situación de lucha desde el momento en que quedé completamente sola.

Con un suspiro, me levanto y cojo la foto, pasando mi pulgar sobre el cristal.

—Se llamaba Cary, y esta foto fue tomada aproximadamente un año antes de su accidente. Tenía dieciocho años y acababa de graduarse en el instituto. Tenía una beca completa para Duke en Bioquímica. Quería ser investigadora después de trabajar como voluntaria un verano en una sala de oncología pediátrica. —Parpadeo para contener las lágrimas—. Era lo suficientemente inteligente como para curar el cáncer, si hubiera tenido la oportunidad.

Le entrego el marco y me siento a su lado, más cerca que antes. Él estudia la imagen con una intensidad inesperada.

—Era hermosa —dice simplemente—. Os parecéis, pero hay algo diferente en su expresión.

—Cary era la soñadora. Siempre creyendo que las cosas saldrían bien, siempre viendo lo mejor en las personas y convencida de que podía ayudar a todos. —Sonrío ante el recuerdo—. Yo era la práctica, lo cual es bueno, ya que quedé sola después de que ella y nuestros padres fallecieran.

—¿Qué edad tenías cuando eso sucedió?

—Dieciséis. Fue un accidente de coche. Un conductor ebrio golpeó a Cary y sus amigos cuando volvían a casa de una fiesta previa a la graduación que organizó uno de sus amigos. Todos murieron. Solo que el cuerpo de Cary tardó un poco más en darse cuenta de que su cerebro estaba muerto. —El dolor familiar se instala en mi pecho—. Mamá falleció al año siguiente por CAD, cetoacidosis diabética, porque no podía permitirse el manejo adecuado de su enfermedad, y creo que simplemente dejó de importarle después de la muerte de Cary.

—Luego tu padre dos años después. —Lo afirma como un hecho.

Asiento.

—Infarto de miocardio, pero realmente fue un corazón roto, creo, combinado con el estrés de estar agobiado por todas las facturas. Intenté ayudar, pero era terco. —Sonrío mientras parpadeo para contener las lágrimas, recordando al hombre ruidoso y exuberante que era mi padre antes del accidente de Cary. Al final era casi una sombra de sí mismo.

—Lo siento. —Las simples palabras transmiten auténtica empatía—. Perder a la familia nunca es fácil.

Algo en su tono habla de experiencia personal. Pienso en los hijos gemelos mencionados en el obituario de Dmitri. Antes de que pueda pensarlo mejor, digo:

—Háblame de tu hermano.

Me mira fijamente por un momento.

—¿Cómo sabes de él?

Podría mentir, pero ¿para qué molestarse?

—Te busqué en Internet y vi un obituario de un hombre que probablemente era tu padre. Se parecía mucho a ti, pero mayor, y el escrito mencionaba hijos gemelos. —Me encojo de hombros y añado —: Fue una suposición.

Su mandíbula se tensa casi imperceptiblemente. Por un momento, creo que no responderá, pero entonces habla.

—Éramos cercanos una vez, como suelen ser los gemelos. De niños hacíamos todo juntos: escuela, deportes y meternos en problemas. —Un fantasma de sonrisa toca sus labios—. Éramos inseparables hasta que nuestro padre decidió prepararme a mí para el liderazgo.

—¿Porque eras mayor?

—Por ocho minutos. —La sonrisa se vuelve amarga—. Ocho minutos que determinaron nuestros futuros completos. En nuestro mundo, la

sucesión sigue reglas estrictas. El mayor hereda, el menor apoya. Mi padre dejó claro que él era el hijo menor, y Vanya nunca lo aceptó. No es que yo le culpara.

Espero, dejándole compartir a su propio ritmo como él hizo conmigo.

—La competencia se convirtió en resentimiento, y el resentimiento en odio. Nuestro padre lo fomentaba, diciendo que la rivalidad nos haría más fuertes a ambos. —Recoge su taza de nuevo, aunque dudo que el té siga caliente—. Entonces Vanya conoció a Katya.

Sorbo mi té, que está tibio, sin presionarle.

—Ella era todo lo que nuestro mundo no era: inocente, amable y sin conexión con el negocio. Vanya la amaba desesperadamente. Nuestro padre la veía como una distracción, una debilidad. —Sus nudillos se blanquean alrededor de la taza—. Ordenó su muerte. Dijo que era necesario para mantener a Vanya centrado.

—Oh, Dios. —Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas—. ¿Tu padre mató a la novia de tu hermano?

—Hizo que la mataran. En nuestro mundo, hay poca diferencia. —Su voz es plana ahora, sin emociones—. Vanya descubrió que yo sabía sobre la orden y no le advertí. Nunca me perdonó por eso. Tres días después, nuestro padre estaba muerto, y Vanya desapareció la noche de su funeral, después de... —Se interrumpe y se toca el hombro por un segundo, pero no elabora.

Esa confesión se asienta entre nosotros. Pienso en Cary, cómo su muerte dio forma a mis elecciones, y no puedo imaginar agregar traición a ese dolor.

—¿Te arrepientes? ¿De no haberle advertido?

Permanece en silencio tanto tiempo que creo que me está ignorando, pero finalmente dice:

—Cada día, pero era joven, entrenado para obedecer y convencido de que mi padre sabía lo que era mejor. Para cuando entendí el

costo de esa lealtad, ya era demasiado tarde.

—¿Es por eso la seguridad? —Señalo vagamente el apartamento, la vigilancia invisible y la protección constante—. ¿Crees que podría venir a por ti?

—Sé que lo hará. No es cuestión de si lo hará, sino de cuándo. —Deja la taza y se gira para mirarme más de frente—. Por eso las precauciones no son excesivas, Blaire. Son necesarias.

El uso de mi nombre, suave y serio, envía un aleteo por mi estómago que no tiene nada que ver con las náuseas matutinas. Estamos sentados más cerca ahora, nuestras rodillas tocándose, el espacio entre nosotros cargado con algo que no quiero nombrar.

—¿Vendrás a la cita de la ecografía? —pregunto, necesitando romper la intensidad que se está construyendo entre nosotros—. Es en dos semanas. El Dr. Petrov dice que podríamos ser capaces de escuchar el latido del corazón.

—No me lo perdería. —La respuesta inmediata nos sorprende a ambos. Se aclara la garganta, añadiendo más formalmente—: Es importante monitorizar la progresión del embarazo.

—Por supuesto. Con fines de seguimiento. —No puedo evitar el tono de broma en mi voz, tratando de aligerar la pesada atmósfera emocional.

Sus labios se curvan en lo que podría ser una sonrisa. Luego su expresión cambia, volviéndose intensa de una manera que hace que mi pulso se acelere. Extiende la mano hacia mi cara, y me olvido de cómo respirar cuando sus dedos rozan mi mejilla, colocando un mechón rebelde de cabello detrás de mi oreja.

—Blaire... —La forma en que dice mi nombre, baja y áspera, me hace temblar de anhelo.

Ahora acuna mi mejilla adecuadamente, su pulgar trazando mi pómulo con sorprendente delicadeza. La yema callosa de su pulgar

habla de violencia, pero su toque es increíblemente suave. Debería alejarme ya que esto cruza todos los límites profesionales que estableció nuestro contrato. Él es mi empleador, el padre del hijo que llevo pero que tendré que entregar. Involucrarme emocionalmente solo complicará una situación ya de por sí compleja.

A pesar de todo eso, no puedo moverme. Estoy paralizada por la intensidad de su mirada y la inesperada ternura de un hombre que sospecho ha matado con estas mismas manos. No me ha confesado todo, pero ha dicho lo suficiente para confirmar tentativamente mi hipótesis de que es un jefe de la *bratva*. La emoción supera al intelecto mientras me pierdo en sus ojos tan azules vistos de cerca, con motas de color más oscuro cerca de las pupilas que nunca antes había notado.

Se inclina más cerca, su aliento cálido contra mis labios. Su otra mano sube para enmarcar mi rostro, sosteniéndome como algo precioso. Mis párpados revolotean cerrados mientras reduce la distancia entre nosotros.

Entonces se aparta bruscamente, soltándome como si le quemara. El aire frío se precipita entre nosotros donde antes había calor. Su expresión se cierra, la vulnerabilidad reemplazada por su habitual máscara de hierro.

—No debería haber venido. —Se levanta abruptamente, pasándose ambas manos por el pelo en un gesto que habla de frustración—. Esto fue un error.

—Valentin, espera...

Pero ya está caminando hacia la puerta, reuniendo su compostura con visible esfuerzo. Se detiene en el umbral, con una mano en el pomo, de espaldas a mí.

—La seguridad no es solo para el bebé —dice en voz baja—. Es para ti. Siempre ha sido para ti.

Luego se ha ido, la puerta cerrándose firmemente tras él. El apartamento se siente cavernoso sin su presencia, como si se hubiera llevado toda la energía con él. Me quedo sentada inmóvil en el sofá, con los dedos presionados en mi mejilla donde su toque todavía arde.

El té se queda frío y olvidado en la mesa de centro, abandonado como los límites legales que se suponía que debían mantenernos seguramente separados. Mi corazón late de manera errática, pero esta vez no puedo culpar a las hormonas del embarazo. Algo fundamental cambió en esos pocos momentos que no se puede deshacer.

Recojo mi libro de embarazo, tratando de volver a los hechos clínicos sobre el desarrollo fetal, pero las palabras se difuminan sin sentido. Todo en lo que puedo pensar es en la forma en que dijo mi nombre, la gentileza en su toque y el deseo apenas contenido en sus ojos antes de apartarse. Sea lo que sea que esté pasando entre nosotros, se está moviendo más allá de los confines seguros de nuestro contrato. La parte racional de mi mente sabe que esto es peligroso, emocional, práctica y físicamente dado su mundo, pero otra parte, que crece más fuerte con cada interacción, no se preocupa por los riesgos.

Me levanto y camino hacia la ventana, mirando la tarde de Miami. En algún lugar ahí fuera, Valentin probablemente se está reprendiendo por esta visita, por el casi beso y por bajar la guardia. Me pregunto si está pensando en nuestra conversación, los paralelismos entre nuestras pérdidas y la forma en que el dolor nos moldeó a ambos en quienes somos ahora.

Mi mano se desvía a mi abdomen aún plano.

—¿En qué nos hemos metido, Frijolito? —susurro a la vida que crece dentro de mí, o vidas, ya que había dos óvulos viables.

El bebé, por supuesto, no responde, pero no puedo evitar la sensación de que todo está a punto de cambiar. Los límites que

hemos mantenido, la cuidadosa distancia y el acuerdo profesional se están desmoronando. A pesar del peligro, a pesar de las complicaciones y a pesar de cada argumento racional en contra, espero que continúe derrumbándose.

Porque en esos pocos momentos en el sofá, con sus manos acunando mi rostro y sus ojos llenos de algo que no esperaba ver, me sentí más viva de lo que he estado en años. No solo existiendo, no solo sobreviviendo, sino realmente viviendo.

La pregunta no es si nuestros límites caerán por completo, sino cuándo, y qué quedará en pie tras su estela. Es una idea terrible, pero quiero descubrirlo.

12

El asiento de cuero quema contra mi espalda mientras permanezco rígido en el SUV, con la mandíbula tan apretada que me duelen los dientes. Nikolai navega por el tráfico de Miami con su habitual precisión, pero apenas registro las calles familiares que se deslizan tras las ventanas tintadas. Solo puedo pensar en ese momento en el apartamento de Blaire hace un rato, cuando sus grandes ojos marrones se cerraron mientras me inclinaba, en la suavidad de su piel bajo mi palma, y en cómo tembló cuando pronuncié mi nombre.

Estoy perdiendo el control. Aceptar eso es más difícil que cualquier problema al que me haya enfrentado en disputas territoriales o luchas de poder. Yo no pierdo el control. Ni en negociaciones que determinan el destino de millones en contrabando, ni en confrontaciones donde la sangre salpica suelos de mármol, y ciertamente no con la mujer contratada para llevar a mi heredero.

—¿Señor? —la voz de Nikolai corta mi auto-recriminación—. ¿Debo llevarle a la finca o a la oficina del centro?

—A la finca —la palabra sale con dureza, pero no me disculpo. Necesito distancia del edificio de apartamentos de Coral Gables y del persistente aroma a té verde y champú herbal que parece haberme seguido hasta el coche.

A través del retrovisor, capto la expresión cuidadosamente neutral de Nikolai. Trece años a mi servicio le han enseñado cuándo permanecer en silencio, cuándo ofrecer consejo y cuándo simplemente conducir. Este es claramente un momento de silencio, aunque puedo ver las preguntas en sus ojos. ¿Por qué despedí a Anton durante una hora? ¿Por qué visité a la gestante yo solo? ¿Por qué parezco haber escapado apenas de territorio enemigo en lugar de una simple visita social?

Las respuestas me aterrorizan más que cualquier amenaza que Vanya pudiera representar porque la verdad es que fui allí sin ninguna razón legítima de negocios. Fui porque observarla a través de pantallas se había convertido en tortura en lugar de monitoreo de seguridad, y necesitaba escuchar su voz mientras veía sus reacciones sin la barrera de la tecnología entre nosotros.

Y casi la besé.

El recuerdo de sus labios, ligeramente entreabiertos en espera, junto con la sensación de su piel, la forma en que inconscientemente se inclinó hacia mi contacto, y el momento en que sus párpados se cerraron en anticipación va a perseguirme. Cierro los puños en mi regazo, tratando de disipar físicamente las imágenes.

—¿Una tarde difícil? —aventura Nikolai con cautela mientras giramos hacia el camino privado que conduce a mi finca.

—Nada que no pueda manejar —ni siquiera para mí mismo sueno convincente.

Él asiente, aceptando la evasiva. —La reunión con los colombianos ha sido confirmada para mañana a las tres. Todos los protocolos de seguridad están en marcha.

Cierto. Los colombianos. Negociaciones territoriales sobre el acceso al puerto que afecta a todas nuestras operaciones en la costa este. Debería estar preparándome para eso, revisando su última propuesta y planificando contraestrategias. En cambio, estoy

obsesionado con una mujer que se suponía que no era más que una necesidad biológica.

Las puertas de la finca se abren suavemente cuando nos acercamos. La vista familiar de mi fortaleza habitualmente trae una sensación de seguridad y control. Hoy, se siente más como una prisión de mi propia creación porque incluso aquí, rodeado de muros y armas y hombres que morirían bajo mi mando, no puedo escapar de la verdad.

Estoy comprometido.

Tan pronto como entro en mi despacho, me sirvo vodka y lo bebo de un trago abrasador. El alcohol no hace nada para difuminar los bordes de este desastre. De hecho, los agudiza porque ahora tengo que reconocer lo que he estado evitando desesperadamente desde que vi por primera vez la fotografía de Blaire Elliott en los archivos de gestantes.

Ella me afecta. No solo como portadora de mi heredero, no solo como una complicación inesperada en mi mundo cuidadosamente ordenado. Me afecta como mujer. La forma en que me desafió sobre las medidas de seguridad. El dolor en su voz cuando habló sobre Cary. La comprensión en sus ojos cuando confesé mis fallos con Vanya. La interacción de hoy solo me hace desearla más.

He compartido más con ella en la conversación de hoy que con cualquier persona fuera de mi círculo más íntimo, y ese es precisamente el problema.

El teléfono seguro vibra con actualizaciones del distrito de almacenes. Uno de nuestros envíos legítimos ha sido retrasado en aduanas. Es una irritación menor que normalmente no se registraría frente a preocupaciones mayores, pero ahora mismo, me aferro a ella como un hombre que se ahoga agarrándose a un trozo de madera flotante. Cualquier cosa para distraerme del caos en mi cabeza.

Veinte minutos de órdenes ladradas y ajustes estratégicos después, la crisis está resuelta, pero en el momento en que dejo el teléfono, el rostro de Blaire inunda de nuevo mi conciencia. Inmediatamente recuerdo cómo metió las piernas bajo ella en el sofá, poniéndose cómoda en mi presencia, y la nota de broma en su voz cuando mencionó la cita de la ecografía dentro de dos semanas.

En dos semanas, me sentaré junto a ella en el consultorio del Dr. Petrov y escucharé el latido de nuestro hijo. La idea provoca una constricción inesperada en mi pecho, inmediatamente seguida de un frío pavor, porque me conozco lo suficientemente bien como para reconocer el peligro. Cada interacción me arrastra más profundamente a algo que no puedo permitirme.

En mi mundo, preocuparse es debilidad, y la debilidad te mata.

Sin embargo, aquí estoy, repitiendo cada momento de nuestra conversación como un idiota enamorado. Ella sabe lo que soy, o al menos lo sospecha lo suficiente como para investigar a mi familia, y en lugar de miedo, mostró... ¿qué? ¿Aceptación? ¿Comprensión? ¿Algo más suave que no quiero nombrar?

Me muevo hacia la ventana con vistas a los terrenos. Tres equipos de seguridad patrullan el perímetro en patrones superpuestos. Es una estrategia defensiva que implementé hace años cuando Vanya desapareció por primera vez. Toda esta protección, toda esta planificación cuidadosa, y casi la deshago toda con un momento de debilidad en un apartamento de Coral Gables.

Porque eso es lo que fue: debilidad. El impulso de tocarla, de probarla y de reclamarla como algo más que una gestante va en contra de todo lo que he construido mi vida. Control. Distancia. Pensamiento estratégico no nublado por la emoción.

El teléfono encriptado suena de nuevo. Esta vez es Boris, mi lugarteniente en Chicago, con una situación que requiere atención inmediata. Me obligo a centrarme en los detalles. Esto es en lo que soy bueno y lo que entiendo.

Sin embargo, incluso mientras emito órdenes y tomo decisiones estratégicas, parte de mi mente permanece en esa sala inundada de sol con Blaire. La forma en que ella...

Cristo. Me estoy convirtiendo en todo lo que desprecio —distraído, emocional y vulnerable— y que erradicaría en aquellos bajo mi mando.

Para cuando termino la llamada con Boris, el sol se ha puesto. He pasado horas manejando varias crisis, revisando informes de seguridad y preparándome para la reunión colombiana de mañana. Todo ello luchando contra el impulso de sacar las imágenes de vigilancia del apartamento de Blaire, de observar su rutina nocturna y de torturarme con lo que puedo ver pero no puedo tocar.

En su lugar, tomo una decisión que se siente como estrategia pero podría ser solo autodestrucción sofisticada. Llamo a mi asistente personal. —Marina —digo cuando entra en la habitación—, necesito que prepares una invitación en el cartón grueso color crema reservado para comunicaciones formales.

Tiene su tablet en la mano, eficiente como siempre. —Por supuesto, señor. ¿Para quién?

—La señorita Elliott. Una cena formal aquí en la finca para discutir la progresión de nuestro acuerdo —no especifico qué acuerdo, y ella es lo suficientemente discreta como para no preguntar.

Si encuentra algo inusual en esta petición, su expresión no lo muestra. —¿Cuándo desearía programarla?

—El jueves por la noche. A las siete —hago una pausa, trabajando en los detalles—. Quiero servicio completo formal en el comedor principal. Que el Chef Novacek prepare su menú de degustación de siete platos. Incluye maridajes de vinos, pero también una selección de opciones no alcohólicas apropiadas para su con... alguien que no bebe.

—¿Debería coordinarme con la señora Kruhl para los preparativos de la casa?

—Sí. Dile que quiero todo perfecto. Flores frescas por todas las áreas públicas, el cristal de Baccarat para el servicio de mesa y la plata Christofle. Esto tiene que ser... —busco la palabra adecuada— impresionante.

Marina toma notas rápidamente. —¿Algo más, señor?

Considero la configuración cuidadosamente. El comedor principal tiene una mesa enorme que tiene capacidad para veinte. Nos sentaremos uno frente al otro en lugar de en extremos opuestos, lo suficientemente cerca para conversar pero lo suficientemente lejos para mantener una distancia apropiada. El servicio formal impondrá los límites adecuados. Esta será una cena de negocios y nada más.

Solo un puñado de mi círculo íntimo sabe algo sobre el acuerdo de gestación subrogada, y no tengo la intención de revelarles el motivo de esta reunión antes de que sea necesario. Confío en ellos... en su mayoría, pero la confianza es algo que nunca doy completamente excepto a aquellos que se han probado a sí mismos una y otra vez, como Kuzma, Nikolai y Viktor.

—Asegúrate de que el personal de la casa entiende que esta es una reunión profesional. Quiero que todo se maneje con la formalidad apropiada.

—Por supuesto, señor. Tendré la invitación lista para su firma en una hora.

Después de que Marina se va, me sirvo otro vodka pero no lo bebo inmediatamente. En cambio, miro fijamente el líquido transparente, viendo el rostro de Blaire reflejado en su superficie. Esta invitación a cenar es control de daños, me digo a mí mismo. Una recalibración necesaria después del lapso de juicio de hoy. Restaurará la formalidad entre nosotros y le recordará que yo estoy en control al convocarla a mi territorio.

Marta Kruhl llega a mi despacho quince minutos más tarde, su pelo plateado recogido en su habitual moño severo, su vestido negro tan impecable como siempre a pesar de la hora tardía. Ha estado conmigo durante trece años y fue contratada inmediatamente después de que Vanya asesinara a nuestro padre, cuando no podía confiar en ninguno del personal existente, sin estar seguro de si eran leales a mí o a Vanya.

—Marina mencionó una cena formal para el jueves —dice sin preámbulos. Marta nunca pierde tiempo en cortesías, que es una de las razones por las que valoro su servicio.

—La señorita Elliott, sí —mantengo un tono neutral—. Una cena de negocios para discutir un acuerdo con alguien.

Los penetrantes ojos grises de Marta me estudian con la mirada directa que nunca se ha molestado en suavizar a pesar de mi posición. —¿Una cena formal de siete platos en el comedor principal para una discusión de negocios?

—¿Hay algún problema con mis instrucciones?

—En absoluto —junta las manos frente a ella, un gesto que he aprendido que señala una honestidad inminente que probablemente no quiero escuchar—. Aunque parece bastante elaborado para una simple reunión. La sala de desayuno sería más íntima...

—No quiero íntima. Quiero formal.

—Hmm —el sonido logra transmitir volúmenes de escepticismo—. ¿Y qué dormitorio debo preparar para la señorita Elliott?

—No se quedará a pasar la noche.

—Por supuesto que no —su tono es perfectamente neutral, lo que de alguna manera lo hace peor—. ¿Querrá el Montrachet con el plato de pescado?

—Ella no beberá alcohol. Asegúrate de que haya una selección alternativa para ella.

Parece profundamente curiosa por un momento pero solo asiente. —¿Para el postre? ¿El soufflé de chocolate del Chef Novacek o tal vez algo más ligero?

Sin darse cuenta, Marta está señalando metódicamente todas las formas en que esta cena podría volverse más personal que profesional. —Lo que el Chef Novacek considere apropiado.

—Muy bien —se gira para irse, luego se detiene en la puerta—. Trece años he estado organizando su casa, señor Morozov. He preparado para jefes de estado, organizaciones rivales y suficientes figuras intimidantes como para llenar un cementerio. Esta es la primera vez que pide el cristal de Baccarat para una reunión de negocios.

Antes de que pueda responder, se ha ido, dejándome solo con la incómoda verdad de su observación. Bebo el vodka de un trago y me sirvo otro. Esta vez lo sorbo lentamente, planificando cada detalle de la cena del jueves con la misma precisión que aplico a las adquisiciones territoriales.

Mi teléfono vibra con actualizaciones de seguridad, pero las ignoro. En cambio, me encuentro obsesionado con los arreglos florales. Las rosas son demasiado románticas y las orquídeas demasiado exóticas. Tal vez lirios blancos, que son elegantes pero neutrales. ¿O quizás ninguna flor? Pero entonces Marta definitivamente comentará sobre la ruptura del protocolo.

La invitación llega como prometido, la perfecta caligrafía de Marina deletreando la solicitud formal en un lenguaje que pertenece a otro siglo. Mientras firmo mi nombre con una pluma estilográfica de oro que vale más que la mayoría de los coches de la gente, mi mano tiembla ligeramente. Patético. He firmado órdenes de muerte con manos más firmes.

La siguiente hora pasa en una ráfaga de preparativos. Reviso el menú con el Chef Novacek a través de una videollamada segura, aprobando cada plato con la atención habitualmente reservada para

acuerdos multimillonarios. El amuse-bouche debe ser lo suficientemente ligero para alguien que experimenta náuseas matutinas. El plato de pescado no puede tener aromas fuertes que puedan desencadenar náuseas. Cada detalle se vuelve crucial cuando estoy tratando de fingir que esto es meramente un asunto de negocios. A regañadientes le confío lo de la condición de Blaire por necesidad y por sus acciones pasadas de guardar bien los secretos.

Marina regresa una hora más tarde con una tablet llena de preparativos domésticos. —He consultado con Marta, quien ha dispuesto que la plata sea pulida mañana. El Baccarat será lavado a mano el miércoles por la noche. Las flores frescas llegarán el jueves por la mañana: lirios blancos y eucalipto en los arreglos principales, como usted prefiere para ocasiones formales.

—Bien —examino sus notas, sin encontrar nada que criticar a pesar de mi estado de ánimo, y preguntándome por qué pasé tanto tiempo agonizando sobre las flores cuando ya tenemos pautas establecidas para varios eventos.

—La temperatura del comedor se ajustará a veinte grados. Marta sugirió y dispondrá que la chimenea se encienda una hora antes de la cena para quitar el frío y añadir ambiente sin hacer la habitación demasiado cálida —desplaza el dedo por más elementos—. Me tomé la libertad de abastecer personalmente el aseo con productos orgánicos en caso de que la señorita Elliott necesite refrescarse. Cuando yo estaba embara... —se interrumpe y se aclara la garganta, obviamente avergonzada por revelar que ha adivinado el estado de Blaire.

En realidad no estoy sorprendido, ya que es ella quien concerta mis citas con EverAfter, entre otras cosas. Asiento lentamente. —Agradezco tu atención cercana al asunto, Marina, y tu previsión —ese nivel de consideración no se me había ocurrido—. Gracias.

Ella cuadra los hombros, obviamente decidiendo que no tiene sentido andarse con rodeos ahora. —También me he tomado la

libertad de hacer que el servicio de coches esté preparado con bolsas para mareos, ginger ale y galletas, en caso de que experimente náuseas durante el transporte.

A veces la habilidad de Marina roza la adivinación. —¿Algo más?

—Solo una pregunta —me mira directamente—. ¿Qué código de vestimenta debería indicarse en la invitación? La ropa formal de noche podría ser un desafío para alguien en su condición y situación financiera.

Tampoco había considerado eso. Pedir a Blaire que aparezca con ropa formal cuando podría no tener la ropa adecuada sería cruel, pero indicar vestimenta casual socava la distancia profesional que estoy tratando de establecer. —Elegante de negocios. Cómoda pero pulida.

—Me aseguraré de incluir eso en la invitación final —toma nota, luego añade—: He dispuesto que las puertas de la terraza se abran quince minutos antes de su llegada para airear cualquier olor residual de cocina que pueda afectar a alguien con sensibilidades relacionadas con el embarazo.

—Has pensado en todo.

—Es para lo que me paga —coloca la tablet bajo su brazo—. Debo decir que, en trece años de servicio, nunca le he visto tomar tanto cuidado con una cena de negocios.

—Las circunstancias son únicas.

—Ciertamente —sonríe brevemente antes de que su barniz eficiente regrese—. ¿Habrá algo más, señor?

—No. Gracias, Marina.

Ella asiente y se dirige a la puerta, luego se vuelve. —Señor Morozov, ¿puedo hablar libremente?

Arqueo una ceja. Eso no es propio de Marina, pero intrigado, asiento. —Puedes.

Inhala y exhala antes de hablar. —En mi experiencia, cuando un hombre pone tanto esfuerzo en mantener la distancia de una mujer, generalmente es porque ya está demasiado cerca.

Antes de que pueda formular una respuesta, se ha ido, dejándome solo con esa incómoda observación. El resto de la noche transcurre en preparación y autoengaño. Reviso los protocolos de seguridad para el jueves, asegurando la seguridad de Blaire desde el momento en que sale de su apartamento hasta que regresa. Me coordino con Nikolai sobre la reunión colombiana, obligándome a centrarme en las negociaciones territoriales cuando mi mente sigue derivando hacia ojos marrones y casi-besos.

Para la medianoche, todo está dispuesto. La invitación descansa en mi escritorio, sellada y lista para la entrega matutina. La cena está planeada hasta el último detalle, siendo lo suficientemente formal para imponer distancia, lo suficientemente cuidadosa para acomodar su condición, lo suficientemente elaborada para... ¿Qué? ¿Impresionarla? ¿Mostrarle un vistazo de mi mundo? ¿Torturarme con su presencia mientras pretendo que es solo negocios?

Probablemente todo lo anterior.

Finalmente me retiro a mi dormitorio, pero el sueño sigue siendo esquivo. La suite principal se siente más vacía esta noche. La cama king size de California se extiende como un océano de sábanas caras, burlándose de mi soledad. Nunca antes me había importado dormir solo, ya que es más seguro, más simple y alineado con el aislamiento que mi posición exige.

Sin embargo, no puedo dejar de imaginar cuán diferente sería con otro latido del corazón junto al mío. Cómo el sutil aroma del champú herbal podría permanecer en mis almohadas. Cómo la cama podría sentirse menos como un lujo y más como un refugio si la compartiera con alguien que me mira sin miedo o cálculo.

Pensamientos peligrosos. Potencialmente fatales en mi mundo.

Compruebo los monitores de seguridad desde mi tablet junto a la cama, un ritual nocturno que normalmente trae confort a través del control. Los terrenos están seguros, las patrullas funcionan según lo programado y todos los puntos de acceso son monitoreados, como se esperaba. Cuando cambio a las transmisiones del edificio de Coral Gables, me obligo a cerrar la aplicación antes de navegar a las cámaras de su apartamento.

Por ahí yace la locura. O al menos, más locura de la que ya estoy experimentando.

El jueves no puede llegar lo suficientemente pronto, y eso me aterroriza, porque esta elaborada cena, con todos sus adornos formales y distancias cuidadosas, es solo otro paso hacia algo que no puedo nombrar y no parece que pueda detener. Cada interacción me arrastra más profundamente a un territorio peligroso: inversión emocional, apego personal y el tipo de vulnerabilidad que mata a hombres como yo.

Mientras finalmente me dirijo hacia el sueño, un pensamiento sigue dando vueltas en mi mente. Podría ser ya demasiado tarde. Los límites que estoy tratando desesperadamente de reconstruir probablemente estaban condenados desde el momento en que vi su fotografía, o quizás desde ese primer encuentro en la oficina del abogado, cuando me miró con esos ojos marrones directos, sin estremecerse y sin miedo.

O tal vez incluso desde el momento en que decidí que necesitaba un heredero y puse en marcha toda esta imposible situación.

13

Las puertas de la mansión de Valentin se alzan ante mí como algo sacado de un cuento de hadas, o de una pesadilla, dependiendo de la perspectiva. Anton está sentado a mi lado en la parte trasera de un elegante coche negro. El conductor se presentó como Kuzma cuando me recogió, su rostro marcado por cicatrices y sus movimientos económicos sugieren un pasado que implica algo más que ser chófer.

—¿Primera vez en la mansión? —pregunta Anton, rompiendo el silencio que se ha extendido desde que salimos de Coral Gables.

—Sí —aliso de nuevo mi vestido azul marino, un hábito nervioso que he desarrollado en los últimos veinte minutos. El vestido es la prenda más cara que he tenido jamás, comprada ayer durante unas benditas horas en que las náuseas matutinas decidieron darme un respiro. La vendedora de Nordstrom me aseguró que era perfecto para una cena elegante, sofisticado pero no excesivamente formal. Ahora, viendo la extensa mansión mediterránea que se alza ante nosotros, me pregunto si debería haber gastado en algo más caro.

La fachada blanca resplandece bajo el sol poniente, con líneas limpias y elegancia de viejo mundo. Palmeras flanquean la entrada circular como soldados en posición de firmes, con sus frondas

meciéndose en la cálida brisa. Toda la escena parece sacada de un reportaje de revista sobre cómo viven los ultra ricos.

Kuzma detiene el coche en la entrada principal, donde una mujer espera en los escalones. Tiene unos sesenta años, con el pelo plateado recogido en un moño severo y un vestido negro que grita eficiencia más que servidumbre. Mientras Anton me ayuda a salir del coche, ella desciende con pasos medidos.

—Señorita Elliott, soy Marta Kruhl, el ama de llaves del señor Morozov —su apretón de manos es firme, y su mirada gris es evaluadora—. Bienvenida a la mansión.

—Gracias —de repente me siento poco arreglada a pesar de mi extravagancia al comprar. Todo aquí opera en una escala diferente, y hasta el personal irradia un aura de competencia costosa.

—Si me sigue, el señor Morozov la espera en el comedor.

El vestíbulo es impresionante, con suelos de mármol pulidos hasta brillar como espejos, una lámpara de araña que probablemente pesa más que yo, y obras de arte que definitivamente pertenecen a museos más que a casas privadas. Reconozco un pequeño Monet cerca de la escalera, o al menos, supongo que es auténtico. En este entorno, las reproducciones serían insultantes.

Marta me guía por pasillos que parecen no tener fin, cada habitación por la que pasamos más opulenta que la anterior. Alfombras persas amortiguan nuestros pasos. Flores frescas —lirios blancos y eucalipto — llenan jarrones de cristal sobre mesas antiguas. El aire huele ligeramente a abrillantador de limón bajo las notas florales.

—El comedor, señorita Elliott.

Me hace un gesto para que pase por unas enormes puertas dobles, y entro en un espacio que hace que mi pecho se tense con una humillación recordada. La habitación es enorme, dominada por una mesa que fácilmente podría sentar a veinte personas. Lámparas de araña de cristal proyectan una cálida luz sobre una vajilla que

implica más cubiertos de los que he usado en toda mi vida. La formalidad de todo —la disposición precisa de las copas, el elaborado centro de mesa y la cuidada puesta en escena— me recuerda vívidamente mis años limpiando habitaciones similares.

—Señorita Elliott —la voz de Valentin atrae mi atención hacia donde está de pie cerca de la chimenea. Se ve devastador en un traje gris carbón que resalta sus anchos hombros y su estrecha cintura—. Gracias por aceptar mi invitación.

—Gracias por invitarme —me adentro en la habitación, hiperconsciente de la distancia entre nosotros, tanto física como metafórica—. Debo decir que esto es bastante elaborado para una discusión de negocios.

Sus labios se curvan ligeramente.

—Creo en hacer las cosas correctamente.

Marta ha desaparecido con la eficiencia del personal bien entrenado, dejándonos solos en este espacio cavernoso. Valentin señala la mesa, donde hay dos puestos preparados uno frente al otro, lo suficientemente cerca para conversar pero lo bastante lejos para mantener la distancia profesional.

—¿Nos sentamos?

Retira mi silla, y capto un toque de su colonia. Me acomodo en la silla, tratando de no pensar en cómo este ambiente formal contrasta con la intimidad de nuestro último encuentro.

El primer plato llega en minutos. Es una especie de aperitivo que incluye caviar y hojaldre delicado. Tomo bocados pequeños, insegura de la etiqueta adecuada para comerlo y sin saber si empeorará mis constantes náuseas de baja intensidad.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, con un tono cuidadosamente neutral—. ¿Alguna náusea matutina?

—Es manejable. El té de jengibre ayuda, y he descubierto que comer pequeñas comidas a lo largo del día mantiene lo peor a raya —doy un sorbo al agua con gas que apareció junto a mi plato sin que lo pidiera—. Lo de 'matutinas' es un nombre engañoso. Las mías aparecen en momentos aleatorios.

—El Dr. Petrov mencionó que eso es común en el embarazo temprano.

La conversación continúa en esta línea rígida durante el segundo plato, una especie de sopa que no puedo identificar pero que sabe divina. Hablamos del clima (inusualmente cálido incluso para Miami), la comida (cada plato una obra maestra del arte culinario) y otros temas seguros que bailan alrededor de la tensión eléctrica entre nosotros.

Para el tercer plato —un pescado que se deshace en mi lengua— la formalidad comienza a sentirse asfixiante. Este no somos nosotros. Este no es el hombre que se sentó en mi cocina y compartió su dolor por Vanya. Esta no es la conexión que hemos estado construyendo a pesar de que toda lógica sugiere que no deberíamos.

—Esta habitación me recuerda a un salón de baile en el último hotel donde trabajé —digo, rompiendo el rígido guion que parecemos estar siguiendo—. El Atlantis Grand, donde me enteré de la oportunidad de ser gestante subrogada.

Valentin deja su tenedor, prestándome toda su atención.

—Algunas noches, me quedaba de pie junto a las ventanas del hotel o en los balcones de las suites caras mientras limpiaba las habitaciones —el recuerdo surge con sorprendente claridad—. Miraba hacia abajo, al tráfico, preguntándome si alguien notaría si simplemente desapareciera. Si simplemente... diera un paso al vacío.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, crudas y honestas. No sé por qué estoy compartiendo esto, excepto que la distancia

formal entre nosotros se siente incorrecta después de lo que ya hemos compartido.

—No era activamente suicida —aclaro rápidamente—. Solo... estaba cansada. Agotada hasta los huesos de trabajar en dos empleos y seguir quedándome atrás. Viendo a huéspedes adinerados gastar más en una comida de lo que yo ganaba en un mes. Sintiéndome invisible excepto cuando alguien necesitaba que limpiara su inodoro o cambiara sus sábanas...

Valentin se ha quedado completamente quieto.

—Entiendo esa sensación de estar atrapado en una vida que nunca elegiste.

Algo en su tono me hace inclinarme ligeramente hacia delante.

—¿Alguna vez te sentiste atrapado?

Un fantasma de sonrisa cruza sus facciones.

—De diferentes maneras. Mi jaula tenía barrotes dorados, pero seguía siendo una jaula.

Toma un sorbo de su vino —algo rojo y sin duda caro— y su expresión cambia a algo distante, casi nostálgico.

—Vanya y yo no siempre fuimos enemigos —dice inesperadamente —. Cuando teníamos seis años, antes de que nuestro padre decidiera que necesitábamos tutores y regímenes de entrenamiento separados, éramos inseparables.

Me quedo callada, temerosa de romper cualquier hechizo que haya provocado esta revelación.

—Teníamos esta niñera, la señora Petrakova, que era muy severa y formal. Llevaba unas gafas gruesas que hacían que sus ojos parecieran enormes —su sonrisa se vuelve más genuina—. Vanya y yo decidimos que necesitaba relajarse.

—¿Qué hicisteis?

—Encontramos una familia de culebras de jardín en el invernadero. Criaturas inofensivas, pero la señora Petrakova tenía una fobia que habíamos descubierto por accidente —ríe suavemente—. Recogimos seis de ellas en una caja de zapatos y la colocamos en su escritorio con una nota que decía: 'De su admirador secreto'.

—Oh, no —no puedo evitar reírme ante la imagen—. ¿Qué pasó?

—Abrió la caja durante nuestras lecciones matutinas. Las serpientes intentaron escapar inmediatamente, deslizándose por su escritorio y hacia el suelo. La señora Petrakova gritó tan fuerte que la seguridad irrumpió con armas desenfundadas, pensando que estábamos bajo ataque.

Su expresión se calienta con el recuerdo.

—Se subió a su silla, todavía gritando, mientras Vanya y yo tratábamos de atrapar las serpientes. Nos reíamos tan fuerte que apenas podíamos respirar. Incluso el equipo de seguridad comenzó a reírse una vez que se dieron cuenta de lo que había pasado.

—¿Os metisteis en problemas?

—Severamente. Padre estaba furioso, no por la broma en sí, sino porque habíamos actuado juntos. Dijo que mostraba que estábamos conspirando en lugar de compitiendo —la calidez se desvanece de su voz—. Fue entonces cuando decidió que necesitábamos todo separado. Diferentes tutores, diferentes horarios de entrenamiento y diferentes expectativas.

—¿Por unas serpientes?

—Por la unidad. En su mente, los gemelos deberían ser rivales, no aliados. La cooperación era debilidad —vuelve a encontrarse con mi mirada—. A veces, me pregunto si las cosas habrían sido diferentes si nos hubieran permitido seguir siendo cercanos. Si el vínculo entre nosotros hubiera sido más fuerte que su manipulación.

Dudo, trazando el borde de mi copa de agua con un dedo antes de hacer la pregunta que se ha estado formando lentamente desde la transferencia de embriones.

—¿Y si... estoy llevando gemelos?

Sus cejas se levantan ligeramente, y puedo ver el cambio en él hacia algo pensativo, alerta y serio.

—Sé que no lo sabremos hasta la ecografía, pero... me he estado preguntando con los niveles hormonales y cómo me he estado sintiendo. Había dos embriones —exhalo, tratando de mantener mi voz nivelada—. Sé que legalmente no son míos, y se supone que no debo sentir nada, pero últimamente... lo siento. Como si ya estuviera tratando de protegerlos de todo. Incluso de ti.

Su expresión se suaviza, las comisuras de su boca se contraen como si estuviera absorbiendo lo que estoy diciendo.

—No está mal que sientas eso —dice en voz baja—. Y si son gemelos —Se inclina más hacia delante—, los criaré de manera diferente a como me criaron a mí. Ya sea un niño o dos, nunca se pondrán uno contra el otro. Estarán seguros y amados, y sabrán la diferencia entre el poder y la crueldad.

El alivio florece tan rápido que apenas puedo contenerlo. Aparto la mirada antes de que se note demasiado, parpadeando con fuerza hacia la luz de la chimenea.

—Vale —susurro—. Bien.

No podré quedarme con ellos, y tendré que dejarlos ir cuando esto termine, así que necesitaba escuchar eso. Necesitaba saber que él intentará ser el tipo de padre que el niño o los niños merecen.

Me observa en silencio, como si supiera exactamente lo que estoy pensando y eligiera no decirlo en voz alta. Luego rellena mi taza de té con un cuidado que se siente más íntimo que cualquier cosa que haya dicho. Mientras el silencio se alarga, llega el cuarto plato. Es

algún tipo de carne en una salsa reducida, pero ninguno de los dos le presta mucha atención. La distancia formal se ha derrumbado, reemplazada por la conexión genuina que he sentido construyéndose entre nosotros.

Sintiéndome valiente desde que respondió a mi última pregunta, cuadro los hombros.

—¿Te arrepientes? No solo de la situación con Katya, sino de todo.

—Cada día —puedo ver tensión en su mandíbula—. Pero no cambia el pasado, y Vanya ha llegado demasiado lejos en su vendetta como para estar abierto a la reconciliación, estoy seguro. El arrepentimiento solo envenena el presente.

Continuamos hablando durante los platos restantes, la conversación fluyendo más naturalmente ahora. Le cuento sobre mi infancia antes del accidente de Cary, cuando mis padres nos llevaban de viaje los fines de semana a la playa, u otras vacaciones de bajo coste, como paseos en coche para hacer picnics en un parque estatal.

Comparte más recuerdos de su primera infancia con Vanya, antes de que su padre prestara mucha atención a cualquiera de ellos, y cuando su niñera no tenía órdenes de mantenerlos separados o enfrentados. Rememora cómo construían fuertes en el jardín, aprendían a nadar en la piscina de la finca, y la manera en que podían comunicarse sin palabras como suelen hacer los gemelos. Hay melancolía en sus ojos, pero sonríe mientras habla, sugiriendo que los recuerdos son agridulces.

Para cuando llega el postre —una creación de chocolate que es más arte que comida— ambos estamos inclinados hacia delante, con la distancia cautelosa entre nosotros prácticamente olvidada mientras me cuenta sobre una finca remota que ha comprado y que está casi terminando de restaurar.

Como unos cuantos bocados antes de que su riqueza empiece a revolverme el estómago. Con un largo suspiro, dejo la cuchara. —

Parece que a tu hijo no le gusta el chocolate —me doy una palmadita en el vientre mientras lo digo, intentando ocultar un gesto de consternación por llamar a Bean su hijo, pero es la verdad. Sé a lo que me apunté, y no puedo echarlo atrás. No podría hacerlo ni aunque él no fuera un criminal ruso y fuera simplemente un promotor inmobiliario, así que tengo que resignarme a ello.

Si nota alguna vacilación o tristeza en mis palabras, la ignora. —Es una pena. Este es el arma secreta del chef Novacek —termina su último bocado—. Ha conseguido ablandar incluso al adversario más reticente.

Me río, tratando de alejar cualquier sentimiento negativo y simplemente disfrutar de este momento. —Puedo ver por qué.

—¿Café? ¿Té? —pregunta mientras el personal retira los últimos platos—. ¿O quizás podríamos trasladarnos a un lugar más cómodo?

—Un lugar más cómodo suena bien —estoy ansiosa por escapar de la formalidad del comedor, a pesar de su grandeza.

Me lleva a una habitación más pequeña al final del pasillo, a un salón que consigue ser elegante y acogedor a la vez. Los muebles aquí siguen siendo caros, pero están dispuestos para la comodidad más que para la exhibición. Un fuego crepita en la chimenea, proyectando sombras danzantes sobre libros encuadernados en piel y fotografías personales que estoy demasiado lejos para examinar de cerca.

—¿Té? —pregunta de nuevo, dirigiéndose a un aparador donde espera un juego de plata.

—Por favor. Algo de hierbas si tienes.

—Por supuesto —vierte agua caliente sobre lo que huele a manzanilla, y luego se prepara algo transparente de una licorera de cristal.

Cuando me entrega la taza de té, nuestros dedos se rozan. Ninguno de los dos aparta la mano inmediatamente. —Gracias —logro decir, con la voz ligeramente entrecortada.

Nos acomodamos en el sofá —no en extremos opuestos como hubiéramos hecho antes, sino con solo una distancia respetable entre nosotros. Meto las piernas debajo de mí, poniéndome cómoda, y noto cómo su mirada sigue el movimiento.

—Esto está mejor —digo, señalando el espacio íntimo—. El comedor era precioso pero...

—¿Intimidante?

—Abrumador. Como estar en un escenario —doy un sorbo al té, reuniendo valor—. ¿Es por eso que lo elegiste? ¿Para mantener la distancia?

Permanece callado un momento, estudiando el líquido transparente de su vaso. —Sí —admite finalmente—. Después del otro día, pensé que la formalidad podría ser... más segura.

—¿Más segura de qué?

Me mira entonces, y la intensidad de su mirada hace que se me corte la respiración. —De esto —dice en voz baja—. De desear cosas que no debería desear.

El aire entre nosotros se carga de electricidad. Dejo la taza de té, temiendo que mis manos temblorosas puedan derramarla.

—Quizás ambos somos terribles jugando a lo seguro —susurro.

Deja su vaso y se vuelve hacia mí más completamente. La luz del fuego juega sobre sus facciones, suavizando los ángulos afilados para hacerle parecer más joven y vulnerable. —Blaire —la forma en que dice mi nombre, mitad maldición y mitad plegaria, hace que el calor se acumule en mi estómago—. Esto ya es bastante complicado.

—Lo sé —me acerco más, atraída por algo más fuerte que la lógica —. Complicado no significa incorrecto.

Me acuna la mejilla y traza mi pómulo con esa sorprendente delicadeza que recuerdo de hace tres días. —No entiendes el peligro. Mi mundo, lo que soy...

—Entiendo lo suficiente —me inclino hacia su contacto—. Sé que no eres solo un promotor inmobiliario. Sé que hay violencia en tu mundo y que tu hermano te quiere muerto. Y aun así estoy aquí.

—Deberías estar aterrorizada.

—Quizá, pero no lo estoy —pongo mi mano sobre la suya, manteniéndola contra mi mejilla—. Estoy cansada de tener miedo, Valentin. Miedo a la pobreza, miedo a estar sola, y miedo a desear más de lo que se me permite tener.

Se inclina más cerca, su frente casi tocando la mía. —No tienes ni idea de lo que me haces —murmura—. De cómo ya lo has cambiado todo.

—Entonces muéstramelo.

Esta vez, cuando se inclina, no se echa atrás. Sus labios encuentran los míos con un hambre que habla de tres días de arrepentimiento, de cenas formales que no pudieron mantener la distancia profesional, y de límites que estaban condenados desde el principio.

El beso empieza suave pero rápidamente se profundiza. Desliza una mano en mi pelo mientras su otro brazo me acerca más. Me derrito contra él, agarrando su camisa con los puños mientras el calor recorre mis venas. Sabe a vodka caro, a peligro y a seguridad envueltos en contradicción.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Me quedo cerca, sin querer dejar que la realidad se entrometa todavía.

—Esto lo cambia todo —dice contra mis labios.

—Lo sé.

—Es peligroso para los dos.

—Lo sé.

Se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos. —Deberías irte. Ahora. Mientras todavía podemos fingir que esto no ha pasado.

Sostengo su mirada con firmeza. —¿Es eso lo que quieres? ¿Que me vaya?

Sus manos se tensan sobre mí, traicionando sus palabras. —No —dice con aspereza—. Que Dios me ayude, no.

—Entonces me quedo.

Me besa de nuevo, más profundamente esta vez, y me pierdo en la sensación. El cuidadoso control que mantiene como una armadura se ha agrietado, revelando al hombre apasionado que hay debajo. Sus manos recorren mi espalda, atrayéndome contra él hasta que prácticamente estoy en su regazo.

Cuando sus labios se deslizan hacia mi cuello, jadeo por la sensación. Todo se siente intensificado —tal vez por las hormonas del embarazo, tal vez por tres días de anticipación, tal vez por la pura intensidad de su deseo.

—Valentin —suspiro, y él gime contra mi piel.

—Di mi nombre otra vez.

—Valentin.

Captura mis labios una vez más, y olvido las situaciones complicadas y los mundos peligrosos. Ahora mismo, solo existe esto —el calor entre nosotros, lo correcto que se siente estar en sus brazos a pesar de todas las razones lógicas por las que no deberíamos estarlo.

El fuego crepita en la chimenea, proyectando sombras danzantes por toda la habitación. Fuera, la noche de Miami presiona contra las

ventanas, pero aquí dentro, hemos creado nuestro propio mundo donde un jefe de la Bratva y una ex camarera de hotel pueden encontrar algo que ninguno esperaba.

Cuando finalmente salimos a respirar, me mantiene cerca, con sus manos suaves en mi espalda.

—Quédate esta noche —dice en voz baja—. Haré que preparen una habitación.

Niego con la cabeza. —Si me quedo, no voy a querer una habitación separada.

Sus ojos se oscurecen ante la insinuación. —Blaire...

—Sé lo que estoy diciendo —toco su rostro, trazando la línea afilada de su mandíbula—. Sé que esto complica todo. Sé que probablemente ambos estamos cometiendo un error. Pero estoy cansada de ser cuidadosa, de jugar a lo seguro, de hacer lo que se espera.

Atrapa mi mano, presionando un beso en mi palma. —No tienes ni idea de cuánto deseo que te quedes. Cuánto deseo... —se interrumpe, incapaz o reacio a expresar la profundidad de su deseo.

—Entonces no me alejes.

Nos miramos fijamente, equilibrados al borde de algo trascendental. La cena formal que debía restablecer los límites los ha demolido por completo. Lo que queda es un deseo crudo y la creciente certeza de que sea lo que sea en lo que nos estamos convirtiendo el uno para el otro, no hay vuelta atrás. La promesa de lo que nos espera es complicada y peligrosa, y absolutamente vale la pena el riesgo.

14

El sabor de sus labios aún perdura en los míos mientras me obligo a alejarme. Los ojos de Blaire están entrecerrados, su pecho sube y baja rápidamente bajo el vestido azul marino que me ha distraído toda la noche. Cada instinto me grita que la atraiga de nuevo, que termine lo que hemos empezado, pero la parte racional de mi mente recupera el control.

—Debería enviarte a casa —las palabras se sienten como cristales rotos en mi garganta.

—Valentin... —Extiende su mano hacia mí, pero me aparto y me pongo de pie.

—Esto es peligroso. Para ambos —pongo una distancia necesaria entre nosotros antes de hacer algo irreversiblemente estúpido—. Haré que Anton te lleve de vuelta.

Ella no discute más, aunque un destello de decepción cruza su rostro. La observo mientras recupera la compostura, alisando su vestido y tocándose los labios donde la besé. El gesto casi rompe mi determinación.

La acompaño por los pasillos de la mansión, extremadamente consciente de su presencia junto a mí. El sutil aroma de su cabello y

el suave sonido de su respiración me atraen como la gravedad. Los retratos de mis antepasados observan nuestro progreso desde marcos dorados, sus rostros severos parecen juzgar esta ruptura del protocolo. El retrato de mi padre cuelga prominentemente cerca de la escalera principal, sus fríos ojos azules parecen seguir nuestro movimiento.

Caminamos en silencio, pero me descubro ralentizando deliberadamente nuestro paso. Cada paso nos acerca más a la gran escalera, donde Anton espera, y más cerca de una despedida que se siente cada vez más incorrecta. Memorizo este momento y cómo se ve ella en mi hogar, perteneciendo aquí de una manera que me aterroriza y me emociona a partes iguales.

La casa a nuestro alrededor parece contener la respiración. Esta propiedad ha sido mi fortaleza durante años, pero esta noche se siente diferente con su presencia llenando los espacios. Cuando llegamos al pie de la escalera, las palabras se agolpan en mi garganta. Debería sugerir que se quede en una suite de invitados. El viaje de regreso es largo y es tarde. Todas excusas perfectamente razonables para mantenerla aquí más tiempo, pero lo que surge es completamente diferente.

—¿Blaire?

Ella se gira al sonido de su nombre, y estoy perdido. El cuidadoso control que he mantenido toda la noche, la distancia profesional que intenté imponer con una cena formal y límites adecuados se desmorona bajo el peso de su mirada. Cierro la distancia entre nosotros en dos zancadas. Enmarco su rostro y reclamo su boca con todo el hambre que he estado suprimiendo. No hay gentileza esta vez, ni exploración cautelosa. Esto es pura necesidad.

Ella responde al instante, agarrando mi camisa con sus puños mientras me acerca más. Un suave gemido escapa de su garganta, y el sonido destruye lo que queda de mi contención. La presiono contra la barandilla, devorando su boca como un hombre

hambriento. Sabe a miel y té y algo no identificado que hace que mi cabeza dé vueltas.

—Aquí no —las palabras salen ásperas contra sus labios, consciente de que el personal podría aparecer en cualquier momento. Agarro su mano y la llevo por el pasillo, buscando privacidad. Mi despacho es lo más cercano, y la puerta apenas se cierra antes de que esté sobre ella nuevamente, presionándola contra la madera maciza mientras presiono mi boca contra su garganta. Ella jadea, su cabeza cayendo hacia atrás para darme mejor acceso. Recorro con besos la columna de su cuello, saboreando el rápido aleteo de su pulso.

—Valentin —mi nombre en sus labios hace que mi polla palpite dolorosamente contra mi cremallera.

Exploro sus curvas, aprendiendo su forma a través de la frustrante barrera de su vestido. Ella se arquea ante mi tacto, sus propias manos explorando los planos de mi pecho y dejando fuego a su paso. El despacho a nuestro alrededor se desvanece, convirtiéndose en un fondo insignificante ante la mujer en mis brazos.

—Necesito... —No termina la frase, pero la entiendo completamente.

La levanto con facilidad, llevándola a mi escritorio. Con un brazo, aparto todo lo que hay encima. Los archivos se dispersan, los contratos revolotean hasta el suelo, y un portátil que probablemente contiene suficientes datos encriptados como para comprometer a medio Miami se estrella cerca de la ventana. Nada de eso importa. Solo ella.

La coloco en el borde del escritorio, posicionándome entre sus muslos separados. La posición nos pone a la altura perfecta, y froto mi polla contra sus bragas, dejándole sentir lo desesperadamente que la deseo. La fricción envía chispas por todo mi cuerpo.

—Oh, Dios —envuelve mis caderas con sus piernas, acercándome más.

Capturo su boca nuevamente mientras deslizo mis manos por sus muslos, subiendo su vestido cada vez más. Su piel es seda bajo mis palmas, suave, cálida y perfecta. Cuando alcanzo el borde de sus bragas, ella gime en mi boca. El delicado encaje ya está húmedo con su excitación.

—Por favor —la palabra es apenas un susurro contra mis labios.

Enganchó mis dedos en el delicado tejido y tiro. El sonido del encaje rompiéndose es obscenamente fuerte en el silencioso despacho. Ella jadea, pero no en protesta. Sus pupilas están dilatadas por el deseo, sus labios hinchados por nuestros besos.

—Te compraré unas nuevas —mi voz suena más áspera de lo que pretendía.

—Me da igual —ya está trabajando en mi cinturón, sus dedos temblando con urgencia.

La ayudo, bajándome los pantalones lo justo para liberar mi polla. El aire fresco en mi piel caliente me hace sisear. El primer toque de su mano en mi polla casi me pone de rodillas mientras me acaricia dos veces, y tengo que agarrar su muñeca para detenerla.

—Aún no. Necesito estar dentro de ti.

Ella asiente, sus ojos oscuros de deseo. Me inclino para besar su garganta, tomándome mi tiempo para mapear cada punto sensible con mis labios y lengua. Ella inclina la cabeza hacia atrás para darme mejor acceso, y trazo la línea de su cuello hasta su clavícula, sintiendo su pulso agitarse bajo mi boca.

—Valentin, por favor —su respiración se entrecorta mientras chupo suavemente el punto donde su cuello se encuentra con su hombro.

Me retiro para mirar su rostro, sonrojado y hermoso bajo la tenue luz del despacho—. Dime qué quieres.

—A ti. Todo de ti —alcanza los botones de mi camisa, pero atrapo sus manos.

—Déjame cuidarte primero.

La beso profundamente mientras mis manos exploran su cuerpo a través del vestido. Gime en mi boca cuando acaricio sus pezones a través de la tela, y el sonido va directamente a mi polla. Deslizo un tirante de su vestido por su hombro, siguiendo su camino con mis labios. Su piel sabe a miel y sal, embriagadora en su dulzura.

—Llevas demasiada ropa —tira de mi camisa nuevamente.

Me aparto lo suficiente para quitarme la camisa, la corbata y la chaqueta, arrojándolas a un lado sin cuidado. Sus manos inmediatamente exploran mi pecho, trazando las líneas de músculo con dedos curiosos. Cuando se inclina para presionar sus labios en mi esternón, gimo ante la sensación.

—Mi turno —la recuesto suavemente sobre el escritorio y subo su vestido hasta su cintura, revelando bragas de encaje negro empapadas con sus jugos.

Beso mi camino por su cuerpo, deteniéndome para rendir homenaje a cada pecho a través de su vestido. Ella se arquea hacia mi boca cuando chupo su pezón a través de la tela, y enreda sus manos en mi pelo para mantenerme allí. Dedico atención a ambos pechos hasta que está retorciéndose debajo de mí, con suaves gemidos escapando de sus labios.

Moviéndome más abajo, presiono besos con la boca abierta en su estómago, sintiendo los músculos temblar bajo mi tacto. Cuando llego a la cintura de sus bragas, engancho mis dedos en el encaje y tiro hasta que el sonido del encaje rompiéndose llena el aire. Ella jadea, con los ojos bien abiertos, pero respira pesadamente mientras arrojo a un lado la prenda arruinada.

—Preciosa —separo sus muslos aún más y simplemente miro su coño por un momento, asimilando la visión de ella extendida sobre mi escritorio.

Se retuerce bajo mi mirada—. Valentin...

Presiono besos en sus muslos internos, alternando entre suaves y firmes, moviéndome constantemente hacia arriba. Tiembla de anticipación para cuando llego a su clítoris. El primer toque de mi lengua la hace gritar, y agarra el borde del escritorio para sostenerse.

La exploro lentamente, aprendiendo qué la hace jadear y gemir. Largos y planos movimientos de mi lengua alternan con atención concentrada en su clítoris haciéndola gimotear. Cuando deslizo dos dedos dentro de ella, se sacude contra mi boca, y uso mi mano libre para mantener sus caderas firmes.

—Oh, justo ahí —se mece contra mi cara mientras curvo mis dedos para golpear ese punto perfecto dentro de ella.

Gradualmente aumento la presión y la velocidad, leyendo las respuestas de su cuerpo. Se aprieta alrededor de mis dedos, y sus muslos comienzan a temblar. Puedo decir que está cerca por la forma en que cambia su respiración, volviéndose superficial y errática.

—No pares, por favor no pares —su voz es aguda y desesperada.

Mantengo el ritmo que la está volviendo loca, chupando suavemente su clítoris mientras mis dedos trabajan dentro de ella. Se corre con un grito agudo, todo su cuerpo tensándose mientras las olas de placer la recorren. La acompaño durante el orgasmo, suavizando mi toque cuando se vuelve hipersensible.

Cuando finalmente se relaja sobre el escritorio, beso mi camino hacia arriba por su cuerpo. Se ve preciosa así, sonrojada y satisfecha, su cabello extendido como un halo oscuro. Me detengo para admirar la vista antes de capturar sus labios en un beso profundo.

Gime cuando se prueba a sí misma en mi lengua—. Te necesito dentro de mí.

—¿Estás segura de que estás lista? —me posiciono en su entrada, provocándonos a ambos deslizando solo la punta por su humedad.

—Sí —envuelve mis caderas con sus piernas, tratando de acercarme más.

Empujo hacia adelante lentamente, observando su rostro mientras entro en ella centímetro a centímetro. Está tan apretada y húmeda que tengo que detenerme varias veces para mantener el control. Cuando finalmente estoy completamente dentro de ella, ambos dejamos salir respiraciones temblorosas.

—Se siente increíble —me quedo quieto por un momento, dejando que se ajuste a mi tamaño.

Aprieta sus paredes a mi alrededor experimentalmente, y gimo ante la sensación—. Tú también. Por favor, muévete.

Empiezo con embestidas superficiales, apenas saliendo antes de volver a entrar. Ella iguala mi ritmo, moviendo sus caderas para encontrar cada embestida. Gradualmente, aumento la profundidad y la velocidad, guiado por sus respuestas y los dulces sonidos que hace.

—Más —clava sus uñas en mis hombros—. No voy a romperme.

Agarro sus caderas y empujo más profundo y más fuerte, haciendo que el escritorio cruja con cada movimiento. Más papeles se dispersan por el suelo, y algo de cristal se rompe en la distancia, pero a ninguno de los dos nos importa. Todo lo que importa es el deslizamiento de nuestros cuerpos juntos, la fricción perfecta y la presión creciente.

Ella echa hacia atrás la cabeza cuando golpeo un ángulo particularmente bueno—. Justo ahí, no pares.

Mantengo ese ángulo, penetrándola con fuerza creciente. El sudor perla mi frente por el esfuerzo de contener mi propio orgasmo.

Quiero que se corra otra vez primero y sentirla desmoronarse a mi alrededor.

Alcanzando entre nosotros, encuentro su clítoris con mi pulgar, circulándolo al ritmo de mis embestidas. Grita ante la sensación añadida, sus paredes internas comenzando a palpitar a mi alrededor.

—Valentin, voy a... —No termina la frase, sus palabras disolviéndose en gemidos.

—Córrete para mí —aumento la presión sobre su clítoris mientras mantengo el ritmo castigador que necesita.

Ella se deshace con un grito de mi nombre, su coño apretándose a mi alrededor como un torno. La sensación desencadena mi propio orgasmo, y la sigo al abismo con un gemido que parece arrancado de mi alma. Empujo dentro de ella a través de las réplicas, prolongando nuestro placer hasta que ambos estamos agotados.

Permanecemos unidos durante varios momentos, respirando pesadamente mientras bajamos de la cima. Cuando finalmente me retiro, ella hace un pequeño sonido de protesta que me hace querer tomarla de nuevo inmediatamente.

Entonces la realidad comienza a filtrarse. Todavía estoy vestido, ella está tendida sobre mi escritorio con el vestido arrugado alrededor de su cintura, y acabamos de destruir cada límite que intentamos mantener.

—No —toca mi rostro suavemente—. No te alejes. Aún no.

La beso suavemente, saboreando la sal del sudor en su labio superior—. No voy a ninguna parte.

Con cuidado, me retiro y la ayudo a sentarse. Hace una ligera mueca, y la preocupación me inunda. Esta no era la forma en que imaginé nuestra primera vez, follando contra mi escritorio como adolescentes sin control.

—¿Te he hecho daño?

—No —su sonrisa es radiante a pesar del caos a nuestro alrededor —. Has estado perfecto.

Apoyo mi frente contra la suya, respirando el aroma mezclado de sexo y su perfume—. Esto lo cambia todo.

—Lo sé.

Mirándola, despeinada y completamente satisfecha mientras me mira con tal confianza, tomo una decisión que va en contra de cada instinto de autoconservación que poseo—. Sube conmigo.

Sus ojos se ensanchan ligeramente—. ¿A tu dormitorio?

—Sí —la ayudo a ponerse de pie, sosteniéndola cuando sus piernas tiemblan ligeramente—. Quédate esta noche. Déjame cuidarte como es debido.

Ella asiente, y algo fundamental cambia dentro de mí. Tomo su mano, guiándola desde el despacho que nunca se sentirá igual. Subimos las escaleras hacia el ala principal, pasando más retratos de anteriores patriarcas Morozov. Estos hombres que construyeron un imperio sobre sangre y balas verían mi apego a Blaire como una debilidad.

El dormitorio es moderno y masculino, con colores oscuros y acentos plateados. La cama king size de California domina el espacio, sus sábanas azul marino y acentos creando una sensación sofisticada pero fría. Las ventanas muestran el jardín, aunque el cristal de privacidad asegura que nadie pueda ver el interior.

—Es precioso —su voz es suave en el gran espacio.

—El baño está por allí —señalo hacia el *en suite*—. Hay batas en el armario, toallas en el cajón térmico.

Mientras ella se refresca, me quito la ropa y me pongo un pantalón de pijama. La puerta del baño amortigua el sonido del agua corriendo. Recojo la ropa que hemos esparcido, colgando mi traje en

el vestidor con las docenas de otros, todos organizados por color y temporada. Orden en medio del caos que ella ha traído a mi vida.

Cuando emerge vistiendo una de mis batas, una de seda negra que ahoga su figura más pequeña, mi pecho se tensa con posesividad. Parece que pertenece aquí, en mi espacio, vistiendo mis cosas. El contraste entre la habitación masculina y su presencia femenina crea algo nuevo que se siente peligrosamente como un hogar.

—Ven aquí —la atraigo a mis brazos, maravillándome de cómo encaja perfectamente contra mí.

Nos besamos de nuevo, más lentamente esta vez, saboreando en lugar de devorar. Cuando siento que su energía disminuye después de nuestra larga y emocional noche, la guío hacia la cama—. Debes estar agotada.

—Un poco —ahoga un bostezo que hace que su nariz se arrugue adorablemente.

Retiro las sábanas, y ella se desliza entre ellas con un suspiro de satisfacción. El algodón egipcio de mil hilos parece darle la bienvenida mientras las arreglo a su alrededor—. Qué atento —sus ojos ya están pesados por el sueño, pero me observa con somnoliento contento antes de dar una palmadita al espacio junto a ella.

Después de una breve vacilación, cuando trato de superar la necesidad de estar con ella, me deslizo en la cama, atrayéndola hacia mí. Encaja perfectamente en la curva de mi cuerpo, con su cabeza en mi pecho, y una pierna sobre la mía.

—Esto es agradable —las palabras se ahogan contra mi piel.

Agradable. Una palabra tan simple para algo que se siente como un terremoto. He tenido mujeres en mi cama, si no en este dormitorio, antes. Eran transacciones de placer mutuo que nunca significaron nada más allá del momento, pero esto es diferente. Peligroso. Aterrador. Perfecto.

Ella se duerme en minutos, su respiración profunda y regular contra mi pecho, pero yo permanezco despierto, mirando al techo mientras la magnitud de lo que he hecho se asienta sobre mí. La habitación se siente diferente con su presencia. Más cálida. Más viva. Las sombras parecen menos opresivas, y el silencio menos absoluto.

La he dejado entrar. No solo en mi cama, sino más allá de defensas que he pasado toda una vida construyendo. Se suponía que debía ser un simple acuerdo de negocios, pero se ha convertido en algo que nunca esperé y que no puedo permitirme desear.

En mi mundo, el apego es vulnerabilidad. El amor es un lujo reservado para hombres que no tienen enemigos esperando para explotar cualquier debilidad o punto de influencia. Sin embargo, mientras Blaire se mueve en sueños, murmurando mi nombre, sé que ya es demasiado tarde. Está bajo mi piel, en mi sangre, y envuelta alrededor de mi corazón de maneras que deberían aterrorizarme.

Me aterrorizan, pero no lo suficiente como para dejarla ir.

Mis dedos trazan patrones perezosos en su hombro desnudo mientras contemplo esta nueva realidad. Todo lo que he construido se siente repentinamente secundario a la mujer en mis brazos.

Ella lleva a mi hijo, posiblemente hijos, pero ya no es por eso que *ella* importa. Importa porque me ve. No al jefe de la *Bratva*, no al hombre peligroso que controla el submundo de Miami, sino a mí. Valentin. El hombre que todavía llora a su hermano a pesar de todo. El hombre que construye muros para proteger un corazón que es mucho más frágil de lo que nadie sospecha.

—Blaire —su nombre se siente diferente cuando se pronuncia con esta nueva ternura.

Ella se mueve ligeramente pero no se despierta, acurrucándose más cerca de mi calor. La confianza en ese simple gesto me deshace por completo.

15

La luz de la mañana se filtra por las ventanas y llega hasta mis ojos, despertándome en la cama de Valentín. Las sábanas se sienten increíblemente suaves contra mi piel desnuda, y llevan su distintivo perfume mezclado con el aroma almizclado de la pasión de anoche. Por un momento, la desorientación se apodera de mí porque este dormitorio palaciego con su lujo minimalista está a mundos de distancia de mi pequeño apartamento estudio, o incluso del nuevo apartamento temporal en Coral Gables.

Entonces los recuerdos regresan con vívido detalle: la boca de Valentín sobre la mía al pie de la escalera, el desesperado trayecto hasta su despacho, donde los papeles se dispersaron bajo mi espalda sobre su escritorio, y la sorprendente ternura con la que me llevó a esta habitación después.

Me incorporo lentamente, con los músculos protestando de la manera más deliciosa, y noto una nota en la mesita de noche escrita con una caligrafía masculina y firme:

Blaire,
Tenía una reunión temprana que no podía posponer. Por favor, tómate tu tiempo. Anton te llevará a casa cuando estés lista. Hay

ropa limpia en el armario si la necesitas, y Marta puede prepararte el desayuno.
-V

Paso mis dedos sobre sus iniciales, y luego me detengo. Esto es exactamente lo que no puedo hacer, quedarme tumbada suspirando por él. Es una idea terrible, igual que lo de anoche visto a la cruel luz del día.

Me visto rápidamente en el baño contiguo y bajo las escaleras. Anton espera en el vestíbulo, y su expresión normalmente estoica muestra un atisbo de sorpresa. —Señorita Elliott, ¿confío en que durmió bien?

La mirada de complicidad en sus ojos hace que me tense. —El coche, por favor, Anton. Necesito ir a casa.

Durante el trayecto, mi teléfono vibra con un mensaje de Valentín: *"Espero que estés bien esta mañana. ¿Te gustaría cenar esta semana?"*

Miro fijamente la pantalla, con el pulgar suspendido sobre el teclado antes de escribir mi respuesta: *"Lo de anoche fue un error. Necesitamos mantener límites para que este acuerdo funcione. Creo que lo mejor es que solo nos veamos en las citas médicas."*

Los tres puntos aparecen y desaparecen. Una vez. Dos veces. Tres veces. Finalmente, llega su respuesta: *"Si es lo que prefieres, respetaré tus deseos."*

El tono formal duele más de lo que debería. Guardo mi teléfono y miro por la ventana durante el resto del viaje, parpadeando para contener las lágrimas que no tengo derecho a derramar. Soy yo quien insistió en la separación, ¿por qué me duele que no me haya presionado para reconsiderarlo?



PASAN DOS SEMANAS. Cada mañana, Anton llega para el control de seguridad, pero algo ha cambiado. El hombre que normalmente se comunica con gruñidos y asentimientos de repente se vuelve casi conversador.

—Buenos días, señorita Elliott —dice parado en mi puerta, unos días después de mi noche con Valentín, con un portapapeles en la mano —. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien, gracias.

Hace una anotación. —¿Alguna náusea matutina?

Casi me divierte, viendo claramente lo que ocurre. Se ha convertido en el mensajero de Valentín y seguramente le está transmitiendo todo lo que digo. —Se puede sobrellevar.

—¿Qué está usando para aliviarlas? ¿Jengibre? ¿Galletas? —Otra nota.

Parpadeo ante el aluvión de preguntas. —Té de jengibre, principalmente. —Dudo que Valentín le haya dicho que anotara mis respuestas de manera tan evidente. Hay algo entrañable en su minuciosa atención a los detalles y en los intentos no tan sutiles de Valentín por obtener información sobre mí.

—Bien, bien. ¿Come adecuadamente? ¿Descansa lo suficiente? —Su pluma rasca el papel.

—Sí a ambas cosas. —Estas son más palabras de las que Anton me ha dirigido en seis meses.

—¿Algún síntoma inusual? ¿Fatiga? ¿Dolores de cabeza? ¿Mareos?

—Solo la fatiga normal del embarazo.

—¿Y su apetito? ¿Algún antojo? ¿Aversiones?

Entrecierro los ojos, resistiéndome suavemente. —Anton, ¿desde cuándo te importan mis antojos?

Tiene la decencia de parecer ligeramente avergonzado. —El señor Morozov quiere asegurarse de que esté bien atendida.

—Claro. —Cruzo los brazos—. ¿Y estos interrogatorios diarios no tienen nada que ver con que me sonsaques información para transmitírsela?

—Simplemente estoy haciendo mi trabajo, señorita Elliott. —Las puntas de sus orejas se ponen rojas.

A la mañana siguiente, es peor.

—¿Ha dormido bien? —Anton apenas espera a que abra la puerta.

—Sí.

—¿Cuántas horas? ¿Algún insomnio? ¿Sueños extraños?

—Ocho horas, no, y no es asunto tuyo. —Pongo los ojos en blanco.

—¿Niveles de estrés? ¿Alguna ansiedad sobre el embarazo?

—Anton...

—¿Está tomando sus vitaminas prenatales? ¿Bebiendo suficiente agua?

Dejo escapar un resoplido exasperado. —Por supuesto que yo...

—¿Alguna preocupación que quisiera que le transmitiera al señor... a mí?

Resoplo, tentada por un momento a decirle que le diga a Valentín que simplemente me pregunte cómo estoy, antes de recordar que le pedí a Valentín que no se pusiera en contacto conmigo. —Nada por ahora. Nos vemos mañana. —Le cierro la puerta en la cara. Probablemente lo veré más tarde hoy, pero es mi forma de hacerle saber que lo sé.

Los siguientes días siguen el mismo patrón. Anton se transforma de guardaespaldas silencioso a una clueca parlanchina, preguntando sobre todo, desde mis hábitos en el baño hasta mi estado emocional. Para el día diez, estoy a punto de gritar.

—¿Estado de ánimo hoy? —Ya ni siquiera finge ser sutil.

—Irritada.

—¿Causa?

—Mi guardaespaldas se ha convertido en un cuestionario ambulante sobre el embarazo.

Realmente esboza una sonrisa. —Solo sigo órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—Ya sabes de quién.

Suspiro. —¿Está tan preocupado?

Anton busca las palabras, algo inusual en él. —Está... inquieto. La distancia es difícil.

—Él estuvo de acuerdo.

—Estar de acuerdo y que te guste son cosas diferentes. —Hace otra anotación—. ¿Algún mensaje para él?

Me muerdo el labio, luego niego con la cabeza. —Solo que estoy bien.

Pero no estoy bien. Estoy confundida, en conflicto, y lo echo de menos más de lo que me gustaría admitir. Cada noche, me quedo despierta recordando sus manos en mi cuerpo, y la forma en que me miraba como si yo fuera todo. Cada mañana me digo a mí misma que los límites son necesarios.

Cuando llega la cita de la ecografía, soy un manojo de nervios mantenido unido por pura terquedad y demasiado té de jengibre. Al

prepararme, mi estómago se revuelve con algo más que náuseas matutinas. Elijo un sencillo vestido veraniego y un maquillaje mínimo, intentando parecer profesional pero sin esforzarme demasiado. Necesito verlo de nuevo sin desmoronarme. Necesito demostrarme a mí misma que puedo hacer esto, porque cuanto más tiempo estamos separados, menos claro tengo por qué lo estoy alejando. Lo echo de menos más, no menos, de lo que hacía hace dos semanas.

Llego a la Clínica de Gestación Subrogada EverAfter deliberadamente a la hora exacta, esperando evitar cualquier encuentro incómodo en la sala de espera. Me sorprende, y me duele un poco, que Valentín no haya llegado. ¿Lo olvidó? ¿Está manteniendo la distancia que le pedí, o me está castigando por haberla solicitado? Un millón de pensamientos cruzan mi mente mientras la recepcionista me saluda calurosamente antes de que una enfermera me conduzca directamente a una sala de examen, donde el Dr. Petrov espera.

—Señorita Elliott, ¿cómo se encuentra? —Me indica que tome asiento en la camilla de exploración.

—Bien. Agotada, pero creo que es normal. —Me acomodo sobre la superficie cubierta de papel, intentando calmar mis nervios.

—Bastante normal. —Primero realiza un examen físico, palpando mi vientre—. Hmm.

—¿Hmm? ¿Eso es malo?

Parpadea. —No. Solo que está un poco más inflamada de lo que esperaría. Todavía no se le nota —se apresura a añadir—. Solo... inflamada.

—He estado bebiendo mucha agua.

Me da una sonrisa distraída. —Excelente. —Después de unos minutos más de exploración física, se quita los guantes para ponerse un par nuevo mientras su enfermera acerca la máquina de ultrasonido—. Vamos a ver cómo se está desarrollando el bebé, ¿de

acuerdo? —Prepara el equipo de ultrasonido mientras yo levanto mi vestido aún más alto, colocándolo sobre mis pechos hinchados, para exponer mi abdomen aún plano.

El frío gel me hace estremecer mientras lo extiende sobre mi piel. —Esto puede ser un poco incómodo. Si no podemos obtener una imagen lo suficientemente buena, tendremos que usar la sonda transvaginal, pero primero probemos así —dice con una sonrisa reconfortante.

Asiento, concentrándome en las baldosas del techo mientras comienza el examen. La habitación se llena con el sonido sibilante de la máquina de ultrasonido, y espero el momento mágico en que escucharé el latido del corazón.

—Hmm. —La frente del Dr. Petrov se arruga mientras ajusta el ángulo de la sonda.

El silencio se extiende. La máquina zumba. Él se inclina más cerca de la pantalla.

—¿Está todo bien? —La ansiedad me atraviesa.

—Solo un momento. —Aumenta la magnificación, con el ceño cada vez más fruncido. La sonda se desliza sobre mi abdomen de nuevo, y él hace un pequeño sonido en su garganta—. Necesito cambiar a la sonda TV.

Hago una mueca, pero como ya no llevo las bragas puestas, no es mucho más inconveniente. Lubrica la sonda, y un momento después la introduce. Me muevo, incómoda con el aparato dentro de mí, pero él necesita el mejor ángulo.

La sonda gira y se flexiona durante unos minutos, y él escribe notas, todo mientras frunce el ceño. Comienza siendo inquietante, pero se vuelve aterrador cuando pronuncia tres palabras indeseadas.

—Esto es inesperado.

Me apoyo en mis codos. —¿Qué ocurre?

—No ocurre nada malo, señorita Elliott. Es solo que... —Se interrumpe, manipulando los controles con creciente intensidad mientras inclina la sonda de manera diferente—. Necesito verificar lo que estoy viendo. Por favor, quédese muy quieta.

Mi corazón late con fuerza mientras lo observo trabajar. El silencio es ensordecedor excepto por el zumbido constante de la máquina. Mide algo en la pantalla. Ajusta. Mide de nuevo. Sus ojos se ensanchan con cada pasada.

—Señorita Elliott... —Vacila, tocando un control de nuevo. La pantalla parpadea mientras la sonda se mueve dentro de mí otra vez —. Necesito que se quede muy quieta.

Contengo la respiración pero la suelto en un largo resoplido varios segundos después cuando la máquina continúa emitiendo pitidos suaves. Los segundos se alargan como horas. —Dr. Petrov, por favor. Me está asustando.

Retira la sonda lentamente y se gira para mirarme directamente. Su expresión es diferente a cualquier cosa que haya visto, algo entre asombro e incredulidad.

—Señorita Elliott, necesito preguntar, ¿siguió todos los protocolos previos al procedimiento exactamente como se le prescribió?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué?

—Por supuesto que sí. No es como si usted pudiera haber influido en esto o haberlo provocado. Solo había dos. Sé con certeza... —Se detiene, mirando de nuevo la pantalla antes de volver a mirarme—. Lo que estoy viendo es... Bueno, es extraordinario. —Gira el monitor hacia mí—. ¿Puede ver estos puntos parpadeantes?

Entrecierro los ojos mirando la pantalla, tratando de entender la imagen granulada. Al principio, no veo nada más que sombras y luz. Luego, movimiento. Pulsaciones rítmicas. —¿Esos puntos oscuros?

—Esos son latidos cardíacos. —Hace una pausa, respirando profundamente—. Ocho de ellos.

Las palabras me aturden como si me hubieran echado agua helada. Mis dedos se entumecen, perdiendo el agarre del borde de la camilla. —¿Ocho qué?

—Ocho latidos cardíacos. Está gestando octillizos.

La habitación se inclina hacia un lado. Un zumbido llena mis oídos, ahogando todo excepto esas palabras imposibles. Mi pecho se oprime, y mis respiraciones se vuelven cortas y superficiales. Ocho. Ocho. El número se repite en mi mente como un disco rayado.

Consulta su móvil por un momento antes de volver a mirarme. —Según Google, las probabilidades son aproximadamente de una entre 20,7 millones para octillizos concebidos naturalmente. Con la IIU, es aún más raro porque podemos controlar cuántos óvulos son fertilizados. En su caso, parece que ambos óvulos fueron fertilizados con éxito, y luego cada embrión se dividió en cuatrillizos idénticos.

Miro fijamente la pantalla, absorta. El monitor pulsa, no una vez, no dos, sino una y otra vez, como un coro de pequeños tambores resonando a través de un cañón. Ocho luces parpadeantes, cada una anclándome más profundamente en una vida que nunca imaginé.

—Las probabilidades de que ambos óvulos se dividan en cuatrillizos idénticos... —El Dr. Petrov sacude la cabeza con asombro, continuando su búsqueda en Google mientras sigue hablando—. Llevo veinticinco años practicando medicina reproductiva y nunca he visto nada igual.

—¿Cómo es esto posible? —Mi voz suena distante, como si viniera de otra persona. Las lágrimas calientes amenazan pero no caen.

—La división espontánea de embriones ocurre aproximadamente en tres o cuatro de cada mil nacimientos para gemelos idénticos. Para cuatrillizos, es más cercano a uno en quince millones. Para que

ambos embriones se dividan idénticamente... —Saca una calculadora en su móvil, aparentemente renunciando a que Google tenga la respuesta, y teclea números con dedos temblorosos—. Las probabilidades son aproximadamente una entre doscientos-veinticinco-billones.

La puerta se abre, y Valentin entra a grandes zancadas, con su habitual comportamiento compuesto intacto hasta que ve nuestras caras. —¿Qué ocurre?

El Dr. Petrov gira el monitor hacia él. —Señor Morozov, quizás debería sentarse.

—Prefiero quedarme de pie. —Su mandíbula se tensa—. ¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema, en sí. Solo un desarrollo extraordinario. —Señala la pantalla—. Su gestante está llevando octillizos.

El rostro de Valentin pierde todo el color. Sus rodillas flaquean ligeramente, y se sienta pesadamente en la silla que acababa de rechazar. —*Bozhe moy* —susurra en lo que supongo es una maldición rusa—. ¿Octillizos?

—Dos conjuntos de cuatrillizos idénticos, para ser precisos. Ambos óvulos fertilizados se dividieron espontáneamente.

La mano de Valentin tiembla mientras se la pasa por el pelo. Por un momento, parece perdido, su habitual control completamente destrozado. Comienza a hablar, se detiene, luego lo intenta de nuevo. —Los riesgos... La logística... ¿Cómo vamos a...?

—Significativos. —La emoción del Dr. Petrov disminuye mientras cambia a realidades médicas—. Los nacimientos múltiples de esta magnitud requieren cuidados especializados. Reposo en cama para el segundo trimestre, posiblemente hospitalización, definitivamente cesárea y, casi con certeza, un parto prematuro. La presión sobre el cuerpo de la señorita Elliott será considerable.

—¿Y los bebés? —La voz de Valentin es ronca.

—Con la atención médica adecuada y un buen seguimiento, las perspectivas pueden ser positivas. Pero no voy a mentir: este es un embarazo de alto riesgo. Necesitaremos monitorizar a la señorita Elliott muy de cerca.

Permanezco tumbada, con el gel aún frío en mi vientre, mientras discuten sobre mi cuerpo como si no estuviera en la habitación, pero no puedo concentrarme en sus palabras. Todo lo que puedo ver son esas ocho luces pulsantes en la pantalla que acaban de reescribir todo mi futuro.

—¿Blaire? —La voz de Valentin atraviesa mi shock. Se ha acercado, su mano flotando cerca de la mía pero sin llegar a tocarla—. ¿Estás bien?

Encuentro su mirada por primera vez en dos semanas, y la preocupación que veo casi me deshace. —No lo sé. ¿Ocho bebés? ¿Cómo es eso siquiera posible?

—Lo resolveremos. —Mira al Dr. Petrov—. ¿Cuáles son las opciones?

—La reducción selectiva es una posibilidad. —La voz del doctor es cuidadosamente neutral—. Reducir el número de fetos para mejorar las posibilidades de los restantes.

—No. —La palabra se escapa antes de que lo piense completamente —. Quiero decir, necesito tiempo para asimilar esto. —De repente recuerdo una cláusula del contrato que me quita esa decisión. En caso de concepciones múltiples, el padre, no la gestante, toma la decisión. ¿Qué elegirá Valentin?

—Por supuesto. —El Dr. Petrov comienza a limpiar el gel de mi vientre—. Es mucho para asimilar. Sugiero que programemos una cita de seguimiento en unos días para daros tiempo a ambos para considerar las implicaciones.

Valentin asiente, pero su mirada nunca abandona mi rostro. —Lo que necesites.

Me incorporo lentamente, bajándome el vestido. Todo parece irreal, como si me estuviera moviendo a través de un sueño. Ocho bebés. El número sigue dando vueltas en mi mente.

—He imprimido información sobre embarazos múltiples de orden superior. —El Dr. Petrov nos entrega a cada uno un grueso paquete —. Leedlo, y discutiremos vuestras opciones en la próxima cita.

Tomo los papeles con dedos entumecidos. Opciones. Como elegir colores de pintura o platos principales para la cena, no decidir el destino de ocho vidas potenciales, y la decisión ni siquiera es mía.

—Te programaré para el jueves. —Hace anotaciones en mi historial —. Mientras tanto, señorita Elliott, necesita tomárselo con calma. Nada de estrés ni actividad extenuante. Su cuerpo está a punto de someterse a cambios extraordinarios.

Asiento mecánicamente, recogiendo mi bolso. Necesito salir de aquí para encontrar algo de espacio para pensar.

—Te llevaré a casa. —La voz de Valentin es suave pero firme.

—Anton puede...

—Por favor. Necesitamos hablar de esto.

Lo miro entonces. El compuesto jefe de la *Bratva* ha desaparecido, reemplazado por un hombre que parece tan conmocionado como yo me siento. Ocho bebés han destrozado su control tan completamente como nuestra noche juntos destrozó nuestros límites. —De acuerdo. —La palabra es apenas un suspiro, pero él parece oírla.

Salimos de la clínica en silencio, el sol de Miami golpeando sin piedad. El coche de Valentin huele a cuero y a su colonia, desencadenando recuerdos que he tratado de reprimir. Conduce con

cuidado, ambas manos en el volante, los nudillos aún blancos por la tensión.

—Ocho. —Finalmente habla cuando llegamos al tráfico—. Estaba preparado para uno o posiblemente dos, pero ¿ocho?

—Lo sé. —Miro fijamente el paquete de información en mi regazo—. Las probabilidades eran astronómicas.

—Todo sobre ti desafía las probabilidades. —Hay algo en su voz, una calidez que hace que mi pecho se oprima.

—Esto lo cambia todo. —No me refiero solo al embarazo.

—Sí. —Me mira brevemente—. No podemos mantener la distancia más, Blaire. No con ocho bebés. Esto es...

—¿Complicado?

—Más allá de complicado. —Señaliza y cambia de carril—. Necesitarás cuidados constantes, seguimiento médico, apoyo. El apartamento no será suficiente una vez que estés en reposo.

Sé lo que no está diciendo. Tendré que mudarme a su finca y estar bajo su protección y cuidado constantes. Los límites que he intentado mantener con tanto esfuerzo se están desmoronando ante esta realidad imposible.

—No tenemos que decidir todo hoy. —Su voz se suaviza—. Solo necesitamos trabajar juntos ahora. Por ellos.

—¿Entonces no quieres reducir?

Frunce el ceño con fiereza. —No me corresponde a mí decidir.

Consigo esbozar una sonrisa temblorosa. —Nuestro contrato y el dinero que me has pagado dicen lo contrario. Una de las cláusulas estipula que tú decides estas cosas.

Su ceño no se suaviza. —Es tu cuerpo el que está bajo una tensión tan tremenda. Quiero mantener a todos, pero no tomaré esa

decisión por ti independientemente de lo que diga el contrato.

Dejo salir una exhalación entrecortada. —Gracias por eso. Yo... La reducción selectiva me parece incorrecta, pero... —Toco mi vientre aún plano, tratando de imaginar cómo se verá estirado con ocho bebés—. Solo necesito tiempo para procesarlo.

—Tómate todo el tiempo que necesites. —Entra en el garaje de mi edificio—. Solo recuerda que no estás sola en esto. Sea cual sea tu decisión, sea lo que sea que necesitemos hacer, estoy aquí.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de significado más allá del embarazo. Quiero contarle sobre las noches de insomnio, y la manera en que lo he extrañado a pesar de alejarlo, pero ahora no es el momento. Nuestra impactante noticia exige centrarnos en cuestiones prácticas, no en sentimientos.

—Gracias. —Alcanzo la manija de la puerta, luego me detengo—. ¿Valentin? Esto no cambia lo que dije antes, sobre que necesitamos límites.

Algo destella en sus ojos, pero asiente. —Entendido, pero esos límites podrían necesitar ser flexibles dadas las circunstancias.

Ocho bebés. La complicación definitiva en una situación ya compleja. Mientras subo en el ascensor a mi apartamento con Anton a mi lado, bendecidamente silencioso, me pregunto si algún límite puede sobrevivir a esta noticia. Mi mano descansa en mi vientre, e intento asimilar la imposibilidad de todo esto.

¿Cómo puedo estar embarazada de ocho bebés que me atarán a Valentin de maneras que nuestro contrato nunca anticipó? Son ocho razones por las que alejarme después del parto se acaba de volver infinitamente más complicado y han destrozado mis planes cuidadosamente construidos tan completamente como esa noche en su oficina destrozó mis defensas.

Entro en mi apartamento y me dejo caer en el sofá, contemplando las imágenes de la ecografía que el Dr. Petrov imprimió. Apoyo la

mano en mi vientre mientras estudio esas borrosas impresiones. Ocho latidos y ocho futuros, que dependen de mí para sobrevivir. De repente, no puedo recordar quién era yo antes de que ellos existieran.

16

Las imágenes de la ecografía yacen esparcidas sobre mi escritorio como pruebas en la escena de un crimen, mostrando ocho vidas que transforman todo lo que creía saber sobre control y planificación. Alargo la mano hacia la botella de vodka, mi tercera copa desde que regresé de la clínica, y el vaso de cristal se me escapa de los dedos, haciéndose añicos contra el suelo de mármol.

—*Blyad*. —La maldición resuena en el estudio vacío mientras contemplo los fragmentos brillantes. Bordes afilados que atrapan la luz, cada fragmento refleja un ángulo diferente de mi fracaso por mantener la compostura.

Ocho niños. No un solo heredero para asegurar el legado Morozov, sino ocho almas que necesitarán protección en un mundo donde mis enemigos los usarían como armas contra mí. Ocho objetivos para la venganza de Vanya. Ocho razones por las que cada decisión que tome a partir de este momento conlleva exponencialmente más importancia.

Agarro directamente la botella, dando un largo trago que me quema la garganta. El vodka sabe a derrota mezclada con terror. ¿Cómo pude calcular tan mal? Se suponía que dos embriones resultarían en un embarazo, quizás gemelos como máximo. Las probabilidades de

que ambos óvulos se dividieran en cuatrillizos idénticos son tan astronómicas que el propio Dr. Petrov lo calificó de milagroso.

Milagroso. Como si la intervención divina pudiera tocar a alguien como yo.

Mi teléfono seguro vibra contra el escritorio, y el nombre de Kuzma parpadea en la pantalla encriptada.

—¿Qué? —Mi voz suena áspera.

—Tenemos una situación. —La estática crepita a través de la línea—. ¿Puedes hablar?

—Estoy solo.

—Bien. Necesitamos... —Su voz se corta, reemplazada por un chirrido electrónico.

—¿Kuzma?

—¿...sigues ahí? El puto codificador está fallando. —Más estática, luego su voz se aclara—. Vanya sabe lo de la gestante.

Me quedo inmóvil con la botella a medio camino de mis labios. De repente, el vodka sabe a ceniza.

—Repite eso.

—Tu hermano sabe sobre la mujer, sobre el embarazo... Todo.

—¿Cómo? —La palabra sale apenas como un gruñido.

Kuzma no pierde el tiempo.

—Encontramos la filtración. Es Matvei Sidorov, un técnico de mantenimiento de la clínica. Teníamos un perfil superficial sobre él desde hace tiempo. Solo llamó la atención de nuestro sistema por sus deudas de juego y actividades menores relacionadas con drogas, pero no parecía probable que fuera la filtración, ya que no tenía acceso a los archivos y registros. Excepto que esta noche, lo

detuvimos hace una hora después de interceptar un mensaje saliente desde un dispositivo desechable. Ahora está bajo custodia.

Me enderezo.

—¿Estaba intentando enviar algo?

Kuzma suena arrepentido.

—Ya lo envió, jefe. Interceptamos la parte final y lo rastreamos. Le dio a Vanya todo: el nombre completo de Blaire, su dirección actualizada, detalles sobre sus visitas a la clínica y el número de embriones confirmados en la última cita.

Mi mano se cierra en un puño.

—¿Cómo coño consiguió todo eso?

La voz de Kuzma no cambia, pero oigo la tensión subyacente.

—Matvei confesó durante el interrogatorio preliminar en el SUV. Vanya se puso en contacto directamente, le ofreció un pago y le dio instrucciones específicas. Matvei aceptó sin dudarlo. Colocó dos dispositivos de grabación en la sala de examen de Petrov, incrustándolos en las rejillas de ventilación del techo. Funcionan con batería y tienen que descargarse manualmente cuando están llenos. Uno de los chicos más expertos en tecnología que yo calcula que graban unos tres días cada vez. Los encendía antes de las citas de Blaire y luego recogía los datos después.

—Jesucristo. —Sacudo la cabeza—. ¿Cómo lo logró? ¿Cómo es que Petrov le permitió entrar así sin más?

—Recuperaba el audio con la excusa de revisar el equipo. Luego transfería los archivos fuera del sitio y borraba el registro físico. Todavía estamos trabajando con él para obtener el historial completo de transferencias, pero lo que ha admitido hasta ahora fue suficiente para que pausara la sesión y te llamara directamente.

—*Spasibo*. —La palabra sale automáticamente, ya que mi mente está sumida en el caos. Para Vanya, esto no se trata de dinero o territorio. Se trata del legado, y la continuación de la línea Morozov que él cree que debería terminar conmigo, para que su rama pueda tomar el control.

—Lo llama "el insulto definitivo" —continúa Kuzma—. Ocho hijos cuando él no tiene ninguno. Ocho futuros cuando él lo perdió todo con Katya.

—Joder. ¿Cuál es nuestro estado de seguridad para la señorita Elliott?

—Anton tiene ahora dos sombras. Hemos añadido cámaras, sensores de movimiento e infrarrojos en el tejado, pero el apartamento tiene demasiadas vulnerabilidades.

—No es suficiente.

—No, no lo es. Sabes lo que tiene que ocurrir.

Tomo otro trago, más largo esta vez. El vodka no está ayudando, pero es un pequeño consuelo en medio de la crisis.

—Prepara el ala este. Instala una suite médica, cristales antibalas... todo lo necesario.

—Ya lo he iniciado. Valentin, hay algo más.

—¿Qué más?

—El embarazo en sí. —Se aclara la garganta—. Ocho bebés es algo sin precedentes. La comunidad médica lo notará, y los medios podrían difundirlo. Ese tipo de atención...

—La convierte en un objetivo aún mayor. —Termino el pensamiento, mi estómago convertido en hielo—. ¿Cuánto tiempo antes de que se haga público?

—El Dr. Petrov puede mantener la confidencialidad por ahora, pero ¿una vez que empiece a notarse significativamente? ¿Una vez que

necesite atención especializada? —Le oigo teclear, probablemente haciendo cálculos—. Seis semanas como máximo. Tal vez cuatro.

—Cristo.

—Valentin, necesitas decírselo. Todo. No puede protegerse de amenazas que no comprende.

—Lo sé.

—¿De verdad? Porque cada día que esperas...

—He dicho que lo sé. —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía.

Se queda en silencio. Hemos trabajado juntos el tiempo suficiente para que sepa cuándo presionar y cuándo retirarse.

—Se lo explicaré todo mañana.

—Cuando ese canalla suelte todo, desaparece. ¿Entendido?

Kuzma, no propenso a los remilgos, no duda.

—Claro, jefe.

—Mantenme informado si revela algo más y dime cuando esté hecho.

—Siempre. —Hace una pausa—. ¿Valentin? Felicidades. Ocho niños... Tus padres habrían estado orgullosos.

La conexión termina antes de que pueda responder. Orgullosos. ¿Lo habrían estado? Mi madre tal vez, aunque murió cuando yo era demasiado joven para tener recuerdos claros de ella, así que no puedo asegurarlo. Sé que mi padre no estaría orgulloso. Me habría dicho que los redujera despiadadamente a uno o dos, pero Dmitri solo veía a los niños como herramientas para consolidar el poder. Ocho herramientas. Ocho armas. Ocho vulnerabilidades. Nunca habría contemplado la idea. Probablemente los habría abortado a

todos y comenzado de nuevo con una nueva gestante, considerando a la primera maldita.

No soy como él. Me lo digo firmemente mientras sigo bebiendo, pero ya sé que es verdad. Todavía no soy padre, pero ya valoro a estos ocho niños como mis herederos, no como extensiones del linaje o una maldición.

Doy otro trago directamente de la botella. El estudio se inclina ligeramente. ¿Ya estoy borracho? Las imágenes de la ecografía se vuelven borrosas sobre el escritorio.

—¿Señor Morozov?

Me giro demasiado rápido, casi perdiendo el equilibrio. Marta está en la puerta, observando la escena, incluyendo el cristal roto, la botella vacía —¿cómo ha pasado eso?— y los papeles esparcidos. Lleva su habitual vestido negro incluso a estas horas tardías, como si nunca terminara realmente su servicio.

—¿Necesitas algo? —Las palabras se arrastran ligeramente.

Entra en la habitación con su habitual viveza, aunque noto la preocupación que arruga sus facciones.

—Has estado aquí durante un rato. Pensé que debería comprobar, considerando que llegaste a casa... alterado.

—Estoy bien.

—Por supuesto que lo estás. —Saca una papelera de algún lugar y se arrodilla, recogiendo los fragmentos más grandes—. Beber solo en la oscuridad es un comportamiento perfectamente normal.

—No está oscuro. —Hago un gesto vago hacia las luces de la ciudad más allá de las ventanas.

—No tener luces eléctricas encendidas cuenta como oscuridad en mi libro. —Enciende el interruptor, haciéndome entrecerrar los ojos ante la repentina claridad—. ¿Cuál es la ocasión?

—Octillizos. —La palabra se siente extraña en mi lengua, extranjera e imposible.

Marta se detiene a medio camino de alcanzar un fragmento de vidrio.

—¿Perdón?

—Ocho bebés. Está llevando ocho bebés. —Me río, pero suena hueco—. Dos óvulos, ambos divididos en cuatrillizos idénticos. Las probabilidades son... —Intento recordar el cálculo de Petrov—. Astronómicas.

Abandona la limpieza del cristal y me estudia directamente.

—¿La gestante?

—Blaire. Se llama Blaire.

—Ya veo. La chica de hace dos semanas. —Se dirige al aparador, regresando con un vaso limpio y una jarra de agua—. ¿Y esto es motivo para emborracharte porque...?

—Porque Vanya lo sabe. —La confesión se me escapa atropelladamente—. Porque ocho bebés la convierten en el objetivo definitivo. Porque yo... —Me detengo, incapaz de expresar el resto.

—Porque te preocupas por ella —termina Marta en voz baja.

Acepto el agua que vierte, bebiendo profundamente.

—¿Tan obvio es?

—Solo para alguien que te ha observado durante trece años. —Se sienta en la silla frente a mi escritorio, una violación sin precedentes del protocolo—. Nunca te había visto así por una mujer.

—No es una mujer cualquiera. Está llevando...

—Ocho bebés, sí, pero no es por eso que estás destruyendo tu hígado. —Junta las manos en su regazo—. La amas.

—¿Amor? —La palabra sabe a extranjera—. La conozco desde hace dos meses.

—Yo conocí a mi marido durante dos semanas antes de casarnos.

Parpadeo. Era viuda cuando la contraté, así que nunca conocí al señor Kruhl.

—¿Eh?

—Nos conocimos en el Oktoberfest en Berlín, y lo supe en cuestión de días. Hans era demasiado estúpido para darse cuenta durante meses, pero yo lo supe casi de inmediato.

—¿De verdad? —No sé cómo responder.

—Sí, y tuve que recordárselo más de una vez, generalmente después de que hubiera hecho algo particularmente torpe. —Se levanta, cogiendo la escoba de un armario cuya existencia desconocía—. Muy parecido a lo que estás haciendo ahora.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que estás aquí ahogándote en vodka en lugar de proteger lo que importa. —Barre el cristal restante con movimientos agudos y eficientes—. ¿Crees que esto la ayuda? ¿Ayuda a esos bebés?

—No sé cómo decírselo. —La admisión se me escapa antes de que pueda detenerla—. Sobre lo que soy. Lo que he hecho.

—Con palabras, generalmente, unidas en oraciones. —Su tono se mantiene objetivo, pero oigo la simpatía subyacente.

—Huirá.

—Tal vez. Tal vez no. —Marta vacía el recogedor en la papelera—. Las mujeres somos inteligentes, así que probablemente ya sabe algo, y somos más fuertes de lo que piensas. Especialmente las madres.

—No es su madre. No legalmente. El contrato...

—Contrato. —Resopla—. ¿Crees que los contratos importan cuando una mujer lleva vida dentro? ¿Crees que ve esos ocho latidos y piensa en documentos legales?

Recuerdo la cara de Blaire durante la ecografía, la forma en que su mano se movió protectoramente hacia su abdomen.

—No.

—Entonces deja de pensar como un abogado y empieza a pensar como un padre. —Devuelve la escoba a su armario—. Esos bebés necesitan protección. Ella necesita honestidad. Tú necesitas dejar de lamentarte y empezar a actuar.

—No es tan simple.

—¿No lo es? —Me enfrenta directamente—. La amas. Ella está en peligro. Tu hermano quiere que muera. Todo me parece bastante sencillo.

—Si le digo todo...

—Tendrá la información que necesita para tomar decisiones informadas. Ahora mismo, está volando a ciegas mientras tú estás aquí sintiendo lástima de ti mismo.

La verdad de ello duele más que el vodka.

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Siempre lo he sido. Simplemente rara vez escuchas. —Se acerca al escritorio, recogiendo las imágenes de la ecografía con sorprendente delicadeza—. ¿Puedo?

Asiento, observándola estudiar las fotos.

—Ocho latidos. —Su voz se suaviza—. Mi abuela tuvo siete hijos, ¿sabes? Todos sobrevivieron hasta la edad adulta a pesar de Hitler y a pesar de la guerra.

—Esto es diferente.

—¿Lo es? El peligro es peligro. El amor es amor. —Me devuelve las imágenes después de limpiar suavemente el vodka que derramé sobre ellas antes—. La única diferencia es que tienes ventajas que mi familia no tenía. Tienes dinero, poder y recursos, así que úsalos.

—Vanya...

—Es un hombre. Tú comandas a cientos. —Se endereza, retomando su habitual comportamiento enérgico—. Deja de beber, date una ducha y duerme un poco. Mañana, le dices la verdad.

—¿Todo?

—Hasta el último detalle. Se merece al menos eso. —Hace una pausa en la puerta—. Es más fuerte de lo que crees. He visto cómo te mira cuando cree que nadie está observando.

—¿Cómo?

—Como una mujer que solo necesita un empujoncito para elegirte. —Se va antes de que pueda preguntar qué quiere decir.

Miro fijamente la puerta vacía, procesando las palabras de Marta. La niebla del vodka comienza a despejarse, reemplazada por algo más agudo. Propósito, tal vez, o simplemente la certeza profunda de que mañana cambia todo.

Recojo las imágenes de la ecografía, trazando con mi dedo esas ocho razones para dejar de revolcarme en la autocompasión. Mañana, completaré cualquier hueco que ella no haya adivinado ya. Quizás huya, pero Marta tiene razón en que merece elegir.

Me levanto, más estable ahora a pesar del alcohol. La ducha llama, luego la cama, luego la mañana y la conversación que determinará todo.

Mi futuro depende de ocho bebés y una mujer que de alguna manera podría encontrar la gracia para aceptar al monstruo que los engendró. Esta parte está fuera de mi control, lo que odio, pero tengo que aceptarlo.

17

El timbre suena exactamente a las diez de la mañana, y mi mano se queda congelada a medio camino de mi taza de té mientras el sonido corta el silencio de mi apartamento. El escueto mensaje de texto de Valentin anoche —que no vi hasta que me desperté a las 5:30 de la madrugada para ir al baño— prometía que pasaría esta mañana, pero hay algo en el anuncio formal de su llegada a través del timbre que me parece extraño. Abandono mi té templado en la encimera de la cocina y camino hacia la puerta, mirando por la mirilla por costumbre, aunque Anton nunca permitiría que alguien peligroso llegara hasta mi puerta.

Valentin está en el pasillo con peor aspecto del que le he visto nunca. Su apariencia habitualmente impecable muestra signos de una noche sin dormir. La corbata cuelga torcida alrededor de su cuello, la americana está ligeramente descentrada sobre sus anchos hombros, y una oscura sombra de barba incipiente cubre su mandíbula donde claramente se ha saltado el afeitado matutino. El hombre que siempre proyecta fuerza y autoridad parece estar lidiando con decisiones que lo han mantenido despierto desde la ecografía de ayer.

Puedo identificarme con eso.

Abro la puerta y me hago a un lado para dejarlo entrar.

—Tienes un aspecto terrible.

—Gracias por esa valoración —su acento se espesa en los bordes de sus palabras mientras pasa junto a mí hacia la sala de estar, y su habitual paso confiado ha dado paso a algo más vacilante e inseguro.

Cierro la puerta y lo sigo, observando cómo se acomoda en mi sofá sin nada de su típica presencia dominante. La mañana después de descubrir que estoy esperando octillizos, esperaba discusiones sobre atención médica y acuerdos financieros, pero la tensión que irradia sugiere que algo mucho más serio pesa en su mente.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Café? ¿Agua? —ofrezco desde la entrada, sin saber si sentarme a su lado o mantener la distancia.

—No —pasa los dedos por su pelo negro, alterando aún más su disposición habitualmente perfecta—. Necesitamos hablar de lo que ocurrió ayer, y no me refiero solo a los resultados del embarazo.

Me muevo hacia el sillón frente a él, metiendo las piernas debajo de mí mientras mi mano instintivamente encuentra mi abdomen aún plano, donde ocho vidas imposibles continúan su desarrollo.

—Los octillizos ya son suficiente impacto sin complicaciones adicionales, pero algo me dice que eso es exactamente lo que estás a punto de compartir.

—Siempre ves demasiado —el fantasma de una sonrisa cruza sus facciones antes de desaparecer de nuevo—. Lo de ayer lo cambió todo, Blaire, pero no solo por el número de bebés. Hay aspectos de mi vida, aspectos peligrosos que te he ocultado, y eso termina ahora.

Mi estómago se revuelve con una combinación de náuseas matutinas y creciente temor.

—Estás siendo deliberadamente vago, lo que significa que lo que estás a punto de contarme es peor de lo que estoy imaginando.

—Probablemente —se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, y me mira directamente por primera vez desde que entró—. Sabes que no soy solo un promotor inmobiliario.

—Lo sospeché cuando me asignaste un guardaespaldas y me trasladaste a una fortaleza disfrazada de apartamento —señalo alrededor del espacio con sus ventanas reforzadas y sistema de seguridad de última generación—. Los empresarios normales no viven así.

—No, no lo hacen —respira hondo, y veo cómo su pecho sube y baja mientras se prepara para la confesión que está por venir—. Soy *Bratva*, Blaire. Dirijo las operaciones de la familia Morozov en Miami, lo que significa que controlo territorios, superviso el tráfico de armas y gestiono servicios de protección mediante métodos que horrorizarían a la mayoría de la gente.

La confirmación de mis sospechas causa menos impacto del que probablemente espera.

—Ya había descubierto la conexión con la mafia rusa, Valentin... bueno, lo había sospechado fuertemente. La forma en que tus hombres se mueven con precisión militar, la deferencia que te muestran, y la violencia que a veces aflora en tus ojos, todo apuntaba a algo más que negocios legítimos.

—¿Lo sabías? —la sorpresa colorea su voz.

—Lo sospechaba. Hay una diferencia —me recuesto en mi silla, estudiando su rostro mientras sombras de alivio y preocupación batallan en sus facciones—. Pero no has venido aquí solo para confirmar lo que ya había adivinado.

—No —la palabra emerge cargada de temor—. Esto trata sobre Vanya.

La mención de su hermano gemelo distanciado me estremece porque cada referencia anterior ha estado acompañada por un dolor tan profundo que ni siquiera este hombre pudo ocultarlo

completamente. Incluso sus recuerdos felices con su hermano están manchados por las acciones de su padre.

—Me contaste antes sobre Katya, sobre cómo tu padre ordenó su muerte cuando Vanya se encariñó demasiado.

—No te lo conté todo —su voz baja hasta apenas un susurro, y sus hombros se encorvan hacia adelante como si soportaran un peso físico—. Katya no era solo la novia de Vanya. Estaba embarazada de su hijo cuando mi padre ordenó matarla.

La revelación me hace estremecer, y acuno inconscientemente mi propio vientre.

—¿Estaba esperando un hijo suyo?

—De tres meses. Planeaban escaparse juntos, huir de la vida que mi padre había planeado para Vanya —sus manos se cierran en puños sobre sus rodillas mientras continúa—. De alguna manera, mi padre descubrió sus planes. Lo vio como la traición definitiva, su hijo de repuesto eligiendo el amor sobre la lealtad y creando un linaje fuera de su control con la hija de una de las prostitutas que trabajaba en uno de los clubes de mi padre. No le habría importado si Katya también se hubiera convertido en prostituta y se hubiera mantenido en su lugar, pero se negó a permitir que manchara nuestro linaje o alejara a su segundo hijo favorito —añade la última parte con amarga tristeza y sin rastro de satisfacción por ser el favorito.

—Así que ordenó matarla —apenas puedo pronunciar estas palabras, y mucho menos imaginar a alguien haciendo algo así a una chica embarazada, de solo diecisiete años como Vanya.

—Ordenó el asesinato personalmente y dijo a sus hombres que se aseguraran de que Vanya supiera que él lo había hecho —la mandíbula de Valentin se tensa con cada palabra—. Me enteré del embarazo solo después de su muerte, cuando Vanya me enfrentó en el funeral de nuestro padre. Nuestro padre fue asesinado días después de la muerte de Katya.

Intuyo adónde se dirige, pero todavía estoy centrada en Katya y su embarazo.

—¿No sabías lo del bebé?

—Te juro que no. Si lo hubiera sabido... —se interrumpe, aparentemente perdido en posibilidades que murieron hace trece años—. Vanya me lo contó todo mientras velábamos el cuerpo de mi padre. Ya había matado a nuestro padre en represalia la semana anterior, haciendo parecer que los colombianos eran los responsables, pero quería que yo supiera la verdad y me lo contó todo esa noche.

Me esfuerzo por procesar esta cascada de revelaciones mientras mis náuseas matutinas se intensifican con el estrés.

—Te culpó por no impedirlo. Lo dijiste antes.

Asiente.

—Tenía todo el derecho a culparme. Yo sabía de la orden de asesinato y me quedé callado porque era joven, estúpido y desesperado por la aprobación de mi padre —su voz se vuelve dura con auto-recriminación—. Elegí la lealtad familiar por encima de la felicidad de mi hermano, y le costó todo. Perdió a la mujer que amaba y al hijo que crearon juntos. Mi hermano siente profundamente. Ama de por vida... y odia de por vida.

El paralelo con nuestra situación me golpea con una claridad enfermiza.

—Y ahora estoy esperando ocho de tus hijos mientras él no tiene ninguno.

—Ahora lo entiendes —se levanta del sofá y empieza a caminar por mi sala como un depredador enjaulado—. Para Vanya, esto no se trata solo de sucesión o territorio. Tú representas todo lo que él perdió, multiplicado por ocho.

—¿Pero cómo se ha enterado del embarazo? —mi voz se eleva con creciente alarma.

—Hubo una filtración en la clínica —deja de caminar para mirarme directamente—. Anoche, Kuzma encontró la fuente. Un trabajador de mantenimiento llamado Matvei Sidorov colocó dispositivos de grabación en la sala de examen del Dr. Petrov por orden de Vanya.

—¿Dispositivos de grabación? —la violación de la privacidad me produce escalofríos—. ¿Lo oyó todo? ¿Los latidos, la discusión sobre múltiples... incluso la implantación? —hago una mueca de disgusto.

—Todo —la expresión de Valentin se oscurece aún más—. Tu nombre completo, esta dirección, tu calendario de citas y la confirmación de ocho embriones. Vanya lo sabe todo.

Me pongo de pie bruscamente, necesitando moverme para procesar el peligro que nos rodea.

—Así que tu hermano vengativo, que asesinó a tu padre y te culpa por la muerte de su novia, sabe que estoy esperando ocho de tus herederos, ¿y tiene mi dirección?

—Por eso no puedes quedarte aquí ni una noche más —viene hacia mí en tres zancadas rápidas, tomando mis manos entre las suyas—. Mi mansión tiene seguridad absoluta. Allí estarás a salvo.

—¿Qué pasó con Matvei? —pregunto, aunque su expresión me dice que quizás no quiera saber la respuesta.

—Ya no es una preocupación —la rotunda finalidad en su tono confirma lo que sospechaba—. A estas alturas, mis hombres habrán acabado con él permanentemente.

—¿Y el Dr. Petrov?

—Está bajo investigación. Si sabía sobre la brecha de seguridad y no la reportó... —no termina la amenaza, pero entiendo la implicación con suficiente claridad—. Hasta ahora, parece estar limpio, así que continuaremos cautelosamente tu atención con él para minimizar la

atención mediática y mantener la discreción. Mis hombres ya han estado en su clínica y lo han registrado todo. Solo encontraron los micrófonos en las rejillas de ventilación, como se esperaba.

Libero mis manos y camino hacia la ventana, mirando la mañana de Miami mientras intento procesar cómo mi vida se ha transformado completamente. Hace tres meses, mi mayor preocupación era pagar el alquiler de mi apartamento anterior, y ahora estoy esperando octillizos de un jefe de la *Bratva* cuyo hermano gemelo me quiere muerta como venganza indirecta por una tragedia ocurrida hace trece años.

La respuesta lógica sería huir, hacer las maletas y desaparecer en un programa de protección de testigos o simplemente esfumarme a otro estado, o incluso a otro país, donde el apellido Morozov no tenga peso. La elección inteligente sería interrumpir el embarazo mientras aún es lo suficientemente temprano, y cortar todos los lazos con este mundo de violencia y vendetta en el que nunca pedí entrar, y olvidarme del contrato que me lo prohíbe.

Pero mientras mis manos se mueven protectoramente hacia mi abdomen aún plano, recuerdo esos ocho latidos en la pantalla de ultrasonido, cada uno una pequeña vida que depende de mis decisiones. El instinto maternal que ha ido creciendo más fuerte con cada semana que pasa surge a través de mí ahora, feroz e innegable. Estos bebés no pidieron ser concebidos en este caos, pero están aquí ahora, y necesitan protección.

Me vuelvo para enfrentar a Valentin, encontrándolo observándome con una expresión de miedo que está tratando de ocultar detrás de su habitual fachada de tenerlo todo controlado. Espera que huya. Está preparado para el rechazo, para el abandono y para la elección lógica que cualquier mujer cuerda haría.

La comprensión de que Vanya vendrá a por mí para herir a Valentin debería hacerme huir, incluso si la oscura profesión de Valentin no lo hace, pero mientras miro a este hombre peligroso que de alguna

manera ha logrado traspasar mis defensas, tomo una decisión que me sorprende incluso a mí misma.

—Dime qué tenemos que hacer —digo finalmente, mi voz emergiendo más firme de lo que me siento—, para mantenerlos a salvo. A los ocho.

El alivio que inunda su expresión es tan profundo que casi me hace llorar. Todo su cuerpo parece desplomarse con él, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde que cruzó mi puerta.

—¿No te vas?

—¿A dónde iría? Estoy llevando ocho objetivos para un hombre que ha alimentado su odio durante trece años. Al menos contigo tenemos recursos y protección.

—Blaire... —comienza a acercarse a mí, pero levanto una mano para detenerlo.

—No estoy diciendo que esto no sea aterrador. Lo es. Pero esos latidos que vimos ayer pertenecen a nuestros hijos, y no voy a abandonarlos solo porque su historia familiar sea complicada.

—Complicada —se ríe, pero no es amargo. Está subrayado con un rastro de asombro—. Esa es una forma de describirlo.

—Necesitaremos discutir todo: protocolos de seguridad, atención médica y lo que esto significa a largo plazo, pero ahora mismo, necesito saber el plan inmediato.

Asiente, visiblemente volviendo al papel de estratega.

—Te mudarás a mi mansión hoy. Ya he dado instrucciones a mi personal para que prepare el ala este para ti, con una suite médica completa y seguridad reforzada en todo el recinto.

—Espera, ¿hoy? —interrumpo—. ¿Quieres que empaque toda mi vida y me mude contigo hoy?

—Cada hora que pasas aquí aumenta el riesgo. Vanya conoce esta dirección, y aunque Anton proporciona buena seguridad, ya no es suficiente.

Estudio su rostro, viendo el miedo genuino detrás de sus ojos, pero también probando algo importante.

—Entiendo la urgencia, pero necesito tiempo para procesar esto y hacer las maletas adecuadamente. Estaré lista mañana por la tarde.

Su mandíbula se tensa, y veo que está luchando contra el impulso de insistir en una reubicación inmediata.

—Blaire, el peligro...

—Será el mismo mañana que hoy. No estoy siendo obstinada por capricho, Valentin. Necesito una noche más para asimilar todo lo que me has contado y hacer las maletas con calma en lugar de meter las cosas en una bolsa mientras entro en pánico. No quiero que extraños empaquen mis cosas otra vez —cruzo los brazos, manteniéndome firme—. ¿Puedes darme eso?

La lucha interna se refleja en sus facciones: el jefe de la *Bratva* que da órdenes y espera obediencia inmediata luchando contra el hombre que está aprendiendo a respetar mi autonomía. Finalmente, sus hombros se relajan ligeramente.

—Mañana por la tarde —dice, aunque cada palabra parece costarle —. Pero aumentaré la seguridad aquí inmediatamente. Dos hombres más además de Anton, y alguien estará vigilando el perímetro del edificio en todo momento.

El hecho de que ceda a mi cronograma, incluso cuando cada instinto debe estar gritándole que me meta en su SUV ahora mismo, me dice más sobre sus sentimientos que cualquier declaración.

—Gracias.

—Te lo estás tomando extraordinariamente bien —dice, acercándose pero sin llegar a tocarme.

—Por dentro, estoy gritando —admito con una risa temblorosa—, pero el pánico no ayudará a nadie, y menos a estos ocho —pongo mi mano en mi estómago de nuevo—. Necesitan padres que puedan trabajar juntos, que puedan comunicarse y comprometerse.

—Padres —la palabra parece tomarlo por sorpresa—. ¿Es eso lo que somos ahora?

—¿Cómo lo llamarías tú? Eres su padre, yo soy su madre, y aparentemente, vamos a criarlos juntos mientras esquivamos los intentos de asesinato de tu hermano. No sé dónde nos deja eso legalmente con el contrato, pero...

Entonces sí me toca, su mano cubriendo la mía donde descansa sobre mi abdomen.

—Nunca imaginé esto. Nada de esto.

—¿Los octillizos o las amenazas de muerte?

—Tú —dice simplemente—. Quedándote. Eligiéndonos a pesar de todo lo que acabo de contarte.

—Quizás estoy loca —murmuro, apoyándome en su calor a pesar de mí misma—. O quizás reconozco algo en ti por lo que vale la pena luchar.

—Los diez —dice.

—Los diez —repito, y de alguna manera el número imposible se siente menos como una carga y más como un grito de batalla.

Me besa suavemente en la frente antes de apartarse.

—Haré que Anton coordine con la seguridad adicional. Empaca lo que quieras traer. Siempre podemos recuperar más cosas después o simplemente reemplazarlas.

—¿Valentin? —lo llamo mientras se dirige a la puerta—. No más secretos después de esto. Si vamos a hacer esto juntos, necesito completa honestidad.

—No más secretos —promete solemnemente—. Ya lo sabes todo.

Después de que se va, me hundo en el sofá y dejo que todo el peso de las revelaciones de la mañana me invada. En el lapso de una hora, he confirmado que el padre de mis ocho hijos no nacidos es un jefe del crimen ruso, he aprendido que su hermano gemelo me quiere muerta como venganza por perder a su novia embarazada hace trece años, y estoy a punto de mudarme a una mansión fortificada que se convertirá tanto en santuario como en prisión.

Mis manos tiemblan mientras alcanzo mi teléfono para comprobar mi saldo bancario, confirmando que el segundo pago se ha registrado. El dinero del acuerdo de gestación subrogada que una vez pareció la salvación ahora parece casi insignificante comparado con los recursos que necesitaré para proteger a ocho niños en este peligroso nuevo mundo. Mañana por la tarde, dejaré este apartamento y la ilusión de una vida normal atrás.

He tomado la única elección posible. Estas ocho vidas merecen su oportunidad, incluso si esa oportunidad viene envuelta en guardaespaldas y cristales antibalas. Y su padre, con todos sus aspectos peligrosos, me ha mostrado vislumbres del hombre debajo del jefe de la *Bratva*: alguien capaz de amor, remordimiento y sacrificio. Necesita amor como nadie que haya conocido jamás, pero no voy a ciegas. Puede que nunca cambie lo que es, pero puedo alcanzar al hombre enterrado debajo de todo eso. Estoy convencida de ello después de nuestro tiempo juntos.

Mañana, todo cambia, pero esta noche, empacaré con cuidado y me despediré de la vida simple que una vez conocí, preparándome para convertirme en alguien que nunca imaginé: la compañera de Valentin Morozov y la madre de ocho milagros que crecerán en un mundo donde el amor y el peligro se entrelazan como las hebras de ADN en una doble hélice.

La prueba de su voluntad de respetar mi cronograma, por pequeña que pueda parecer en el contexto de amenazas de muerte y política mafiosa, me da esperanza. Si puede ceder en esto, quizás podamos

construir algo juntos que trascienda la violencia que nos rodea. Quizás estos ocho corazones latiendo dentro de mí tendrán más que solo protección. Tal vez tendrán padres que se eligen mutuamente, una y otra vez, contra todo pronóstico.

18

La mañana después de confesárselo todo a Blaire, estoy sentado en mi escritorio fingiendo revisar los protocolos de seguridad mientras en realidad cuento las horas hasta que Anton la traiga a la finca esta tarde. Tamborileo con los dedos sobre la superficie de caoba mientras reviso mi teléfono por décima vez en otros tantos minutos, confirmando la última actualización de Anton de que Blaire está segura en su apartamento, haciendo las maletas como prometió.

El recuerdo de ella manteniéndose firme ayer, exigiendo tiempo para procesar mis revelaciones, me llena de admiración y ansiedad a partes iguales. Cada instinto me grita que anule su petición y la traiga aquí inmediatamente, pero la confianza que se está construyendo entre nosotros es demasiado frágil para destrozarla con órdenes autoritarias.

Mi concentración se rompe por completo cuando Kuzma entra sin llamar, una violación del protocolo que inmediatamente pone todos mis nervios en alerta. En trece años de servicio, nunca ha entrado en mi despacho privado sin permiso a menos que se enfrentara a una emergencia grave.

Sin hablar, cruza la habitación con pasos decididos y coloca un pequeño paquete sobre la pulida caoba entre nosotros. El envoltorio

de papel marrón parece inofensivo excepto por un detalle crucial que hace que mi estómago se contraiga con temor. No hay sellos, marcas de envío ni ninguna otra indicación de cómo llegó al corazón de mi espacio más seguro.

—Esto estaba en tu despacho privado cuando llegué esta mañana —dice Kuzma, con la voz tensa por las implicaciones que ninguno de los dos quiere expresar—. El equipo nocturno jura que nadie entró. Las grabaciones de seguridad no muestran nada: ni huecos, ni distorsiones, ni evidencia de manipulación.

Mi sangre se enfría al reconocer lo que esto significa. Alguien ha eludido cada capa de seguridad para colocar este paquete en mi santuario interior, la única habitación que debería ser absolutamente impenetrable. Múltiples sistemas redundantes protegen este espacio, incluyendo cerraduras biométricas, sensores de presión, cámaras infrarrojas y guardias armados que morirían antes de permitir un acceso no autorizado. Solo alguien con un conocimiento íntimo de mis operaciones y una habilidad extraordinaria podría lograr tal hazaña.

O alguien llevando mi rostro, fingiendo ser yo. El pensamiento es escalofriante, pero no sería la primera vez que Vanya me suplanta a lo largo de los años.

Me pongo guantes de látex del cajón de mi escritorio antes de tocar el paquete, aunque ambos sabemos que si alguien me quisiera muerto, esto ya habría terminado. El papel marrón se rompe fácilmente bajo mis dedos, revelando una pequeña caja de palisandro que me hace detenerme por un segundo. Incluso antes de abrirla, sé lo que hay dentro. La propia caja me lo dice. Es la misma que nuestro padre usaba para guardar sus posesiones más preciadas, la que estaba sobre su escritorio la noche que murió.

El reloj de bolsillo antiguo yace anidado en terciopelo envejecido, su caja dorada abollada y descolorida por el tiempo, su cristal agrietado con un patrón que recuerdo demasiado bien. Las manecillas permanecen congeladas a las ocho y once minutos, no un daño

aleatorio, ni siquiera cuando mató a Padre, sino un simbolismo deliberado que me golpea como un golpe físico. Ocho minutos. La diferencia de tiempo entre el nacimiento de Vanya y el mío, y el lapso arbitrario que determinó qué gemelo heredaría todo mientras el otro no recibía nada.

—*Bozhe moy* —susurra Kuzma, reconociendo el reloj inmediatamente del retrato colgado en el pasillo, ya que nunca conoció a mi padre en persona. Se muestra prominentemente en una leontina en el retrato, ya que era una posesión preciada, transmitida a lo largo de cuatro generaciones—. El de tu padre...

—*Da*. —Levanto el reloj con dedos cuidadosos, sintiendo el peso de trece años en mi palma. Desapareció la noche de su muerte, y inicialmente asumimos que los asesinos colombianos se lo llevaron como trofeo. Ahora sé que este reloj estaba presionado contra el pecho de nuestro padre cuando Vanya clavó el cuchillo con el escudo del cártel grabado en el mango de madera, rompiendo el cristal en la lucha. Debe haberlo tomado como un trofeo retorcido incluso entonces. La sangre se ha secado hace tiempo en manchas de color marrón oxidado en los intrincados grabados. Lo conservó pero nunca intentó limpiarlo.

Lo preservó como una reliquia sagrada y esperó trece años para devolverlo como un mensaje que no necesita traducción. *Acabarás como Padre. Por fin me has dado una oportunidad para destruir todo lo que estás construyendo.*

Le doy la vuelta al reloj, revelando el escudo de la familia Morozov grabado en la parte posterior, un águila bicéfala agarrando espadas cruzadas con sus garras. Nuestro bisabuelo encargó esta pieza, llevándola durante su ascenso de matón callejero de Moscú a la realeza de la *Bratva*. Una vez este símbolo representó la unidad y la fuerza, el águila de dos cabezas mostrando cómo la familia podía mirar tanto hacia adelante como hacia atrás para protegerse contra todas las amenazas. Ahora, se burla de mí con su imagen de

dualidad, de dos cabezas compartiendo un solo cuerpo, destinadas a despedazarse mutuamente.

—Revisadlo todo —ordeno, mi voz emerge con una calma mortal que desmiente la furia que crece en mi pecho—. Cada vehículo, cada habitación y cada pieza de tecnología en este complejo. Quiero saber cómo llegó esto aquí, pero sospecho que fingió ser yo. Comprobad las paredes en busca de nuevos dispositivos de escucha, los ordenadores en busca de malware y los vehículos en busca de dispositivos de rastreo o explosivos.

—Ya he comenzado —confirma Kuzma—. Tengo equipos revisando las grabaciones de seguridad fotograma a fotograma, comprobando cualquier anomalía que podríamos haber pasado por alto. La unidad cibernética está analizando nuestra infraestructura digital en busca de brechas. Pero... —se detiene porque ambos conocemos la verdad. Si Vanya pudo colocar esto aquí sin ser detectado, podría haber plantado cualquier cosa: bombas, dispositivos de escucha o armas biológicas. La santidad de mi fortaleza ha sido destrozada tan seguramente como el cristal de este reloj. ¿Cómo puedo protegerla de un hombre que se parece lo suficiente a mí como para engañar a mis hombres y mis medidas de seguridad?

—¿Qué hay del apartamento de Blaire? —El pensamiento me invade de terror—. Si puede violar nuestra seguridad aquí...

—Anton informa que no ha habido incidentes. Ya he enviado dos hombres adicionales como refuerzo hasta que llegue esta tarde. Están en posición ahora, uno en el tejado al otro lado de la calle, otro en una furgoneta sin identificación en la salida trasera del edificio.

Coloco el reloj en mi escritorio, su cara rota captando la luz de la mañana y lanzando arcoíris fracturados a través de la madera pulida.

—Quiere que sepa que está cerca. Quiere que tenga miedo, incertidumbre y que mire por encima del hombro a cada sombra.

—¿Está funcionando?

La pregunta le valdría a cualquier otro una bala, pero Kuzma me ha servido demasiado tiempo y demasiado bien para tales reacciones. Me ha visto en mi peor momento, ha ayudado a enterrar cuerpos y construir imperios, y ha estado a mi lado a través de guerras territoriales e intentos de asesinato. Se ha ganado el derecho a la honestidad.

—El miedo es solo otra arma que manejar —digo, aunque las palabras saben a mentiras. La verdad es que tengo miedo, no por mí, sino por Blaire y los bebés que lleva. Por primera vez en mi vida adulta, tengo algo que perder que importa más que el poder o el territorio. La realización es a la vez liberadora y aterradora—. Duplica la seguridad sobre Blaire inmediatamente. Quiero ojos sobre ella cada segundo hasta que esté detrás de nuestras paredes.

—Eso podría asustarla. Dijiste que pidió tiempo...

—No me importa si la asusta. —Las palabras salen más duras de lo previsto, pero no las suavizo—. Vanya sabe dónde vive y sabe que es vulnerable. Esto —señalo el reloj— es él anunciando que la caza ha comenzado. Ha terminado de esconderse en las sombras. Esto es una declaración de guerra.

Asiente y saca su teléfono seguro para dar órdenes. Mientras coordina el aumento de la vigilancia, hablando en rápido ruso con los líderes de equipo por toda la ciudad, estudio el reloj con más cuidado. El daño cuenta una historia escrita en metal y sangre, pero hay algo más que hace que mi pulso se acelere. Acuñado debajo de la cara de cristal, veo una fina tira de papel sobresaliendo. Uso pinzas de precisión de mi cajón del escritorio para extraerlo, y el papel es tan fino que es casi translúcido. Mis manos permanecen firmes a pesar de la rabia que crece en mi pecho mientras despliego el mensaje con creciente temor.

Escrito con la caligrafía distintiva de Vanya, la misma cuidadosa escritura cirílica que nos enseñó nuestra niñera, hay palabras que

convierten mi sangre en hielo:

Nueve corazones por dos. Tus hijos por los míos. Tu mujer por Katya. La sangre exige sangre, y la deuda ha vencido.

Las palabras se vuelven borrosas mientras la rabia inunda mi sistema, el rojo deslizándose por los bordes de mi visión. Vanya no solo está amenazando a Blaire. Está declarando la guerra a mis hijos no nacidos, haciéndolos a todos responsables por Katya y el bebé que murió con ella. El paralelismo me enferma. Nueve vidas para pagar por dos. Mi familia destruida para equilibrar su pérdida. Es la aritmética de la venganza, tan fría y carente de emoción como cualquier transacción comercial.

—¿Señor? —Kuzma ha terminado sus llamadas y me observa con preocupación, probablemente reconociendo los signos de mi furia latente.

Le entrego la nota sin hablar. Su rostro se endurece mientras lee, entendiendo inmediatamente lo que esto significa. Ya no es una disputa territorial o un desafío de sucesión. Es extinción, una línea de sangre destinada a terminar para que otra pueda reclamar la supremacía. Es el tipo de guerra total que nuestros antepasados habrían entendido, asegurando la aniquilación completa de la línea de un enemigo.

Las líneas se difuminan cuando compartimos la misma herencia, pero él no está pensando en esto lógicamente. ¿Cómo podría?

—Necesitamos mover a Blaire ahora —dice—. Hoy. Esta mañana. Puedo tener un equipo táctico completo en su apartamento en veinte minutos.

—Pidió tiempo hasta esta tarde. —Las palabras son difíciles de pronunciar pero necesarias, cada una un compromiso que apenas puedo permitirme.

—Con respeto, señor, su cronograma ya no importa. Si Vanya pudo acercarse tanto a ti, en tu propio despacho...

—Lo sé. —Golpeo la palma sobre el escritorio, haciendo que el reloj salte y se deslice por la superficie—. Pero no puedo. Por fin está confiando en mí y eligiendo quedarse a pesar de todo. Si anulo su petición ahora, la arrastro aquí contra su voluntad como algún señor de la guerra medieval reclamando su premio...

—Mejor enfadada que muerta.

La lógica brutal me detiene en seco. Tiene razón, por supuesto. La autonomía de Blaire no significa nada si Vanya la alcanza primero. Sin embargo, algo en mí se rebela contra tratarla como una carga que mover a voluntad, incluso para su propia protección. Ya no es solo una gestante. Es la mujer por la que he llegado a preocuparme, la madre de mis hijos y alguien cuya confianza quiero desesperadamente ganar.

—Un compromiso —decido después de un largo momento—. Dile a Anton que sugiera adelantar el cronograma. Haz que parezca idea suya. Enfatiza los beneficios de seguridad, las instalaciones médicas aquí y la comodidad de tener todo listo. Lo que sea que la persuada, pero no la fuerces.

Kuzma parece escéptico pero asiente.

—¿Y si se niega?

—Entonces respetaremos su elección hasta esta tarde como prometido. Mientras tanto, quiero cobertura invisible en su edificio. Francotiradores en los tejados adyacentes, coches sin distintivos en cada salida y nuestra gente en cada cafetería y tienda de conveniencia en un radio de tres manzanas. Si Vanya hace un movimiento...

—Estaremos listos.

—Asegúrate de que así sea. Porque si algo le sucede a ella o a esos bebés... —No termino la amenaza. Kuzma ha trabajado para mí el tiempo suficiente para saber lo que significa el fracaso en nuestro

mundo. Me ha visto ejecutar hombres por fallos mucho menores que perder a la mujer que lleva mi legado.

Después de que se marcha para implementar medidas de seguridad mejoradas, vuelvo mi atención al reloj roto. Hace trece años, este reloj marcó los momentos finales de nuestro padre, junto con el fin de una era de violencia y el comienzo de otra. Lo curioso es que siempre he simpatizado con Vanya, incluso cuando fui tras él después de la revelación. Entendí por qué hizo lo que hizo, incluso cuando lo odiaba por ello.

Ahora, el reloj anuncia un nuevo capítulo en nuestra sangrienta saga familiar, uno donde vidas inocentes penden del equilibrio de una vendetta que precede a su existencia.

Abro la caja fuerte de la pared oculta detrás de un panel falso. Un retrato de mi abuelo se desliza a un lado para revelar seguridad de última generación. Dentro, pilas de dinero en varias divisas alinean los estantes junto con pasaportes falsos, armas imposibles de rastrear y discos duros encriptados que contienen suficiente material de chantaje para derribar a la mitad de la élite de Miami. Las herramientas de supervivencia en mi mundo, cuidadosamente acumuladas durante años de preparación paranoica.

El reloj se une a estos artículos, pero no como un recuerdo. Es evidencia ahora, prueba de la proximidad e intenciones de Vanya. Cuando esto termine, y *terminará*, quiero recordar exactamente por qué las medidas extremas fueron necesarias. Por qué tuve que convertirme en el monstruo que nuestro padre siempre quiso que fuera.

El sol de la mañana asciende más alto mientras doy órdenes y reviso posiciones defensivas, coordinándome con soldados por toda la ciudad, pero mis pensamientos siguen volviendo a Blaire. Ahora mismo, probablemente está en su dormitorio, doblando cuidadosamente ropa en maletas, sin saber que la muerte se ha acercado lo suficiente como para dejar tarjetas de visita en mis lugares más seguros. El embarazo que comenzó como un acuerdo

comercial ha evolucionado en algo por lo que vale la pena matar o morir.

Cierro la caja fuerte y giro el candado de combinación, sellando el recordatorio físico de la amenaza de Vanya, pero el mensaje mismo arde en mi mente con claridad cristalina: *La sangre exige sangre.*

—No la suya —prometo al despacho vacío, mi voz llevando el peso de una convicción absoluta—. Nunca la suya.

Alcanzo mi teléfono para comprobar el progreso de Anton una vez más, contando los minutos hasta que la mujer que lleva mi futuro esté segura dentro de estas paredes. El reloj puede haber violado mi seguridad, pero también reveló la mano de Vanya. Quiere que sepa que viene, quiere que tenga miedo y sea reactivo.

Está a punto de aprender que amenazar lo que es mío es el último error que cometerá. El jefe de la *Bratva* que recuerda de hace trece años era peligroso. El padre que protege a su familia es algo completamente distinto, algo que incluso nuestro brutal padre habría temido.

Miro el retrato familiar colgado junto a la caja fuerte, mostrando a mi padre flanqueado por sus hijos gemelos a los dieciséis años, solo un año antes de que todo se fuera al infierno, y solo semanas antes de que Vanya conociera a Katya cuando Padre insistió en llevarnos a un burdel por primera vez. Katya no trabajaba allí, pero estaba allí para ver a su madre, estableciendo los fatídicos acontecimientos que se han desarrollado desde entonces. Irónicamente, Padre hizo posible que Vanya conociera a Katya, pero dudo que alguna vez asumiera responsabilidad por eso.

Nos parecemos tanto que es difícil distinguirnos, pero incluso entonces, las semillas de la destrucción estaban plantadas. La mano de Padre descansa sobre mi hombro mientras Vanya está ligeramente apartado, ya siendo empujado a los márgenes. El escudo del águila en la pared detrás de nosotros parece burlarse de

nuestra unidad con sus dos cabezas tirando en direcciones opuestas. Mirarlo me llena de profunda tristeza.

—Termina con nosotros —le digo al retrato—. Este ciclo de hermano contra hermano. Mis hijos no conocerán este odio.

La promesa se siente pesada pero necesaria. Lo que sea que pase con Vanya, como sea que esto se desarrolle, esos ocho bebés crecerán como hermanos, no rivales. Conocerán el amor, no la competencia. Unidad, no división.

Mi teléfono vibra y muestra otra actualización de Anton: "Saliendo pronto. ETA 90 minutos."

Noventa minutos hasta que esté segura. Noventa minutos hasta que pueda respirar de nuevo. Noventa minutos hasta que la siguiente fase de esta guerra pueda comenzar con todas mis piezas debidamente posicionadas.

Me sirvo un vodka pero no lo bebo, solo sostengo el vaso de cristal contra la luz, mirando el líquido refractar como la cara del reloj roto. Pronto Blaire estará aquí, y tendré que explicarle sobre el reloj, sobre la amenaza escalada, sobre por qué su cronograma tuvo que adelantarse a pesar de mi promesa. Estará enfadada, probablemente, pero viva. Segura. Protegida.

Y una vez que esté instalada, una vez que esos ocho preciosos corazones estén latiendo con seguridad detrás de mis muros, dirigiré mi atención a terminar esto permanentemente. ¿Vanya quiere sangre? La tendrá, pero no será la sangre de inocentes.

Será la suya propia.

19

El sol de la tarde se filtra oblicuamente por las ventanas de mi apartamento en Coral Gables mientras doblo otro jersey en una maleta abierta, todavía intentando asimilar cómo mi vida ha cambiado por completo en veinticuatro horas. Desde descubrir que el padre de mis ocho hijos nonatos es un jefe de la *Bratva* hasta enterarme de que su hermano gemelo me quiere muerta como venganza indirecta por una tragedia ocurrida hace trece años... estas revelaciones deberían haberme hecho salir corriendo. En cambio, estoy empaquetando cuidadosamente mis cosas para mudarme a la mansión fortificada de Valentin, aceptando una peligrosa nueva realidad con una sorprendente calma.

Viktor y Anton se mueven por mi apartamento, catalogando meticulosamente los objetos para transportarlos mientras mantienen una vigilancia constante. Sus movimientos delatan su formación militar bajo la ropa de civil por la forma en que comprueban las esquinas antes de entrar en las habitaciones, cómo se posicionan para mantener la visibilidad de todas las salidas, y la sutil comunicación mediante gestos en lugar de palabras. Estos hombres no solo me están ayudando a mudarme, sino que están ejecutando una operación de seguridad disfrazada de mudanza mundana.

Viktor envuelve en plástico de burbujas las tazas de cristal que heredé de mi abuela y que nunca uso —pero que aun así desembalé en este armario prestado cuando llegué— con la misma precisión que probablemente usa para desmontar armas. El contraste entre su cuidadoso manejo del cristal barato, cuyo valor es principalmente sentimental, y la pistola apenas oculta bajo su chaqueta, me parece absurdamente simbólico de esta nueva vida donde la violencia y la domesticidad se entrelazan de formas que nunca imaginé cuando accedí por primera vez a llevar el hijo de Valentin.

—Los libros pueden ir en estas cajas —dice Anton—. El señor Morozov dijo que trajeras todo lo que quieras. La mansión tiene mucho espacio.

Mucho espacio. El eufemismo del año. Lo recuerdo de mi cena allí. La mansión de estilo mediterráneo podría tragarse una docena de apartamentos como el mío. Probablemente cincuenta de mi antiguo cuchitril. La idea de deambular por todo ese espacio me marea ligeramente, aunque supongo que ocho bebés lo llenarán bastante pronto. Mi mano se desliza inconscientemente hacia mi abdomen, aún demasiado pronto para mostrar cambios significativos pero ya transformando mi cuerpo de maneras sutiles.

—¿Esta ropa? —Viktor sostiene varias perchas de mi armario, y veo que intenta no juzgar las prendas obviamente baratas.

—Todo viene conmigo —las palabras salen con más firmeza de la que siento. Esta ropa puede parecer fuera de lugar en el mundo de Valentin, pero es mía y son recordatorios de quién era antes de que la mafia rusa, hermanos rivales y octillizos se convirtieran en mi realidad.

Mientras doblo una camiseta gastada que ha servido como pijama durante años, me sorprende mi propia aceptación de esta situación. Estoy haciendo las maletas para irme a vivir con un jefe criminal mientras su hermano planea mi muerte, y de alguna manera, parece la única opción lógica. Quizás el instinto maternal anula el sentido

común, o quizás la inesperada vulnerabilidad de Valentin ayer rompió defensas que no sabía que había construido.

—Llevaré esto al vehículo —dice Anton, levantando dos cajas con facilidad—. Viktor se quedará contigo.

El protocolo de seguridad es evidente. Nunca me dejan sin vigilancia, ni siquiera durante el tiempo que lleva cargar las cajas. Esta es mi vida ahora, llena de vigilancia constante, protección perpetua y libertad intercambiada por seguridad. El contrato de gestación subrogada nunca mencionó esta cláusula en particular.

Mientras Anton desaparece con su carga, termino de empacar mi cómoda y me queda espacio de sobra en la maleta, así que intento decidir qué merece un lugar en esta nueva vida. Al pasar al salón, coloco la foto de Cary encima de mi jersey más suave. Mis pocos libros siguen, luego la manta afgana que mi madre hizo antes de que todo se derrumbara, que descansa sobre el respaldo del sofá. Estos fragmentos de mi pasado parecen casi pintorescos contra el telón de fondo de mi presente, pero los empaqueto de todos modos, necesitando su familiar consuelo en un mundo cada vez más desconocido.

Un movimiento en mi visión periférica llama mi atención hacia la puerta cuando un sobre blanco aparece por debajo, deslizándose lentamente a través del umbral. Mi ritmo cardíaco se acelera mientras cruzo la habitación, algún instinto primitivo ya me advierte del peligro incluso antes de tocar el papel.

—¿Qué es eso? —Viktor ha notado mi repentina inmovilidad, su mano moviéndose automáticamente hacia su arma oculta.

—Probablemente solo un aviso de la administración del edificio sobre la inspección de salida.

Se relaja ligeramente pero mantiene su posición vigilante mientras recojo el sobre. Mis dedos tiemblan ligeramente al abrirlo, aunque mantengo mi espalda hacia Viktor para ocultar cualquier reacción

visible. Dentro, una sola hoja de papel de carta caro lleva un mensaje mecanografiado en letras negras y contundentes:

NO LLEGARÁS A LA FECHA DE PARTO.

Las palabras se difuminan por un momento mientras la sangre zumba en mis oídos. No aparece ninguna firma en la página, pero la fuente es inconfundible dadas las revelaciones de ayer. Vanya me ha encontrado. La naturaleza clínica de la amenaza me estremece más que cualquier diatriba emocional. Esto es terrorismo, y está diseñado para desestabilizar a través de su propia impersonalidad.

Mi primer reflejo es mostrárselo a Viktor, dar la alarma y dejar que la maquinaria de seguridad de Valentin entre en acción, pero algo me detiene. Ayer vi la tensión en las facciones de Valentin por el estrés de intentar protegerme a mí y a nuestros hijos nonatos mientras gestionaba un imperio criminal y una guerra fraternal. Añadir otra carga me parece egoísta cuando ya está reestructurando toda su vida en torno a nuestra seguridad.

En su lugar, doblo cuidadosamente la nota y la meto en el bolsillo de mi chaqueta, el papel parece cortar la rígida tela. Viktor no se ha dado cuenta del intercambio, su atención está centrada en las ventanas y la puerta más que en mi pequeño engaño. No se lo estoy ocultando a Valentin tanto como eligiendo el mejor momento para decírselo.

—¿Va todo bien? —la pregunta de Viktor me saca de mis pensamientos en espiral.

—Sí. Solo recordé algo que necesito empacar —me obligo a moverme con normalidad, volviendo a mi maleta como si la amenaza de muerte en mi bolsillo no estuviera haciendo temblar mis manos.

Acepta la explicación sin cuestionar, aunque examina el pasillo más allá de mi puerta con renovada sospecha. Continúo retirando objetos personales de la sala de estar mecánicamente mientras la preocupación resuena en mi interior. Él sabe dónde estoy, lo que

significa que ningún lugar es realmente seguro hasta que termine este conflicto. La seguridad de la mansión podría retrasarlo, pero un hombre que puede colocar objetos en la oficina privada de Valentin y enviar amenazas de muerte a mi puerta no será detenido solo por muros.

Anton regresa, recogiendo más cajas mientras intercambia miradas codificadas con Viktor que probablemente comunican más que conversaciones enteras. Finjo no notar su mayor vigilancia, centrándome en cambio en empaquetar los artículos del baño: vitaminas prenatales que ahora parecen lamentablemente inadecuadas para ocho bebés, medicamentos contra las náuseas de potencia industrial que apenas controlan las náuseas matutinas, y artículos de tocador básicos que se verán desgastados en lo que imagino son baños revestidos de mármol.

—El señor Morozov ha llamado —dice Anton, comprobando su teléfono—. Confirma la llegada para las 14:00 como se acordó.

Miro mi reloj y veo que apenas me queda una hora en este apartamento que representaba la independencia tan recientemente. Ahora se siente expuesto y vulnerable, con demasiadas ventanas y no suficiente acero entre yo y lo que Vanya podría estar planeando. La nota en mi bolsillo parece pulsar con energía malévola, un secreto que se vuelve más pesado con cada minuto que pasa.

—Casi estoy lista —la mentira sale más fácil la segunda vez. En realidad, podría irme ahora mismo, abandonar los objetos restantes y huir a la seguridad de la mansión de Valentin, pero algo obstinado en mí insiste en terminar correctamente y mantener la ilusión de control incluso cuando las amenazas de muerte se deslizan bajo mi puerta.

Toco mi estómago donde ocho corazones laten en ignorante felicidad, sin saber que su tío ya los ha marcado para la muerte. La feroz protección que surge a través de mí me sorprende por su intensidad. Estos bebés no eligieron a su padre o su herencia, no pidieron nacer en un mundo donde los hermanos matan a los

hermanos, y el amor se convierte en munición, pero están aquí ahora, creciendo dentro de mí, y dependiendo de mis elecciones para su supervivencia.

—¿Lista? —Anton está junto a la puerta con la última caja, Viktor a su lado con mi maleta.

Echo un último vistazo al apartamento que se suponía sería mi nuevo comienzo. Las paredes desnudas y las habitaciones vacías parecen una metáfora de dejar atrás mi antigua vida, necesario pero teñido de pérdida. Lo que sea que me esté convirtiendo en el mundo de Valentin, y quien necesite ser para proteger estas ocho vidas, comienza ahora.

—Lista —les sigo fuera. El viaje a la mansión de Valentin transcurre en tenso silencio. Me siento junto a Anton mientras Viktor conduce el SUV blindado, viendo cómo las calles familiares de Miami dan paso a barrios cada vez más exclusivos. La nota parece hacerse más pesada con cada kilómetro, mi engaño pesa sobre mí incluso cuando lo justifico como protección a Valentin de estrés adicional hasta que esté segura de que está lo suficientemente tranquilo para escucharlo.

Cuando finalmente giramos a través de las enormes puertas de la finca, la presión en mi pecho se alivia ligeramente. Cualesquiera que sean los peligros que acechan más allá de estos muros, dentro tendré tiempo para pensar, planificar y decidir cuándo y cómo revelar la amenaza de Vanya. La visión de Valentin esperando en la escalinata de entrada, su poderosa figura como una estatua de hormigón, me envía una ola de alivio.

—Bienvenida a casa —dice mientras salgo del vehículo, y las palabras parecen más significativas de lo que sugiere su simple significado.

Casa. Ya no solo suya, sino de él, mía y de las ocho pequeñas vidas que hemos creado juntos. Mientras toma mi mano para conducirme al interior, la nota en mi bolsillo permanece en los márgenes de mi

conciencia. Vanya piensa que soy débil y un objetivo fácil de eliminar. Está a punto de aprender que amenazar a los hijos de una madre —incluso a los no nacidos— despierta algo mucho más peligroso que cualquier soldado de la *Bratva*.

Aprieto la mano de Valentin y le sigo a través de las enormes puertas principales, dejando atrás mi antigua vida mientras cargo con la prueba de la guerra que ya ha comenzado. La fecha de parto que mencionó Vanya se siente a la vez distante y aterradoramente cercana, pero aparto el pensamiento. Tenemos tiempo, recursos y nos tenemos el uno al otro.

Y tenemos ocho razones para ganar esta guerra, sin importar el coste.

—¿Todo ha ido bien? —pregunta Valentin mientras entramos en el vestíbulo, escaneando mi rostro con la intensidad de alguien que ha aprendido a leer el peligro en los más pequeños detalles.

—Perfectamente —digo, orgullosa de lo firme que permanece mi voz. Odio mentir, pero la verdad sería peor ahora mismo—. Viktor y Anton han sido muy eficientes.

—Bien —parece relajarse ligeramente, aunque su mano permanece protectoramente en la parte baja de mi espalda mientras me guía más adentro de la casa—. He preparado el ala este para ti. Tiene la mejor luz de la mañana y conecta directamente con la suite médica que hemos instalado.

Le dejo mostrarme habitaciones que se difuminan juntas en su lujo, mi mente todavía en la nota escondida en mi bolsillo. Más tarde, cuando llegue el momento adecuado, le contaré sobre la amenaza de Vanya, pero por ahora, necesito parecer tranquila y compuesta, como la compañera que necesita en lugar de otro problema que resolver.

—Es precioso —digo cuando hace una pausa para mi reacción ante lo que debe ser la suite principal—. Todo.

—Es tuyo —dice suavemente—. Nuestro. Lo que necesites para sentirte cómoda...

—Tengo lo que necesito —las palabras me sorprenden con su verdad. A pesar del peligro, me siento más segura aquí con él que desde que Cary murió.

Mientras Valentin continúa el recorrido, señalando características de seguridad disfrazadas de detalles arquitectónicos, la nota quema en mi bolsillo, pero he sobrevivido a la pobreza y a la pérdida. Sobreviviré a esto también. Después de todo, ya no soy solo Blaire Elliott. Soy la mujer que lleva el futuro del linaje Morozov, y eso me hace más peligrosa de lo que Vanya se da cuenta.

¿Piensa que no llegaré a la fecha de parto? Se equivoca. Llegaré allí y más allá, rodeada de ocho hijos, que nunca conocerán el odio que envenenó la generación de su padre.

Eso no es una esperanza. Es una promesa, y tengo la intención de cumplirla.

20

—Las plantas de tomate necesitan más sol —dice Blaire, echando bayas frescas sobre su yogur al otro lado de la mesa del desayuno—. Estoy pensando en trasladarlas a la esquina sur del huerto.

Bajo mi taza de café, observando cómo la luz de la mañana a través de las ventanas del comedor destaca los reflejos en su cabello. —La esquina sur tiene mal drenaje. Se pudrirán después de la primera lluvia fuerte.

Ella levanta la mirada, con un destello de sorpresa en su rostro. —¿Cómo lo sabes?

—Lo sé todo sobre esta propiedad. —Alcanzo una tostada, manteniendo un tono casual a pesar de lo atentamente que la estoy estudiando—. El jardinero presenta informes detallados sobre el suelo y el drenaje trimestralmente.

—Por supuesto que lo hace. —Sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos—. No permita Dios que algo en tu propiedad rinda por debajo de su eficiencia óptima.

Durante la última semana desde que se mudó, estas conversaciones matutinas se han convertido en lo más destacado de mi día. He

reorganizado reuniones de seguridad y retrasado llamadas de negocios para preservar este tiempo juntos, observándola relajarse gradualmente en la vida en la finca a pesar de las circunstancias que la trajeron aquí.

—La esquina este tiene mejor exposición al sol y un drenaje adecuado. Puedo hacer que modifiquen el suelo si es necesario.

—Puedo encargarme de ello. —Se tensa ligeramente, volviendo a su postura ahora familiar de cautela—. No necesito que el jardinero tome el control de mi pequeño proyecto.

—No era una orden, Blaire. Solo una sugerencia. —Mantengo mi voz deliberadamente suave, reconociendo el patrón que se ha desarrollado durante los últimos siete días: momentos de conexión genuina seguidos de repentinos retrocesos cada vez que le ofrezco demasiada ayuda o hago demasiadas preguntas.

Suspira, dejando su cuchara. —Lo sé. Lo siento. Todavía me estoy adaptando a todo esto. —Su gesto abarca el opulento comedor con su lámpara de cristal y el personal uniformado que se mantiene discretamente cerca de las puertas.

—¿A vivir aquí? ¿O a vivir conmigo? —La pregunta surge de manera más directa de lo que pretendía.

Me mira brevemente antes de desviar la mirada. —A ambas cosas. A todo. Guardias armados observándome mientras hago jardinería no es exactamente lo que imaginaba cuando me inscribí para ser madre de alquiler.

—Los guardias son necesarios hasta que...

—Hasta que Vanya deje de ser una amenaza. Lo sé. —Coge su vaso de zumo, girándolo lentamente entre sus dedos—. ¿Ha habido algún indicio de él?

La pregunta parece de algún modo cargada, como si estuviera comprobando lo que sé en lugar de buscar información. Estudio su

rostro, notando la ligera tensión alrededor de su boca y la cuidadosa neutralidad en su expresión.

—Nada concreto —digo, observando su reacción—. Algún movimiento cerca del muro sur anoche, pero las cámaras no captaron nada definitivo.

Su mano se detiene momentáneamente en la rotación del vaso, una microexpresión de alarma rápidamente suprimida. —¿Animales, quizás?

—Quizás. —Doy otro sorbo a mi café, manteniendo el contacto visual por encima del borde—. ¿Hay algo que crees que debería saber, Blaire?

—¿Sobre Vanya? —Niega con la cabeza demasiado rápido—. ¿Cómo iba a saber yo algo?

—No necesariamente sobre Vanya. Sobre cualquier cosa que te preocupe. —Dejo mi taza deliberadamente—. Has parecido... preocupada desde que te mudaste.

—Estoy llevando octillizos mientras vivo en una fortaleza con un jefe de la *Bratva*. "Preocupada" parece un estado mental razonable. —Su intento de humor cae en saco roto, socavado por la tensión en sus hombros.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? —Mantengo un tono conversacional a pesar de la creciente certeza de que está ocultando algo importante—. Incluso si crees que me molestará o complicará las cosas.

Mira hacia su plato. —Lo sé.

La respuesta es ambigua, ni una confirmación ni una negación, y reconozco la estrategia de desvío. Durante siete días, he esperado pacientemente, dándole espacio para adaptarse, para generar confianza y para que acuda a mí voluntariamente con lo que sea que está ocultando. Durante siete días, la he visto mantener

cuidadosamente esta barrera invisible entre nosotros a pesar de vivir bajo el mismo techo.

—La seguridad existe para protegerte a ti y a nuestros hijos —le recuerdo suavemente—, pero solo funciona si tenemos información completa.

—Entiendo eso. —Me mira con una sorprendente franqueza—. Agradezco todo lo que estás haciendo. De verdad.

La sinceridad en su voz crea una mezcla conflictiva de calidez y sospecha. Ella quiere decir lo que dice, realmente aprecia la protección, pero algo permanece no dicho entre nosotros, flotando como una sombra en los bordes de nuestra creciente conexión.

Un discreto golpe en la puerta interrumpe antes de que pueda presionar más. Kuzma está en la entrada, su expresión profesionalmente impasible a pesar de la intrusión en nuestro tiempo privado.

—Señor, el informe de seguridad está programado para las ocho en punto.

Consulto mi reloj, notando con cierta sorpresa que nuestro desayuno se ha extendido mucho más allá de su horario habitual. —Estaré allí en diez minutos.

Blaire aprovecha la interrupción para levantarse, recogiendo su servilleta. —De todos modos debería prepararme para la jardinería. Las hierbas no se plantarán solas.

—¿Trabajarás en la terraza este hoy? —pregunto, también levantándome.

—Sí, probablemente toda la mañana. El nuevo romero necesita ser trasplantado, y quiero empezar a preparar los canteros para las verduras de verano.

Asiento, observando cómo su mano se mueve inconscientemente hacia su vientre ligeramente redondeado mientras habla. Ese gesto

protector nunca deja de desencadenar algo primitivo y posesivo dentro de mí. —Pasaré a verte más tarde, si las reuniones lo permiten —digo, resistiendo el impulso de tocarla y tener contacto físico aunque solo sea por un momento.

—Me gustaría eso. —Su sonrisa ahora parece genuina, aunque su expresión sigue siendo cautelosa. Se detiene en la puerta, mirando hacia atrás—. ¿Valentin?

—¿Sí?

—Gracias por darme espacio para adaptarme y no presionar demasiado.

Las palabras me impactan tanto como gratitud y como advertencia: aprecio por mi paciencia, pero también una petición de mantener esa cuidadosa distancia. Inclino la cabeza en reconocimiento, viéndola desaparecer por el pasillo hacia su suite, preguntándome qué se necesitará para que finalmente confíe en mí con lo que sea que está ocultando.

Diez minutos después, entro en mi oficina para encontrar a Kuzma esperando con los informes de seguridad de la mañana. Su postura militar nunca se relaja, incluso en estos entornos familiares. La carpeta en sus manos contiene la información rutinaria que mantiene mi posición y protege lo que es mío, pero por primera vez en mi carrera, estoy impaciente con estas reuniones necesarias.

—El informe nocturno está arriba —dice, entregándome la carpeta sin preámbulos.

Examino los documentos rápidamente, observando actualizaciones de vigilancia, evaluaciones de personal e inteligencia sobre organizaciones rivales. —Cuéntame sobre el movimiento en el muro sur.

Kuzma muestra imágenes en su tableta, mostrando granuladas imágenes nocturnas de sombras moviéndose cerca del límite de la propiedad. —Tres incidentes separados entre medianoche y las

cuatro de la madrugada. Cada uno duró menos de veinte segundos y fueron demasiado breves para que los sensores de movimiento activaran los protocolos secundarios.

—El patrón sugiere una prueba de nuestras capacidades de vigilancia. —Reconozco la metodología de mi propio entrenamiento.

—Sí, y hay algo más. —Kuzma duda, lo que inmediatamente capta mi atención. Él nunca duda—. Marta informó haber visto ayer a alguien en los terrenos que se parecía a usted cerca de la entrada de servicio cuando se confirmó que usted estaba en su oficina.

Mi sangre se enfría ante la implicación. —Vanya.

—Posiblemente. La figura desapareció antes de que la seguridad pudiera investigar, y las cámaras no captaron una imagen clara. —Desliza a otra pantalla—. Marta solo lo mencionó esta mañana, pensando que podría haberse equivocado.

—Mi hermano siempre fue paciente con el reconocimiento. —Devuelvo la tableta, ya analizando contramedidas—. Implementa verificación por huella palmar para todas las áreas restringidas inmediatamente, y protocolos de reconocimiento de voz para el personal de mando. Además, informa a todos que si me ven en un lugar inesperado, verifiquen mi identidad contigo o con Nikolai o llamen a mi número directo antes de acercarse.

—Ya está en marcha. —Kuzma hace una nota en su tableta—. También he duplicado la guardia para la señorita Elliott sin hacérselo obvio. Dos hombres visibles, dos ocultos en todo momento.

Asiento, agradecido de que entienda el delicado equilibrio requerido. —¿Qué más?

—Hemos identificado a tres conocidos asociados de Vanya en Miami. —Muestra fotografías de hombres que reconozco vagamente de informes de inteligencia—. Se les ha visto en ubicaciones estratégicas: el hospital donde la señorita Elliott daría a luz, rutas

entre aquí y sus citas médicas, e incluso la tienda especializada donde pedimos sus suplementos prenatales.

Las implicaciones envían una fría rabia a través de mis venas. —Está planeando contingencias y múltiples vectores de ataque.

—Esa también es mi evaluación. —Me muestra un mapa con puntos rojos marcando los avistamientos—. Está siendo cuidadoso, usando intermediarios en lugar de mostrarse directamente, pero el patrón es claro.

—¿Y el Dr. Petrov? ¿Algún contacto entre él y estos hombres?

—Nada confirmado aún. Tenemos vigilancia en su clínica y residencia, pero parece mantener rutinas normales. En este punto, parece que Matvei era el único espía, pero...

—Nunca se sabe. —Asiento—. Continúa la vigilancia sobre el médico en los niveles actuales. Incluso si está limpio, quiero que lo vigilen hasta que Blaire deje de ser su paciente. Su acceso a la información médica de Blaire lo convierte en un potencial punto débil en nuestra seguridad.

—Sí, señor. —Hace un asentimiento respetuoso y se marcha segundos después.

Minutos después de que Kuzma se vaya, el intercomunicador suena con un recordatorio de Marina: —Señor, su llamada con el capitán del puerto de Miami es en cinco minutos.

—Muy bien. —Espero a que transfieran la llamada y la concluyo rápidamente, ya que es solo una verificación rutinaria.

Veinte minutos más tarde, tras concluir los asuntos más urgentes, veo un pequeño paquete pulcramente colocado en el centro de mi escritorio. El sobre es plano y está envuelto en papel marrón crujiente sin marcas, solo un discreto sello de aduanas y la dirección de remite en relieve del Conservatorio Botánico Alpino en Suiza.

Sé exactamente lo que es.

Hace tres días, después de que Blaire mencionara querer ampliar el jardín de hierbas que había comenzado en la terraza este, hice una llamada. No a un vivero local (esos no servirían), sino a un proveedor especializado en cultivos de semillas antiguas, el tipo de semillas que necesitan mimo, no solo riego. El tipo que perdura.

Cojo el abrecartas y corto el envoltorio. En el interior, sobres de lino están metidos juntos con meticuloso cuidado, cada uno etiquetado en pequeña caligrafía, identificando salvia alpina, lavanda blanca, melisa dorada, menta silvestre y una resistente flor estelar utilizada en tés del viejo mundo. Son raras, lentas para brotar y obstinadas en el clima equivocado, pero crecerán aquí con el cuidado adecuado. Con su cuidado.

Paso el pulgar por los nombres escritos a mano, imaginando sus manos en la tierra y la tranquila concentración que aporta a la plantación incluso bajo la sombra de amenazas de muerte y política de la *Bratva*. Ella nunca pidió nada de esto, y sin embargo se está adaptando como si hubiera nacido para ello.

Nadie más sabe que estas han llegado. No se lo dije al personal porque esto no es para exhibir. Deslizo el paquete en el bolsillo interior de mi chaqueta. Se las llevaré yo mismo. El camino hacia la suite de Blaire en el ala este me lleva más allá de guardias que asienten respetuosamente, sus ojos cuidadosamente neutros a pesar de lo que deben ser especulaciones privadas sobre mi relación con la madre de mis hijos. En su puerta, golpeo y espero una respuesta que no llega. Lo intento de nuevo, luego pruebo la manilla, encontrándola sin llave.

La puerta se abre para revelar una suite vacía, con la luz del sol entrando a raudales por ventanales que dan a los jardines donde probablemente esté. Entro, con la intención de dejar los paquetes de semillas en su mesita de noche para que los descubra más tarde. Su suite huele como ella, ese aroma simple y limpio que se está volviendo tan familiar para mí como la pólvora o el vodka. La cama está perfectamente hecha, pero toques personales han transformado

la anteriormente impersonal suite de invitados, incluidos libros apilados en la mesita de noche, un chal colgado sobre una silla y un par de bailarinas tiradas junto al armario.

Coloco el paquete de semillas cuidadosamente envuelto sobre su escritorio, y entonces noto su chaqueta colgada en una silla solo cuando la tiro con el codo. Maldiciendo suavemente, me agacho para recogerla, notando que es la misma que llevaba cuando se mudó la semana pasada y no ha usado desde entonces debido al calor de Miami. Me detengo en el proceso de colgarla de nuevo en la silla cuando noto una esquina blanca sobresaliendo del bolsillo, el papel pareciendo caro y formal en lugar de casual.

Actuando por instinto más que por pensamiento consciente, meto la mano en el bolsillo, siempre alerta a la información potencial. Años de paranoia en mi profesión me han enseñado a no dejar nada sin investigar, especialmente con el reciente mensaje de Vanya todavía fresco en mi mente.

Cierro los dedos alrededor de un papel doblado y lo saco, esperando quizás un recibo o una hoja de instrucciones de la clínica. En su lugar, letras negras mecanografiadas entregan un mensaje inequívoco:

NO LLEGARÁS A LA FECHA DE PARTO.

Leo las palabras dos veces, la sangre convirtiéndose en hielo en mis venas antes de volver caliente con furia. Esta no es una amenaza vaga sino una promesa específica de muerte dirigida a Blaire y nuestros hijos por nacer. La tipografía dura e impersonal habla de cálculo más que de emoción, que es el tipo más peligroso de amenaza.

La fecha en el mensaje hace que mi mano se cierre involuntariamente, arrugando el caro papel. Esto fue entregado el día que Blaire se mudó a la finca, hace una semana. Ha tenido esta amenaza de muerte directa de Vanya durante siete días y no ha dicho nada.

La comprensión de que ocultó esta información crucial hace que me duela el pecho. Vanya ya ha hecho contacto directo con Blaire, evadiendo la seguridad para entregar una amenaza de muerte a la madre de mis hijos, y ella eligió ocultármelo. Mientras yo he estado implementando medidas de seguridad, realizando verificaciones de antecedentes y reforzando perímetros, ella ha estado guardando conocimiento que podría ayudarnos a identificar la brecha.

Peor aún, su silencio potencialmente ha expuesto tanto a ella como a nuestros hijos a un riesgo mortal. La frágil confianza que se desarrollaba entre nosotros se hace añicos bajo el peso de este engaño. ¿Cómo puedo proteger lo que es mío si se retiene información crucial?

Y Blaire —llevando a mis ocho hijos, viviendo bajo mi protección— me pertenece absolutamente ahora, lo acepte o no. Que ocultara algo tan significativo atenta tanto contra mi posición profesional como jefe de la *Bratva* como contra la confianza personal que le he estado extendiendo.

La traición y el miedo colisionan en una ira blanca y ardiente mientras aplasto la nota en mi puño. He matado hombres por mucho menos que amenazar lo que me pertenece. He destruido socios comerciales por traiciones menores que ocultar información vital de seguridad.

Los paquetes de semillas quedan olvidados en el escritorio mientras una preocupación más primaria anula mi gesto planeado. Con la amenaza arrugada aún apretada en mi mano, salgo furioso de la habitación, mi control cuidadosamente mantenido fracturándose bajo la presión combinada de la amenaza explícita de Vanya y el peligroso secreto de Blaire.

—¿Dónde está la señorita Elliott? —pregunto al primer guardia que encuentro en el pasillo.

—En el jardín de la terraza este, señor —dice sin vacilar—. Fue allí después del desayuno.

Camino a zancadas por la casa con un propósito mortífero, cada paso alimentado por una combinación de rabia y miedo que quema como ácido. Los sirvientes se dispersan ante mi aproximación, reconociendo la peligrosa energía que irradia de mí. Esta no es la violencia habitual de una ejecución de negocios sino algo personal, primario y mucho más aterrador para quienes me conocen.

A través de las puertas francesas que conducen a la terraza este, la veo inmediatamente, arrodillada en la tierra, con un sombrero de ala ancha protegiéndola del sol de la mañana, y guantes de algodón cubiertos de tierra mientras cuida su creciente colección de hierbas. La dulzura de su comportamiento general choca violentamente con la amenaza de muerte ardiendo en mi puño cerrado.

Los guardias posicionados a intervalos alrededor de la terraza se ponen rígidos cuando me acerco, percibiendo el peligroso cambio en la atmósfera. Uno hace un movimiento sutil para advertir a Blaire de mi aproximación, y ella se gira, su expresión inicialmente iluminándose al verme antes de fallar cuando registra mi comportamiento.

—¿Valentin? —Se levanta lentamente, una mano moviéndose instintivamente para proteger su vientre creciente—. ¿Qué ocurre?

Despliego mi puño blanquecido, empujando la nota arrugada hacia ella mientras escupo mis palabras. —Explica esto.

21

Valentin tiene el brazo extendido con un papel arrugado en la palma. Es la amenaza de muerte que recibí y oculté hace una semana. Mi estómago se vacía al percibir la fría rabia que emana de él. Me quito la tierra de los guantes para ganar unos segundos preciosos y recomponerme. Los guardias se han puesto en posición de alerta, con las manos sobrevolando sus armas ocultas al notar la tensión que chisporrotea entre nosotros.

—¿Dónde encontraste eso? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—En el bolsillo de tu chaqueta. —Su acento se espesa notablemente con la emoción, la pronunciación americana cuidadosamente pulida dando paso a un retumbante acento ruso—. La chaqueta que no has usado desde que te mudaste.

Tomo aire profundamente, mirando la amenaza en lugar de su rostro. —Iba a contártelo.

—¿Cuándo? —La única palabra corta como el hielo—. ¿Después de que Vanya actuara? ¿Después de que te convirtieras en otra víctima en una guerra que apenas comprendes?

—Cuando parecieras menos abrumado por todo. —Finalmente encuentro su mirada, manteniéndome firme a pesar de la intimidación de su poderosa figura que irradia furia—. Ya estabas lidiando con tantas cosas... el embarazo, las brechas de seguridad... Todo. No quería añadir más carga.

La discusión estalla con intensidad volcánica, pero no de la manera que esperaba. Valentin no grita. En cambio, su ira se manifiesta en acusaciones frías y precisas que hieren más profundamente que cualquier discusión a gritos. Recorre la terraza como un depredador enjaulado, sus movimientos rígidos resultan de alguna manera más aterradores que los gestos descontrolados.

—Has comprometido los protocolos de seguridad que existen para mantenerte con vida. —Hace un gesto con la amenaza arrugada—. Esta nota podría darnos una pista.

—No pensé que...

—Exacto. No pensaste. —Me interrumpe, sus ojos azules glaciales—. Tomaste una decisión unilateral sobre información que nos afecta a todos: a ti, a mí, a nuestros hijos y a cada persona que trabaja en seguridad en esta propiedad.

No lo había considerado desde esa perspectiva, cómo ocultar la amenaza podría poner en peligro a otros más allá de mí misma. La comprensión me inunda de culpa, pero mantengo la compostura, negándome a desmoronarme bajo su mirada ardiente.

—Esto no es un juego —continúa, su acento haciéndose más espeso con cada palabra—. Esto es Vanya declarando sus intenciones directamente. No me ocultas algo así. Nunca.

—Intentaba protegerte —digo, las palabras sonando huecas incluso para mis propios oídos.

Valentin se detiene en medio de su paseo, girándose para mirarme con una expresión entre la incredulidad y el asombro. —¿Protegerme?

—Ya estabas cargando con tanto. No quería añadir otra preocupación. —Cruzo los brazos sobre el pecho, aún con los guantes puestos—. Iba a contártelo cuando parecieras menos... estresado.

La ironía de mis palabras nos golpea a ambos simultáneamente: lo absurdo de que yo, una mujer corriente sin conexión con el mundo criminal hasta hace semanas, intentara proteger a un jefe de la *Bratva* que ha sobrevivido a intentos de asesinato y guerras territoriales. El concepto es tan ridículo que momentáneamente desinfla la ira de Valentin, y la confusión reemplaza a la furia en su expresión.

—¿Te preocupaban mis niveles de estrés? —Dice las palabras lentamente, como intentando dar sentido a un concepto alienígena.

—Sí. —Levanto ligeramente la barbilla—. ¿Es tan difícil de creer?

—Nadie se preocupa por mis niveles de estrés, Blaire. —Un atisbo de desconcierto entra en su voz—. La gente me teme, me respeta y me obedece, pero no se preocupa por mi bienestar mental.

—Bueno, quizás deberían —digo, envalentonada por el ligero cambio en su comportamiento—. Tú también eres humano, aunque finjas estar hecho de acero.

Uno de los guardias tose discretamente, claramente incómodo por presenciar una conversación tan personal. Valentin los despide con un gesto brusco, enviándolos al perímetro de la terraza, donde pueden mantener contacto visual sin escuchar.

Su enfoque se suaviza visiblemente una vez que tenemos relativa privacidad, sus anchos hombros bajando mientras acorta la distancia entre nosotros. —Llevo trece años dirigiendo un imperio criminal mientras vigilo el cuchillo de mi hermano en la oscuridad. El estrés es mi estado natural de existencia.

—Eso no significa que sea saludable —digo, manteniéndome firme —. Los libros sobre embarazo dicen que es importante que los

futuros padres también gestionen sus niveles de estrés. Sé lo duro que ha sido esto para ti, y no quería empeorarlo. No quería ser un problema más que tuvieras que resolver. —Mi voz se quiebra con la confesión.

—Así que en vez de eso lo llevaste sola. —Sostiene la amenaza, su voz suavizándose a pesar de la seriedad de sus palabras—. ¿Entiendes lo que podría haber pasado si Vanya hubiera seguido adelante mientras yo operaba con información incompleta?

—Ahora lo entiendo —digo, el peso completo de mi error finalmente asentándose sobre mis hombros. Para mí todavía parece solo palabras en una página, pero quizás hay detalles en los que ni siquiera pensaría mirar que podrían haber dado ventaja a su equipo —. No estaba pensando en protocolos de seguridad o en cronogramas de información. Estaba pensando en ti como persona, no como un sistema de seguridad.

Algo cambia en su expresión con mis palabras: un ablandamiento alrededor de sus ojos que sugiere que he dicho algo significativo sin darme cuenta. Da otro paso más cerca, lo suficientemente cerca ahora para que pueda oler su caro perfume mezclado con el leve aroma a café del desayuno de esta mañana.

—Como persona —repite en voz baja, como probando el concepto—. No mucha gente me ve así ya.

—Yo sí. —La admisión sale fácilmente a pesar de la tensión entre nosotros—. Para mí ya no eres solo un jefe de la *Bratva* o un proveedor de seguridad. Ya no.

Alcanza mis manos, aparentemente sin preocuparse por la tierra del jardín que aún se adhiere a ellas. Sus grandes dedos envuelven los míos con sorprendente delicadeza. —Nos protegemos mutuamente ahora —dice, su voz áspera con una emoción raramente mostrada tan abiertamente—. Tú, yo y nuestros hijos estamos todos conectados más allá de cualquier contrato que hayamos firmado. Necesito saberlo todo para manteneros a salvo.

La forma en que dice eso, incluyéndonos a todos, me hace parpadear para contener las lágrimas ante el inesperado significado. Esto ya no es un acuerdo de gestación subrogada con límites y expectativas claramente definidos. Se ha convertido en algo que ninguno de nosotros anticipó al firmar esos papeles en el despacho del abogado. —Lo siento —digo, sintiéndolo completamente—. No te ocultaré nada más, sin importar cuánto crea que tienes en tu plato.

—Incluso las cosas pequeñas podrían importar. Una llamada extraña, una entrega inusual, o alguien observándote... cualquier cosa podría ser Vanya probando nuestras defensas.

—Ahora lo entiendo. —Miro nuestras manos unidas, las suyas pálidas contra mis guantes florales manchados de tierra, el contraste de alguna manera simbólico de nuestras diferencias y a la vez de nuestra conexión.

—Bien. —Duda, luego me atrae contra su pecho en un gesto que se siente tanto protector como desesperado—. No puedo protegerte de lo que no sé.

Me apoyo en su abrazo, mi oreja presionada contra su pecho, donde su latido suena fuerte y constante a pesar de la tormenta emocional que acabamos de atravesar. Finalmente reconozco lo que he estado luchando desde la primera noche que pasamos juntos. Me estoy enamorando de Valentin Morozov, jefe de la *Bratva* y padre de mis hijos nonatos.

La comprensión debería aterrorizarme, dado el peligro que nos rodea, la violencia inherente a su mundo y el comienzo poco convencional de nuestra relación. En cambio, me llena de una extraña calma, como si nombrar el sentimiento trajera orden al caos de las últimas semanas.

—¿Qué habrías hecho? —pregunto, mi voz amortiguada contra su camisa—. ¿Si hubieras conocido la amenaza inmediatamente?

—Acelerar los protocolos de seguridad, analizar el método de entrega y revisar las grabaciones de vigilancia de tu edificio durante el periodo en que llegó. Haría que mi equipo analizara el papel y el sobre para ver si alguno de ellos tiene rastros significativos de algo, quizás ambiental, que pudiera decirnos dónde estaba cuando lo escribió. También haría que alguien rastreara el papel en sí si no es común. —Su mano se mueve en círculos lentos en mi espalda mientras habla—. La información es poder, especialmente contra alguien como Vanya, que planifica meticulosamente.

—De verdad iba a contártelo —insisto, retrocediendo lo suficiente para ver su cara—. Solo quería encontrar el momento adecuado.

—No hay momento adecuado para amenazas de muerte. —Un fantasma de sonrisa toca sus labios, su ira visiblemente retrocediendo—. Pero entiendo tus intenciones, aunque fueran equivocadas.

Los guardias mantienen sus posiciones en los bordes de la terraza, expresiones cuidadosamente neutras a pesar de haber presenciado nuestra confrontación. Esto, también, es parte de mi nueva realidad: la falta de verdadera privacidad y la constante vigilancia que nos rodea como un límite invisible.

—¿Va a actuar en consecuencia? —pregunto, una mano enguantada moviéndose inconscientemente a mi estómago donde la ligera redondez se está haciendo más pronunciada cada día—. Con la amenaza, quiero decir.

—Vanya no hace amenazas vacías. —La expresión de Valentin se oscurece de nuevo—. Tampoco actúa sin una preparación minuciosa, así que tenemos tiempo para fortalecer nuestras defensas.

—¿Y luego qué?

—Entonces pongo fin a esto. —La simplicidad de su afirmación es más aterradora que cualquier plan elaborado—. De una forma u otra, este conflicto entre nosotros termina.

Estudio su rostro, viendo la resolución allí junto a algo más vulnerable: miedo, no por sí mismo, sino por lo que podría perder. —No dejaré que haga daño a nuestros bebés —digo con una ferocidad que me sorprende—. Lo que sea necesario.

—Estos ocho niños no pidieron nacer en esta situación —dice, su mano cubriendo la mía donde descansa protectoramente sobre mi estómago—, pero son nuestros, y eliminaré cualquier amenaza para ellos.

—Nuestros —repito, encontrando consuelo en la palabra—. Ya no solo tuyos.

—Nunca fueron solo míos —dice, sorprendiéndome—. Ese fue siempre el defecto en nuestro acuerdo, pensar que la vida puede separarse tan limpiamente en categorías legales. El contrato parece irrelevante ahora —continúa, su mirada sin abandonar la mía.

—Porque lo es. —Me estiro para tocar su rostro, un gesto de conexión que no me habría atrevido a intentar ni siquiera hace días —. Sea lo que sea esto entre nosotros, ya no está definido por documentos legales.

Estamos juntos en el jardín que he estado cultivando, rodeados por guardias armados y el peso de las amenazas de Vanya, y sin embargo me siento más ligera de lo que he estado en semanas. La honestidad entre nosotros ahora, por dolorosa que fuera de conseguir, crea algo más fuerte que antes.

—Ven —dice Valentin después de un largo momento, tomando mi mano—. Deberíamos entrar. Kuzma necesitará saber sobre esta amenaza, analizar el papel y la tipografía.

Asiento, permitiéndole guiarme hacia la casa después de quitarme los guantes de jardinería y dejarlos en el banco. Mientras caminamos, sutilmente posiciona su cuerpo entre mí y cualquier peligro potencial, una protección instintiva que habla volúmenes sobre sus sentimientos a pesar de su reticencia a expresarlos.

Dentro, el aire acondicionado fresco me pone la piel de gallina después del calor del jardín. Me disculpo para lavarme la tierra de las manos que de alguna manera se coló a pesar de los guantes, mientras Valentin convoca a Kuzma para una reunión de seguridad inmediata. Cuando me uno a ellos en el estudio de Valentin minutos después, ya están profundamente en discusión sobre la nota amenazante, examinándola bajo luces brillantes con manos enguantadas.

—El papel es de alta calidad, disponible solo a través de proveedores especializados —dice Kuzma, levantando la mirada cuando entro—. La misma marca que Vanya usó para correspondencia en el pasado.

—¿Podéis rastrear la compra? —pregunto, acomodándome en un sillón de cuero frente a ellos.

Ambos hombres me miran con leve sorpresa, quizás no esperando mi interés en los detalles técnicos. —Posiblemente —dice Kuzma después de un momento—. Desafortunadamente, es caro pero no raro, y Vanya podría entrar en algunas tiendas de alta gama en Miami para comprarlo en efectivo. Incluso podría haber enviado a alguien más a comprarlo por él si asumió que obtendríamos las grabaciones de seguridad de esas tiendas, lo cual haremos.

—Su papel característico fue una elección deliberada —dice Valentin —. Quería que yo supiera que es de él. Comprueba también la tinta, y que el equipo revise todas las grabaciones de vigilancia del antiguo edificio de Blaire durante el día de la entrega.

Observo su enfoque metódico hacia algo que para mí parecía meramente aterrador, apreciando la profesionalidad con la que abordan la amenaza. Este es su mundo: analizar peligros, identificar debilidades e implementar contramedidas. Es un mundo del que ahora formo parte irrevocablemente, no solo por los bebés que llevo sino por mi creciente afecto hacia el hombre que lo gobierna.

—Señorita Elliott —me dice Kuzma directamente, su formalidad habitual sin cambios por las circunstancias—. ¿Notó algo inusual ese

día? ¿Alguien vigilando el edificio, repartidores en la zona, o algo fuera de lo normal?

Pienso en la mañana que llegó la nota, tratando de recordar detalles más allá de mi propia preocupación por hacer las maletas. —El cartero llegó antes de lo habitual. Había una furgoneta de fontanería aparcada al otro lado de la calle durante varias horas, y el perro del vecino no dejaba de ladrar.

Kuzma asiente, tomando notas en su tableta. —Buenas observaciones. Comprobaremos todo esto.

La validación me reconforta inesperadamente. En esta extraña nueva vida, incluso mis observaciones más casuales podrían resultar valiosas y ayudar a mantenernos a todos a salvo de la amenaza que se cierne sobre nosotros.

Mientras continúa la reunión de seguridad, estudio el perfil de Valentin, notando la tensión en sus hombros y la intensidad concentrada en sus ojos mientras trabaja para proteger lo que es suyo. Lo que es nuestro. La distinción se siente monumental, aunque ninguno de nosotros ha articulado completamente lo que significa.

Coloco mi mano sobre mi estómago, sintiendo la ligera curva. Pronto será imposible ocultar la prueba de ocho vidas que ya han transformado todo: el contrato de subrogación, mi relación con Valentin y mi propia existencia. Lo que comenzó como un acuerdo comercial ha evolucionado en algo que ninguno de nosotros podría haber predicho.

Me estoy enamorando de Valentin Morozov, contra toda lógica y autopreservación. Debería estar aterrorizada por esta comprensión, pero en cambio, la acepto con sorprendente calma. He estado sola demasiado tiempo, y no voy a dar la espalda a esta conexión genuina con él a pesar de los peligros. Conozco demasiado bien cómo es perder a alguien que amo como para rendirme ahora.

22

Las emociones intensas de nuestra confrontación en la terraza permanecen entre nosotros mientras cae la noche sobre la finca. Después de la cena, tomada en un silencio inusualmente cómodo en la cocina menos formal en lugar del gran comedor, soy incapaz de concentrarme en los informes de seguridad que Kuzma ha preparado. Mi mente deriva continuamente hacia Blaire, y hacia la determinación obstinada en sus ojos mientras mantenía su posición a pesar de mi enfado, junto con la inesperada revelación de que había estado intentando protegerme. Nadie ha hecho eso desde que tengo memoria. Imagino que mi madre lo habría hecho si hubiera vivido, pero ni siquiera nuestras niñeras pudieron protegernos de mi padre.

—Las mejoras de seguridad para el ala este estarán completadas mañana —dice Kuzma, su voz devolviéndome al presente—. Los nuevos protocolos para verificar su identidad han sido implementados en toda la finca.

Asiento, forzándome a prestar atención a los documentos extendidos sobre mi escritorio. —¿Y el análisis de la nota de amenaza?

—Los resultados preliminares confirman que proviene de la misma fuente que las comunicaciones anteriores de Vanya. El mismo tipo de papel y elementos tipográficos similares. —Kuzma pasa a otra

página de su informe—. Hemos aumentado la vigilancia sobre todos los asociados conocidos y...

Mi atención se desvía de nuevo cuando vislumbro a Blaire pasando por el pasillo a través de la puerta parcialmente abierta. Incluso esta breve visión de ella —con el pelo suelto sobre los hombros, vestida con ropa casual en lugar de la indumentaria de jardín de antes— me provoca una sacudida de conciencia que no tiene nada que ver con los protocolos de seguridad.

—¿Señor? —me insta, notando mi distracción.

—Es suficiente por esta noche. —Tomo la decisión al instante, sorprendiéndonos a ambos. En trece años, nunca he interrumpido una sesión informativa de seguridad—. Continúa con la investigación e informa mañana. Todos los detalles.

Si Kuzma está confundido por mi brusca despedida, no lo demuestra. Los años de servicio le han enseñado cuándo presionar con los asuntos y cuándo retirarse. —Por supuesto, señor. Buenas noches.

Después de que se marcha, me sirvo vodka de la licorera de cristal sobre mi escritorio, pero no lo bebo. En su lugar, contemplo el líquido transparente mientras reflexiono sobre cómo Blaire Elliott ha desmantelado por completo mis defensas cuidadosamente construidas en el transcurso de unos pocos meses.

He construido mi reputación sobre el cálculo despiadado y el desapego emocional, pero ahora me encuentro consumido por la preocupación por una gestante que se suponía que no sería más que una necesidad biológica para mi legado. La mujer que entró en mi vida a través de un contrato clínico se ha convertido de alguna manera en esencial para mi existencia más allá de los hijos que lleva en su vientre.

La idea debería alarmarme. En cambio, crea una extraña calma y la certeza que sigue a una decisión ya tomada, aunque no puedo

precisar exactamente cuándo la tomé.

Un suave golpe interrumpe mis pensamientos. Levanto la mirada para encontrar a Blaire de pie en la entrada de mi estudio, envuelta en una simple bata de seda que se adhiere a sus curvas y resalta el ligero abultamiento de su vientre donde crecen nuestros hijos. Su cabello cae en ondas sueltas alrededor de sus hombros, aún húmedo de una ducha reciente, y su rostro está libre de maquillaje, mostrando la ligera salpicadura de pecas sobre su nariz que me fascinó la primera vez que fuimos íntimos.

—¿Puedo entrar? —pregunta, aunque su presencia en la puerta hace que la pregunta sea en gran medida retórica.

—Por supuesto.

Entra en la habitación y cierra la puerta tras ella con cuidado. El suave clic del pestillo resuena en la atmósfera repentinamente cargada. Algo ha cambiado entre nosotros desde la confrontación de esta tarde, como si se hubieran derribado las últimas barreras que habíamos mantenido a pesar de vivir bajo el mismo techo.

—Quería disculparme de nuevo —dice, pero su tono no concuerda con sus palabras. No hay arrepentimiento en la forma en que se mantiene erguida, ni en la mirada directa que encuentra la mía a través de la habitación.

—Ya te has disculpado. —Permanezco sentado, observándola con una creciente conciencia de cada movimiento sutil, incluyendo el ligero apretón de sus dedos en el cinturón de la bata, y la medida subida y bajada de su pecho con cada respiración.

—Lo sé, pero quería decirlo de nuevo. Adecuadamente. —Cruza la habitación con pasos deliberados—. Sin una audiencia de guardias o jefes de seguridad.

El aire entre nosotros se carga inmediatamente con una intención no expresada. Se detiene ante mi escritorio, lo suficientemente cerca como para que perciba el aroma de su gel de ducha, algo dulce y

limpio que contrasta fuertemente con el entorno masculino de mi estudio.

—Considérala aceptada —digo, más cautivado por su proximidad que por cualquier disculpa que pueda ofrecer.

Se mueve alrededor del escritorio hasta que está directamente al lado de mi silla, mirándome con una expresión que no puedo descifrar por completo. —He estado pensando en lo que dijiste. Sobre cómo estamos conectados ahora, más allá de contratos y acuerdos.

—¿Y? —Giro mi silla para encararla completamente, nuestras rodillas casi tocándose.

—Y estoy de acuerdo. —Alcanza el cinturón de su bata, desatándolo con deliberada lentitud—. Estamos conectados de maneras que ninguno de los dos planeó.

La seda se abre, revelando vislumbres de piel desnuda debajo. No se quita inmediatamente la bata, sino que la deja abierta justo lo suficiente para confirmar que no lleva nada debajo. Mi respiración se entrecorta al comprender su intención. —Blaire...

—No me digas que tú tampoco has estado pensando en ello. —Se acerca más, colocándose entre mis rodillas separadas—. Desde aquella noche en tu oficina. Desde esta tarde en la terraza.

—Pensar es diferente de actuar. —Permanezco quieto con un esfuerzo supremo, aunque cada célula de mi cuerpo me insta a alcanzarla.

—Estoy cansada de pensar. —Toma mis manos para colocarlas en sus caderas, y la seda está cálida bajo mis dedos—. ¿Tú no?

Esta vez, ella inicia el contacto entre nosotros, inclinándose para presionar sus labios contra los míos con un hambre que iguala mi propio deseo reprimido. El beso se profundiza al instante, meses de

tensión y días de miedo cristalizándose en una necesidad desesperada que nos consume a ambos.

Me pongo de pie, manteniendo nuestra conexión mientras nos giro para que ella quede presionada contra el borde de mi escritorio. A diferencia de nuestro primer encuentro, esto no es una pasión frenética nacida de una debilidad momentánea. Es una reclamación, una decisión consciente que tomamos juntos con plena conciencia de su significado.

Se quita la bata, dejándola caer a sus pies. Bajo la tenue luz de mi estudio, su cuerpo desnudo es una revelación, las curvas más llenas que antes, sus pechos más pesados con el embarazo temprano, y el ligero abultamiento de su abdomen un recordatorio visible de las vidas que crecen dentro de ella. Me tomo un momento para simplemente mirarla, grabando cada detalle en mi memoria.

—Me estás mirando fijamente —susurra, un atisbo de vulnerabilidad rompiendo su confianza.

—Porque eres hermosa. —Trazo la curva de su cadera con las yemas de mis dedos, sintiéndola estremecerse ante el ligero contacto—. Más hermosa que la primera vez.

El rubor en sus mejillas se intensifica mientras alcanza los botones de mi camisa. —Tu turno.

Dejo que me desvista, disfrutando del cuidado deliberado que pone en cada botón, cada movimiento revelando más de la conexión que ha crecido entre nosotros. Cuando mi camisa se abre, coloca su palma contra mi pecho, directamente sobre mi corazón, en un gesto tan íntimo que casi me deshace.

—Puedo sentir tu latido —dice con asombro—. Tan fuerte.

—Solo por ti. —La confesión sale más fácil de lo esperado mientras digo palabras que nunca imaginé pronunciar a nadie.

Su sonrisa en respuesta vale cualquier vulnerabilidad que me cueste la confesión. Continúa su exploración, quitándome la camisa de los hombros antes de trazar con sus dedos las cicatrices que mapean mi violenta historia, dejando marcas de una vida de la que ahora ella forma parte irrevocablemente.

La levanto sobre mi escritorio, barriendo papeles e informes al suelo sin consideración por su importancia. Nada importa más que este momento y esta mujer. Sus muslos se separan para acomodarme, y me coloco entre ellos, reclamando su boca nuevamente en un beso que habla volúmenes sobre posesión y necesidad.

Mis manos exploran su cuerpo con hambre reverente, aprendiendo los sutiles cambios que el embarazo ya ha provocado, incluyendo la mayor sensibilidad que la hace jadear cuando acaricio sus pechos, y la curva más llena de sus caderas bajo mis dedos. Bajo mi cabeza para tomar un pezón endurecido en mi boca, arrancándole un gemido bajo que envía calor directamente a mi polla.

—Valentin —dice mi nombre suavemente mientras enhebra sus dedos en mi pelo para mantenerme más cerca.

Trabajo mi camino hacia abajo por su cuerpo, cayendo de rodillas ante ella. La posición, el jefe de la *Bratva* arrodillado ante alguien, sería impensable en cualquier otra circunstancia, pero con Blaire, se siente como adoración en lugar de sumisión.

Ella me observa con ojos muy abiertos mientras presiono besos a lo largo de sus muslos internos, avanzando constantemente hacia su sexo. Cuando finalmente la saboreo, su cabeza cae hacia atrás con un agudo grito de placer. Saboreo su respuesta, usando mi lengua para explorar su clítoris y su abertura para ver si algo ha cambiado. Está más húmeda que la última vez, con un sabor ligeramente diferente, más dulce. Sus muslos tiemblan a ambos lados de mi cabeza mientras centro mi atención en el sensible manojo de nervios que la hace jadear mi nombre.

—Por favor —gime, sus caderas levantándose para encontrarse con mi boca—. Necesito...

Sé lo que necesita. Deslizo un dedo dentro de ella, luego otro, sintiendo su sexo contraerse alrededor de ellos mientras continúo el ritmo constante con mi lengua. Se agarra al borde del escritorio y se retuerce contra mí mientras se acerca al clímax.

Cuando llega al orgasmo, grita mi nombre con abandono. El sonido resuena en el estudio, rebotando en los libros encuadernados en piel y los paneles de madera. Cualquiera que esté cerca lo oirá, pero no me importa. Quiero oírla hacer ese sonido una y otra vez. Continúo hasta que sus temblores se calman y sus manos en mi pelo me instan suavemente a subir.

Me levanto para encontrarla sonrojada y sin aliento, con los ojos pesados por la satisfacción pero aún hambrienta de más. Se sienta y alcanza mi cinturón con una nueva urgencia, sus dedos trabajando la hebilla con determinación.

—Te deseo —dice, su franqueza enviando un nuevo calor a través de mí.

La ayudo con las barreras restantes entre nosotros, quitándome los pantalones y la ropa interior hasta que estoy tan desnudo como ella. Mi polla está dura y lista, ansiando su contacto. Ella me rodea con su mano sin vacilación, acariciando con una confianza que desmiente nuestra limitada historia juntos.

—Recuerdas lo que me gusta —murmuro contra su cuello, inclinándome más cerca antes de dejar un rastro de besos a lo largo de la sensible piel allí.

—Recuerdo todo sobre aquella noche. —Continúa sus enloquecedoras caricias, su pulgar deslizándose sobre la sensible cabeza.

El recordatorio de nuestro primer encuentro casi deshace mi control. Capturo su muñeca, deteniendo sus movimientos antes de que las

cosas terminen demasiado pronto. —Quiero estar dentro de ti cuando me corra.

—Sí —dice, reclinándose en mi escritorio en descarada invitación. Separa sus muslos, mostrando lo húmeda que está, y mi polla salta como si tuviera mente propia, buscándola.

Me posiciono en su entrada, observando su rostro mientras empujo lentamente hacia dentro. La sensación es exquisita mientras el calor húmedo y apretado me envuelve centímetro a centímetro. Sus ojos se ensanchan ligeramente ante la plenitud que la estira, pero no aparta la mirada, manteniendo nuestra conexión mientras nuestros cuerpos se unen.

Cuando estoy completamente dentro de ella, me detengo, saboreando la perfección de nuestra unión. —¿Estás bien? Los bebés...

—Están bien —me asegura, envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura para acercarme más—. El Dr. Petrov dijo que el sexo es seguro durante todo el embarazo.

La mención del médico me recuerda brevemente las preocupaciones de seguridad y las amenazas que nos trajeron a este punto, pero Blaire mueve sus caderas con impaciencia, devolviéndome al momento presente.

—No pienses en nada más —dice, leyendo correctamente mi momentánea distracción—. Solo nosotros. Ahora mismo.

Obedezco, centrándome enteramente en la mujer ante mí mientras comienzo a moverme. El ritmo se construye naturalmente entre nosotros, su cuerpo respondiendo al mío como si hubiéramos sido amantes durante años en lugar de haber compartido solo una noche antes de esta. Se aferra a mis hombros, clavando sus uñas en mi piel mientras empujo más profundamente con cada embestida.

A diferencia de nuestro primer encuentro, esto no es una pasión frenética. Es deliberado y deliciosamente prolongado. Estar dentro

de ella, la conexión trasciende el placer físico, convirtiéndose en algo casi espiritual en su intensidad. Esto no es solo sexo, sino la fusión de nuestros futuros, y el reconocimiento de que lo que comenzó como un acuerdo comercial se ha transformado en algo que ninguno de los dos anticipó pero que ambos ahora abrazamos.

—Mía —digo ásperamente contra su garganta, la palabra posesiva escapándose antes de que pueda censurarla.

En lugar de objeción, ella responde con igual reclamo. —Tuya —dice, sin aliento por el placer—. Y tú eres mío.

La posesión recíproca me golpea con fuerza inesperada pero se siente correcta. He poseído o controlado cosas pero nunca he pertenecido realmente a nadie. No a la familia más allá del deber mutuo, no a la *Bratva*, y ciertamente no a una mujer.

Sin embargo, no puedo negar la verdad de sus palabras. Soy suyo tan seguramente como ella es mía.

Mientras nos movemos juntos en perfecto ritmo, susurro palabras en ruso contra su piel, términos cariñosos y promesas que nunca he dicho a otra persona, juramentos de protección y permanencia que revelan la profundidad de mis sentimientos. Algunos ella no podría entenderlos sin traducción, pero responde como si el significado penetrara más allá del lenguaje.

—*Ya tvoya* —le digo mientras la siento estrecharse a mi alrededor. Soy tuyo, digo en mi cabeza, traduciéndolo para ella aunque aún no puedo obligarme a admitir mis sentimientos tan abiertamente y hacerme tan vulnerable.

—Valentin. —Jadea, sus músculos internos apretándose alrededor de mi polla mientras se acerca a otro clímax—. Estoy cerca...

Cambio mi ángulo para golpear el punto que la hace gritar. —Déjame sentirte. Córrete conmigo.

Su liberación desencadena la mía, el calor pulsante de su sexo contrayéndose arrastrándome al borde hacia un placer cegador. Cuando alcanzamos el clímax juntos, entierro mi polla profundamente dentro de ella, presionando mi frente contra la suya mientras nuestras respiraciones entrecortadas se mezclan en el pequeño espacio entre nosotros.

—Quédate conmigo esta noche —digo cuando nuestra respiración se ha estabilizado, sin formularlo como una pregunta pero tampoco como una orden. Hace eco de la misma petición que hice esa primera noche, y se siente correcto.

Ella asiente contra mi hombro, sus brazos aún envueltos a mi alrededor. —No planeaba irme.

La levanto del escritorio con cuidado, sosteniendo su peso mientras sus piernas tiemblan ligeramente por nuestros esfuerzos. En lugar de dejarla caminar, la llevo en mis brazos y subimos por el siguiente tramo de escaleras hasta mi dormitorio. Ella es la única mujer que ha estado aquí, y tenerla de vuelta de nuevo se siente como si algo finalmente estuviera equilibrado y restaurado.

La enorme cama con sus oscuras sábanas nos espera, y la coloco suavemente en el centro antes de unirme a ella. Inmediatamente se acurruca contra mí, su cabeza encontrando el hueco de mi hombro como si hubiera dormido allí mil noches antes de esta. Si me salgo con la mía, será la segunda de miles más.

23

La luz de la luna se filtra a través de las ventanas de suelo a techo del dormitorio de Valentin, dibujando patrones plateados sobre el edredón azul marino y las sábanas plateadas mientras me deposita con suave reverencia. Es exactamente como lo recuerdo, pero todo se siente diferente.

Le atraigo hacia mí, reacia a romper el contacto aunque sea por un momento. Su peso se acomoda a mi lado, sólido y cálido mientras me acurruco contra él, nuestros cuerpos encontrando una alineación perfecta a pesar de haber compartido solo una noche juntos antes de esto. Sus dedos trazan patrones perezosos a lo largo de mi columna, provocando escalofríos a su paso.

—He pensado en tenerte aquí de nuevo desde aquella primera noche en mi despacho —susurra contra mi pelo, con voz profunda de satisfacción.

—Tu despacho parece inspirarnos —sonrío contra su pecho, respirando su aroma que se ha vuelto dolorosamente familiar—. Pero prefiero esto.

—Yo también —sus manos comienzan a moverse con renovado propósito, explorando curvas que ya adoró en su estudio, pero parece determinado a memorizar de nuevo.

Nuestra segunda unión es diferente de la posesión desesperada sobre su escritorio. Esta vez, es más lenta, más deliberada, una exploración minuciosa el uno del otro sin urgencia que nos impulse. Su tacto es reverente, casi devoto mientras arranca de mi cuerpo respuestas que nunca supe que eran posibles. Cuando finalmente nos une, la fusión se siente trascendental.

Después, yazco entrelazada con él, nuestros cuerpos aún vibrando con agradables réplicas tras hacer el amor por segunda vez esta noche. Él descansa su mano protectoramente sobre mi abdomen, y es lo suficientemente grande como para abarcar el espacio donde ocho pequeñas vidas se desarrollan bajo su palma. El peso y el calor de su tacto me anclan a este momento que se siente casi onírico en su perfección.

Hace una hora, entré en su estudio sin más plan que seguir la atracción magnética entre nosotros, cansada de fingir que nuestra conexión era meramente profesional o que mis sentimientos eran simplemente respuestas hormonales al embarazo. La pasión que siguió superó todas las expectativas, con la fuerza de Valentin templada por una ternura sorprendente, y su habitual comportamiento rudo cediendo a una emoción cruda que nunca imaginé que poseyera.

Ahora, en la íntima calma posterior, estudio su rostro a la luz de la luna. Parece relajado de una forma que raramente observo, la tensión siempre presente temporalmente desterrada de sus rasgos, haciéndole parecer más joven y vulnerable que el temible jefe de la *Bratva* que el mundo conoce. Los ángulos afilados de su mandíbula y pómulos parecen más suaves en la tenue luz.

—Esto lo cambia todo —dice Valentin, su acento más marcado en estos momentos íntimos. La simple declaración abarca el cambio monumental en nuestra relación, de un acuerdo de gestación subrogada a algo mucho más profundo.

Asiento contra su pecho, sabiendo que hemos cruzado un umbral que hace obsoleto el contrato original en todos los aspectos

significativos. —Así es.

—¿No hay arrepentimientos? —su pregunta lleva matices de genuina incertidumbre que me sorprenden.

—Ninguno —me muevo para encontrar su mirada, queriendo que vea mi sinceridad—. Hay algo que necesito decirte.

Su cuerpo se tensa ligeramente bajo el mío como si instintivamente se preparara para malas noticias. Esta alerta ante posibles amenazas, e incapacidad para simplemente aceptar cosas buenas, habla mucho de la vida que ha llevado.

—No voy a renunciar a ellos —susurro, expresando por primera vez la decisión que se ha estado formando en mi corazón desde que supe de los octillizos—. Después de que nazcan, no puedo simplemente alejarme.

La confesión queda suspendida entre nosotros por un momento. Según nuestro contrato, eso es exactamente lo que se supone que debo hacer: dar a luz a sus hijos y desaparecer de sus vidas, mi papel completado. Los documentos legales que firmamos lo dejan abundantemente claro, con múltiples cláusulas reforzando la naturaleza temporal de mi participación.

En lugar de la resistencia que esperaba a medias ante este cambio fundamental en nuestro acuerdo, me acerca más a él, su expresión intensificándose con una emoción raramente mostrada tan abiertamente. —Haré que Thomas traiga el contrato notariado mañana para que podamos destruirlo juntos —su voz lleva absoluta certeza, su decisión aparentemente tan formada como la mía.

—¿No te importa? —pregunto, necesitando confirmación a pesar de su aparente aceptación.

—¿Importarme? —una suave risa resuena en su pecho—. Blaire, he estado intentando averiguar cómo convencerte de que te quedes desde el momento en que vi esos ocho latidos en la pantalla de la ecografía.

La admisión me calienta desde dentro, más poderosa que cualquier contacto apasionado que hayamos compartido.

—Pensaba... —dudo, buscando las palabras correctas—. Suponía que nuestro acuerdo era lo que querías. Límites claros sin complicaciones.

—Eso fue antes —sus dedos trazan la ligera curva de mi estómago, donde crecen nuestros hijos—. Antes de que ellos existieran. Antes de que te convirtieras en algo más que una simple gestante.

Nos mueve para que estemos cara a cara sobre las almohadas, nuestros rostros cercanos, el aliento mezclándose en el espacio íntimo entre nosotros. A la luz de la luna, sus ojos azules parecen casi plateados, intensos y enfocados enteramente en mí. —Lo que quiero ahora es diferente. No una fría transacción comercial donde crio herederos solo después de tu partida, sino una familia que construyamos juntos, los diez.

—Diez —repito, gustándome cómo suena—. Ya has aceptado a los ocho.

—Son míos —dice simplemente, como si esto explicara todo. Quizás para él, así es.

—¿Y yo? —la pregunta emerge más valiente de lo que me siento al hacerla.

—También mía —su posesividad debería asustarme, pero de alguna manera, no lo hace—. Si quieres serlo.

La matización me sorprende, este reconocimiento de mi autonomía por parte de un hombre acostumbrado a ordenar más que a pedir. Toco su rostro, sintiendo la barba incipiente que ha crecido desde ayer por la mañana. —Ya soy tuya. Creo que lo he sido desde aquella primera noche juntos.

Algo poderoso destella en sus ojos, más allá del deseo o la satisfacción. Parece notablemente esperanza, una emoción que no

habría asociado con él hasta este momento.

—Dime cómo ves nuestro futuro —digo, sintiendo de repente la necesidad de escuchar cómo imagina esta vida no planeada que estamos creando juntos.

Permanece callado por un largo momento, reflexivo más que dubitativo. Cuando habla, sus palabras llevan el peso de una cuidadosa consideración.

—Quiero un hogar, no solo una fortaleza —sus dedos continúan su suave exploración de mi piel mientras habla—. Quiero que nuestros hijos estén seguros, pero no aislados. Quiero que se conozcan como aliados, no como competidores como Vanya y yo fuimos criados para ser.

La mención de su hermano me recuerda el peligro que aún nos rodea, pero aparto el pensamiento, no queriendo que se entrometa en este momento perfecto. —¿Qué más? —pregunto, fascinada por este vistazo a sus pensamientos más íntimos.

—Te quiero a mi lado, no como empleada o un acuerdo, sino como mi... —hace una pausa, buscando la palabra correcta—. Compañera. Igual. La madre de mis hijos, y la mujer en mi cama.

La palabra "esposa" permanece sin pronunciar, quizás demasiado convencional aún para lo que existe entre nosotros, o simplemente demasiado pronto para articularla, pero la oigo en los espacios entre sus palabras y la veo en la intensidad de su mirada. —Yo también quiero eso.

Hablamos durante toda la noche, planes y sueños desplegándose entre nosotros como delicadas flores. La palabra "amor" queda suspendida sin pronunciar entre nosotros, demasiado pesada para articularla todavía pero innegablemente presente en cada caricia, cada mirada compartida. En su lugar, hablamos de cosas prácticas: ajustes en la propiedad para ocho bebés, consideraciones de seguridad, la atención médica especializada que necesitaremos.

A medida que se acerca el amanecer, me permito imaginar este futuro imposible de ocho niños criados en el amor en lugar del miedo, con seguridad emocional y financiera, y yo transformada de gestante prescindible a compañera esencial. Me pregunto si Valentin puede evolucionar de señor del crimen aislado a padre y, quizás, algo más que apenas me atrevo a nombrar incluso en mis pensamientos.

Estas posibilidades fantásticas seguirían siendo solo sueños si no fuera por la determinación en los ojos de Valentin cuando dice: —Eres mía ahora, Blaire. Tú y nuestros hijos, y yo protejo lo que es mío, siempre —las palabras podrían sonar posesivas, incluso controladoras, viniendo de otro hombre. De Valentin, son simplemente una declaración de compromiso que lleva más peso que cualquier promesa convencional.

Debo quedarme dormida eventualmente porque lo siguiente que sé es que la luz del sol ha reemplazado a la luz de la luna, y un suave golpe en la puerta me despierta del sueño. Valentin ya no está a mi lado, pero antes de que pueda preguntarme dónde está, la puerta se abre revelando que él ya está completamente vestido, seguido por una doncella que lleva una bandeja de desayuno.

—Buenos días —dice, pareciendo demasiado arreglado para alguien que pasó la mayor parte de la noche haciendo el amor y hablando en lugar de dormir.

Subo la sábana más alto, de repente consciente de mi desnudez frente al personal. La doncella coloca la bandeja en una mesa lateral, su expresión profesionalmente neutra a pesar de encontrarse con la obvia compañera de cama de su jefe.

—Alina, traslade las cosas de la señorita Elliott de la suite de invitados a mis habitaciones hoy —dice Valentin antes de que ella pueda irse—. Todo.

La doncella asiente sin sorpresa. —Sí, señor. Ahora mismo.

Después de que sale, levanto las cejas mirando a Valentin. —Me sorprende que sigas aquí. ¿No tienes un imperio que dirigir?

—Me negué a perderme el desayuno contigo —trae la bandeja a la cama, colocándola entre nosotros mientras se reúne conmigo en el colchón, aún completamente vestido frente a mi desnudez cubierta por la sábana—. El imperio puede esperar una hora.

La bandeja contiene una variedad de frutas frescas, pasteles, bacon, huevos escalfados, yogur y café que huele divino. Mi estómago gruñe apreciativamente, recordándome que hacer crecer ocho humanos requiere combustible constante. No hay ni rastro de náuseas matutinas en este momento, lo que es una rareza para mí.

—¿Estás seguro de esto? —pregunto, haciendo un gesto vago a nuestro alrededor mientras alcanzo una fresa—. ¿De que me mude aquí?

Su ceño se frunce ligeramente. —Por supuesto. ¿Por qué no lo estaría?

—Es un gran paso. Solo hemos pasado dos noches juntos, y la primera apenas cuenta.

—¿Importa eso? Vamos a tener ocho hijos juntos —sirve café en una delicada taza y me la entrega—. El cronograma convencional de progresión de una relación difícilmente se aplica a nosotros.

Tiene razón, pero algo todavía me incomoda. —Podrías habérmelo preguntado primero, en lugar de ordenar que se hiciera.

Hace una pausa mientras considera esto, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto que estoy empezando a reconocer como reflexión genuina más que apaciguamiento. —Tienes razón —dice, sorprendiéndome—. Estoy acostumbrado a dar órdenes, no a pedir permiso. ¿Preferirías mantener la suite de invitados?

—No, quiero estar aquí contigo —doy un sorbo al café perfectamente preparado, disfrutando de la rara indulgencia, ya que

solo puedo tomar uno al día, y la mayoría de las mañanas he estado demasiado nauseabunda para beberlo—. Solo me habría gustado que me lo preguntaras primero.

—¿Por qué preguntar cuando ya sé la respuesta? —un atisbo de arrogancia vuelve a su expresión, aunque templado con afecto.

Entrecierro los ojos mirándole, luego alcanzo el bol de nata montada destinada a las bayas. Antes de que pueda reaccionar, le pongo una pequeña porción en la punta de la nariz.

Su expresión de absoluta conmoción vale cualquier represalia que pueda seguir. Valentin Morozov, temido jefe de la Bratva, se sienta completamente inmóvil con nata montada en la nariz, pareciendo completamente desconcertado por este giro de los acontecimientos.

—Acabas de... —parece incapaz de terminar la frase, como si nadie en la memoria reciente se hubiera atrevido a hacer tal cosa.

—¿Pedir permiso? No, no lo hice —encuentro su mirada con desafío deliberado—. ¿Cómo se siente?

Por un momento que me deja sin aliento me pregunto si he calculado mal o he ido demasiado lejos demasiado pronto. Luego sus ojos se estrechan peligrosamente, pero con jugueteo más que con verdadera ira.

—Pagarás por eso —advierte, su voz bajando a un registro que me envía agradables escalofríos.

En un movimiento fluido, retira la bandeja del desayuno a un lugar seguro, luego me derriba suavemente contra las almohadas, enjaulándome bajo él sin poner presión sobre mi estómago.

—Limpia tu desorden —ordena, su rostro suspendido a centímetros sobre el mío.

—Oblígame —contraataco, deleitándome con este lado juguetón suyo que nunca esperé presenciar.

—Oh, tengo la intención de hacerlo —acerca más su rostro—. Con tu lengua.

La exigencia transforma el ambiente de despreocupado a caliente en un instante. Levanto mi cabeza y lenta, deliberadamente lamo la nata de su nariz, manteniendo el contacto visual todo el tiempo. Sus pupilas se dilatan visiblemente, conteniendo la respiración mientras completo la tarea.

—¿Satisfecho? —susurro contra sus labios.

—Ni siquiera cerca —dice, reclamando mi boca con renovada hambre.

El desayuno se enfría a nuestro lado, olvidado mientras nos perdemos el uno en el otro una vez más. En la brillante luz de la mañana, no hay lugar para esconderse, ni sombras para suavizar la intensidad entre nosotros. Solo honestidad, conexión y la creciente certeza de que sea lo que sea esto, sea lo que sea en lo que nos estamos convirtiendo juntos, es más fuerte de lo que cualquiera de los dos imaginó posible.

Mucho más tarde, cuando finalmente regresamos al desayuno ya frío, me sorprendo estudiando su perfil y pensando en lo rápido que todo ha cambiado: de gestante desesperada a futura madre de octillizos, de acuerdo comercial a algo que se siente notablemente como familia, de aislamiento a pertenencia.

—¿En qué piensas? —pregunta Valentin, captando mi mirada contemplativa.

—En que nunca esperé nada de esto cuando firmé ese contrato.

—¿Arrepentimientos? —pregunta de nuevo, con la taza de café detenida a medio camino de sus labios.

—No —digo con sinceridad—. Solo me asombra cómo las peores circunstancias a veces conducen a los mejores resultados.

Su expresión se suaviza con comprensión. —¿Como ocho bebés en lugar de uno?

—Como encontrarte a *ti* en lugar de solo darte un heredero.

La verdad de esta afirmación resuena entre nosotros mientras la luz del sol llena la habitación, bañando nuestro inesperado comienzo en dorada posibilidad.

24

El cálido resplandor de nuestra recién descubierta intimidad nos acompaña a Blaire y a mí durante varias semanas tranquilas, profundizando nuestra relación a medida que avanza su embarazo, y Vanya también ha estado callado. Cada mañana, me despierto y la encuentro acurrucada contra mí, su cuerpo encajando perfectamente con el mío como si estuviera diseñado para ese propósito. Se ha vuelto vital en mi vida de maneras que van mucho más allá de los niños que lleva en su vientre.

Hoy marca un hito significativo, siendo la ecografía de las dieciséis semanas que potencialmente revelará el sexo de nuestros ocho hijos. Ya sabemos por exploraciones anteriores que los dos embriones se dividieron en cuatrillizos idénticos, pero si tendremos cuatro niños y cuatro niñas, o los ocho del mismo sexo, sigue siendo un misterio.

—¿Nerviosa? —pregunto mientras nuestro SUV se acerca a la clínica privada del Dr. Petrov.

Levanta la mirada de la carpeta médica en su regazo con una pequeña sonrisa. —Emocionada, en realidad. Hace que parezcan más reales, saber quiénes son.

El sentimiento hace que mi pecho se contraiga, y toso para aclarar la reacción emocional antes de que se vuelva visible. Estas últimas semanas observando cómo cambia su cuerpo y sintiendo la sutil hinchazón de su abdomen bajo mi palma mientras dormimos, han transformado gradualmente lo que comenzó como un acuerdo comercial en algo profundo e irreversible.

Dentro de la clínica, el Dr. Petrov nos saluda con cortesía profesional, guiándonos a la sala de examen privada que se utiliza para todas las citas. El espacio ha sido revisado en busca de dispositivos de vigilancia dos veces hoy: una por mi equipo y otra por contratistas independientes. Cuando se trata de la seguridad de Blaire, la redundancia no es excesiva sino necesaria.

—Todo se ve excelente en sus análisis de sangre preliminares —informa el Dr. Petrov a Blaire mientras se acomoda en la mesa de exploración—. Todos los marcadores están dentro de los rangos óptimos, lo cual es particularmente impresionante dado las gestaciones múltiples.

Me siento junto a Blaire, tomando su mano entre las mías mientras el doctor prepara el equipo de ultrasonido. La suave presión de sus dedos contra los míos transmite una confianza que aún no estoy seguro de merecer, pero que estoy decidido a honrar.

El gel del ultrasonido brilla en su abdomen ahora visiblemente redondeado mientras el Dr. Petrov posiciona la sonda. La pantalla cobra vida, revelando a nuestros hijos suspendidos en su universo privado, ajenos a los peligros que les esperan en el mundo exterior, o las medidas que tomaré para protegerlos de esas amenazas.

—Bebé A... —el Dr. Petrov congela la imagen—. Latido fuerte y excelente desarrollo. —Su cursor traza el contorno de una pequeña forma—. Femenino.

Una hija. El concepto me golpea con una fuerza inesperada. No solo una heredera, ni una continuación abstracta del linaje, sino una hija. Nunca había considerado la posibilidad de criar a una niña, siempre

había asumido que mis hijos serían varones para continuar el legado Morozov. La idea de una pequeña versión femenina de Blaire, o peor, de mí, crea una vulnerabilidad que no había anticipado.

—Bebé B, también femenino. Idéntica a A, como se esperaba. —El doctor se mueve a través del abarrotado útero—. C y D, ambas femeninas también. El primer conjunto de cuatrillizas, todas niñas.

Cuatro hijas. La improbabilidad estadística por sí sola es asombrosa, pero más sorprendente es la feroz protección que surge en mí. El pensamiento de cuatro pequeñas llevando mi nombre y portando mi sangre crea una vulnerabilidad que nunca he experimentado en años de operaciones de la *Bratva*.

—Pasando al segundo saco gestacional. —El Dr. Petrov continúa, con una expresión profesionalmente neutral a pesar de la rareza médica que está documentando—. E hasta H son todos varones. También cuatrillizos idénticos.

Cuatro niños y cuatro niñas. Simetría perfecta. Herederos iguales de cada sexo, y otra improbabilidad que coincide con todo lo demás acerca de este extraordinario embarazo.

—Los ocho muestran un excelente desarrollo para dieciséis semanas —concluye el doctor—. Los niveles de líquido amniótico son óptimos, y las placentas saludables. Necesitaremos monitorear el síndrome de transfusión gemelo a gemelo, ya que cada conjunto de cuatrillizos comparte una placenta, pero hasta ahora, no hay indicadores de preocupación.

Apenas registro su evaluación técnica, demasiado fascinado por las imágenes en la pantalla. Estos embriones abstractos se están transformando en hijos e hijas en mi mente, personas en miniatura con futuros que de repente estoy desesperado por asegurar. El imperio *Bratva* que he construido, los territorios que he reclamado y los enemigos que he eliminado palidecen ante la urgente necesidad de crear un mundo donde estos ocho bebés puedan florecer.

—¿Os gustaría escuchar los latidos? —pregunta el Dr. Petrov, ya ajustando un dial.

La habitación se llena con un pulsante rápido y rítmico de ocho corazones latiendo en patrones superpuestos, creando una sinfonía de vida que me parece más poderosa que cualquier arma de mi considerable arsenal.

La mirada de Blaire se encuentra con la mía, brillando con lágrimas que no intenta ocultar. —Esa es nuestra familia —susurra, apretando mi mano.

Nuestra familia. La frase debería asustarme, pero se asienta como la pieza final de un rompecabezas que no sabía que estaba resolviendo.

El viaje de regreso a la finca transcurre en un cómodo silencio, Blaire descansando su cabeza contra mi hombro en la parte trasera del SUV mientras Nikolai navega por el tráfico de Miami con su habitual vigilancia. Su mano descansa ligeramente sobre mi muslo. —¿En qué estás pensando? —pregunta, notando mi preocupación.

—Nombres —miento con suavidad, sin querer manchar este momento con las preocupaciones de seguridad que constantemente circulan en mi mente—. Cuatro niños y cuatro niñas requieren dieciséis nombres.

Su risa vibra contra mi hombro. —Podríamos usar variaciones del mismo nombre para cada conjunto. Cuatro versiones de Valentin para los niños, cuatro Blaires para las niñas.

—Absolutamente no —digo con severidad fingida—. Una Blaire ya es bastante desafiante.

Me pellizca la pierna juguetonamente. —Eso lo dice el hombre que hace temblar imperios corporativos.

La charla fácil entre nosotros y la intimidad casual que se ha desarrollado durante semanas de comidas compartidas y camas

compartidas, crea un calor que nunca he experimentado en mi vida. Es peligroso, este ablandamiento, pero cada vez estoy menos dispuesto a resistirme a ello.

Nuestro interludio pacífico se rompe al llegar a la finca. Kuzma nos recibe en la entrada, su postura rígida. Una mirada a su rostro, y sé que algo significativo ha ocurrido. Mi cuerpo inmediatamente se pone en alerta máxima, años de instintos de supervivencia dominando el contentamiento doméstico de momentos antes.

—Señor —Kuzma mantiene su voz neutral, consciente de la presencia de Blaire—. Un asunto requiere su atención inmediata.

—Adelante —dice ella antes de que pueda responder, leyendo con precisión la tensión—. De todos modos necesito descansar. Esos bebés se están poniendo pesados.

Le doy un beso en la frente, permitiéndome esta pequeña muestra de afecto a pesar de la presencia de Kuzma. —Me reuniré contigo pronto.

Después de verla subir las escaleras, me vuelvo hacia Kuzma con mi máscara pública descartada. —¿Qué ha pasado?

Me lleva a mi estudio en lugar de hablar en el vestíbulo abierto. Dentro, hace un gesto hacia mi escritorio donde un sobre blanco se encuentra en el centro, idéntico al que entregó la amenaza al apartamento de Blaire hace semanas. Este ha eludido múltiples protocolos de seguridad para llegar al corazón de mi santuario. Es la segunda vez que invade mi sanctasanctórum a pesar de los nuevos protocolos de seguridad. —¿Cuándo fue descubierto? —rodeo el escritorio, estudiando el sobre sin tocarlo.

—Hace veinte minutos. Mi barrido de seguridad lo encontró. —Kuzma se mantiene en posición de descanso—. Ya he extraído el metraje de vigilancia, pero no hay nada. Nadie entró al estudio que no debiera tener acceso. Debe ser alguien autorizado. Alguien de

confianza. —Su mandíbula se tensa fraccionalmente—. Un trabajo interno, jefe.

—Tal vez, o quizás ha encontrado la manera de hackear nuestro sistema de seguridad y borrar o buclear el metraje pertinente. Haz que uno de nuestros expertos en electrónica desarme las grabaciones hasta el nivel de píxeles. —Me pongo un par de guantes de látex del cajón de mi escritorio antes de abrir cuidadosamente el sobre, preservando posibles pruebas. Dentro, hay otro mensaje mecanografiado en el mismo papel de alta calidad que la amenaza anterior.

"ELLA NO MERECE VIVIR CUANDO KATYA ESTÁ MUERTA."

—Definitivamente es de él —dice Kuzma, observando mi reacción—. Mismo tipo de papel y la misma tipografía que la nota que recibió la Srta. Elliott.

La referencia explícita a la novia asesinada de Vanya confirma sin lugar a dudas la implicación de mi hermano, mientras que la penetración de mi perímetro de seguridad sugiere una amenaza mucho más inmediata de lo que inicialmente evalué. Más inquietante aún es la implicación de que alguien dentro de mi círculo de confianza está proporcionando información a Vanya. La sincronización de la nota, coincidiendo precisamente con nuestra cita médica, no puede ser coincidencia.

—La sincronización es lo que más me preocupa —dice Kuzma—. Entregada precisamente durante su cita de ultrasonido y puesta en la agenda de Nikolai apenas ayer. Muy pocas personas conocían ese marco temporal.

—La redacción establece un paralelo directo entre su relación con la Srta. Elliott y la relación de Vanya con Katya —dice—. Ya no solo la está amenazando como portadora de sus hijos. La está apuntando porque cree que usted se preocupa por ella.

La observación es incómodamente precisa. Vanya ha identificado mi mayor vulnerabilidad. No son solo los niños que Blaire lleva, sino mis crecientes sentimientos por ella. —Siempre hemos sabido que esto se trata de quitarme lo que le fue arrebatado a él. Para él, debe ser una ventaja que yo qui... Que me preocupe por Blaire ahora.

Mientras Blaire descansa arriba, convoco una reunión de emergencia con Kuzma y mis lugartenientes de mayor confianza en la sala de conferencias insonorizada debajo de la finca. Mapas de nuestro territorio se extienden por la mesa mientras revisamos sistemáticamente a cada persona con acceso a información sobre las citas o movimientos de Blaire.

—La sincronización sugiere un conocimiento íntimo —dice Viktor, examinando los protocolos de seguridad de la clínica—. No solo de la cita, sino exactamente de cuándo estaríais fuera y por cuánto tiempo.

—Lo que significa que Vanya tiene múltiples puntos de acceso a nuestro círculo interno, o... —Nikolai deja la implicación suspendida en el aire.

—O tenemos un traidor con acceso significativo. —Termino el pensamiento—. Si es así, es alguien que sabía sobre la amenaza a Blaire antes de que se mudara aquí y ahora conoce nuestras citas médicas.

—Eso reduce considerablemente la lista. —Viktor desliza una carpeta hacia mí—. He compilado los nombres de todos los que tenían conocimiento de ambos incidentes. Solo aquellos en la lista conocían tanto el calendario para el traslado de la Srta. Elliott como la ecografía de hoy.

Hojeo la delgada carpeta que contiene solo siete nombres, todas personas que habría considerado por encima de toda sospecha hasta hoy. Dos líderes del equipo de seguridad, el Dr. Petrov y su asistente, mi asistente personal, Kuzma y Marta, quien gestiona el personal

doméstico. Levanto la mirada, negando con la cabeza a Kuzma. —Tacha tu nombre de la lista, viejo amigo.

Él cuadra los hombros. —Cumplo con los criterios, así que debo ser incluido e investigado.

No me molesto en discutir, aunque estoy seguro de que no hay necesidad. —Muy bien. Comenzad con el círculo externo y avanzad hacia adentro —digo, sin querer sospechar inmediatamente de los más cercanos a mí—. Comprobad registros telefónicos, transacciones bancarias y vigilancia. Quiero saber si alguno de ellos tiene ingresos inexplicables, movimientos inusuales o contactos sospechosos, y todavía quiero que alguien diseccione el metraje de seguridad.

—Deberíamos considerar cuidadosamente al Dr. Petrov —dice Anton, rompiendo su habitual silencio por la seriedad de la situación—. Tiene acceso a los momentos más vulnerables de la Srta. Elliott, controla el calendario de citas y conoce sus detalles médicos íntimamente.

—De acuerdo. Aumentad la vigilancia sobre él y realizad nuevas comprobaciones de antecedentes y financieras para ver si algo ha cambiado drásticamente desde que me inscribí en sus servicios, pero hacedlo con absoluta discreción. Si está trabajando con Vanya, no quiero que se asuste antes de que tengamos pruebas. Si no lo está, no quiero que se ofenda, ya que será quien traiga al mundo a mis hijos e hijas.

Un momento de silencio sigue antes de que Anton se aclare la garganta. —¿Hijos e hijas? Felicidades, señor.

Asiento con la cabeza. —Gracias. Desafortunadamente, Vanya ha encontrado la manera de robar parte de la alegría del descubrimiento. —Recorro el perímetro de la habitación, un depredador contenido pero preparado para atacar—. Vanya quiere desestabilizarme y comprometerme emocionalmente.

Hago una pausa, considerando eso antes de decir: —Está funcionando, pero no de la manera que él pretende. —Me vuelvo para enfrentar a mi círculo interno, hombres que han matado y morirían bajo mi orden—. Esto ya no se trata de territorio. No se trata del liderazgo de la *Bratva* o del legado de nuestro padre. Esto es personal.

La admisión cambia la atmósfera en la habitación. Estos hombres entienden las venganzas de sangre y lo que sucede cuando los negocios se vuelven personales. Las reglas cambian, las apuestas se elevan y las víctimas se multiplican.

—Encontrad la filtración —ordeno, mi voz llevando el peso del mando absoluto—. No me importa cuánto tiempo hayan servido, o cuán leales hayan parecido. Si alguien nos traicionó, cuando lo encuentre, su muerte servirá como un mensaje para cualquier otro que considere cooperar con mi hermano.

A medida que cae la noche y continuamos trabajando, reviso periódicamente a Blaire a través del circuito de seguridad de nuestra habitación, viéndola dormir pacíficamente con un contentamiento posesivo que me sorprende incluso a mí mismo. En trece años de conflicto con Vanya, nunca me he sentido tan vulnerable, pero simultáneamente nunca tan decidido. La amenaza contra Blaire ha transformado este conflicto fraterno de larga data, de una batalla por poder y territorio a algo mucho más primitivo: la protección de mi compañera y descendencia contra un depredador que amenaza mi linaje.

—Necesitamos considerar protocolos de extracción —digo en voz alta, la decisión cristalizándose mientras hablo—. La finca en el campo está casi terminada. Es más aislada y más defendible.

—Podemos tenerla lista en una semana —dice Kuzma.

—Hacedlo en tres días. —Toco el mapa extendido frente a nosotros —. Vanya se está volviendo más audaz. Las notas, las brechas de

seguridad... Estos son movimientos preliminares. Está probando nuestras defensas antes de algo más grande.

Los hombres a mi alrededor asienten con severo acuerdo. Todos hemos visto este patrón antes, el reconocimiento antes del ataque, y la guerra psicológica antes del asalto físico. Vanya siempre fue particularmente bueno en ello, ya que requería sigilo y furtividad, mientras que mi preferencia es enfrentar el conflicto directamente.

A medida que la reunión concluye, y mis hombres se dispersan a sus asignaciones, permanezco solo en la sala de conferencias, mirando los mapas y diagramas de seguridad sin realmente verlos. La nota color crema se sienta en la mesa, burlándose de mi confianza en mis propias defensas.

Por primera vez, entiendo completamente que este conflicto con Vanya solo terminará con uno de nosotros muerto. No hay territorio para ceder, ni compromiso que negociar, ni paz que pactar entre nosotros. El odio que comenzó con la muerte de Katya ha supurado durante trece años, evolucionando en algo terminal y absoluto.

Me dirijo arriba a nuestra habitación, moviéndome silenciosamente para evitar despertar a Blaire. En el sueño, su rostro se relaja, la terca determinación que primero me atrajo a ella dando paso a una vulnerabilidad pacífica. Me deslizo debajo de las sábanas a su lado, e incluso inconsciente, responde a mi presencia, acurrucándose contra mí con confianza implícita.

La realización me golpea con absoluta claridad de que mataré a mi hermano gemelo. No por el imperio *Bratva*, no por el asesinato de nuestro padre, sino por la mujer que duerme a mi lado y los ocho hijos que lleva. Por primera vez en mi vida, matar no es solo un negocio. Es personal, y la motivación personal me hace infinitamente más peligroso de lo que Vanya ha calculado.

25

La sala de espera de la clínica del Dr. Petrov se siente más fría de lo habitual mientras permanezco sentada sola, hojeando una revista sobre embarazo sin absorber ni una sola palabra. A las veinte semanas, mi cuerpo se ha transformado dramáticamente. Mi estómago, antes plano, es ahora una prominente cúpula que hace que sentarme en estas sillas de plástico moldeado sea cada vez más incómodo. Cambio de posición, intentando aliviar la presión en mi espalda baja mientras reviso mi teléfono por tercera vez en cinco minutos.

Valentin ya debería estar aquí. Su llamada hace quince minutos me aseguró que solo estaba retrasado por un tráfico inesperado debido a un accidente de coche que requirió un cambio de ruta y que llegaría en breve. Mientras tanto, la recepcionista del Dr. Petrov ya ha tomado mis signos vitales y me ha indicado que espere en la sala de examen privada, pero he retrasado mi entrada, prefiriendo quedarme donde pueda ver a Anton y al guardia secundario posicionado cerca de la entrada.

—¿Señorita Elliott? —La recepcionista aparece en la puerta, con un portapapeles en mano—. El Dr. Petrov sigue el horario previsto. Deberíamos prepararla para su ecografía anatómica.

Asiento, recogiendo mi bolso y la gruesa carpeta de notas que he estado llevando sobre el embarazo. A las veinte semanas, esta cita es crucial. Es una ecografía completa para verificar el desarrollo de los ocho bebés, midiendo tasas de crecimiento, desarrollo de órganos y posicionamiento.

Anton me sigue a una distancia respetuosa mientras me bamboleo por el pasillo, mi manera de andar ya afectada por el peso extra que cargo. El segundo guardia permanece en la entrada principal, manteniendo contacto visual con el aparcamiento donde llegará Valentin.

—Estaré justo afuera —dice Anton cuando llegamos a la sala de examen. Su mano descansa brevemente sobre su arma oculta, un gesto destinado a reconfortar más que a alarmar, y funciona.

Dentro de la sala, me cambio a la bata de papel, luchando más de lo habitual con los incómodos cierres. La mesa de exploración se siente especialmente clínica hoy, sus estribos y secciones ajustables me recuerdan que este embarazo me categoriza como un caso médico de alto riesgo en lugar de simplemente una futura madre.

Estoy colocando mi ropa en la silla lateral cuando oigo el pomo de la puerta girar. El Dr. Petrov suele llamar primero, anunciándose antes de entrar, pero quizás hoy tiene prisa. Aliso la bata de papel sobre mis piernas, preparándome para la rutina familiar de preguntas sobre movimiento fetal, patrones de sueño e ingesta dietética.

La puerta se abre, y un hombre con traje a medida entra, cerrándola tras él con deliberada quietud. —El tráfico se despejó inesperadamente —dice con la voz de Valentin, aún de espaldas a mí mientras asegura la puerta—. Necesitamos irnos inmediatamente.

El alivio me inunda al ver los familiares hombros anchos y el pelo negro, pero algo se me atraganta antes de poder responder. Se gira, y aunque el rostro es el de Valentin, cada instinto en mi cuerpo grita peligro.

—¿Qué ocurre? —pregunto, estudiándolo más cuidadosamente. El traje es correcto, similar al que Valentin llevaba esta mañana, pero el hombre que lo lleva se mueve de manera diferente. Hay una tensión sutil en los hombros y una ligera variación en la postura que solo alguien íntimamente familiarizado con Valentin notaría.

—Brecha de seguridad en la finca. —Su acento coincide perfectamente con el de Valentin, pero la cadencia está mal. Me habla de manera ligeramente demasiado formal y carece del ritmo específico al que me he acostumbrado—. Necesitamos reprogramar y llevarte a casa.

Me levanto de la mesa de exploración, poniéndola entre nosotros mientras la comprensión cristaliza con aterradora claridad. Este no es Valentin. El parecido es inquietante, casi perfecto, pero ahora que está completamente frente a mí, las discrepancias se acumulan rápidamente. Su colonia está mal, y sus manos carecen de la pequeña cicatriz en los nudillos derechos de una pelea años atrás. Lo más revelador, sus ojos me observan con fría calculación en lugar de la calidez protectora que siempre subyace en la mirada de Valentin, incluso en sus momentos más controlados.

Este es Vanya.

El conocimiento me paraliza momentáneamente mientras mi cerebro lucha por procesar el peligro. El hombre que ha amenazado mi vida y quiere destruir a nuestros hijos nonatos está a tres pies de distancia, vistiendo la cara de su hermano como una máscara. —No eres Valentin —susurro, mi mano moviéndose instintivamente para proteger mi estómago.

Una ligera sonrisa curva sus labios, tan similar a la de Valentin pero fundamentalmente equivocada en su crueldad. —Chica lista. La mayoría de la gente no puede distinguirnos.

—¿Qué le has hecho? —Mi voz se eleva con pánico mientras pienso en Valentin atrapado en el tráfico... o algo peor.

—Nada permanente. Solo organicé un pequeño accidente para retrasarlo. —Vanya da un paso más cerca, estudiándome con inquietante intensidad—. Quería tiempo a solas contigo. Para ver qué encuentra mi hermano tan... cautivador.

Retrocedo hasta chocar con la pared, mi corazón latiendo tan violentamente que temo por los bebés. —No te saldrás con la tuya. —Intento sonar confiada a pesar del terror que me araña la garganta. Mi cerebro parece haberse apagado mientras me hundo en una espiral de pánico.

Su mirada cae hacia mi abultado abdomen, su expresión endureciéndose. —Ocho niños. El legado Morozov perfecto que Dmitri siempre quiso, y de una gestante, nada menos. —Se ríe, el sonido escalofriante en su similitud con Valentin—. Mi hermano finalmente muestra sentimentalismo, y es por una trabajadora contratada y ocho fetos.

El desprecio casual hacia mis hijos enciende algo más allá del miedo. La ira surge a través de mí, quemando el pánico y dejando claridad a su paso. Me deslizo lateralmente, poniendo la mesa de exploración entre nosotros nuevamente, con la mirada fija en el botón de emergencia montado en la pared junto a los armarios.

Vanya nota mi mirada y niega con la cabeza. —Yo no lo haría. Esta conversación terminará rápidamente si cooperas.

—¿Qué quieres? —exijo, calculando la distancia hasta la puerta. Demasiado lejos. Me atraparía antes de que pudiera abrirla.

—¿Inicialmente? Entender qué hay de especial en ti. —Me estudia con desapego clínico—. Qué transformó un simple acuerdo de gestación subrogada en algo por lo que mi hermano está dispuesto a matar. Ahora veo que no es nada notable. Solo biología básica. Valentin siempre tuvo debilidad por los callejeros.

El desprecio duele, pero me niego a mostrarlo. —Eres patético. Todavía montando una rabieta por las acciones de tu padre trece

años después de haberlo matado. Ya te vengaste, ¿por qué sigues culpando a Valentin?

Su expresión se oscurece peligrosamente. —No sabes nada sobre mí ni sobre lo que me quitaron.

—Sé lo suficiente. —Me enderezo a pesar de mi miedo, canalizando la fuerza de Valentin—. Sé que perdiste a alguien que amabas, y culpas a Valentin por no haberlo evitado. Él desearía haberlo hecho pero no lo hizo porque era joven y leal a tu padre. Esto no traerá a Katya de vuelta.

La mención de su nombre transforma su rostro en algo verdaderamente aterrador, rabia despojada de humanidad, pura y destilada. —No te atrevas a pronunciar su nombre.

Esta es mi oportunidad. Mientras la emoción compromete su control, me lanzo hacia el botón de emergencia, presionándolo con fuerza antes de que pueda reaccionar. La alarma suena por toda la clínica, su sonido estridente garantiza traer ayuda.

Vanya se mueve con sorprendente rapidez, cruzando la habitación y agarrando mi brazo con una fuerza que dejará moratones. —Parece que nuestro tiempo se ha acortado. Dale un mensaje a mi hermano. —Su rostro flota a centímetros del mío, sus rasgos retorcidos por el odio—. Dile que le quitaré todo, tal como él me lo quitó todo a mí. Dile que estos niños nunca respirarán.

Grito entonces, no por dolor sino por ira primaria ante esta amenaza a mis bebés. El sonido brota de mi garganta con tal fuerza que sorprende incluso a Vanya, quien afloja su agarre momentáneamente.

La puerta se abre estruendosamente cuando Anton irrumpe, arma ya desenfundada. Dos guardias más le siguen de cerca, creando una barrera protectora entre Vanya y yo. De alguna manera en el caos — los gritos, la alarma aún sonando, y el estruendo del equipo médico

mientras alguien derriba una bandeja— Vanya se escabulle por una puerta lateral que ni siquiera había notado.

—¡Cierre total del edificio! —grita Anton por su radio, un brazo manteniéndome detrás de él—. ¡Todas las salidas, ahora!

Ya sé que es demasiado tarde. Vanya planeó esto meticulosamente, incluida su ruta de escape. Para cuando la seguridad selle el edificio, él ya se habrá ido, dejando solo miedo y caos a su paso.

—Señorita Elliott, ¿está herida? —Anton se vuelve hacia mí, su compostura profesional agrietándose con genuina preocupación.

Niego con la cabeza, incapaz de hablar mientras la reacción se instala. Mis rodillas flaquean, y me agarro a la mesa de exploración para sostenerme. Los bebés se mueven dentro de mí, sus movimientos más pronunciados que nunca, como si respondieran a mi miedo.

—Necesitamos llevarte a casa. Ahora. —El tono de Anton no deja lugar a discusión mientras pide que traigan el coche—. El señor Morozov ya está en camino. Está más cerca de la finca que del consultorio del médico tras el retraso por el tráfico.

Asiento, logrando decir: —Vanya organizó el accidente para evitar que llegara a tiempo. —Mi voz es temblorosa, pero sueno más compuesta de lo que me siento.

El viaje de regreso a la finca transcurre en una nebulosa de shock y adrenalina residual. Dentro del SUV, rodeada por cuatro guardias en lugar de los dos habituales, miro por la ventana a prueba de balas las calles soleadas de Miami. Qué extraño que el mundo continúe con normalidad mientras mi realidad acaba de ser destrozada por un hombre que lleva el rostro de mi amante.

Valentin nos recibe en la entrada, su expresión teñida de preocupación. —¿Estás herida? —pregunta mientras me ayuda a salir del coche.

—Estoy bien —le aseguro, aunque mis manos temblorosas me delatan—. Él no... Solo habló.

La expresión de Valentin se oscurece aún más. —Adentro. Ahora.

En la seguridad de nuestro dormitorio, con guardias apostados fuera y la finca en máxima alerta, escucha atentamente mientras le cuento cada detalle de mi encuentro con Vanya. Su rostro se vuelve progresivamente más pétreo con cada palabra, el músculo de su mandíbula palpitando peligrosamente cuando le relato la amenaza contra nuestros hijos por nacer.

—Se veía exactamente como tú —concluyo, sentada al borde de nuestra cama—. Si no te conociera tan bien, tus movimientos y tu olor, podría haberme ido con él.

—Ese era su plan. —Valentin camina como un tigre enfurecido, la furia irradia de él en olas palpables—. El accidente fue organizado para retrasarme y que él pudiera acceder a la clínica como yo, pero no entró por el frente. Estuve estudiando los datos con Kuzma antes de que llegaras. Imágenes de un negocio con una cámara apuntando hacia el callejón de la clínica lo muestran deslizándose por la parte trasera.

—¿Cómo entró por atrás? La clínica tiene protocolos de seguridad específicamente para esto, y la entrada trasera debería haber requerido... ¿Qué? ¿Un pase o algo? —Estoy tratando de ordenarlo todo en mi cabeza.

—Alguien le dejó entrar. —Valentin deja de pasear, sus ojos fríos con intención letal—. Alguien con códigos de acceso y autorización, que conocía el horario de tu cita.

—¿Uno del personal de la clínica?

Se encoge de hombros. —O el propio Petrov. Nadie cuestionaría si dejara entrar a "mí" por la puerta trasera.

Mi estómago se contrae. —Y él no estaba en la sala cuando llegué. Nunca apareció antes de que Vanya entrara. —Niego con la cabeza —. ¿Pero el Dr. Petrov? —La sugerencia parece imposible. Ha estado monitorizando mi embarazo con dedicación profesional, si no con especial calidez, durante meses.

—Estamos a punto de averiguarlo. —Valentin consulta su reloj—. Viktor está interrogando a los otros empleados, pero Kuzma ha asegurado a Petrov en una ubicación secundaria. —Saca su teléfono y gira la pantalla para que pueda verla—. Nuestra hacker ha mantenido acceso a su clínica durante meses y consiguió las grabaciones de seguridad hace aproximadamente una hora, minutos después del incidente. Las imágenes de vigilancia muestran a Petrov desactivando el sistema de seguridad tres minutos antes de que Vanya entrara. —Guarda su teléfono y hace crujir sus nudillos—. Obtendré respuestas.

—Quiero ir contigo. —Las palabras salen antes de considerarlas completamente, pero una vez pronunciadas, no cambio de opinión.

Valentin me mira con incredulidad. —Absolutamente no. Te quedarás aquí bajo máxima protección.

—No. —Me levanto, igualando su intensidad con la mía—. Esto trata sobre mí y nuestros hijos. Tengo derecho a escuchar por qué nos traicionó.

—Esto no es una negociación, Blaire. —Su tono se endurece—. Lo que ocurre en estos... interrogatorios no es para que tú lo presencies.

—No estoy pidiendo participar en lo que planeas hacerle. —Me acerco a Valentin, colocando mi mano en su brazo—. Solo necesito entender por qué. ¿Por qué pondría en peligro ocho vidas inocentes? ¿Por qué ayudaría a alguien que amenazó a una mujer embarazada?

—Las respuestas no te traerán paz. —Cubre mi mano con la suya, su tacto más suave que sus palabras.

—No necesito paz. Necesito la verdad —mantengo su mirada, negándome a ceder—. No soy una flor delicada a la que tengas que proteger de la realidad. Esta es mi vida también, y la vida de nuestros hijos.

La batalla de voluntades se extiende entre nosotros, ninguno dispuesto a ceder. Finalmente, sus hombros bajan ligeramente. —Te quedas detrás de mí en todo momento, hablas solo cuando yo te lo indique y te marchas en el instante en que te lo diga —sus condiciones son innegociables, su tono lo deja abundantemente claro—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asiento, sorprendida por su capitulación pero lo suficientemente sensata como para no cuestionarla.

El viaje a lo que Valentin llama crípticamente "la ubicación secundaria" toma treinta minutos a través del distrito industrial de Miami. El almacén parece abandonado desde fuera, con sus paredes de metal corrugado oxidadas y ventanas cubiertas con tablones. Por dentro es una historia diferente. Hay suelos de hormigón limpios, iluminación funcional y un área central donde el Dr. Petrov está atado a una silla metálica.

Está hundido en la silla, su bata de laboratorio arrugada y manchada de sudor, la tela adherida a él como si despreciara el calor. El polvo mancha las mangas, y sin sus gafas parece expuesto. No es el hombre que calmadamente midió ocho latidos cardíacos hace solo unas semanas, sino alguien roto y sangrando por dentro.

Me quedo ligeramente detrás de Valentin como prometí, observando cómo el rostro del doctor pierde color cuando me ve. Sea lo que sea que esperaba de este interrogatorio, mi presencia claramente no formaba parte de ello.

—¿La has traído aquí? —su voz se quiebra con incredulidad.

—Se merece oír por qué traicionaste su confianza —la voz de Valentin es aterradoramente tranquila mientras rodea la silla—. ¿Por

qué pusiste en peligro a ella y a ocho niños por nacer al permitir que mi hermano accediera a la clínica?

Petrov se aclara la garganta, pero no le sirve de mucho. —No lo hice por dinero.

Valentin cruza los brazos. Su expresión no cambia. —Entonces, ¿por qué?

Me mira, la vergüenza cruzando su rostro antes de obligarse a hablar. —Se llama Felicia.

Valentin no se mueve, y yo no hablo. El silencio perdura.

—Fue víctima de trata —dice, con voz delgada—. Por uno de los viejos contactos del cártel de tu padre, los colombianos. Trabajaba en un club que ellos dirigen, donde tenías que pagar solo por entrar, y más para subir arriba.

Valentin mantiene los brazos cruzados, pero noto el ligero movimiento de su mandíbula.

—La vi una vez. Luego la vi otra vez —dice—. Se convirtió en rutina. Reservé su tiempo cada semana, dos veces por semana, durante casi dos años.

Su voz se espesa, pero no se detiene. —No era solo sexo. No después de los primeros meses. Tenía este terrible sentido del humor, y le encantaban esas viejas comedias soviéticas que no se traducen bien. Solía llamarme Doctor Caratriste.

Me estremezco ante el apodo, pero Valentin no reacciona.

—Me enamoré de ella —dice, con la voz quebrándose—. Ella también me ama, y le prometí que la sacaría de allí. Ahorré cada dólar extra que tenía. Planeaba comprar su contrato.

Valentin inclina ligeramente la cabeza. —¿Pensaste que te la darían?

—Pensé que podrían escuchar. Llevé efectivo cuando hice la oferta —la voz de Petrov se tensa con humillación recordada—. Se rieron y

dijeron que yo no pertenecía a su mundo. Podía alquilarla de por vida, pero nunca sería dueño de nada.

Inhalo por la nariz, tratando de mantener a raya las náuseas. Petrov lo nota. —Sé cómo suena eso —dice rápidamente—, pero ella no era una propiedad para mí. Quería que estuviera a salvo. Habría dado cualquier cosa.

Valentin da un paso adelante. Su sombra cae sobre las rodillas de Petrov. —Así que me ofreciste a mí en su lugar.

Él niega con la cabeza. —No. No fui a buscarlo. Vanya vino a mí. Ya lo sabía todo: mis visitas, el nombre de Felicia y lo que le ofrecí al cártel. Dijo que la compraría si yo le ayudaba.

Valentin no parpadea. —¿Y le creíste?

—No, y le dije que nunca haría algo así.

Frunzo el ceño. —Desde luego que cambiaste de opinión.

Él inclina la cabeza por un momento antes de levantar la mirada para encontrarse con la mía. —No lo entendéis. Me llamó esta mañana y me dijo que ella ya estaba fuera. La compró anoche y la llevó... a algún sitio. Me envió una foto de ella sosteniendo el periódico de hoy con una pistola en la cabeza. Cuando llamó, dijo que estaba a salvo, pero no por mucho tiempo —sus manos tiemblan en las ataduras, y puedo ver el sudor acumulándose en sus sienes.

Una simpatía reticente me golpea mientras imagino estar en esa posición.

Valentin no da ninguna indicación de cualquier emoción que pueda estar sintiendo más allá de la continua ira. —¿Qué pasó después?

—Sabía de la cita de la señorita Elliott y me dijo que le dejara entrar por la puerta trasera. Dijo que si no lo hacía, recibiría más partes de Felicia por correo —se ahoga con un sollozo—. Un mensajero llegó un minuto después con un paquete que contenía el dedo medio

izquierdo de ella. Sé que es suyo porque tiene una marca de nacimiento en el nudillo.

Presiono mi mano contra mi estómago para calmar una oleada de náuseas mientras los bebés se mueven dentro de mí. La compasión me hace cerrar los ojos. No puedo evitar imaginarme en ese escenario, recibiendo uno de los dedos de Valentin y siendo obligada a hacer algo horrible solo para intentar salvar su vida.

—No quería hacerlo —dice Petrov—. Gané tiempo, pero él sabía que cedería. Cuando recibí un segundo dedo una hora después, su meñique esta vez, lo hice.

Durante un largo momento, nadie habla. Valentin lo mira como si ya estuviera muerto, y no creo que sea solo una actuación. Su silencio es más frío que una bala. Entonces Valentin me mira. Su mandíbula se tensa, y sus ojos me dicen que ya sabe lo que hay que hacer.

La traición me enferma. El hombre en quien confié con mi salud y la vida de mis hijos nos expuso voluntariamente al peligro, pero bajo mi ira, reconozco el dolor crudo en la voz de Petrov y el amor desesperado que lo llevó a tomar una decisión tan terrible.

El amor hace que la gente haga cosas imperdonables. ¿No es eso lo que impulsa toda esta vendetta? El amor por Katya transformó a Vanya en un odio destructivo y consumidor. El amor por nuestros hijos alimenta la protección despiadada de Valentin, y el amor por Felicia rompe el juramento médico y la brújula moral de Petrov.

Valentin se gira hacia Anton, su decisión aparentemente tomada. —Lleva a Blaire a casa para que podamos terminar con esto.

El significado está claro, aunque no expresado. Petrov no saldrá con vida de esta. Lo que sea que ocurra a continuación sucederá lejos de mi mirada, una última cortesía que Valentin extiende para mantener alguna ilusión de mi inocencia.

Mientras Anton se coloca a mi lado, pongo mi mano en el brazo de Valentin, sintiendo la tensión acumulada bajo su chaqueta. —No te

estoy pidiendo que lo perdones —digo, con voz firme a pesar de la enormidad de lo que está sucediendo—, pero esa mujer, si es real, merece su libertad. Cualquiera de ellas que siga cautiva la merece.

Valentin no responde inmediatamente mientras estudia mi rostro con una intensidad que ve más allá de toda pretensión. Luego su asentimiento llega, tenso y definitivo. —La encontraré a ella y a las demás.

No es misericordia porque Valentin no hace misericordia, pero es algo cercano a ella, un reconocimiento de que los sistemas de explotación dañan a más personas que solo las directamente en nuestro camino. Mientras se llevan a Petrov, sus susurrados agradecimientos enterrados bajo sus sollozos, me pregunto qué dice de mí que pueda ser testigo de esto y aún así volver a la cama de Valentin esta noche.

¿Qué significa que entienda tanto el amor desesperado del doctor como la protección despiadada de Valentin? ¿Que pueda condenar la traición mientras reconozco la humanidad que la impulsó?

Decido no darle vueltas. Estar con Valentin significa aceptar algunas verdades desagradables, y me niego a vivir sin él. Con una última mirada hacia el doctor sollozante, doy media vuelta y me alejo, dejando que Anton me guíe hacia un SUV que espera fuera. Me preparo para escuchar un disparo detrás de mí, pero o bien Valentin está usando un silenciador, o está esperando hasta que me haya ido realmente.

26

Observo a Anton escoltar a Blaire fuera del almacén, con los hombros rígidos por la tensión a pesar de la mano protectora que mantiene sobre su abdomen redondeado. Aparte de una rápida mirada a Petrov, no vuelve la vista atrás, lo que es una pequeña misericordia. Sea lo que sea lo que piense de lo que está a punto de suceder, no necesita presenciarlo. La pesada puerta metálica se cierra con estrépito tras ellos, dejándome a solas con Petrov y varios de mis hombres de mayor confianza.

—Es más fuerte de lo que esperaba —dice Kuzma en voz baja, rompiendo el silencio momentáneo—. La mayoría no habría exigido venir en primer lugar.

—Ella no es como la mayoría de las mujeres. —Vuelvo mi atención al asunto en cuestión: el médico que nos traicionó, que puso en peligro todo lo que he llegado a valorar más allá del negocio y el poder.

Lo rodeo lentamente para aumentar su miedo. Hace cuatro semanas, este hombre sostenía la sonda de ultrasonido que reveló el sexo de nuestros hijos. Hace dos semanas, confirmó su continuo desarrollo saludable. Hoy, desactivó los protocolos de seguridad para permitir a mi hermano gemelo acceder a la mujer embarazada que lleva a mis herederos.

—La traté bien —dice, con la voz ronca—. Médicamente, quiero decir. Nunca comprometí su atención. Debe creerme.

Continúo rodeándolo, sin decir nada. El almacén huele a óxido y agua salada, con la humedad de Miami filtrándose por las grietas de las paredes de metal corrugado. Este edificio una vez almacenó contenedores de envío antes de que mi organización lo adquiriera para propósitos más especializados. El suelo de hormigón ha sido lavado a presión innumerables veces, pero aún conserva manchas más oscuras donde ciertas manchas resultaron difíciles de eliminar.

—Por favor —continúa Petrov, con desesperación claramente creciente mientras mi silencio se prolonga—. Sabía que no le haría daño. Vanya prometió que solo quería verla, entender qué tenía de especial.

Esto detiene mi paseo. —Mi hermano no hace promesas. Hace amenazas y tratos.

La traición es más profunda porque fue personal. Petrov puso en peligro a Blaire y a nuestros hijos no nacidos por amor. Una mujer llamada Felicia, a quien no podía proteger por medios legítimos, se convirtió en su justificación para arriesgar todo lo que valoro. Puedo entender su elección, pero no lo compadezco ni lo perdono. El costo de esa elección es demasiado alto.

—¿Por qué confiaría en ti después de esto? —pregunto, genuinamente curioso por su proceso de pensamiento—. ¿Imaginaste que no habría consecuencias?

Niega con la cabeza, con lágrimas brotando de sus ojos. —Sabía que las habría, pero no entiendes lo que es ser impotente y amar a alguien que no puedes proteger.

Se me escapa una risa aguda y sin humor. —¿Creíste que yo no entendería eso? ¿Cuando he pasado meses asegurando la seguridad de Blaire, reconstruyendo protocolos de seguridad después de cada

intrusión de Vanya, y viéndola llevar niños que representan todo lo que nunca pensé que querría?

—Es diferente. Felicia no tiene a nadie más que a mí. Sin recursos, sin familia y sin protecciones. La lastiman cuando los clientes se quejan. La amenazaron con venderla a un cártel en México si su "rendimiento" disminuía. ¿Qué habrías hecho tú?

—Deberías haber acudido a mí —digo simplemente—. Si hubieras pedido ayuda, te la habría dado para evitar que me traicionaras. Habría confiado en ti si hubieras sido transparente sobre el problema, incluyendo la influencia que mi hermano tenía sobre ti. Tengo recursos en toda esta ciudad y conexiones que sus captores colombianos solo podrían soñar. En cambio, elegiste a Vanya, la única persona garantizada a utilizar esta información para dañar en lugar de ayudar.

Los hombros del doctor se hunden aún más. —No sabía en quién confiar, y Vanya me encontró primero. La tenía en su poder y me envió sus dedos, por el amor de Dios. ¿Podrías haberte resistido a semejante amenaza si hubiera sido la Srta. Elliott?

Ignoro esa pregunta. —Él sabía sobre ti y tu mujer porque me estudió a mí, mis operaciones y mis debilidades durante trece años. Eras una vulnerabilidad que identificó y explotó. —Me detengo directamente frente a él—. Háblame de ella. Todo.

—¿Felicia? —Un destello de esperanza aparece en sus ojos ante mi aparente interés—. Es brasileña originalmente pero con madre rusa, así que habla portugués, ruso e inglés. Tiene treinta y un años ahora y es brillante a pesar de tener poca educación formal. La trajeron aquí hace quince años después de la muerte de su madre, y su padre había muerto años antes. No tenía a nadie, pero le prometieron un trabajo de bailarina que resultó ser algo muy diferente.

—¿Dónde está retenida ahora? —pregunto, centrándome en la preocupación inmediata. Si Vanya la tiene, necesitamos movernos

rápidamente.

Petrov niega con la cabeza, con angustia clara en sus ojos. —No lo sé. No me lo dijo. Solo me envió los dedos. Luego llamó a mi teléfono para decirme que le permitiera entrar en la clínica. Dijo que me enviaría un mensaje cuando cumpliera sus órdenes para darme su ubicación.

—¿Normalmente la mantienen en Club Azul? —Necesito cualquier pista que podamos seguir.

—Sí, tercer piso, habitación 312. Miguel Hernandez gestiona ese piso —dice Petrov, los detalles fluyendo rápidamente ahora que cree que la cooperación podría salvarla—. Trabaja de martes a domingo por la noche. Los lunes son sus días libres. Es cuando la veo con más frecuencia, pero aun así me hacen pagar por ello incluso en sus días libres. Pagaría lo que fuera.

Intercambio una mirada con Kuzma, quien entiende la implicación inmediatamente. Si Vanya la sacó de Club Azul, o tiene un acuerdo con los colombianos o creó uno mediante la fuerza. De cualquier manera, complica nuestra búsqueda. —¿Tienes alguna forma de contactar con Vanya? —pregunto, estudiando el rostro de Petrov en busca de signos de engaño.

—No. Él me llamó. —La voz de Petrov se quiebra—. No me había enviado un mensaje con su ubicación antes de que tus hombres me llevaran, y no tuve oportunidad de coger mi teléfono.

—¿Dónde está tu teléfono?

—En el cajón superior derecho de mi escritorio. El código del cajón es 9271, y el código de mi teléfono es el mismo.

Asiento a uno de mis hombres, que parte inmediatamente para recuperar el teléfono. Rastrear a Felicia ahora se convierte en nuestra prioridad, no por el bien de Petrov, sino por el de la mujer, porque Vanya raramente mantiene a sus rehenes vivos durante mucho tiempo una vez que han cumplido su propósito.

—¿Puedes pensar en alguna ubicación que Vanya haya mencionado, aunque sea de pasada? ¿Algún detalle sobre desde dónde podría estar operando? —continúo mi interrogatorio, rodeando lentamente la silla de Petrov.

—No, nada. Me llamó tres veces, primero para hacer su oferta cuando envió el dedo, luego una hora después tras recibir el segundo dedo para confirmar que lo dejaría entrar en la clínica. La última llamada fue para decirme que estaba esperando en la puerta trasera. —Petrov mira al suelo, derrotado—. No sé dónde está.

La tensión en el almacén aumenta a medida que llegamos a un aparente callejón sin salida. Encontrar el escondite de Vanya ha sido imposible durante trece años. Es cuidadoso y nunca se queda en ningún lugar el tiempo suficiente para establecer patrones.

Unos minutos después, suena el teléfono de Kuzma con una llamada de Kostya, el hombre que envié a buscar el teléfono. Lo pone en altavoz, y mi hombre dice: —Hay un mensaje aquí, enviado hace unos diez minutos. Dice: *4731 Mangrove Drive, Almacén 9. Ven solo si quieres lo que queda de ella.*

Mi propio teléfono vibra segundos después. Lo saco del bolsillo para encontrar un mensaje esperando: *Hola, hermano. Siempre cumplo mi palabra, a diferencia de ti. Saluda al buen doctor de mi parte. Sé que está contigo, aunque no sé dónde. Todavía.*

Frunzo el ceño ante la pantalla. De alguna manera Vanya sabe que tengo a Petrov, lo que significa que debe habernos visto llevarlo desde la clínica.

—Que Viktor vaya a la dirección inmediatamente —le digo a Kuzma —. Equipo táctico completo con enfoque sigiloso. Extraed a la mujer pero no os enfrentéis directamente a Vanya si lo veis. Probablemente sea una trampa.

—Señor, si la están reteniendo en un nuevo lugar, esa dirección podría ser territorio de Club Azul. Intervenir allí podría desencadenar

una guerra con los colombianos —advierte Kuzma.

—Soy consciente de ello. —Sopeso las opciones rápidamente. El cártel ha sido un socio comercial útil a veces, pero nunca un aliado —. Autoriza a Viktor a ofrecer compensación en armamento si se ve confrontado. El último envío desde Ucrania debería ser suficiente.

—¿Y si lo rechazan?

Encuentro la mirada de Kuzma. —La sangre habla cuando el dinero falla. Cualquier miembro del cártel involucrado en trata de personas es prescindible. Acabad con todo.

Kuzma asiente, comprendiendo la profundidad de la orden. Hemos mantenido una paz incómoda con los colombianos durante años, pero la participación de Vanya lo cambia todo. Si se han aliado con él contra mí, han elegido su bando en una guerra que no pueden ganar.

—Mientras extraen a Felicia, que otro equipo asalte Club Azul. Envía también a Kostya. Que liberen a cualquier mujer retenida allí, asegúrense de que ninguna permanezca como rehén o medio de presión. Quemad su operación hasta los cimientos si es necesario.

—Eso es una declaración de guerra —dice Kuzma, ya tecleando órdenes en su teléfono seguro.

—Si se han puesto del lado de Vanya, la guerra ya ha comenzado. Simplemente la estoy reconociendo. —Vuelvo a mirar a Petrov, que observa nuestro intercambio con una mezcla de esperanza y terror —. Asegúrate de que las mujeres reciban atención médica y paso seguro fuera del país si lo desean. Nuevas identidades, dinero y nuevos comienzos, tanto si se quedan como si se van.

—¿Y Hernandez?

—Haz un ejemplo. —La orden no requiere más explicación. Kuzma entiende el nivel de respuesta requerido.

Los hombros de Petrov se relajan con alivio. —¿De verdad vas a ayudarla?

—Voy a encontrarla como le dije a Blaire que haría —corrijo—. Si está viva cuando lo hagamos depende de la rapidez con que mis hombres lleguen a esa dirección.

—Gracias —susurra, con lágrimas corriendo por su rostro—. Pase lo que pase conmigo, gracias por intentar salvarla.

Su gratitud no significa nada. El doctor traicionó una confianza sagrada, acercando a Vanya a Blaire. La línea ha sido cruzada, y no hay vuelta atrás. Algunas traiciones no pueden perdonarse, independientemente de la motivación detrás de ellas.

—¿Dolerá? —pregunta, el médico en él logrando una última pregunta clínica.

Saco la pistola con silenciador de mi chaqueta. —No.

La ejecución es rápida, el disparo en la cabeza silenciado y limpio. El cuerpo de Petrov se desploma hacia adelante contra las ataduras, una pequeña herida de entrada en su sien la única marca visible de violencia sin drama. No inflijo sufrimiento prolongado porque matarlo no se trata de eso. Si nos hubiera vendido por dinero, habría sido diferente, pero tengo cierta... empatía por su posición, así que lo termino rápidamente. Eliminar a Petrov es simplemente necesario para eliminar una amenaza de seguridad.

—Déjalo donde los hombres de Vanya lo encontrarán —le digo a Kuzma—. No se requiere mensaje adicional. —Dudo que a Vanya le importe, probablemente ya sabiendo que mataría al doctor antes de involucrarlo, pero en caso de que tenga alguna duda sobre mi respuesta, quiero que lo sepa.

Kuzma asiente, ya coordinándose con el equipo de limpieza. Este no es el primer cuerpo que organiza como mensaje, ni será el último. Vanya entenderá el significado cuando vea quién ha sido eliminado. El cuerpo mismo es declaración suficiente.

Miro mi reloj mientras salimos del almacén. Ha pasado menos de una hora desde que Blaire partió con Anton. Estará de vuelta en la finca a salvo ahora y probablemente ansiosa por noticias. La noche de Miami se ha vuelto húmeda, amenazando con lluvia que complicará tanto la eliminación del cuerpo como las operaciones tácticas.

En la parte trasera del SUV, mi teléfono vibra con una actualización del equipo de extracción. Han llegado a la dirección del almacén y han encontrado a Felicia, herida pero viva. Sin señales de Vanya, como era de esperar. La dejó y huyó antes de nuestra llegada. El equipo está proporcionando atención médica para sus dedos amputados y transportándola a nuestra instalación médica segura.

Compongo un mensaje para Blaire, sabiendo que querrá confirmación: *"Está libre. Todas lo estarán pronto."*

Su respuesta llega unos minutos después: *"Gracias."*

No es absolución ni perdón por la ejecución que acabo de ordenar, pero es suficiente: reconocimiento de que algo bueno surgió de esta fea necesidad. Blaire entiende qué tipo de hombre soy y en qué mundo ha elegido permanecer. No aprueba la violencia, pero reconoce su ocasional necesidad.

Cierro el mensaje y me reclino en el asiento, permitiéndome un momento de agotamiento antes de centrarme en lo que viene después. Petrov se ha ido, y la filtración está cerrada, pero el peligro está lejos de terminar. Vanya ha escalado de amenazas a acción directa, entrando físicamente en la clínica donde Blaire recibía atención médica, parado lo suficientemente cerca como para tocarla y dañar a nuestros hijos si esa hubiera sido su intención para la reunión.

El tiempo para medidas defensivas ha pasado. Ahora es mi turno en este juego mortal que hemos jugado durante trece años.

Esta vez, tiene que terminar.

27

Para cuando Valentin regresa a nuestra suite compartida, le estoy esperando en el balcón que da a los extensos terrenos. El aire nocturno trae el aroma a jazmín del jardín de abajo, un contraste con el almacén estéril donde vi a Valentin por última vez. Me he duchado y cambiado desde entonces, intentando lavar el recuerdo de la desesperación del Dr. Petrov, pero algunas manchas no se limpian tan fácilmente.

Oigo los pasos de Valentin detrás de mí, lentos y seguros como siempre. No me giro, dándole tiempo para decidir cómo abordar este momento. Ya no hay necesidad de eufemismos vagos o miradas desviadas entre nosotros. Presencié suficiente del interrogatorio para entender lo que tenía que pasar y lo que él nunca permitiría que volviera a ocurrir.

Se une a mí en la barandilla, rozando su hombro contra el mío mientras contempla la propiedad iluminada por la luna. Sus primeras palabras no son sobre Petrov en absoluto. —He recibido una actualización de camino a casa. Las mujeres del Club Azul han sido extraídas de forma segura y reubicadas —dice, con voz firme y objetiva—. Eran siete más Felicia. Están en ruta hacia una casa segura.

Asiento. —Ocho debe de ser nuestro número de la suerte —digo con una ligera sonrisa. A pesar del estrés del día, mi sonrisa es genuina, gracias a las ocho mujeres liberadas de la esclavitud sexual por lo que ocurrió hoy. Son ocho vidas que podrían encontrar nuevos caminos porque Valentin lo hizo posible, y porque Petrov amaba tan profundamente a su mujer.

—Felicia se recuperará —dice—. El médico dice que no se pueden reimplantar sus dedos, pero las heridas fueron cauterizadas adecuadamente para prevenir infecciones. Está sedada por ahora.

—¿Le dirán lo de Petrov? —pregunto, mis primeras palabras desde que se unió a mí.

Valentin lo considera, golpeando ligeramente con los dedos sobre la balaustrada de piedra. —Sí. Merece la verdad, aunque esperaremos hasta que esté estable.

La amabilidad práctica en su respuesta me sorprende, aunque quizás no debería. La brutalidad de Valentin siempre ha sido selectiva, dirigida, y nunca crueldad casual por el simple hecho de serlo. —¿Qué pasará con los colombianos? —me giro ligeramente para estudiar su perfil a la luz de la luna—. ¿Los que eran dueños de las mujeres?

—O aceptarán compensación o exigirán guerra —su tono sigue siendo conversacional, como si estuviera discutiendo previsiones de negocios en lugar de un potencial derramamiento de sangre—. Les he ofrecido armas de grado militar de nuestro último envío ucraniano. El valor de mercado supera lo que ganarían con las mujeres en dos años.

—¿Y si se niegan?

Se encoge de hombros, un gesto casi elegante en su simplicidad. —No tienen suficientes soldados para enfrentarse a nosotros. Harán teatro, lanzarán amenazas y quizás intenten un ataque de represalia.

Luego aceptarán las armas. En ese momento, reduciré la oferta en un tercio para compensar sus rabietas.

Su despreocupación sobre la guerra debería perturbarme más de lo que lo hace. En cambio, me encuentro asintiendo, aceptando su evaluación como he llegado a aceptar tantos aspectos de su mundo. —¿Qué hay de las mujeres? ¿Qué les pasa ahora?

—Nuevas identidades para quienes las quieran. Dinero para empezar de nuevo, donde elijan —se gira para mirarme completamente, su expresión suavizándose—. Felicia recibirá una consideración especial, dado lo que Vanya le hizo.

—Su trauma no desaparecerá con nuevos pasaportes y cuentas bancarias —digo en voz baja, pensando en las mujeres heridas que están siendo transportadas a un lugar seguro mientras hablamos—. Las cosas que han sufrido...

—La *Bratva* no proporciona servicios de consejería —interrumpe Valentin, con un toque de diversión en sus palabras.

—Quizás debería —pongo mi mano sobre la suya en la barandilla, sintiendo el calor de su piel contra el frío de la noche—. Al menos para estas mujeres. Después de lo que han pasado, la ayuda profesional podría significar la diferencia entre escapar realmente y llevar cadenas invisibles para siempre.

Valentin me estudia con esa mirada penetrante que parece ver más allá de toda pretensión. —¿Estás sugiriendo que organicemos consejeros de trauma?

—Sí —sostengo su mirada firmemente, consciente de que el concepto suena ridículo —la *Bratva* teniendo consejeros disponibles para las víctimas— pero segura de que verá la necesidad en este caso. Si no, probablemente cederá y me dejará tener esto de todos modos, pero no quiero abusar de ese superpoder—. Deberías tenerlos para quienes elijan quedarse y recuperarse en la casa

segura donde tu equipo las está llevando. Es lo correcto, y es lo que yo querría si estuviera en su lugar.

Lo considera por un largo momento, con expresión ilegible. Luego un leve asentimiento, casi imperceptible. —Haré que Kuzma encuentre profesionales adecuados. Discretos que entiendan la necesidad de confidencialidad. Quizás con alguna de las organizaciones benéficas contra el tráfico sexual de la zona.

La pequeña victoria me reconforta a pesar del fresco aire nocturno. Así es como ocurre el cambio en el mundo de Valentin, no a través de grandes posicionamientos morales sino a través de sugerencias discretas que apelan a su sentido pragmático y ocasionales destellos de compasión.

Permanecemos en un cómodo silencio durante varios minutos, observando cómo las patrullas de seguridad se mueven como sombras a través de los terrenos iluminados por la luna abajo. —No puedo dejar de pensar en el Dr. Petrov —digo finalmente, expresando el pensamiento que ha estado rondando desde que dejamos el almacén—. No en lo que le pasó, sino en por qué ocurrió. Cómo el amor por alguien le hizo traicionar todo lo demás que valoraba.

La mano de Valentin se tensa ligeramente bajo la mía. —El amor convierte en tontos a las personas inteligentes. Por eso la *Bratva* tradicionalmente desalienta los vínculos románticos.

—¿Es eso lo que soy para ti? —pregunto, surgiendo la cuestión antes de que pueda reconsiderarla—. ¿Un vínculo tonto?

Se vuelve hacia mí, su expresión seria bajo la luz de la luna. —Eres la excepción a cada regla por la que he vivido. El único vínculo que he considerado que vale la pena el riesgo —la confesión queda suspendida entre nosotros. En el mundo de Valentin, tal vulnerabilidad es más significativa que lo que cualquier declaración florida de amor podría ser jamás—. Ven —dice después de un

momento, guiándome de vuelta a nuestra suite—. Necesitas descansar. Los bebés necesitan descansar.

Le permito llevarme dentro, sintiendo la fatiga. El embarazo con octillizos exige más sueño del que mi cuerpo parece dispuesto a dar, especialmente con el constante murmullo de fondo del peligro que nos rodea.

Mientras me preparo para ir a la cama, tomando vitaminas para el embarazo y hidratante para mi piel que se estira, observo a Valentin comprobar la seguridad de la habitación. Prueba las ventanas, confirma los sistemas de alarma y coloca una pistola al alcance de la mano en su mesita de noche. Nunca se relaja realmente, y me siento culpable por encontrar confort en ello.

—¿Crees que estaremos seguros aquí? —pregunto mientras me deslizo bajo las sábanas, mi vientre creciente hace que las posiciones cómodas sean cada vez más escasas.

—Por ahora —se une a mí, su peso creando un tranquilizador hundimiento en el colchón—. Podríamos considerar trasladarnos a la finca rural aunque no esté completamente renovada, si surge la necesidad. La escritura de ese lugar está a nombre de una sociedad pantalla propiedad de otra sociedad pantalla con sede en las Islas Caimán.

Sonrío un poco. —Por supuesto que lo está.

—Aunque no creo que sea necesario reubicarnos. Esta propiedad es una fortaleza por sí misma, y —toma mi mano bajo las sábanas— esto terminará pronto.

La inferencia no expresada queda suspendida entre nosotros de que esto solo termina con la muerte de Vanya. No hay compromiso posible, ni resolución pacífica para un odio forjado durante trece años.



La tarde siguiente nos encuentra en la terraza resguardada, yo recostada en una tumbona mientras Valentin se sienta a mi lado, su mano descansando protectoramente sobre la curva de mi vientre donde un bebé particularmente activo —una niña, según la ecografía — realiza lo que se siente como volteretas bajo su palma.

—Es fuerte —dice, con un toque de orgullo coloreando sus palabras —. Como su madre.

—No, es como su padre —ajusto ligeramente mi posición, tratando de aliviar el persistente dolor de espalda que acompaña el llevar ocho vidas en crecimiento—. Creo que es ella quien me mantiene despierta por la noche, aunque por una razón diferente.

Se ríe. —Entonces será una noctámbula. Eso es útil para alguien en el negocio familiar.

Levanto una ceja. —¿Y qué negocio sería ese, exactamente? ¿Tráfico de armas o promoción inmobiliaria?

La sonrisa de Valentin transmite una rara ligereza. —Lo que ellos elijan. Los ocho.

La momentánea paz entre las amenazas de Vanya nos permite esta rara conversación sobre el futuro, sobre nombres y personalidades que imaginamos para nuestros hijos. Hemos estado enumerando posibilidades, nombres tradicionales rusos que Valentin sugiere, americanos que yo prefiero, y compromisos entre los dos.

—No Valentin Junior —insisto, observando su expresión con diversión—. Un Valentin en la familia es suficiente.

—¿Qué tal Dmitri? —sugiere—. ¿Por mi padre?

Dudo, conociendo la complicada historia allí. —¿Quieres ponerle a nuestro hijo el nombre de alguien que te enfrentó a tu hermano?

Su expresión se nubla ligeramente, luego se aclara con sorprendente honestidad. —No. Tienes razón.

—¿Cómo era? —pregunto con cuidado—. ¿Tu padre?

Valentin permanece callado durante tanto tiempo que creo que podría no responder. Luego me sorprende compartiendo recuerdos de su infancia. Sus dedos trazan suaves patrones en mi vientre mientras describe cómo su padre destruyó sistemáticamente su vínculo fraternal a través de una competencia fabricada, recompensas deliberadamente repartidas de manera desigual, y constantes comparaciones que posicionaban a Valentin como inherentemente superior simplemente porque nació ocho minutos antes.

—Me daría un juguete nuevo mientras Vanya miraba —recuerda Valentin, con expresión distante por el recuerdo—. Luego cuando Vanya pedía uno, él decía 'Los líderes no comparten. Deja que tu hermano trabaje por lo suyo'.

La crueldad casual de ello me asombra. —Eso es horrible. Erais niños.

—Éramos herederos de un imperio —corrige, aunque sin defender la práctica—. Dmitri creía que la bondad criaba debilidad, y la debilidad te mataba en nuestro mundo.

—¿Y funcionó? ¿Convertirte en lo que él quería?

La mano de Valentin se detiene en mi estómago donde uno de los bebés, quizás respondiendo a su voz, da una patada firme contra su palma. —Sí y no. Me convertí en el líder que él quería, pero a costa de mi hermano. Eso no era necesario. No le haré eso a nuestros hijos —promete con feroz determinación, sus palabras llevando el peso de una convicción absoluta—. Nuestros hijos comparten exactamente la misma sangre y no se les enseñará a verse entre sí como rivales o amenazas. Serán familia primero, siempre.

La inesperada ternura en su expresión mientras habla de nuestra futura familia me conmueve. A pesar de las extraordinarias circunstancias de nuestro encuentro, a pesar del peligro que aún nos

rodea, estos ocho bebés tendrán algo invaluable: un padre determinado a romper patrones generacionales de competencia tóxica, y una madre que entiende la importancia de los vínculos familiares después de perder a su propia hermana.

—Las niñas estarán unidas —predigo, imaginando cuatro pequeñas caras idénticas con los ojos de Valentin y mi obstinada barbilla—. Y los niños también, pero me pregunto si se dividirán por género o se mezclarán.

—Formarán sus propias alianzas —dice—. Afinidades naturales basadas en la personalidad en lugar de distinciones arbitrarias. Así es como debería ser.

Mientras el crepúsculo se profundiza a nuestro alrededor y las patrullas de seguridad rodean el perímetro de la propiedad con precisión de relojería, me permito imaginar nuestro futuro más allá de las amenazas de Vanya. Imagino un hogar caótico y alegre con ocho niños criados para ser aliados en lugar de adversarios, apoyados por padres que se eligieron mutuamente a pesar de todas las razones prácticas para no hacerlo.

—Necesitaremos una casa más grande —digo, mirando los terrenos de la finca—. Ocho cunas no caben en ninguna habitación infantil normal.

—Convertiremos el ala este —dice Valentin como si ya lo hubiera planeado—. Cuatro habitaciones conectadas a través de un área de juego central. Niños a un lado, niñas al otro, hasta que sean lo suficientemente mayores para que se consideren sus preferencias.

La forma casual en que me incluye en estos planes, la suposición de que estaré allí para estas decisiones, me llena de una felicidad inesperada. Ya no hay conversaciones sobre contratos o acuerdos temporales. Lo que comenzó entre nosotros ha evolucionado a algo permanente, algo a la vez aterrador y maravilloso.

—¿Y dónde estaremos nosotros? —pregunto, observando su rostro cuidadosamente—. ¿En esta visión del futuro?

—Lo suficientemente cerca para oírlos si nos necesitan —dice sin dudar—. Lo suficientemente lejos para mantener algo de privacidad.

La respuesta práctica me hace sonreír. —Perfecto.

Toma mi mano, su expresión volviéndose seria de nuevo. —Primero, eliminamos la amenaza. Nada más importa hasta que Vanya ya no sea una preocupación.

El recordatorio de nuestra realidad actual me serena pero no borra el calor de nuestra visión compartida. La fantasía se siente frágil dados los peligros que nos rodean, pero por este momento, bajo el cielo estrellado, parece tentadoramente posible.

28

Una semana después, hago girar entre mis dedos el reloj de bolsillo roto, sintiendo el peso de su historia. Este reloj perteneció a nuestro padre. La caja de oro está abollada, el cristal hecho añicos en la lucha que acabó con su vida hace trece años.

—Es hora —le digo a Kuzma, que está junto a la ventana de mi despacho, con la tensión visible en sus hombros cuadrados a pesar de su expresión neutra.

—¿Está listo el mensaje? —pregunta, aunque conoce la respuesta.

—Sí. —Coloco el reloj sobre mi escritorio, su esfera rota captando la luz de la mañana—. ¿Están completos los preparativos en el edificio?

—Cada detalle según lo especificó. —Kuzma se mueve ligeramente, la única indicación de su incomodidad con mi plan—. La vigilancia está operativa y las líneas de visión despejadas. Tenemos seis hombres posicionados en puntos estratégicos. El interior ha sido preparado exactamente según sus especificaciones.

—¿Y el equipo secundario?

—En espera. Se moverán en el momento en que usted dé la señal.

Asiento, satisfecho con los arreglos. Después de trece años de defensa reactiva contra los ataques periódicos de Vanya, por fin estoy tomando el control de la confrontación. El mensaje que estoy a punto de enviar le provocará deliberadamente, atrayéndole a un terreno de mi elección.

Accedo al canal de comunicación cifrado creado en nuestra adolescencia, una reliquia digital de antes de que nuestra hermandad se fracturara. La contraseña sigue sin cambios, ya que ninguno de nosotros se molestó en restablecerla después de nuestra ruptura. Quizás una parte de nosotros siempre supo que llegaría este día.

Mis dedos se mueven deliberadamente por el teclado: *Ella vio la oscuridad y se quedó. Los niños viven. Ven a terminar lo que empezaste y donde lo acabaste a las 9 p.m.*

Adjunto están las coordenadas GPS que conducen a la oficina corporativa abandonada de nuestro padre en las afueras de Coral Gables, el mismo lugar donde Vanya mató a Dmitri, escenificándolo como un golpe colombiano. El simbolismo no es sutil.

—Sospechará que es una trampa —dice Kuzma, observándome mientras envío el mensaje.

—Por supuesto. —Cierro el portátil con determinación—. Vendrá de todos modos.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

Me levanto de mi escritorio, con los músculos de la espalda rígidos tras horas de planificación. —Porque es Vanya. El orgullo y el odio son motivadores más poderosos que la autopreservación. —Me acerco a la ventana, mirando los terrenos de la finca donde Blaire atiende su jardín, felizmente ajena a mis planes—. No podrá resistirse.

—¿Debería avisar a la señorita Elliott? —pregunta con cuidado.

Lo considero brevemente. Blaire merece honestidad, pero esta confrontación conlleva riesgos que prefiero que no contemple mientras lleva a nuestros hijos. —Dile que estoy manejando un asunto empresarial importante. Nada más. —La mentira se asienta incómodamente en mi lengua—. Si todo va según lo planeado, cuando regrese, habrá terminado, y se lo contaré entonces.

Su rostro permanece impasible, pero detecto el más mínimo destello de preocupación. No es por mí, sino por lo que el fracaso podría significar para Blaire y los niños por nacer si yo no lo consigo.

—Quiero una conexión directa de vigilancia a mi teléfono —añado—. Monitorea sus movimientos mientras estoy fuera. Duplica la seguridad de la finca y no corras riesgos innecesarios.

—Por supuesto. —Hace una pausa y añade—: ¿Necesitará apoyo en la reunión misma?

—Nadie entra en la habitación conmigo. Esto es entre hermanos. —La palabra sabe amarga—. Posiciona a nuestra gente alrededor para contención, pero la confrontación en sí debe ser privada.

Paso el resto del día ultimando los preparativos, revisando los planos del edificio, las posiciones de seguridad y los escenarios potenciales. Al anochecer, todo está en su lugar.

Antes de partir, encuentro a Blaire en nuestro dormitorio, sus manos trazando suaves círculos sobre su abultado abdomen donde nuestros ocho hijos crecen improbablemente más grandes cada día. La visión de ella, pacífica y centrada en la vida en lugar de la muerte, debilita momentáneamente mi determinación. Quizás hay otra manera de acabar con esto.

—¿Te vas? —pregunta, notando mi traje.

—Una reunión que no puedo evitar. —Mantengo mi voz neutral, sin revelar nada de la confrontación que se avecina—. No debería tardar mucho.

—¿Algo importante?

—Mucho. —Me acerco a ella, colocando mi mano sobre la suya donde descansa en su vientre. Uno de los bebés, imposible saber cuál, da una patada firme contra mi palma—. No es nada de lo que debas preocuparte.

Ella estudia mi rostro con la perspicacia que primero me atrajo hacia ella, mirando más allá de mi sólido exterior hacia la tensión debajo. —Valentin, ¿qué es lo que no me estás contando?

Por un momento, considero revelarle que esta noche me reúno con el hermano que ha amenazado su vida y el futuro de nuestros hijos. En cambio, beso su frente suavemente. —Te lo explicaré cuando regrese. Por ahora, confía en mí.

Su expresión sugiere que sabe que estoy ocultando información, pero asiente. —Ten cuidado.

—Siempre.



Llego al edificio de oficinas abandonado una hora antes de la hora programada para la reunión, para poder completar una inspección final del perímetro. Seis de mis hombres más confiables están posicionados estratégicamente, lo suficientemente visibles para demostrar fuerza pero lo suficientemente ocultos para evitar amenazar inmediatamente a Vanya cuando llegue.

El edificio parece intacto desde el exterior, aún llevando el descolorido rótulo de Morozov Import, pero por dentro, ha sido meticulosamente preparado. Las cámaras de vigilancia cubren todos los ángulos, alimentando directamente a monitores seguros y a mi teléfono. Las rutas de escape han sido verificadas y despejadas. La estructura ha sido sutilmente reforzada en ubicaciones clave, asegurando que pueda resistir una posible escalada táctica.

Me dirijo a lo que una vez fue la oficina de nuestro padre en la planta superior del edificio. La habitación permanece en gran parte como estaba el día que murió, aunque despojada de objetos de valor y efectos personales hace años. El escritorio masivo, demasiado pesado para que valiera la pena retirarlo, domina el centro del espacio. Me posiciono detrás de él, completando la simetría del momento.

De mi bolsillo, saco el reloj de nuestro padre y lo coloco deliberadamente sobre la superficie marcada del escritorio. Luego espero, la quietud asentándose en mis huesos con la paciencia de un depredador, que fue una de las primeras lecciones de nuestro padre.

A las nueve en punto, el sistema de seguridad me alerta de movimiento en la entrada sur. Compruebo la transmisión en mi teléfono para verificar que Vanya ha llegado, solo como estaba previsto, aunque podría tener hombres cerca, al igual que yo. Se mueve rápidamente por el edificio, comprobando esquinas y líneas de visión mientras avanza. Incluso a través de la granulosa grabación de vigilancia, las similitudes en nuestros patrones de movimiento son inconfundibles, con un entrenamiento idéntico produciendo resultados idénticos.

Me enderezo cuando los pasos se acercan a la puerta de la oficina. Toda una vida de confrontaciones no me ha preparado para el momento en que la puerta se abre, y me enfrento a mi gemelo después de trece años de enemistad mortal.

La desorientación es inmediata y visceral. Es como mirar en un espejo que refleja no solo la apariencia sino la presencia: la misma altura, constitución y estructura facial. El hombre que entra se mueve como yo me muevo y se mantiene como yo me mantengo. Solo sutiles diferencias nos distinguen, como una cicatriz a lo largo de su mandíbula que yo no comparto, su pelo cortado marginalmente más corto que el mío, y una constitución más delgada por años de vida en movimiento en lugar de poder establecido. No tiene cicatrices en los nudillos como yo. Los ojos

siguen siendo idénticos, el mismo azul glacial que nos marcó como hijos de Dmitri.

—Valentin. —Mi nombre en su voz suena equivocado, como escuchar una grabación de mí mismo con el audio ligeramente distorsionado.

—Vanya. —Permanezco detrás del escritorio, manteniendo la barrera entre nosotros—. Has venido.

—Tu mensaje no era sutil. —Cierra la puerta tras de sí, su pistola visible pero enfundada en su cadera. Su mirada recorre la oficina en una evaluación de seguridad idéntica a la mía, luego se posa en el reloj posicionado entre nosotros—. Veo que recibiste mi entrega. —Sonríe con suficiencia.

—Sí. —Permanezco inmóvil, observándole calcular distancias y ángulos tal como yo estoy haciendo—. Has estado ocupado desde tu regreso a Miami.

Un destello de orgullo cruza sus facciones antes de ocultarlo. —Restablecer viejas conexiones le resulta natural a un Morozov.

—Incluyendo al Dr. Petrov.

—El buen doctor fue decepcionantemente fácil de manipular. —Vanya se adentra más en la habitación, manteniendo una distancia prudente—. Todo lo que hizo falta fue encontrar su debilidad.

—Felicia.

La boca de Vanya se curva en una sonrisa que no llega a sus ojos —mi propia expresión reflejada hacia mí—. —Todos tienen a alguien que les importa más que la autoconservación. Para Petrov, era una puta brasileña en el Club Azul.

—¿Era necesario mutilarla? —pregunto, con auténtica curiosidad en mi voz—. ¿Cortarle los dedos?

—La motivación requiere demostraciones escaladas. —Detiene su movimiento, mirándome directamente—. Tú mismo me enseñaste

esa lección cuando te apoderaste de ese envío colombiano unos meses antes de la muerte de Padre.

—Eso fue negocio. Esto fue personal.

—El negocio siempre es personal para los Morozov. —Su encogimiento de hombros refleja mi propio gesto habitual con tanta precisión que resulta inquietante—. Padre se aseguró de ello.

Le estudio mientras completa su recorrido por la habitación, observando cómo se mueve con la misma energía controlada que yo poseo. Trece años han añadido diferencias que no había anticipado, como una dureza alrededor de su boca, y una vigilancia nacida de años de mirar por encima del hombro. A pesar de nuestras características idénticas, la vida ha tallado hombres diferentes a partir de la misma plantilla.

—¿Por qué volver ahora? —pregunto, aunque conozco la respuesta —. ¿Por qué no mantenerte alejado después de trece años?

—Ocho bebés, Valentin. —Detiene su movimiento, mirándome directamente con ojos idénticos a los míos—. Ocho herederos para continuar el linaje Morozov. Tu linaje. ¿Pensaste que no notaría el simbolismo?

—El número no fue intencional.

—Nada en tu vida es no intencional. —Se acerca más al escritorio, con furia filtrándose a través de su compostura—. Ocho minutos determinaron nuestro destino, y ahora ocho herederos aseguran que nunca reclame lo que debería haber sido igualmente mío.

La ironía no se me escapa. Los octillizos fueron una casualidad médica, no un diseño calculado, pero el simbolismo ahora parece casi predeterminado: ocho minutos separando nuestros nacimientos, y ocho bebés asegurando mi legado sobre su reclamo.

—Podrías haber compartido el negocio —digo, probando su reacción —. En lugar de matar a Padre, podríamos haber formado una

alianza.

La risa de Vanya es áspera, rebotando en las paredes desnudas. —Mentiras. Me habrías traicionado ante él.

—Eso no es cierto.

—¿No lo es? —Su voz se eleva ligeramente, la primera grieta en su compostura—. Te quedaste de brazos cruzados cuando Padre ordenó la ejecución de Katya. No hiciste nada mientras se llevaban a la única persona que me importaba, junto con nuestro bebé, así que, ¿por qué cojones iba a acudir a ti para una alianza? Te odio casi tanto como odiaba al viejo.

La acusación da en el blanco con precisión. Mi silencio me hizo cómplice. Podría haberles advertido y darles tiempo para huir. En su lugar, obedecí. —Fue un error —digo, lo más cercano a una disculpa que puedo ofrecer—. Uno del que me he arrepentido.

—El arrepentimiento no la trae de vuelta. —Aprieta las manos a sus costados—. Nada los trae de vuelta.

—Y nada trae a Padre de vuelta tampoco. Sin embargo, aquí estamos, reviviendo su asesinato en la misma habitación donde lo mataste.

—Se merecía algo peor de lo que recibió. —Los ojos de Vanya destellan con rabia recordada—. ¿Sabes lo que me dijo esa noche? Que debería estar agradecido de que permitiera que Katya viviera tanto tiempo. Que el apego me hacía débil, y que crucé la línea al "dejarla preñada" en lugar de mantenerla como mi puta en el lugar adecuado en mi vida. Me echó en cara que tú nunca cometerías el mismo error.

Recuerdo las secuelas de la muerte de Katya. La furia inconsolable de Vanya era cruda, pero la fría indiferencia de nuestro padre ante su dolor no le permitió cuartel ni desahogo. Recuerdo haber pensado incluso entonces que algo se había roto permanentemente entre

ellos, aunque nunca anticipé cuán completamente se manifestaría esa ruptura apenas unas semanas después.

—Eso no es cierto, y él estaba equivocado —digo en voz baja—. Y le has entregado a él y a tu rabia trece años de tu vida, consumido por la venganza en lugar de construir algo propio.

—¡Porque te lo llevaste todo! —Las palabras explotan desde su interior, resonando en la oficina vacía—. El negocio, los contactos, el respeto... todo lo que debería haberse dividido entre nosotros. Podría haber perdonado eso si no te hubieras llevado a Katya y al bebé.

—No me lo llevé. Tú lo abandonaste cuando clavaste ese cuchillo en su pecho y luego me contaste sobre su ataúd lo que habías hecho. Incluso entonces, habría encontrado la manera de ayudarte. Podríamos haber vuelto a ser hermanos.

Algo cambia en su expresión, un destello de vulnerabilidad que rápidamente suprime. Ahora camina de un lado a otro, con una agitación que anula la disciplina táctica. —¿Qué opción tenía? ¿Quedarme y enfrentar un juicio de la *Bratva*? Ambos sabemos cómo habría terminado.

—Te habría protegido. En aquel entonces, todos pensaban que habían sido los colombianos.

—¿Como protegiste a Katya? —Su risa amarga no contiene humor—. No, hermano. Tomaste tu decisión cuando permaneciste en silencio, sabiendo que él había ordenado a sus hombres matarla, igual que Padre tomó su decisión en el momento en que nací ocho minutos demasiado tarde.

El dolor crudo en su voz crea una fisura inesperada en mi determinación. Por un instante, no veo la amenaza que ha atormentado mis evaluaciones de seguridad durante trece años, sino al niño que una vez compartió mi sangre, mi rostro y mis primeros recuerdos. —No tiene por qué terminar así —digo, las palabras

surgiendo antes de considerarlas completamente—. Podría haber otro camino.

Vanya se queda inmóvil, con la sospecha evidente en su postura. —¿Qué camino? ¿Convertirme en tu subordinado? ¿Aceptar las migajas de tu mesa mientras crías a ocho hijos para asegurarte de que nunca importe en la jerarquía familiar?

—No. Una asociación genuina. Diferentes territorios, operaciones separadas y protección mutua. —La oferta me sorprende incluso a mí, pero lo digo en serio—. El imperio es lo suficientemente grande para dividirse sin disminuir ninguna de las partes, y no me importa que mataras a Padre. Se lo merecía. —Las duras palabras se me escapan, pero no son menos sinceras que mi oferta espontánea—. Lo que nos hizo de niños fue psicótico. Deberíamos habernos criado como hermanos, no como enemigos y competidores.

Por un momento, breve pero inconfundible, algo parecido al anhelo cruza su rostro. Su postura se suaviza imperceptiblemente. Baja los ojos, y vislumbro al hermano que conocí antes de que la rivalidad y el resentimiento nos consumieran a ambos.

—Hermanos —repite, con voz más baja, casi contemplativa. Permanece en silencio durante un largo momento antes de negar con la cabeza—. Tendrás ocho herederos mientras yo no tengo nada. Incluso si me convirtiera en tu hermano como dices, sería tu décima prioridad en el mejor de los casos. Mi herencia sería socavada por ellos...

Su microexpresión cambiando del anhelo a la ira señala su decisión antes de que su cuerpo se mueva. Observo el sutil cambio de peso y la tensión casi imperceptible de sus músculos que delatan su intención un instante antes de ejecutarla.

Alcanza el arma oculta en su espalda. Reacciono antes de que el pensamiento consciente se active, con la memoria muscular tomando el control. El cuchillo asegurado en mi manga cae en mi palma, el mismo diseño de hoja que nuestro padre nos regaló en

nuestro decimosexto cumpleaños. Esquivo el movimiento de Vanya, usando el escritorio como cobertura parcial mientras acorto la distancia con una velocidad que refleja la suya.

La hoja entra con precisión quirúrgica, en ángulo ascendente entre sus costillas, irónicamente, en el mismo lugar donde Vanya apuñaló a nuestro padre hace trece años. Ningún grito dramático sale de su boca. Solo un suave jadeo mientras el reconocimiento se registra en sus ojos al llevarse una mano para tocarse la herida.

Un segundo después, agarra mi chaqueta con dedos resbaladizos por la sangre, su arma cayendo sin disparar al suelo. Durante un momento suspendido, permanecemos unidos, más cerca de lo que hemos estado desde la infancia, hermanos unidos en la forma más íntima de violencia.

—Tú... —comienza, con incredulidad tiñendo esa única palabra.

Lo sostengo cuando sus rodillas se doblan, guiando su cuerpo hacia abajo en lugar de dejarlo caer. La simetría es perfecta y terrible: hermanos unidos en un abrazo que termina con la muerte, tal como nuestro padre siempre predijo. "Un gemelo enterrará al otro", nos dijo una vez, con voz impasible como si hablara del clima y no de fratricidio.

La sangre se extiende en un charco cada vez mayor debajo de nosotros, derramándose sobre el suelo de baldosas agrietado. La mirada de Vanya permanece fija en la mía, iris idénticos encontrándose a través de la estrecha división entre la vida y la muerte.

—Yo habría... —comienza, luego tose húmedamente, incapaz de terminar el pensamiento.

—Lo sé —murmuro, más para mí que para él—. Sé lo que éramos. Lo que podríamos haber sido.

Sus dedos se aprietan en mi manga, desesperación o quizás perdón en su agarre. Gradualmente se aflojan mientras la luz se desvanece

de sus ojos. Permanezco arrodillado junto a él hasta que su pecho deja de moverse, hasta que el último calor abandona su cuerpo, y hasta que mi hermano —mi gemelo, mi espejo y mi némesis— se ha ido realmente.

Cierro sus ojos con mi mano limpia, un gesto inesperado de respeto que no había planeado. Luego me levanto y presiono el dispositivo de señal en mi bolsillo que alerta a Kuzma de que la confrontación ha terminado.

Cuando entra momentos después, su mirada experimentada evalúa la escena con desapego profesional. —El equipo de limpieza está preparado —dice, sin ofrecer comentarios sobre la intimidad del método de asesinato que elegí.

—Sin funeral —digo, con voz firme a pesar del vacío que se expande dentro de mí—. Sin entierro. Sin registro.

—¿El cuerpo?

—Disolución. No puede quedar nada.

Kuzma asiente, ya activando los protocolos que establecimos para este resultado. No habrá ninguna señal que indique que Vanya Morozov existió alguna vez. Solo ausencia, como un fantasma añadido a la larga lista de secretos del edificio.

—¿Y las operaciones de Miami? —pregunta mientras sus hombres entran para comenzar su eficiente trabajo.

—Procede con el plan de transición. Todo continúa según lo establecido. —Mi voz suena distante a mis propios oídos, como si viniera de otra persona.

Salgo a la clara noche de Miami, las estrellas parcialmente oscurecidas por la luz ambiental de la ciudad. La sangre mancha mi ropa, pero en la oscuridad, aparece simplemente como sombra. Mis manos permanecen firmes mientras saco mi teléfono y marco el número de Blaire.

Ella responde al segundo tono, su voz cálida con preocupación apenas disimulada bajo palabras casuales. —¿Cómo va la reunión?

—Está resuelta —digo simplemente—. Permanentemente.

Un momento de silencio indica que entiende la implicación. —¿Cuándo volverás a casa?

—Pronto. —Miro de nuevo al edificio donde están retirando el cuerpo de mi hermano, mi imagen reflejada, ahora rota para siempre—. Todo ha terminado ahora.

—Te estaré esperando —dice en voz baja.

Termino la llamada sin más explicaciones. Ella no necesita los detalles, solo el conocimiento de que la amenaza ha sido eliminada. Con el último aliento de Vanya, el legado tóxico que nuestro padre diseñó se derrumba. Por primera vez desde la infancia, camino libre de su peso, dejando atrás las ruinas de lo que nunca debió ser y avanzando hacia lo que aún podría llegar a ser.

En el coche, me quito los gemelos con el escudo de la familia Morozov del águila bicéfala que simbolizaba la dualidad del liderazgo de nuestra familia durante generaciones. Los coloco en mi bolsillo, sin estar seguro de si volveré a usarlos. El simbolismo de dos cabezas en un solo cuerpo parece una burla ahora que solo queda un gemelo.

Mientras conducimod a través del paisaje nocturno de Miami hacia la finca donde Blaire espera, recuerdo momentos antes de la fractura. Vanya y yo de niños, aprendiendo a nadar en el Mar Negro durante unas raras vacaciones familiares, corriendo el uno contra el otro por los pasillos, y durmiendo en camas idénticas con pesadillas idénticas después de presenciar nuestra primera ejecución de la *Bratva* la noche en que nos escapamos cuando teníamos ocho años, queriendo encontrarnos ya que los regímenes de entrenamiento de Padre nos mantenían separados, y vimos algo que no debíamos ver.

Podríamos haber sido imparables juntos. En cambio, nos destruimos mutuamente, tal como la crianza de nuestro padre garantizó. La diferencia de ocho minutos en nuestros nacimientos se convirtió en un abismo insuperable que reclamó las vidas de Padre y Katya y el alma de mi hermano antes de finalmente tomar también su cuerpo.

Pienso en Blaire y los bebés. Ocho nuevos Morozov entrarán pronto en este mundo, pero nunca conocerán la tóxica competencia que definió mi relación con su tío. Me aseguraré de tener cuatro hijos y cuatro hijas criados como aliados en lugar de adversarios, su invisible orden de nacimiento nunca determinará su valor o lugar en la jerarquía familiar.

Mientras la finca aparece a la vista, las luces de seguridad iluminadas creando un perímetro protector alrededor de nuestro hogar, me doy cuenta con sorprendente claridad que esta noche marca no solo un final sino un comienzo. Con la muerte de Vanya, he cortado el último vínculo con el legado venenoso de mi padre. Lo que surja de estas cenizas será de mi propia creación.

Una nueva dinastía Morozov construida sobre cimientos de mi elección.

Blaire espera en la terraza mientras el coche se acerca, su silueta inconfundible incluso a distancia. La visión de ella me centra, alejándome del precipicio del frío vacío que amenazaba con consumirme en esa oficina empapada de sangre. Mi hermano se ha ido, pero mis hijos viven, y mi amada espera.

Me arreglo la corbata, me sacudo el polvo de la manga y me preparo para pasar de un capítulo de la historia de los Morozov a otro escrito no con sangre sino con el simple milagro de una familia creada en lugar de destruida.

29

Espero a Valentin en nuestra cama, los dígitos rojos del reloj marcan silenciosamente cada minuto después de medianoche. Me duele la espalda de llevar ocho vidas creciendo dentro de mí, pero me niego a dormir hasta que regrese. Algo en sus ojos cuando se fue, una determinación fría que he llegado a reconocer, me dijo que esta noche acabaría con la amenaza que nos ha perseguido desde nuestra primera ecografía.

Cuando la puerta del dormitorio finalmente se abre, lo sé inmediatamente. Valentin aparece enmarcado en el umbral, su caro traje arrugado y la corbata aflojada en su garganta. La sangre mancha su ropa, y aunque no hay heridas visibles en su piel, algo fundamental ha cambiado en él.

No pregunto cómo ocurrió o dónde está Vanya ahora. Esos detalles pertenecen al otro mundo de Valentin, el que existe junto al nuestro pero rara vez se cruza tan directamente en nuestro espacio compartido. En su lugar, abro mis brazos, invitándolo al santuario que hemos creado juntos.

Cruza la habitación con una pesadez poco característica, el colchón se hunde cuando se sienta a mi lado. Su formidable fuerza parece abandonarlo mientras apoya su cabeza contra mi vientre redondeado. Uno de los bebés —probablemente esa niña inquieta

que nunca duerme— le da una patada en la mejilla, haciendo que se le corte la respiración.

—Sabe que estás en casa —susurro, pasando mis dedos por su pelo, encontrándolo húmedo de sudor.

Valentin no responde mientras presiona su palma contra el lugar donde continúa el movimiento de nuestra hija. Permanecemos conectados en silencio, su respiración gradualmente encontrando ritmo con la mía mientras la tensión se filtra de su cuerpo.

Después de varios minutos, se endereza y encuentra mi mirada.

—Necesito mostrarte algo.

Se dirige al escritorio en la esquina, sacando un documento familiar del cajón. Es nuestro contrato de gestación subrogada, el acuerdo legal que primero nos unió. El papel parece delgado e insignificante ahora, sin sentido comparado con lo que ha crecido entre nosotros. Recuerdo su promesa de que Thomas lo enviaría hace semanas, pero con todo lo que pasó, lo había olvidado.

—Esto tiene que desaparecer —se sienta de nuevo a mi lado, con el contrato entre nosotros—. Nunca fue suficiente para definir lo que somos el uno para el otro.

Mi corazón se hincha al entender su significado.

—¿Quieres romperlo?

—Quiero que desaparezca por completo —sostiene el documento entre nosotros—. Cuando vi tu expediente en la clínica por primera vez, pensé que estaba eligiendo a una gestante. En su lugar, encontré... —hace una pausa, buscando palabras como un hombre que comanda un imperio pero lucha por nombrar emociones.

—¿Encontraste qué? —le animo, necesitando oírselo decir.

—Todo lo que nunca supe que quería —su voz se vuelve más baja, con la mirada fija en la mía con rara vulnerabilidad—. No formabas

parte del plan, Blaire. Un heredero, no ocho. Un acuerdo comercial, no... —su mano gesticula entre nosotros, abarcando lo que nos hemos convertido.

Coloco mi mano sobre la suya donde descansa en mi vientre.

—No esto.

—No —la comisura de su boca se eleva ligeramente—. Esto es infinitamente mejor que lo que planeé.

Juntos, rasgamos el contrato por la mitad, luego en cuartos, luego más pequeño aún hasta que los fragmentos cubren la colcha entre nosotros. Cada rasgadura se siente catártica, destruyendo la evidencia final de nuestro comienzo transaccional.

Cuando terminamos, él barre los trozos al suelo. Desaparecerán mañana, recogidos por el ama de llaves, y olvidados como los extraños que una vez fuimos el uno para el otro.

—Quiero que te quedes —toma mis manos entre las suyas, sus pulgares rozando mis nudillos—. No por los bebés, sino porque ya no puedo imaginar mi vida sin ti en ella.

La declaración es más significativa que mil discursos poéticos de otro hombre. Para Valentin, reconocer la necesidad es profundamente difícil, y la vulnerabilidad es ajena a todo lo que le han enseñado.

—Yo también lo quiero —digo, las palabras simples pero absolutas en su verdad.

El alivio transforma su expresión, suavizando las líneas alrededor de sus ojos. Me atrae hacia él, cuidadoso con mi vientre pero todavía sosteniéndome con posesión inconfundible. Uno de los bebés, el alborotador de nuevo, patea lo suficientemente fuerte como para que ambos lo sintamos.

—Esa —murmura Valentin contra mi pelo—, será una luchadora.

—Como su padre.

—Como sus padres —sus labios encuentran mi sien—. Te has abierto camino a través de todo tipo de infiernos.

—Es cierto. Espero que nuestros hijos no tengan que ser luchadores, pero es bueno si tienen la capacidad.

—Sin duda —acuna mi estómago con reverencia gentil que contradice todo lo que el mundo cree sobre Valentin Morozov.

Esa noche, por primera vez en meses, Valentin duerme profundamente a mi lado. La tensión siempre presente en sus hombros se relaja, y su respiración es uniforme y sin problemas. Lo observo en el tenue resplandor de la luz nocturna que instalamos cuando mis viajes nocturnos al baño se volvieron frecuentes, maravillándome de lo diferente que se ve en verdadero descanso.

Medio despierta en las horas antes del amanecer, lo escucho susurrando en ruso, las palabras desconocidas pero su tono inconfundible. Me toma un momento darme cuenta de que no me está hablando a mí sino a mi vientre y a nuestros hijos creciendo dentro.

Aunque no entiendo las palabras, su significado es claro a través de la ternura en su voz. Les está dando promesas de protección, aceptación y amor incondicional. Para un hombre criado para ver la emoción como debilidad, estos cariños susurrados en su lengua materna representan una transformación que me siento privilegiada de presenciar.

Mantengo los párpados cerrados, dándole la privacidad de este momento íntimo mientras atesoro el conocimiento de que el despiadado jefe de la *Bratva* temido en todo Miami será un padre gentil para nuestros hijos.



La semana siguiente pasa en un borrón de citas médicas y preparativos. La Dra. Milnakov, la especialista que reemplazó a Petrov, visita la finca cada dos días ahora, monitoreando ocho latidos cardíacos con asombro apenas contenido.

—Todos siguen desarrollándose perfectamente —nos dice durante su último examen, la pantalla del ultrasonido mostrando a nuestros bebés agrupados como estrellas en el universo de mi cuerpo—. He consultado con colegas de todo el mundo, y nadie ha visto octillizos prosperando así antes.

Valentin está a mi lado durante estas citas, su expresión sin revelar nada a la Dra. Milnakov, pero veo cómo su mirada sigue cada latido y siento su mano apretarse en mi hombro cuando los ocho aparecen en la pantalla.

A medida que se acerca la fecha de parto, Valentin se vuelve cada vez más presente, delegando más responsabilidades a Kuzma y otros lugartenientes. Asiste a cada consulta médica, absorbiendo información sobre protocolos de parto y cuidados neonatales con la misma atención enfocada que antes reservaba para informes de seguridad y adquisiciones comerciales.

—Ocho bebés requieren ocho enfermeras dedicadas para las primeras semanas —dice la Dra. Milnakov durante una reunión, describiendo el extenso plan de cuidados post-parto—. Necesitaremos establecer horarios de alimentación, rotaciones de monitoreo...

—Ya está arreglado —interrumpe Valentin, sorprendiéndome incluso a mí con su minuciosidad—. Los especialistas pediátricos llegan mañana. El equipo de nutrición comienza la próxima semana.

La Dra. Milnakov parpadea, claramente no acostumbrada a pacientes con los recursos y la previsión de Valentin.

—Bueno, entonces... Creo que estamos completamente preparados para el parto a las treinta y dos semanas, suponiendo que todo siga

progresando como hasta ahora.

Esa noche, incapaz de encontrar comodidad en ninguna posición, me siento en el ala de la guardería mientras Valentin finaliza los protocolos de seguridad con Kuzma. Ocho cunas dispuestas en círculo esperan a nuestros hijos, cada una con ropa de cama codificada por colores para ayudar a identificar a bebés idénticos, con gradientes azules para los niños y morados para las niñas.

Paso la mano por el barandal de la cuna más cercana, imaginando a un pequeño hijo o hija durmiendo pacíficamente dentro. El viaje de desesperada camarera de hotel a futura madre de octillizos parece imposible, pero aquí estoy, rodeada de evidencia física del futuro que se precipita hacia nosotros.

Valentin me encuentra allí una hora después, perdida en pensamientos sobre los niños que pronto conoceremos.

—Deberías estar descansando —dice, aunque su tono no contiene reproche—. Se supone que debes guardar reposo en cama.

—Quería verlo de nuevo. Hacer que se sienta real —señalo el espacio cuidadosamente preparado a nuestro alrededor—. A veces, todavía no puedo creer que esto esté pasando.

Valentin se coloca detrás de mí, sus brazos rodeando lo que queda de mi cintura, sus manos acunando el enorme globo de mi vientre.

—Es real —murmura contra mi pelo—. Todo ello.

Me apoyo contra su pecho, sintiendo la fuerza sólida que se ha convertido en mi fundamento.

—No exactamente lo que planeaste cuando contrataste a una gestante.

Su suave risa retumba a través de mí.

—Mis planes eran inadecuados comparados con esta realidad.

En ese momento pacífico, rodeada de evidencia del futuro que hemos creado juntos, comprendo con perfecta claridad que algunos viajes no pueden ser planeados o predichos. A veces, los comienzos más improbables, como un contrato de gestación subrogada, una decisión financiera desesperada y un embarazo múltiple inesperado, te llevan exactamente donde debes estar.

Valentin Morozov entró en mi vida como una oportunidad de negocio, se convirtió primero en protector y luego en amante, y ahora se presenta como compañero y padre de hijos que ninguno de los dos esperaba pero que ambos ahora esperamos ansiosamente. No un viaje tradicional, pero uno exclusivamente nuestro, construido sobre decisiones tomadas y desafíos superados juntos.

30

Casi un año después, estoy de pie en el extenso jardín de nuestra finca rural, observando a Blaire mientras supervisa a nuestros ocho hijos gateando y balbuceando sobre una enorme manta bajo antiguos robles. El sol de Florida se filtra a través de las hojas, creando patrones moteados sobre sus rostros idénticos: cuatro niños con mis ojos azules y cuatro niñas con los delicados rasgos de Blaire, todos supervivientes milagrosos que desafían las expectativas médicas.

La decisión de hacer de este nuestro hogar permanente no fue difícil. Miami albergaba demasiados fantasmas y demasiados recordatorios del pasado del que quería que mis hijos escaparan. Aquí, rodeados de veinte hectáreas de terreno privado con seguridad de última generación camuflada como elementos paisajísticos, hemos creado algo que nunca pensé posible.

Paz.

Blaire está sentada con las piernas cruzadas sobre la manta, con el pelo más largo ahora y recogido en una simple coleta mientras media en una disputa entre Nikolai e Ivan por un tren de madera. La mujer que una vez limpiaba habitaciones de hotel se ha transformado en alguien que puede distinguir entre cuatrillizos idénticos con una mirada, sabe instintivamente a qué niño pertenece

cada llanto y gestiona nuestro hogar con la misma feroz determinación que antes aplicaba para sobrevivir a la pobreza.

—Comparte con tu hermano —le dice a Nikolai, guiando suavemente sus pequeñas manos para ofrecer el juguete a Ivan—. ¿Recuerdas lo que practicamos? Turnarse hace felices a todos.

Esta simple lección forma la base de cómo estamos criando a nuestros hijos. No como competidores, sino como aliados en el mismo equipo. Sin rivales. Sin odio.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo compruebo brevemente, viendo la actualización de Kuzma sobre las operaciones en Miami. Se ha completado otra adquisición de casino, lo que supone un paso más en la legitimación de grandes partes de nuestro imperio empresarial. Silencio el dispositivo sin responder. El mensaje puede esperar, pero este momento no.

Mikhail, siempre el más aventurero de nuestros hijos, me ve observando desde el borde del césped. Se levanta inseguro, con las piernas tambaleantes mientras intenta atravesar la hierba. Con diez meses y ya decidido a caminar antes que sus hermanos, a explorar cada límite y forzarlos solo para descubrir dónde se encuentran.

Me acerco para encontrarme con él, atrapándolo justo cuando sus piernas ceden después de un único paso exitoso, que es todo lo que ha logrado hasta ahora. Su risa encantada burbujea cuando lo levanto sobre mis hombros, sus diminutos dedos inmediatamente agarrando mi pelo para mantener el equilibrio. Desde esta posición, observa su dominio como un rey en miniatura, balbuceando emocionado en un idioma que solo él entiende.

—Futuro especialista en seguridad —le grito a Blaire, asegurando las piernas de Mikhail con una mano—. Siempre probando el perímetro.

Blaire levanta la mirada desde donde está ayudando a Sofie a apilar bloques de madera, su sonrisa relajada de una manera que nunca lo estuvo durante aquellos tensos meses de su embarazo. —¿Y esta? —

Levanta a Sofie, que me observa con ojos calculadores tan similares a los míos a pesar de haber heredado los rasgos de Blaire—. ¿Cuál es su especialidad futura?

—Estrategia —digo sin dudarlo—. Siempre tres movimientos por delante.

Sofie confirma mi evaluación derribando deliberadamente su torre de bloques, con un tiempo perfecto para captar toda la atención de su madre. Reconozco la táctica al instante, ya que he empleado distracciones similares en negociaciones empresariales durante años.

Blaire se ríe, dejando a Sofie junto a su hermana Carina, nombre inspirado en la hermana de Blaire, pero no idéntico, ya que decidimos que queríamos que nuestros hijos tuvieran sus propios nombres y oportunidades sin estar ensombrecidos por predecesores.
—Ahora lo veo. Que Dios nos ayude cuando sean adolescentes.

El fácil intercambio entre nosotros todavía se siente como un regalo que no merezco. Seis semanas después del nacimiento de los bebés, una vez que Blaire se había recuperado lo suficiente de la cesárea y habíamos establecido una apariencia de rutina con nuestros ocho recién nacidos, nos casamos en una ceremonia sencilla en este mismo jardín. Nada elaborado, solo nosotros, los bebés, algunos amigos y un juez que me debía varios favores mientras no hacía preguntas sobre los "invitados" fuertemente armados posicionados discretamente alrededor de la propiedad.

Recuerdo la expresión de Blaire cuando sugerí hacer nuestro acuerdo permanente a través del matrimonio. La sorpresa, luego la comprensión y luego la simple aceptación que confirmó que ambos habíamos viajado años luz desde nuestro contrato inicial.

—Valentin —Kuzma se acerca desde la casa, tablet en mano, sus pasos ralentizándose al notar a Mikhail encaramado en mis hombros. Mi jefe de seguridad se ha adaptado sorprendentemente bien a la transformación doméstica de nuestra operación, aunque a veces todavía parece sorprendido de encontrar a su temido jefe jugando

con bebés—. La negociación colombiana está completa. Han aceptado los términos para las transferencias de los clubes.

Asiento con la cabeza, procesando este paso final en nuestra salida gradual de ciertos sectores empresariales. Los clubes nocturnos se transferirán a propietarios colombianos en condiciones favorables, eliminando toda una categoría de operaciones potencialmente desagradables de nuestra cartera.

—Bien. Prepara los documentos y dales el número de cuenta donde pueden transferir el pago. Gestionaremos la transición la semana que viene —levanto a Mikhail de mis hombros, dejándolo con cuidado en la manta, donde inmediatamente gatea hacia Anton, que se mantiene en guardia a una distancia respetuosa. Inga, una de las dos niñeras diurnas, está cerca de él. Queríamos criarlos sin ayuda, pero eso es imposible, así que hicimos lo siguiente mejor y encontramos profesionales que se preocupan por nuestros hijos pero saben cuándo retirarse para el tiempo familiar.

—¿Supervisará personalmente la entrega final? —Kuzma mantiene su voz neutral, pero ambos reconocemos la importancia de la pregunta. Una vez, controlaba personalmente cada detalle de nuestras operaciones.

—No —la decisión llega fácilmente, sin el conflicto interno que tal delegación habría causado hace dos años—. Ocúpate con Viktor. Confío en tu juicio sobre los detalles.

Kuzma asiente, aceptando esta evolución en nuestra relación laboral. —Muy bien, señor.

Mientras camina de regreso a la casa, vuelvo mi atención a la manta, donde Blaire ahora reúne a los ocho niños para un cuento. Su voz se extiende por el jardín, animada mientras lee de un libro colorido sobre animales. Las niñas —Sofie, Carina, Ana y Natalia— forman un semicírculo frente a ella, mientras que los niños —Mikhail, Nikolai, Josiah y Alex— se retuercen e inquietan pero aún escuchan con diversos grados de atención.

La escena me golpea con una fuerza inesperada. Durante décadas, mi mundo consistió en violencia, luchas de poder y vigilancia constante. Nada en esa existencia me preparó para encontrar significado en ocho pares de ojos mirando con total confianza, o en ver a la mujer que una vez contraté como sustituta convertirse en el centro de una familia que nunca planeé crear.

Después de que el caos organizado de alimentar, bañar y las rutinas de la hora de dormir finalmente resulta en ocho niños durmiendo, Blaire y yo robamos raros momentos a solas en la terraza con vistas a nuestra propiedad mientras la niñera nocturna vigila. Las patrullas de seguridad caminan alrededor del perímetro. Algunos hábitos nunca cambian, independientemente de los niveles reducidos de amenaza.

Blaire se apoya en la balaustrada de piedra, su perfil captado por la luz dorada del sol poniente. —A veces, todavía no puedo creer que esto sea real —gesticula hacia el ala de la guardería donde sofisticados sistemas de monitoreo controlan a ocho bebés durmiendo—. De camarera de hotel a madre de ocho en dos años.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunto, genuinamente curioso. La pregunta habría sido impensable hace meses cuando la vulnerabilidad se sentía peligrosa en lugar de necesaria.

Ella se vuelve hacia mí, con sorpresa evidente en su expresión. —Ni por un segundo. A veces es abrumador, siempre agotador, pero ¿arrepentimiento? Nunca.

Me uno a ella en la barandilla, con los hombros tocándose mientras miramos los terrenos de la finca. El imperio que pasé décadas construyendo ahora parece secundario a esta inesperada familia formada a través de lo que comenzó como un acuerdo comercial clínico.

—¿Alguna vez imaginaste esto? —Blaire agita su mano para abarcar todo—. ¿Algo de esto?

Niego con la cabeza, sabiendo que ninguno de los dos podría haber predicho cómo nuestras vidas se entrelazarían completamente desde esa primera reunión en la oficina del abogado. Ocho niños, antes un obstáculo imposible, se han convertido en el centro gravitacional alrededor del cual gira nuestro mundo, desafiante pero infinitamente precioso.

—Planeé un heredero. Un niño para asegurar el legado Morozov y criado por niñeras como V... fuimos criados —casi digo el nombre de Vanya, pero todavía es difícil pronunciarlo en voz alta sin sentir emociones complejas, incluyendo ira, arrepentimiento, tristeza y amor—. Mi plan era para la continuidad.

—En cambio, obtuviste caos —su sonrisa suaviza la evaluación.

—Caos con propósito —la corrijo suavemente—. Hay una diferencia.

Mientras se apoya contra mí, exhausta pero contenta después de otro día gestionando nuestra extraordinaria familia, reconozco en silencio cómo han cambiado completamente mis prioridades. El jefe de la *Bratva* que una vez valoró el poder por encima de todo ahora mide la riqueza en una moneda diferente, en el desarrollo saludable de ocho niños únicos, el amor de una mujer que ve más allá de mi violenta reputación hasta el hombre debajo, y los lazos familiares que nunca experimenté en mi propia infancia.

El negocio de Miami continúa, por supuesto. Mantengo la autoridad máxima sobre las operaciones de la *Bratva*, con Kuzma manejando la gestión diaria y Viktor supervisando la seguridad, pero mi enfoque se ha desplazado hacia empresas legítimas: desarrollo inmobiliario, consultoría de seguridad e inversiones tecnológicas. Áreas que algún día podrían proporcionar a ocho herederos opciones más allá del imperio criminal que definió mi juventud.

Un sonido suave del monitor de bebé llama nuestra atención: una de las niñas gimoteando en sueños. Blaire se endereza, con los instintos maternos instantáneamente alerta, pero el ruido disminuye antes de

que sea necesaria la intervención, o tenga que recordarle que la niñera nocturna está disponible si los niños necesitan algo.

—Natalia —dice con confianza—. Siempre tiene esos pequeños sueños.

Me maravillo ante su capacidad para distinguir entre llantos idénticos, para conocer a nuestros hijos como individuos a pesar de su ADN coincidente. Quizás esto es lo que mi padre nunca entendió sobre criar gemelos: que la identidad se forma independientemente de la genética, y que la crianza moldea la naturaleza de maneras que no pueden ser controladas o predichas.

Donde mi padre nos veía a Vanya y a mí como potenciales rivales para manipular para sus propios fines, yo veo a nuestros ocho hijos como partes complementarias de un todo. Sus diferencias deben ser celebradas en lugar de explotadas, y sus lazos fortalecidos en lugar de cortados por una competencia artificial.

Más tarde esa noche, acostado junto a Blaire en nuestro dormitorio oscuro, observo el suave ascenso y descenso de su respiración y contemplo el extraordinario viaje que nos llevó hasta aquí, desde un acuerdo clínico de gestación subrogada hasta una vida genuinamente compartida. De una transacción biológica a una familia unida tanto por elección como por sangre.

La ausencia de Vanya todavía se registra ocasionalmente como un dolor fantasma, como un miembro amputado. No arrepentimiento por su necesario final, sino más bien un reconocimiento de la hermandad que podríamos haber compartido en diferentes circunstancias. Si nuestro padre hubiera fomentado la colaboración en lugar de fomentar la rivalidad, enseñándonos unidad en lugar de división, los gemelos Morozov podrían haber construido algo extraordinario juntos.

Estoy decidido a romper ese ciclo con nuestros hijos, quienes entenderán desde sus primeros recuerdos que sus hermanos son aliados, no amenazas, y que familia significa protección, no

competencia. Sus apariencias idénticas no definen sus valores únicos o contribuciones.

La ironía no se me escapa. Dmitri Morozov crió a sus hijos gemelos para verse mutuamente como rivales, creando el mismo conflicto que finalmente lo destruyó y terminó su linaje a través de Vanya. La victoria definitiva sobre el legado tóxico de mi padre no es que yo sobreviviera y Vanya no. Es que reconocí el veneno a tiempo para evitar pasarlo a la siguiente generación.

Un sonido suave desde mi lado indica que Blaire ha despertado. —Deberías dormir —murmura, encontrando mi mano en la oscuridad —. Se levantarán a las cinco, y ni siquiera dos niñeras pueden manejar eso solas —se ríe ligeramente, claramente orgullosa del caos inadvertido que nuestros bebés dejan a su paso siempre que no están durmiendo.

—Lo sé —aprieto sus dedos suavemente—. Solo estaba pensando.

—¿Sobre qué?

—Legado. Lo que heredamos frente a lo que elegimos transmitir.

Se acerca más, entendiendo sin más explicación. —Tu padre nunca reconocería lo que estás construyendo ahora.

—Ese es precisamente el punto —rodeo sus hombros con mi brazo, atrayéndola contra mi costado—. Todo lo importante de esta vida sería irreconocible para él.

Y quizás ese es el mayor triunfo de todos: que el legado Morozov que estoy creando se parece tan poco a lo que vino antes. El imperio no ha disminuido, pero sus cimientos se han desplazado del miedo a algo más fuerte y más sostenible.

La mañana llega demasiado rápido, como siempre, con los primeros llantos del ala de la guardería señalando el comienzo de otro día. Me levanto antes que Blaire, dejándola robar unos minutos más de precioso sueño antes de que el hogar se despierte por completo.

En la guardería, descubro que incluso he llegado antes que Erin e Inga y veo a Carina ya alerta en su cuna, observando el techo con solemne concentración. A diferencia de sus hermanos, rara vez llora para anunciar su despertar, prefiriendo la observación silenciosa hasta que alguien la note.

—Buenos días, pequeña observadora —susurro, levantándola con cuidado. Me mira con los ojos de Blaire, sus pequeños dedos extendiéndose para tocar mi cara con deliberada curiosidad. De todos nuestros hijos, es la que más me recuerda a mí mismo: callada, vigilante y constantemente evaluando.

Mientras le cambio el pañal, los otros bebés comienzan a agitarse uno por uno. Pronto, estoy rodeado de ocho personalidades distintas exigiendo atención, cada una un milagro de supervivencia contra las probabilidades médicas, cada una una promesa de algo mejor que lo que vino antes. Las niñeras llegan para ayudar, y para cuando Blaire se une a nosotros, he cambiado cuatro pañales y tengo a Mikhail y Carina equilibrados en mi regazo mientras intento calmar el malhumor matutino de Natalia.

—Veo que han superado tus defensas otra vez —bromea Blaire, tomando inmediatamente a Natalia y sentándose en la mecedora para comenzar la rotación de alimentación matutina mientras las niñeras atienden a Josiah y Ana.

—Una retirada táctica no es una derrota —digo, ajustando a Mikhail mientras intenta trepar por mi hombro—. Es un reposicionamiento estratégico.

La risa de Blaire se mezcla con el balbuceo matutino de los bebés, creando la banda sonora de esta nueva vida que hemos construido juntos. Fuera, Miami continúa sin que yo esté en su centro. Las operaciones de la Bratva funcionan, los territorios permanecen seguros y los negocios proceden, pero todo ello existe ahora para servir a esta familia en lugar de lo contrario.

Lo que comenzó como un intento de asegurar mi legado ha transformado ese legado por completo, creando un futuro donde mis hijos podrían crecer apoyándose en lugar de destruyéndose mutuamente, la influencia de su madre asegurando que entiendan lo que mi padre nunca me enseñó: la conexión familiar supera al poder, los hermanos deben ser aliados en lugar de adversarios, y el amor en lugar del miedo crea la base más sólida para una lealtad duradera.

Con Blaire a mi lado y ocho niños sanos comenzando otro día de crecimiento y descubrimiento, reconozco que finalmente he construido algo digno del esfuerzo y el sacrificio, no un imperio de miedo y control, sino una dinastía fundada en algo que mi padre nunca entendió: la fuerza que proviene de lazos libremente elegidos y ferozmente protegidos.

Por primera vez en generaciones, el nombre Morozov podría llegar a representar algo más allá del poder y la violencia. Algo que mis hijos pueden abrazar o rechazar en sus propios términos, sin el peso de la expectativa y la competencia que casi nos destruyó a Vanya y a mí. La libertad de elegir sus propios caminos, de definir sus propias relaciones entre ellos y con el mundo, podría ser el mayor legado que posiblemente podría dejarles.

También de Melanie Rain:

Trillizos Sorpresa de la Bratva